



THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE

UNITED STATES OF AMERICA

BY JAMES M. SMITH

NEW YORK: THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY, ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS, 1904.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY, ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS, 1904.

NEW YORK: THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY, ASTOR LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS, 1904.

PQ4683

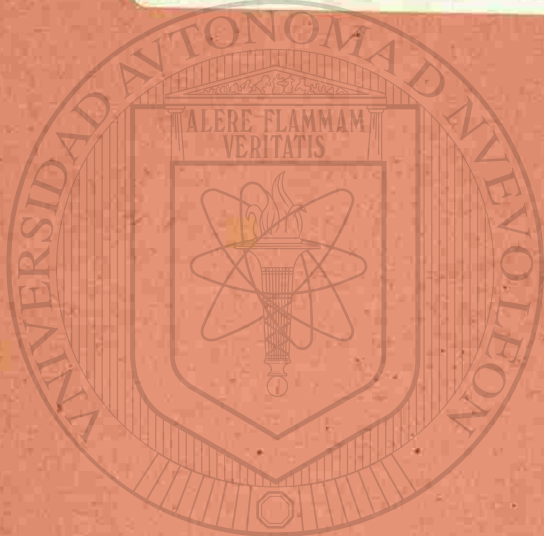
.A3

P38

1884



1020027107



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 854.8
Núm. Autor A 5194
Núm. Arg. 31043
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificación
Catálogo



PÁGINAS SUELTAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

El Colegio de Bolonia, (en colab.), obra ilustrada, ptas. 6,50
 Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmerón, 3,50
 Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza. (Agotada)
 Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
 Programa de Filosofía moral. (Agotada).
 Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
 Programa de Biología y Antropología, 1.
 Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc. (Agotada).
 Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
 con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
 La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
 Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
 Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
 Mendelssohn, id. con una Historia abreviada de la música, 1.
 París en América, por Laboulaye, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.
 Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
 Pio IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
 Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 2.
 Anuario de la Institución libre de enseñanza. (Agotada).
 Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G. (Agotada).
 Fragmentos, retazos y traducciones, por H. G. (Agotada).
 Amicis.—1870 y 1871, Recuerdos; un vol., ptas. 3.
 Amicis.—Constantinopla; 2 tomos, 5.
 Amicis.—Holanda (en colab.), un vol., 4.
 Amicis.—La vida militar, Bocetos; un vol., 3.
 Amicis.—La vida militar, nuevos bocetos; un vol., 3.
 Amicis.—Novelas; un vol., 3.
 Amicis.—Páginas sueltas; un vol., 3.

Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.
 Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
 A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
 El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
 Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
 En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
 Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PRENSA

Amicis.—Retratos literarios, Poesías, España.

EN PREPARACION

Estudios.—Fiamores.—Crítica.
 Lógica, para la 2.ª enseñanza.
 Obras completas de Rios Rosas.

OBRAS DE AMICIS

PÁGINAS SUELTAS

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS

(Segunda edición)



MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALARIA
 15, Estrella—Cueva, 12

98010

31043

853

A.

PQ4683

A3

P38

1884



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es PROPIEDAD — 1884 —
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



HEROISMO

I



ACE pocas tardes me decía un amigo, señalando desde la ventana de su casa que dá sobre cierta pequeña plaza, á un terradillo en el piso cuarto de la de enfrente:—mira, ¿ves aquel hombre?—Miré y ví, con efecto, un hombre sentado con un brazo extendido sobre la barandilla; pero no distinguía su fisonomía.

—Ese hombre—continuó mi amigo—me es antipático hasta el punto de que me viene muchas veces la idea de cambiar de casa, sólo por tener el consuelo de no verlo más. Me preguntarás por qué y te diré que no le he hablado nunca, que jamás oí su voz, no sé quien es, ignoro qué hace, desconozco su cara, por-

4.—OB. DE AMICIS.

I

UNIVERSIDAD DE MUÑOZ LEON
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 Montemorelos, Méx.

que mi vista no alcanza hasta allí, ni aún con gemelos. Pues bien, no obstante, ese hombre me es antipático porque todas las tardes á esta hora, infaliblemente, se levanta de la mesa, y vá á sentarse en aquel lado; todas las tardes, con el mismísimo movimiento de autómatas, pone una pierna sobre otra, extiende un brazo sobre la barandilla, y no se ha dado caso de que mueva jamás primero la pierna que el brazo, ¡Dios nos libre! Primero el brazo y después la pierna. Ya es un hombre sospechoso por esto ¿me lo concedes? Pero es lo de ménos. Todas las tardes, una señora que parece su mujer, ántes que él se levante, vá á poner la silla en su sitio, le lleva la pipa, se la enciende, se la dá, y todas las tardes, él se deja servir derecho y orgulloso como un sultan, sin hacer lo más mínimo por evitarlo, sin dar tampoco á entender que repara en ser servido. Después... á cada instante necesita algo y la señora se levanta, corre; vuelve con una bebida ú otra cosa cualquiera, él toma, bebe, y se limpia el bigote, con un gusto de sibarita egoísta, sin darse siquiera la molestia de devolverle la copa. Luego... vienen amigos á visitarlo y no hace jamás, ni el ademán de levantarse, y eso que en ocasiones se pasea por el terradillo erguido y ágil como cualquiera de nosotros. Nunca mira abajo, ni arriba ni á los lados; no saluda; en suma, parece hecho y colocado allí, para que el mundo gire á su alrededor: hace de ídolo; ha nacido para dejarse mirar y servir, ¿te ríes? ¡para mí, son cosas que despiertan hasta el ódio!; soy así.

otro no repararía en esto; yo me consumo. Creo que conozco toda la historia como te conozco á tí. ¿Quieres saber quien es?, no lo sé pero te lo diré como si lo supiese. Aquel hombre—y diciendo así, señalaba con el dedo mirándolo fijamente como para sacarle de los ojos el secreto—es un tendero farsante, que comienza á acumular ochavos y empieza ya á sacar partido de su riqueza y desahogada posición; se ha casado con esa señora para ahorrarse la paga de un mozo de la tienda y de una criada en la casa y la trata algo peor que á una doméstica y no mucho mejor que á un dependiente; es avaro, excepto para satisfacer sus golosinas; podría estar en el piso tercero y está en el cuarto por economía, aunque no tiene hijos ni desea tenerlos; desprecia á todo el que carece de una tienda; llama ladrones á los ministros, animal á todo el que estudia y andrajoso á todo el que posee ménos dinero que él... ¿Te ríes? Tú no sabes que la antipatía adivina? Yo sería feliz si se presentase la ocasión de hacerle una grosería: me es odioso; seré un visionario, un malvado, lo que quieras; pero cuando el corazón me dice:—Ese es un danzante, acierto de fijo, y necesito decirlo y desahogarme.

Es menester conocer á este jovencuelo de veinte años, bueno, inquieto y colérico y estar acostumbrado á su caprichosa furia contra el fantasma que él mismo se forja, para creer que había dicho de un aliento y sin reír aquel cúmulo de frases disparatadas.

Yo miraba entretanto al supuesto tendero y á la señora sentada delante de él en un banquillo, con los brazos cruzados sobre las rodillas, en actitud contemplativa; y como tengo mejor vista que mi amigo, me pareció descubrir que el hombre rayaría en los cuarenta años, y la mujer poco más, aunque ni del uno ni de la otra podía distinguir las facciones.

Le hice que me diera los gemelos de teatro, y los dirigí hacia la señora. Al principio me bailó delante un rostro confuso; despues se fijó, y lo ví distintamente. Era en realidad una cara de mujer resignada á la vida de sacrificio: tenía el cabello gris, la frente arrugada, los ojos grandes y melancólicos; un no sé qué de patético y de recogido, que revelaba inveterada costumbre de sufrir.

En esto mi amigo había adivinado—me dije—y volví los gemelos hácia el hombre. En aquel momento se volvió y me presentó todo el semblante.—¡Qué veo!—exclamé para mí—¿Pero es posible?—y volví á mirar.

—¡Es él! ¡No hay duda! ¡Es aquella cara vista cien veces en el retrato!—Y entonces me vino á la memoria un hecho há largo tiempo olvidado y casi en el mismo punto el principio y el fin de la historia que el lector encontrará más adelante.

El amigo me preguntó:

—Y bien: ¿tiene ó no cara de farsante, de bribon, de orgulloso?—Yo no podia ya sonreír como al principio: le respondí que en efecto no era un hombre

simpático; que me parecía haberlo visto otra vez; que queria quitarme la curiosidad por saber quién era; y que iria á averiguar noticias de él. Al día siguiente, en efecto, fuí derecho á hacerle una visita con el pretexto de saber claramente el hecho que á él concernia, porque, como he dicho, me punzaba la idea de describirlo.

Acostumbrado á recibir tales visitas, me acogió cortesmente, me contó algunas cosas con grande indiferencia, como si hablase de otro; me habló de la mujer (no su mujer) que estaba con él; de las costumbres de su vida.

—Estamos juntos hace diez años—dijo concluyendo;—tengo paciencia, ella tambien, y se vive... como Dios quiere. Mis dos grandes consuelos son la estimacion de las gentes, y el sacrificio de esta pobre desgraciada.

Fuí á casa y escribí toda la noche y durante la mañana siguiente, y al otro día llevé al amigo el manuscrito.



Era la hora en que el *tendero* estaba tomando el fresco en el terradillo. Despues de charlar un poco, vinimos á hablar de su antipatía.

—Amigo—le dije,—te has engañado.

—¡Imposible!—respondió él con su vivacidad acostumbrada.

—Dejémonos de chanzas—repliqué:—te ruego que leas estas páginas; es una narración histórica, que he escrito en estos días: el personaje principal es *tu tintero* antipático; te doy mi palabra de que, salvo el artificio necesario de la exposición, no he alterado en una sílaba la verdad.

El amigo agarró las hojas y empezó á leer.

Después de un poco, alzó los ojos, miró al hombre del terradillo, después á mí, y continuó la lectura. A medida que iba adelantando, nos miraba más á menudo á mí y al hombre, al hombre y á mí, y se ponía cada vez más serio. Al llegar al último renglón, lanzó un grito de sorpresa, se puso de pie, me apretó una mano, y dijo con voz conmovida:

—¿Me empeñas tu palabra de honor, de que eso es verdad?

—Te la doy.

—¿Y de que ese es él?—preguntó todavía.

—De que es él—repetí.—Sin decir más tomó el sombrero y huyó con paso agitado.

Me asomé á la ventana y lo ví atravesar la plaza y traspasar la puerta de la casa de enfrente. Después de algunos minutos, noté que el hombre del terradillo había desaparecido. De allí á poco reapareció, y un momento después mi amigo volvió á atravesar la plaza.

—¡Te conozco!—dijo para mí, corriendo á abrir la puerta; ¡sé lo que has ido á hacer!—El amigo comparció en el dintel.

—Tú—continuó en voz alta—has ido á besar la frente de ese hombre!

Me miró, sonrióse, y después, echándome los brazos al cuello, me respondió con un grito de alegría:

—No, porque soy indigno de eso: he ido á besarle la mano.



Era el verano de 1861, cuando la fama de las partidas de bandoleros llenaba Europa; aquellos días memorables en que Pietropaolo llevaba en el bolsillo la barba de un *liberal* con la perilla á lo Napoleón; cuando en Montemiletto se enterraban vivos bajo un montón de cadáveres, los que gritaron ¡Viva Italia!; cuando en Viesti se comían la carne de los aldeanos, reacios á las órdenes de sus despojadores; cuando el coronel Negri, cerca de Pontelandolfo, veía colgar en la ventana, á manera de trofeo, sangrientos miembros de soldados; cuando el pobre subteniente Bacci, herido y prisionero de combate, era asesinado después de ocho horas de horribles torturas; cuando turbas de desenfundada plebe salían de noche de los pueblos con las antorchas en la mano, para recibir en triunfo á las partidas; cuando se incendiaban las mie-

ses, se derribaban casas, se secuestraban familias, se ahorcaba, se desollaba, se descuartizaba, y para mantener viva y acrecentar aquella miserable carnicería ¡venían de la orilla derecha del Tíber armas, dinero y bendiciones!...

Uno de los últimos días de Julio, poco después de salir el sol, por un valle desierto de la provincia de Capitanata, iba hacia San Severo un guardia civil de á caballo (1), el cual había partido por la noche de aquella ciudad, para entregar al comandante de una *columna móvil* cierta orden del coronel. Llevaba bajo la botonadura del uniforme la contestación á aquella orden, en la cual, el comandante decía que se presentaría á las ocho de la mañana en la oculta hondonada del vecino monte, donde sabía que acostumbraba á aparecer la partida de bandoleros que desde hacia algún tiempo infestaba la comarca. El portador de la carta era hombre de unos treinta años, alto, enjuto, con dos ojillos brillantes, bigote atusado y una arruga recta y profunda en medio del entrecejo, que revelaba la costumbre de reflexionar; su fisonomía respiraba prematura gravedad, á la cual daba casi reflejo de tristeza el gran tricordio; su severa actitud y sus movimientos francos, atestiguaban el vigor de ánimo apropiado á las circunstancias del tiempo y del lugar. Marchaba al trote por un sendero serpenteante, vol-

(1) Los *Carabineros Reales* en Italia, vienen á ser lo que nuestra Guardia civil.

viendo la cabeza ora aquí, ora allí, para mirar los pastos abandonados, el monte de piedra viva, el cielo limpidísimo y sin escuchar otro ruido que el paso de su caballo y el chocar de su sable en la vaina.

Después de un rato, al pasar entre dos malezas altas y espesas vió un fogonazo y oyó un tiro. Mientras vuelve el caballo y aferra la pistola, el bruto vacila; en el momento en que baja la cabeza para ver si está herido, se siente cojer por detrás; y en el instante de volverse un hombre sale fuera del césped de donde habia partido el tiro y le salta encima; detrás de él, como sombra, un tercero; no habia tiempo de disparar, ni de echar pie á tierra, ni de ponerse en guardia: lo desmontaron y derribaron al suelo; trató de defenderse, se retorció, pegó, mordió; pero no pudo levantarse: debilitado y rendido de la lucha, se dejó desarmar. En la violencia que hizo al revolverse, envuelto en una nube de polvo habia podido, con un movimiento rápido, meterse la carta, de que era portador, en la boca, sin que lo advirtiesen sus agresores. Le ataron las manos atrás, lo pusieron de pié, le echaron al cuello, con prisa y violencia, el sable y el capote arrollado y la balija de la silla: arrastraron el caballo detrás de las malezas y después, á paso ligero, atravesaron el campo empujándolo, maltratándolo y abrumándolo con una gritería infernal de blasfemias, amenazas, golpes y carcajadas.

*
* *

Después de una travesía de media hora, estando ya bastante lejos del camino trillado para no temer ser sorprendidos, acortaron el paso. Habian llegado á la falda de un monte, en medio de árboles, en un sitio donde no se veían casas, ni cabañas, ni señal alguna de vivienda.

El guardia civil, encorvado bajo el peso de su armamento, no daba señales ni de terror, ni de ira; su rostro, pálido, pero no alterado, mostraba el conocimiento de la suerte que le esperaba y el corazón preparado á recibirla. No ignoraba que caer en manos de los bandidos en aquellos días de feroces represalias, costaba la vida; por esto habia ya en él, algo de la calma solemne de la muerte; y quien no lo hubiese sabido, sólo al mirarle á los ojos, habria dicho:—Ese hombre vá á morir.

El bandido que iba delante se volvía de vez en cuando á echarle una mirada con curiosidad y desconfianza. El que caminaba al lado y que parecia capitán de la partida, miraba tambien, unas veces al prisionero, otras á los compañeros, y cambiaba con éstos sonrisas de triunfo.

—Toma,—dijo después de un rato, colgando su fusil del cuello del guardia civil—llévamelo.

—Lleva también el mío,—añadió el que iba detrás, haciendo lo mismo.

—¿Y tú?...—Preguntó el capitán, volviéndose hacia el tercer bandido que venía detrás y que parecía el más joven.

—¿Yo?—respondió este;—yo prefiero llevarlo...

—¡Estúpido!—gruñó el otro lanzándole una mirada despreciativa; después se volvió al guardia civil y le dijo:

—¡Amigo!—dándole con una mano en la espalda:

—¡ahora dirás á dónde ibas!

El guardia civil, no respondió.

—¡Hola, hola!—exclamó el bandido, inclinándose á recoger una varita.—¿No has entendido?—y le dió un palo en la mano.

El guardia civil echó adelante sin responder.

—Hablarás, pobrecito,—replicó el bandido agitando de prisa la vara—todos empiezan como tú, y tú acabarás como los otros. Eres de carne y hueso tú también; cuando sientas el aguijón gritarás también tú: ¡descuida!

Diciendo esto, le dió un empujón, para hacerle enfilar el sendero á orillas de un arroyo; anduvieron en línea recta por algun espacio, pasaron después un puentecillo, giraron alrededor de un cerro y empezaron á subir por estrecha senda á un monte abrupto y pedregoso.

El guardia civil oprimido el cuello por las correas de los fusiles, embarazado por llevar las manos atadas, sofocado por el uniforme, chorreando sudor, empezaba á perder el equilibrio, tropezaba en las piedras, caía de rodillas y se levantaba con fatiga, para volver á caer; y los bandidos le pegaban, lo maltrataban, le daban patadas, lo ultrajaban, aullando.

—¡Arriba, cobardel Vosotros cuando nos cojeis nos atais á la cola de vuestros caballos. ¡A cada cual le llega su San Martín!

Arriba, en medio del flanco del monte, se les esperaba. En un sitio donde las rocas eran más riscosas, con hendiduras y precipicios cortados á bisel, con ligerísimos asomos de césped y algunos áridos arbustos; bajo una roca hueca y encorvada á manera de bóveda, se extendía breve pedazo de terreno llano, cercado alrededor por piedras, parte desmoronadas de lo alto, parte—las más pequeñas,—empujadas á fuerza de brazos entre las primeras, de tal manera que formaban una especie de baluarte. La roca servía de techo y de pared á una cabaña de madera que ocupaba la cuarta parte del espacio cercado. En la

fachada interna de las piedras habían sido cavados nichos para encerrar vestidos, y escalones, desde lo alto de los cuales, se veía todo el declive abajo. Se entraba allí por una abertura poco más ancha de un hombre. Fuera no aparecía indicio de lugar habitado; dentro semejaba á la vez cueva, reducto ó cuerpo de guardia. En los nichos se veían vasos, tazas de lata, cazuelas, pan, cuchillos, trajes; de las puntas salientes de las piedras pendían sacos y frascos; en un ángulo había un monton de ceniza y de tizones, y la roca por encima ahumada. Mirando hácia arriba, por delante y detrás, y al lado no se distinguía sino piedras, profundas grietas y masas enormes casi suspendidas en el aire, con algun que otro árbol como copete de yerba.

Debajo, el flanco abierto del monte: más allá, llanura, y lejos, otros montes.

Un hombre de pie sobre el último peldaño de una escalerilla, con los codos apoyados sobre la fábrica y la cara escondida detrás de dos piedras, tras de las cuales miraba como á través de una tronera, estaba esperando la partida. Cuando descubrió al guardia civil, pegó con las manos, en señal de alegría, sobre una de las dos piedras, y se puso á seguir con el ojo atento todos sus pasos acompañando cada golpe que veía darle con un gesto y una blasfemia, como para aumentar la fuerza al que pegaba y el dolor al castigado.

Cuando estuvieron á pocos pasos de él bajó y fue á esperar á la puerta. Llegaron.

El guardia civil, echado dentro de un empellon, cayó en medio del cercado; entraron con furia los otros, jadeando, dando resoplidos, tirando aquí y allí bolsas, sombreros, armas; se sentaron alrededor, sobre las piedras y estuvieron un poco de tiempo silenciosos, para tomar aliento y enjugarse el sudor.

—¡Aquí hay uno!—exclamó el capitán volviéndose hácia el compañero que había salido á recibirlos.

—¡Sano y salvo!—respondió éste. Despues echó una ojeada al prisionero, y viendo que tenia espuelas, preguntó al jefe:

—¿Y el caballo?

—¡No me hables!—respondió el jefe despechado—era menester hacer pedazos esta maldita carabina; he herido al animal en vez de herir al hombre. Y le hizo en pocas palabras la narracion de lo ocurrido.

—No importa—contestó el otro—ha sido un golpe maestro.

Se acercó al guardia civil, le ayudó á levantarse, y despues de haberle mirado la cara con aire de estúpida curiosidad, le quitó de encima el fusil, el capote y el sable; despues el sombrero, lo remiró por encima y por debajo, sonrió y lo arrojó contra una piedra. El guardia civil, abatido, se apoyó á un lado y empezó á mirar á los bandidos con la mirada lenta y grave del enfermo cuyo pensamiento se alarga más allá de la vida.

Los bandidos se pusieron á registrar en su balija.

Eran verdaderamente héroes dignos del sitio y de la ocupación. El que parecía jefe, frisaba en los cuarenta años: bajo de cuerpo, pero fornido; la cabeza grande, hombros subidos hasta las orejas y piernas arqueadas, con dos musculosas pantorrillas; desde la frente á los piés, todo ancho, corto, chato, parecido á un gigante remetido ó embebido dentro de sí mismo y que se hinchaba tanto, cuanto se había acortado; negro, barbudo, bigotudo, cabelludo; de suerte que no se percibía piel sin vello más que en dos dedos de frente y en dos recortes de mejillas y en las palmas de las manos.

De los otros tres, dos parecían hermanos: tenían la misma frente angosta, la misma nariz remangada, los mismos ojos astutos, la misma boca sin labios, corva, en forma de semicírculo, vuelta hacia arriba, y la misma barba aguda y sin pelo; ambos pequeños y nerviosos. Los tres tenían en los ojos ese no sé qué de disimulo, de picaresco, de lúbrico, de fanático, que imprime carácter de monstruosa extravagancia en tales naturalezas, mixtas de superstición y ferocidad, de valor temerario y de despreciable bellaquería. Ni

asomo de esbeltez aparecía en aquellos cuerpos, todos caídos de riñones y encorvados, y en sus movimientos se notaba algo, como en el gesto y en el paso, y hasta en sus ímpetus de ira, algo de la lijereza muelle del tigre.

Llevaban sombrero de catite, altas botas y chaqueta ancha abierta por delante; y entre la chaqueta y los calzones, salía alrededor ahuecándose un asomo de camisa contenida por ancha faja azul. El cuarto bandido, que parecía el más joven, tenía más humano rostro; era también pequeño y barbilampiño, como los dos que parecían hermanos.

—Ahora—dijo el capitán cuando concluyó de registrar la balija—es menester poner arriba los despojos; después comeremos un bocado, y luego.... ¡nos las veremos!—añadió mirando al guardia.

Los dos hermanos se acercaron á éste, y uno le desató los brazos, mientras el otro le tenía puesto el puñal delante del pecho. Los dos brazos desatados, cayeron entumecidos, como brazos de un cadáver.

—Fuera el uniforme—dijo uno de los bandidos.

El guardia civil lo miró y estuvo algunos momentos perplejo, con la frente arrugada y un labio apretado entre los dientes.

El bandido más joven, lo miraba con tristeza.

—Tú—dijo á éste el jefe, que estaba sentado cerca de la puerta—vé á tu puesto.

El joven, como obedeciendo á una orden habitual, subió la escalerilla desde donde uno de los bandidos

había visto venir la compañía: apoyó los codos sobre el parapeto, colocó el rostro entre las dos piedras, y permaneció inmóvil.

—Fuera el uniforme—repitieron los dos bandidos, alzando ámbos á la par la mano.

—Dale una bofetada que le deje los dedos señalados—gritó el jefe.

El guardia civil se estremeció como si le hubiesen punzado en una llaga; después inclinó la cabeza en ademán resignado, y se quitó el uniforme. Los dos bandidos lo cogieron: registraron en los bolsillos, en las mangas, en todas partes: después lo echaron debajo de un camistrajó. Uno de ellos registró todavía al prisionero en los bolsillos de los pantalones, y dijo al capitán:

—¡Nadal!

—¡Maldito sea!—respondió éste—atadlo al hierro.

Los dos verdugos ataron al guardia con las manos enlazadas á la espalda, á un grueso gancho fijo en una de las estacas interiores de la cabaña. El infeliz estaba blanco como la cera, y le chocaban los dientes con el temblor de la fiebre.

Los tres bandidos sacaron de los huecos de la pared algunas provisiones de boca, y se sentaron en tres piedras, empezando á comer y á hablar tranquilamente, con aquella conversacion interrumpida y á medias palabras, propia del que piensa más en lo que come que en otros asuntos de los que preocupan en la existencia.

—¿Has oído la noticia de Casalvecchio?

—¿El negocio de Don Alejo? (1)

—¡Bah, 200 ducados de contribucion!

—¿Pagados?

—Pagados en dinero contante y sonante.

—Y trescientos ducados al Síndico (2).

—¡No está mal! Entre él y su hermano tienen grandes posesiones. A lo largo del Fortore, por espacio de dos millas, todo es de ellos.

—Pero lo mejor ha sido en Biccari: seis caballos, cinco fusiles, mil ducados y ocho sacos de queso, de un solo golpe.—Aquí tiró una cáscara de naranja encima del guardia civil, diciendo:

—¡Eh!

—He oído—replicó otro—que ha sido serio lo de Ceriñola...

—Entre la partida de Salvador Codipietro y los Piamonteses. Fueron cogidos de improviso. Ha sido un espía del alcalde. Siete presos.

—¿Con el jefe?

—No.

—¿Fusilados?

El bandido hizo signos afirmativos.

—¡Por vida de la Virgen!—exclamó el otro, y se volvió hacia el guardia civil:—Has escuchado ¿eh? Pero tomaremos la revancha, no lo dudes. Ha de

(1) En Italia se llama siempre de *Don* á los curas.

(2) El Alcalde.

llegar el día que, de cada árbol del campo, colgarán las tripas de un piamontés (1).

—Al tiempo.

Y tragó un vaso de vino.

—Mira—dijo otro señalando el guardia civil á su compañero—está pensativo.

—¿En qué piensas?—preguntó el jefe chupándose los bigotes.

—¿En tu madre?—volvió á preguntar el primero.

—Dónde la dejaste?

—Veamos.

Y se volvieron los tres á mirarlo. El pobre jóven, de centinela en el parapeto, bajó los ojos, estuvo un poco así y despues los volvió á abrir grandes y húmedos, y miró á lo lejos del lado allá de los montes.

Los tres bandidos se rieron.

—Pero lo mejor, dijo uno—es que no habla...

¿Qué será? .. ¿Soberbia?...

—Modestia—respondió el otro con una risotada.

—Miedo—añadió el capitán.

El guardia civil sacudió la cabeza como para decir que no.

—¿Ah! ¿no?—exclamó el bandido poniéndose de pié; ahora lo veremos.—Y despues á los dos compañeros con mirada resuelta:—Este iba á llevar alguna

(1) El pueblo bajo llamaba á la sazon *piamonteses* á todos los defensores de la unidad de Italia, por ser el pequeño Reino del Piamonte el que comenzó la obra de la unificación.

orden para hacernos cojer en el nido. Hemos perdido tambien demasiado tiempo. Hagámoslo vomitar.

—Hagámosle vomitar—respondieron los otros levantándose.

El guardia civil se estremeció y levantó la cabeza con la actitud del que dice—Estoy preparado.—Los tres bandidos se pusieron delante. Quien hubiese observado en aquel momento al jóven que estaba acechando, lo habria visto temblar como la hoja en el árbol y volverse adentro, poco á poco para no ser descubierta, con la cara blanca de terror. El capitán lo advirtió y le hizo señas con un gesto imperioso de que atendiera á su deber.

—Conque—se apresuró á decir el jefe, volviéndose al guardia civil, con acento que no admitía dilacion—¿de dónde venias?

El prisionero arrugó el entrecejo y se fijó en el bandido con mirada profunda que anunciaba una voluntad más resuelta que la suya, y no respondió.

El bandido, sin decir más, le dió un puñetazo tan fuerte bajo la barba, que se oyó un crujido como si le hubiese roto los dientes.

—¿Responderás ahora?

El guardia bajó la cabeza, y dejó correr la sangre que le llenaba la boca; despues levantando los ojos á la cara del bandido, con expresión de imperturbable altivez hizo signos negativos.

El bandido se mordió los labios y cambió una sonrisa forzada con sus compañeros; despues, con toda

calma, metió la mano en el bolsillo, sacó una navaja, la abrió, desgarró la camisa del guardia y le puso la punta de la hoja bajo la nuez... La víctima hizo un movimiento convulso como si la hoja estuviese ya dentro.

—No haya miedo,—murmuró el bandido; é hizo escurrir el cuchillo, lenta y ligeramente, desde el cuello hasta la cintura, como habría hecho sobre una mesa para trazar una línea. Sobre el pecho del desgraciado, apareció una larga lista roja, semejante á ligera cortadura de una navaja de afeitar, que pronto se borró bajo las gotas de sangre que brotaron; y las gotas se deslizaron hácia abajo como lágrimas, destilando por dentro y por encima de la ropa, hasta el suelo.

—¡Ah, ah!—gritó con voz brutal el jefe:—lo empiezas á ver, ¿eh?

—¡Mira, mira como corre!—repuso el otro.

El bandido joven á que antes aludimos se cubrió la cara con las manos.

—¿Hablas ahora?—volvió á preguntar el jefe.

El guardia civil, miró correr la sangre; después levantó la cabeza, fijó los ojos en la cara del bandido, y con la misma expresion de la primera vez hizo signo negativo.

Los tres asesinos se miraron á la cara con más aire de asombro que de ira.

—Pero ¿quieres, pues, morir, imbécil?—gruñó el capitán, poniendo su cara frente á la del guardia, de

manera que casi la tocaba, y amenazándole con el puño cerrado junto á la mejilla.—¿No ves que estas aquí en nuestras manos, solo, y que te podemos reventar como á un perro? ¿Qué esperas? ¿Que vengan á librarte? ¡Dí alguna cosa! ¡Haz oír tu voz! ¡Echa fuera alguna palabra al ménos!

El guardia permaneció mudo é inmóvil.

Presa de un acceso de rabia, uno de los bandidos levantó el cuchillo; pero el capitán le detuvo el brazo, diciendo:

—El cuchillo nó—y agarró un fusil.—Es menester probar con esto—y levantada el arma del suelo, le golpeó con la culata de la misma los piés, con tanta fuerza que los huesos crugieron; el desgraciado lanzó un agudísimo lamento y se contrajo todo como presa de la epilepsia. Mas, casi en el mismo instante, sacando fuerzas del dolor, golpeó el pie ofendido en tierra, levantó la cabeza y gritó con un rugido.

—¡Nó!—Los tres bandidos á la par lo agarraron por el cuello y estaban para hacerle saltar los ojos de la cara; cuando el joven que hacía de centinela, resuelto y con la audacia del horror que no podía vencer, gritó con voz y rostro de demente:

—¡Eh! ¡Matadlo de una vez, por Dios! Pegadle un tiro en la cabeza. ¿De qué sirve hacerle padecer tanto?

Los tres bandidos, sorprendidos más de la audacia que de sus palabras, se volvieron á mirarlo con ade-

man de asombro; pero fué un asombro pasajero. El jefe se arrojó sobre el temerario jóven, y con un puñetazo en la nuca le golpeó la cabeza sobre las piedras. El jóven aturdido, volvió á tomar, sin decir palabra, la actitud del principio; pero en el mismo instante en que miraba abajo, por el flanco del monte, hizo un ligero movimiento de sorpresa, se echó más adelante y quedó inmóvil, con los ojos fijos.

El jefe de los bandidos, no lo advirtió y volvió hácia la víctima. Estaba lívido, le rechinaban los dientes y temblaba; sus mismos compañeros lo miraban con espanto. Puso una de sus grandes manos sobre la cabeza del guardia civil, alzó la otra con el índice derecho en actitud de amenaza, y mirándolo desoslayo con los ojos inyectados en sangre, murmuró con voz ahogada:

—Oye... En mal hora has tenido la idea de burlarte de mí... Tú no sabes quién soy yo... Yo he hecho erizarse el cabello á gentes que tenían más hígados que tú... Tú no tienes idea de lo que soy capaz de hacerte sufrir... Soy capaz de darte de puñaladas hasta mañana, sin quitarte la vida... reduciéndote á que no conserves figura humana... de saltarte los ojos de la cara... ¿Sabes lo que ha sucedido á los otros?... ¡No me pongas á prueba!.. Dí lo que sepas, ántes de que se me suba la sangre á la cabeza...

Al pronunciar la última palabra, le quitó la mano de la cabeza, se la miró; en la mano tenía un puñado de cabellos. Despechado, le tiró á la cara aquella ma-

raña de pelo, parte de la cual se quedó adherida á la boca, aún sanguinolenta, del guardia.

Éste, por librarse del asco, escupió.

Los bandidos tomaron aquel acto como un desprecio, y no se contuvieron más.

Lanzando los tres un aullido de rabia, inclinando la cabeza, torciendo los ojos, se abalanzaron encima como tres fieras, y empezaron con las puntas de los puñales, con las uñas, con los dientes, con las rodillas, con los piés, á torturarlo, precipitadamente y en silencio; ora uno, ora otro, parando un momento para tomar aliento, y diciéndose los unos á los otros:

—¡Poco á poco! con objeto de procurar no matarlo,—y machacaban, herían, mordían, y caían en tierra gotas de sangre, pedazos de camisa, mechones de cabellos; y no se oía más que la respiración agitada de los tres verdugos, y el ruido de los puñales que chocaban, y el quejido comprimido de la heroica víctima, del héroe mártir; estaban ciegos, ébrios, embrutecidos: no parecían ya tres hombres, si no un monstruo de tres cuerpos enroscado á un hombre; presentaban el aspecto de todo lo que puede haber junto de espantoso: ¡la demencia, la vileza, la ferocidad!

—¡No le mateis todavía!—empezó á gritar el jóven con grande afán, volviendo y revolviéndose rápidamente, ora hácia los bandidos, ora hácia el campo, y levantando poco á poco la voz, como si quisiera cubrir un rumor que se acercaba.—¡No lo mateis.

todavía! ¡Esperad! ¡Lo dirá todo! ¡Si lo matais, no sabreis nada! Ha hecho señas de que quiere hablar. Despues lo matareis. Yo le daré una puñalada en el corazon si vosotros no quereis dársela. Guardad los puñales. Pegadle solamente con el puño. ¿No veis que se muere?

Sin dejar de gritar, echó una ojeada fuera, cerca, al pié del baluarte: despues saltó en medio del cercado, y mudando de un golpe cara y entonacion de voz, gritó con acento de inexplicable desprecio:

—¡Ah! ¡Tunantes! ¡Tres contra un moribundo!

—¡Maldicion!—gritó el jefe de los bandidos, lanzándose con el puñal alzado contra él.

—¡Es tarde!—respondió éste con un estremecimiento de alegría; y señalando la puerta gritó:

—¡Miral!

En el mismo instante en que los otros dos bandidos advertidos por las palabras del jóven, echaban precipitadamente y con rabia un amplio capote sobre la víctima, y mientras el jefe agarraba el fusil para arrojarle contra el enemigo misterioso que avanzaba, se oyó un estrépito de armas, de pasos, de voces; brillaron bayonetas y cañones de fusil delante de la puerta, sobre la fábrica, sobre lo alto de la roca; y se precipitó dentro una muchedumbre de guardias civiles, que en un relámpago rodeó, oprimió, desarmó y tiró á tierra cuanto encontró en el recinto.

Siguieron algunos momentos de silencio, durante

los cuales no se oía más que la respiracion fuerte y frecuente de los guardias civiles afanados.

—¡Socorred al moribundo!—gritó de pronto el jóven bandido, que estaba arrodillado delante de ellos, como los otros, con las manos apoyadas en el suelo, bajo la bayoneta de un guardia civil.

—¡Qué moribundo!—preguntó el capitan adelantándose lleno de polvo y jadeante.

—¡Allí, en el rincon!—respondió el jóven señalando.

Todos se volvieron á mirar: ninguno comprendia nada.

—¡Bajo el capote!—repitió el bandido.

El capitan, seguido de las miradas de todos, se aproximó, agarró el capote y lo tiró al suelo. Un grito general de espanto resonó á la vista de aquel horrible espectáculo. El infeliz prisionero, arrodillado en tierra, con los brazos atrás y la cabeza colgando sobre el pecho, estaba lívido y cubierto de llagas y sangre, que parecia desollado y hacia esfuerzos por levantar la cabeza.

—Desatadlo al momento!—gritó el capitan. Dadle de beber!

Tres guardias civiles acudieron, lo desataron, lo sentaron y empezaron á examinar las heridas: los otros, ciegos de ira, golpeaban á los bandidos con la culata de los fusiles.

—¡Abajo las armas!—gritó el capitan.—Y despues, volviéndose hácia el bandido jóven:

—¡Habla tú!

El guardia civil que lo sujetaba, le permitió ponerse de pie.

—¿Cuándo fué preso ese hombre?—preguntó el capitán—dí la verdad antes de morir.

—Ese hombre—empezó el joven con voz agitada, temblando aun de horror y de espanto,—ese guardia civil... lo han cojido esta mañana... lo han conducido aquí... lo han atado... querían que hablase... él no quería... no habló... se le subieron encima... ¡yo lo he visto! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Pero tú quién eres?—gritó el capitán arrancándole el sombrero.

Todos se volvieron y exclamaron:

—¡Una mujer!

—¡Sí!—gritó ésta como una insensata—soy una mujer... me han secuestrado... hace quince días... me pusieron el cuchillo en el cuello... me han llevado con ellos... Pero yo no me he manchado las manos de sangre, ¡no! ¡Lo juro! ¡Los acompañaba solamente porque no me mataran! Soy de San Severo... soy una pobre aldeana.

—¿Por qué no has tirado un tiro en la cabeza á uno de ellos?

—No he tenido valor... me habrían puesto en el suplicio... ¡Es preciso ver lo que hacen!... He creído volverme loca. Si hubiéseis visto... Pero él (y señalaba el herido), él ha sido un Dios... lo ha sufrido todo... ¡no ha dicho una palabra! ¡ni una palabra!

—¡Arrastrad esos bellacos á los piés de su víctima!—exclamó el capitán.

Los guardias civiles arrastraron á los tres bandidos delante del herido á quien le habia sido vendada la cabeza con un pañuelo que casi le cubria la cara.

—¡Estoy yo aquí!—gritó el capitán, inclinándose: hácia el infeliz, que empezaba á dar señales de vida—¡Estás salvado! ¡Estás en medio de todos tus compañeros! ¡Ten valor! ¡Mira! ¡Tus asesinos están arrodillados delante de tí!

El guardia civil levantó lentamente la cabeza y se estremeció. Despues extendió una mano, la colocó sobre la cabeza del jefe de los bandidos, la retiró, sonrió con la boca ensangrentada, echó la cabeza adelante y le escupió sobre la faz.

—¿Qué es esto?—preguntó el capitán, recogiendo una cosa blanca y blanda que le habia parecido ver caer de la boca al desgraciado.

—La... respuesta... para... el coronel...—contestó el herido con un hilo de voz.

—¿Al coronel de San Severo? ¡Mi respuesta! ¿La que yo te he dado esta mañana?

El guardia hizo señales afirmativas.

El capitán se arrojó sobre él, le puso un brazo alrededor del cuello y lo besó en la frente; despues se levantó y gritó á sus soldados:

—¡Inclináos delante de este valiente, muchachos. Llevaba al coronel mi carta que avisaba nuestra marcha, la hora y el sitio adonde íbamos; si los bandidos

la lesan, se salvaban; se la metió en la boca y no habló por no hacerse traicion y sufrió el tormento en silencio! ¡Es un héroe! ¡Es un mártir! ¡Es un alma grande!

—¡Sí!—gritaron todos los guardias, con voz que salía de lo más profundo del corazón.

—¡Besadle los pies, bellacos!—gritó el capitán á los bandidos.

Uno tras otro, arrastrándose por el suelo como reptiles besaron los pies del herido.

—¡Capitan!—gritó entonces la mujer, mirándolo con ojos de loca:—Yo pude dar la señal, cuando vosotros veniais... No la dí... Os dejé llegar... Hacedme un favor en compensacion... Yo soy una mujer perdida. Yo no puedo volver á mi casa ya... ¡Hacedme fusilar con ellos!

—¡Nó!—Gritó con un supremo esfuerzo el herido. Todos se volvieron.

—Nó—continuó el infeliz con voz ronca, extendiendo una mano sangrienta hacía la mujer,—todavía puede hacer una obra de misericordia...

—¿Cuál? ¡Decid, Dios mío! Le pido por caridad!—gritó la mujer, arrojándose á sus pies con las manos juntas.

—...Acompañarme—murmuró el infeliz.

—¿A dónde?—preguntó la mujer.

—¡Por todas partes!

Todos se miraron asombrados.

—¿Qué quereis decir?—volvió á preguntar la mujer.

—No lo habeis visto todo... mis heridas—respondió el guardia civil.—¡Mirad!

Y levantó el pañuelo que le cubria la frente.

Todos se acercaron con ansiedad, miraron y lanzaron un grito desgarrador de horror y de lástima. ¡El desventurado estaba ciego!

—¡A la muerte!—aullaron entonces los guardias golpeando á los bandidos con los fusiles y á patadas.—¡A la muerte!

La voz del capitán no bastaba á dominar el tumulto; los guardias civiles se precipitaron fuera, arrastrando á los asesinos.

* * *

—¿Hareis... esta obra... de misericordia?—preguntó el herido á la mujer cuando quedaron solos.

—Esta alzó los ojos al cielo y dijo:—¡Mi vida es vuestra!

Entonces se estrecharon las manos, y una atronadora descarga, que estalló allí abajo en el valle, pareció saludar el nobilísimo pacto, que une desde hace diez años la mujer piadosa al héroe!





EL DIA MAS FELIZ DE LA VIDA

NADIE ha dejado de experimentar en el mundo, aquella especie de tédio fatigoso y casi melancólico que inspira una gran ciudad, cuando se la contempla desde la altura de una colina, luego de puesto el sol, y cuando parece que se vé á través de un velo de niebla, presentando el aspecto de blanquecina mancha que se vá borrando poco á poco en el oscuro fondo del valle.

Aquella multitud de edificios de todas formas y dimensiones, reunidos, aglomerados, que parece se oprimen, se meten unos dentro de otros, como si se disputaran el aire y la luz; y todas aquellas ventanas, que, vistas de lejos, semejan agujeros, y las calles que parecen estrechas rendijas y las gentes hormigas...; ¡qué espectáculo tan mezquino y enfadoso presenta todo ello á nuestros ojos, en comparacion al que divisamos si los volvemos en torno á estos hermosos co-

llados, á esta frondosa verdura, á este despejado horizonte! Aquí se vive, aquí se siente palpar tranquilas las artérias y funcionan todas las potencias vitales con suave desembarazo. Pero allá abajo, Dios mío, allá dentro, en aquel hormiguero, en aquella atmósfera pesada, en medio de aquel estrépito, ¿cómo se ha de vivir? ¿cómo se ha de respirar? ¿cómo puede estar allí toda aquella gente? ¿Y tendré que volver á encierro? ¡Oh! ¡si tuviese al ménos una quinta, si fuese mía aquella que se vé allá arriba en la cumbre de aquel monte, ó aquella otra al pié de la colina, ó aquella de más allá, aquella más pequeña, sobre aquel montecillo, con su corona de cipreses!... Con eso me contentaría, y viviría allí, solo, tranquilo, leyendo, estudiando, acordándome apenas de la ciudad como de país lejano y desconocido... ¡Qué grata existencia gozaría! ¡qué serenidad! ¡qué sosiego! ¡Oh, si yo tuviese una quinta!

Eso sentimos y pensamos algunas veces y solemos concluir con esta exclamación:—¡Ah, qué mundo este!

Era tan amena y solitaria, como nos la finje el deseo, una quinta, que ví hace pocos años cerca de Valdieri, en la cumbre de una hermosísima colina, y en los confines de los bosques reservados para las cacerías del rey. Aquel collado es la última altura de una cadena cortada por dos estrechos barrancos que vienen á unirse á sus piés. Allí hay un puente; á la otra parte de los barrancos unas cuantas casitas y una iglesia de aldea. A lo largo de aquellos riachuelos

yacen esparcidas algunas chozas, y alrededor se levantan altísimas montañas pobladas de abetos, nogales y castaños, todos gigantescos. Esas montañas son en la falda verdosas, de un verde oscuro, pero allá arriba, donde apenas llega la mirada, toman tintas azuladas. El collado, el valle, la sierra, todo está desierto y tranquilo. La presencia de aquellas cumbres colosales, imponen á la naturaleza una especie de recogimiento solemne y pavoroso.

El camino del puente trepa por la colina, pasa por la quinta y sigue adelante. La quinta es una casita de color rojizo, con piso alto y de graciosa forma. A un lado está la vivienda de los labradores, al otro, un grande emparrado de forma cuadrada, cerrado en la parte del camino por rústica verja. Entre el camino y la casa está el terreno cubierto de yerba, formando como pequeño prado, rodeado de alto seto y sombreado por cuatro corpulentos castaños, que entrelazan sus ramas. Las ventanas y las puertas se hallan siempre cerradas. Al pasar por allí se oye algunas veces por las ventanas del piso bajo á un hombre que lee en voz alta, pero por lo comun reina profundo silencio. Aquella casita solitaria, medio escondida entre los árboles, cerrada, tranquila, parece decir á los que pasan por delante: ¡chiton!

Pero hubo un día, hace diez años, en que se vió extrañamente trasformada. Desde la mañana, muy temprano, estaban las ventanas abiertas y adornadas con guirnaldas de campesinas flores. En la ventana

central ondeaba una bandera tricolor, y otras cuatro más pequeñas en los ángulos del emparrado. Muchos farolillos de papel de color, de los que en las iluminaciones se emplean, colgaban de las ramas de los cuatro castaños. En el reducido prado, á lo largo del seto, había mesas, sillas y taburetes, y en la carretera, delante de la puerta, miraba con la boca abierta un tropel de muchachos de aquellos alrededores.

¿Por qué todo este aparato?

Aguardad un momento; importa conocer primero al amo de casa: está allá, bajo el emparrado, sentado delante de una mesa, y escribe. Temprano se ha levantado, como veis: no son aun las seis de la mañana.

No ha perdido los hábitos de la milicia. Era coronel; ahora está *retirado*, y pasa aquí, en la quietud de su quinta, los pocos años que le quedan de vida, porque es viejo, casi octogenario, y está muy acabado. Figuraos si el pobre habrá tenido vida atormentada: ¡de soldado á coronel!

Pero, miradlo bien; no es uno de aquellos obligados coroneles retirados que se ven en las comedias, todos cortados por el mismo patron, con el bigote cerdoso, el entrecejo fruncido, la voz acatarrada. No; es hombre apacible, tranquilo, de una alegría serena y siempre igual, como la tienen pocas veces los viejos, aquellos únicamente en quienes al contento natural del ánimo, se une el que nace de más profundo manantial, de una juventud ordenada y una virili-

dad laboriosa y honesta; satisfaccion que aumenta con los años, hasta convertirse para algunos en alegría casi infantil, y el coronel es uno de esos. Tiene modales y ademanes prontos y francos, como de jóven, y conversacion viva y llena de ingénua afabilidad. Los niños se hacen en seguida amigos suyos, y sin más ceremonia, alargan las manecitas para cojerle y tirarle de los bigotes, y las muchachas que vienen por la noche á hacer corro á la puerta, gozan y se divierten al escucharle, cuando él, señalando con el dedo á una, y despues á otra y á otra, con aire melodramático dice que sabe grandes secretos, y que hablará.

Y es un viejecito muy limpio y aseado, de muy buen ver, y sus cabellos blancos, sueltos en largos mechones, sientan muy bien á su frente bronceada. Tiene los ojos grandes y de suave mirar, y cuando rie enseña dos filas de dientes blancos, que, en su tiempo, morderian sin mucho trabajo los cartuchos.

Ha concluido de escribir, mira en torno, y llama:

—¡César!

—Aquí estoy,—responde una voz fuera del emparrado.

Un mozo de unos veintiseis años, vestido de gala, con un chaleco ramcado y una pomposa corbata de colorines, bien peinado, lucido y almibarado, viene á plantarse delante del coronel. Es un labriego, mas no tiene aspecto de tal, y parece sério y taciturno, pero cuando sonríc, su semblante se transforma, se

ilumina y no es el mismo de antes: es un gallardo mancebo.

—¡Buenos días, señor coronel!

El coronel lo mira y torna á mirarlo de piés á cabeza, y luego le devuelve el saludo.

Y despues lo mira de nuevo sonriendo:

—¿Cómo has dormido esta noche?

—...¡Mal!

—Pero... por última vez.

—¡Oh, sí!—respondió el jóven con una sonrisa y un suspiro.

—Luego... ¿has encontrado los compañeros?

—Los he encontrado; pero he tenido que rodar mucho. He reunido una quincena. No he podido verlos á todos: algunos estaban fuera de casa; pero dejé el recado, y vendrán. Y encontré cuatro ó cinco que no lo querían creer.—Pero, ¡si nosotros no conocemos al señor coronel! ¿Cómo es posible que le haya ocurrido tal idea? preguntaban.—¿Qué os he de decir? les contestaba.—Le ha ocurrido porque es un hombre de corazon; por eso. Y no lo querían comprender aún, y decían:—¡Quiá, pero si es una cosa que no se ha visto nunca!—Ya lo sé que nunca se ha visto, pero ahora lo vereis. Y tenía que explicarles que su merced es coronel, que me estima algo, por su bondad, que he sido soldado, que tengo que casarme hoy, y que ha tenido la amabilidad de convidar á todos los mozos del contorno que han servido al rey, porque aprecia á los soldados, y de vez en cuando le

place verse entre ellos, porque entonces se figura hallarse en medio de su regimiento; y aún les dije mucho más. Y una vez convencidos, brincaban de gusto, y no acababan de darme gracias.—¡Si tuviéramos coroneles de estos todos los días! exclamaban... Los he convocado para las cuatro de la tarde.

—Bien... ¿y te acordaste de decirles que vinieran con uniforme militar?

—Se lo dije.

—¿Y qué contestaron?

—Rieron, pero ofreciéronme que vendrían como quisiera su merced. Algunos no tenían todas las prendas. Ponéos lo que tengais, les he dicho.

—Claro es. Luego... Oyeme ahora; siéntate.

El muchacho se sentó.

—En estos tres días, desde que has venido, no he podido pillarte una hora sólo, así como te tengo ahora, para que me cuentes, punto por punto, todo lo que ha pasado en este negocio... que hoy tiene que ultimarse. Por las cartas he comprendido algo; pero no todo: quisiera saber las cosas bien claras. Ahora que estás tranquilo y sosegado un momento, cuéntamelo todo. Antes de las ocho no has de verla; ahora duerme, supongo que estará cansada de ayer, y despues pasará algún rato antes de estar vestida para ir... veamos, pues; y descúbreme el corazon: lo que es ella, ya sabes que no se te escapará...

El jóven sonrió, se pasó dos ó tres veces las manos sobre las rodillas, púsose sério, despues volvió á

sonreír; y por último, comenzó á hablar. El coronel apoyó el codo en la mesa y la barba en la mano, diciendo:

—Oigamos esas extraordinarias aventuras.

—Le diré lo que ha pasado, señor coronel; yo se lo contaré todo, y si lo hago mal, tenga la bondad de dispensarme.—Estábamos de guarnición en Savillano dos batallones de cazadores, hácia fines del cincuenta y ocho, como sabe V. La ciudad no es fea, la gente buena para el soldado, había poco que hacer, yo estaba á gusto, y el tiempo pasaba que volaba, con dinero en el bolsillo, porque de casa me mandaban algo; los días que no estaba de servicio, apenas comía el rancho, iba á completarlo con una buena ensalada de lechuga en la cantina, y salía del cuartel más contento que unas pascuas. Los jefes hacían la vista gorda; yo llevaba un plumero así de largo, la ropa arreglada á mi medida, y no tenía mala facha. A aquellas horas de salida paseaba la ciudad de arriba á abajo, con cuatro ó cinco camaradas, casi siempre los mismos, ó íbamos á dar una vuelta por la huerta ó á echar un trago. Al salir del cuartel, llevaba casi siempre una rebanada de pan en la faldriquera, y la daba á uno de los pobres que estaban á la puerta, y las más veces á un chiquillo, que despues le diré quién era. Y lo pasábamos bien, yo lo creo: y no teníamos que quejarnos de nadie ni de nada... ¡Ah! oiga ahora, señor coronel. Una hermosa tarde... ¡quién podría pensar que de cosas tan pequeñas...

Aún me parece imposible... Cierta tarde salgo sólo del cuartel, y me dirijo al acostumbrado paseo, serían las cinco. Tenía que pasar por una calle, donde estaban obrando y hallábase llena de montones de tierra y escombros, maderas y materiales, y albañiles que trabajaban. Al llegar al punto donde comenzaban los estorbos, veo un pobre que daba lástima, viejo, ciego, que cayendo y tropezando quería pasar y no podía. La gente miraba y no se movía.—Acompáñalo tú,—dijo una mujer, desde una ventana, á un muchachuelo; el muchachuelo se encogió de hombros.—Pero ¿no habrá nadie que tenga un poco de caridad para ese pobre desgraciado? preguntó la mujer.—Aquí estoy yo, contesté; y sin añadir palabra, tomé del brazo al viejo, y poco á poco, apartando las piedras, señalándole dónde tenía que poner el pie, paso á paso, con santa paciencia, lo saqué del atolladero y lo puse otra vez en camino llano.

Entónces el viejo dióme las gracias, me palpó para ver quién era, y al tocar el penacho, exclamó contentísimo:

—¡Ah, es un cazador! ¡Bravo cazador!—y se marchó.

En aquel momento, levanto los ojos y veo en una ventana una muchacha que estaba mirándome. Apenas me vió, entróse dentro; pero la había sorprendido mirándome con aire muy cariñoso, con la cabeza un poco inclinada á un lado, como si dijese:—¡Oh, qué buen muchacho!—¡Oh, qué muchacha tan bu-

31043

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIT
ALFONSO 12138
1525 MONTERREY, MEXICO

na! pensé yo, así que la ví. ¿No es verdad, señor coronel, que hay semblantes que nos hacen pensar así, que apenas los ha visto uno le inspiran cariño? ¡Qué se yo! parecen personas de casa, y hacen el efecto de haberlas conocido otra vez. Pero, entonces no hice caso de esto, y seguí mi camino. Recuerdo que era un día muy hermoso y que hacía un fresco que daba gusto, y toda la gente parecía contenta, y no sé cómo, pero de pronto, parecióme que yo estaba contento también.

Oiga ahora lo que me sucedió una semana después: había fiesta en una ermita cercana de la ciudad: yo fui con dos camaradas, asistía muchísima gente. Al anochecer, cuando todos volvían, en un punto donde el camino hace un gran rodeo, uno de los camaradas, dijo:—¿Tornamos por el atajo?—Bueno—respondimos. Había que saltar un foso ancho de cuatro metros por lo menos. La gente hizo sitio, el primero tomó carrera, dió un salto y fué á caer tan junto á la otra orilla, que si se retrasa un palmo cae dentro de la zanja. El segundo saltó también, pero tocó tierra con las rodillas. Salté yo, y plantéme á la otra parte un paso más adelante que los otros, quedándome allí tan tieso como un huso.—¡Bravo! ¡bien! valiente muchacho, dijeron por todas partes. Volvíme, y en medio de todos aquellos rostros que miraban, ví de nuevo aquella carita, la de la muchacha, algo inclinada á un lado y que sonreía lo mismo, exactamente, que la primera vez. Entonces sentí no se qué... y el caso es

que no la había podido ver bien, porque estaba medio escondida entre la gente. En toda aquella noche y la siguiente mañana no me la pude quitar de la cabeza.—¿Qué le pasa al número 7, que está tan embobado? gritaba el sargento en la plaza de armas. Ahora mismo lo encierro.—Aquella frase *lo encierro*, hízome temblar. Nunca había temido tanto permanecer recluso en el cuartel, y durante todo aquel día anduve más listo y ligero que el primer soldado del batallón. A la hora de costumbre salgo, y casi sin advertirlo, paso á paso, me vuelvo á encontrar en aquella calle. Casi tenía miedo de pasar adelante. Caminaba con tanto embarazo como si llevase enaguas. A cierta distancia, veo salir muchas jóvenes de aquella casa, me detengo, observo, y comprendo que debía ser una costurera. Tres ó cuatro se detienen en medio de la calle, y miran riendo á la puerta, como si aguardasen á alguien que no quería salir. Finalmente, sale otra muchacha. Era ella. Sale de prisa, y echa á andar calle abajo por la acera donde yo estaba, rozando la pared, con la cabeza baja, como si tuviese vergüenza. Las demás chicas la miraban y reían. Figuróseme que reían del modo como iba vestida: parecióme una pobre, y las otras, señoritas. Caminaba á pasos cortos, quizás porque no se le viesan los zapatos, pues noté que los llevaba rozados y rotos por la punta, y tenía la cara casi cubierta con el pañuelo que llevaba á la cabeza y que sujetaba bajo la barba, con su manecita delgada y pálida. Vino hacia mí y pasó

por mi lado, apresurando aun más el paso. Cuando me vió, púsose encendida como la grana. El corazón se me oprimió, y me dió tanta lástima aquella pobre joven, que no sé cómo, se me ocurrió una idea... Tenía que pasar entre la pared y yo; había en el suelo un gran pedrusco, me incliné, lo cojí, lo arrojé en medio de la calle, di un paso atrás, y ella, pasando por delante de mí, como una flecha, me miró y me dijo:—Gracias.—Yo quedé allí aturdido, mirándola mientras se alejaba. De pronto siento reír detrás de mí. Me vuelvo, y veo un joven, un señorito, que iba de prisa detrás de la muchacha mirando al suelo. No había más gente en la calle: se había reído de mí. Le seguí con los ojos, no se volvió, no me miró, pasó adelante; pero yo quedé allí como si me hubiesen dado un garrotazo en la cabeza. Tenía mala cara aquel caballero; le resplandecían los ojos de una manera, que casi daba miedo. Pasé muy malos ratos aquel día, señor coronel: ¿qué quiere su merced? yo no había sentido jamás afecto semejante... ni sabía tan siquiera lo que me pasaba. Hubiera querido que hubiese guerras, que ocurriese un incendio, ó cualquiera otra cosa bien terrible, para poderme arrojar en medio de ello como un desesperado. Al día siguiente, volví á pasar por allí, y de nuevo encontré aquel caballero. Apenas me vió, fué á plantarse delante de la puerta de las costureras. Púseme á observarlo de lejos. Las muchachas salieron y se detuvieron en la calle. Salió ella la última, rieron las otras, acercósele el caballerete para hablarle,

volvióle ella las espaldas y apretó el paso. Cuando estuve cerca noté que lloraba. Me miró como el primer día, pasando de prisa; dió la vuelta á la primer esquina, y el señorito detrás.—Esta vez quiero ver yo también lo que pasa, dije en mi interior, y la seguí de lejos. Volviendo y revolviendo por aquellos callejones estrechos y tortuosos, la joven llegó por último á la calle que corre por detrás del hospital militar, donde vivía. Metióse por una puerta, y dejó á su perseguidor, mohino y confuso, con un pié en el umbral, el otro en el primer escalon de la escalerilla, y la cara mirando hacia arriba. Un minuto despues entreabrió una ventanita del cuarto piso, miró abajo, y desapareció. La mismísima escena se repitió siete ú ocho días. El me miraba siempre muy airado, y ella con semblante dulce y cariñoso. El continuaba siguiéndola, como la sombra al cuerpo; ella continuaba escapándosele, y yo los observaba á ella y á él.

Mientras tanto, en la calle de las costureras, la gente ya estaba sobre aviso y cuando yo iba sentía que me abrasaba el rostro la vergüenza, porque, ya lo sabe, señor coronel, cuando se vé á un soldado que mira á una muchacha, no se cree que puede ser mas que con cierta idea, y la muchacha pierde la reputación, y á mí me afligía pensarlo; y le digo, bajo palabra de honor, que no se me ocurrió tal pensamiento... pero ¿cómo dejar de ir á aquella calle? Si no iba, imaginábame que debía suceder algo, y estaba siempre alarmado y temeroso; de modo, que no había

más remedio que ir allá. Ahora verá lo que ocurrió. Conocía de vista á un mal sujeto, un mocito que podía tener veintitres ó veinticuatro años, ocioso, borrachín, vigilado por la policía, y lo conocía porque había tenido que ver con él una noche, patrullando por la ciudad. Pues bien, cierto día... no olvidaré nunca la sorpresa y el disgusto que experimenté... cierto día encuentro á aquel sujeto llevando del brazo á la muchacha. Sentí que las piernas me temblaban, y por un momento no ví ni pensé nada. Desde aquel día, durante una semana, no ví más á la muchacha sola; aquel mocito la acompañaba por la mañana, y él mismo iba á buscarla por la tarde. Pronto se fijó en mí, y comenzó á mirarme con ojos de basilisco. Yo no lo miraba. Todos los días, allí donde nos encontrábamos, estuviese ó no estuviese el caballero de marras, y lo notase ó no lo notase el jóven que la acompañaba, dirigiame ella una mirada, una sola, siempre igual, siempre como la del primer día, y esto me daba gran fuerza y mucho valor. Pero quién será ese? me preguntaba; y ahora verá por qué curioso caso logré saber quién era.

Un día, juntamente con la rebanada de pan, ocurrióseme regalar al chico á quien daba limosna, una corbata vieja de uniforme, que no sé por qué, había agujereado con unas tijeras á los dos extremos. Dos días después, ví al compañero de la muchacha con aquella corbata puesta. Lo miro bien á la cara, comparo las dos fisonomías, me parece que él y el chi-

quillo se semejan mucho, y me ocurre la sospecha de que sean hermanos. Al día siguiente llamo al chico aparte, y le pregunto:—Dime, ¿te comes tú todo este pan, ó le das también á tu hermano?—Le doy á mi hermana, me contesta.—¿Tienes también una hermana?—Una hermana y un hermano.—¿Qué hace tu hermana?—Es costurera.—¿Y tu hermano? Meditó un momento, y después contestó:—Nada.—Es él, pensé, y en efecto, continuando el interrogatorio, me enteré de todo. Supe que la muchacha se llamaba Luisa que contaba diez y siete años, que no tenían padre ni madre, ni otros parientes; hacía cerca de dos años que la pobre chica trabajaba noche y día para ganarse la vida y dar algunos cuartos á su hermano, que iba á gastarlos á la taberna, y volvía á casa borracho, y la maltrataba y la hacía llorar.—Muchas veces, me dijo entre otras cosas el chico, vuelve á casa á las dos ó las tres de la madrugada, y mi hermana está trabajando aún, y á esa hora trae consigo á sus compinches, y se ponen todos á cantar y á bailar, y entonces ella se sale del cuarto y se queda dormida en la escalera, con la costura en la mano. Si no me puse á llorar allí, en su presencia, fué porque hice un esfuerzo; pero no pude contenerme cuando me ví sólo. Desde aquel día dí al chico todo mi pan, ahorré todo el dinerillo que pude y se lo dí también: parecíame que aquello era una obligación; y lo hacía, no sólo por el gusto que tenía en ello, sino por conciencia; tenía valor bastante para seguir así eterna-

mente, tanta era la compasión que me daba aquella pobre desgraciada, sola, sin defensa, y reducida á comer pan sólo, y eso á fuerza de trabajar. ¡Oh! señor coronel, si supiese su merced lo que experimentaba yo de noche, á las dos, á las tres de la madrugada, cuando pasaba por detrás del hospital con la patrulla, y veía allá arriba, en el cuarto piso, aquella ventanita iluminada, y pensaba que en aquel momento estaba allí cosiendo, cansada, traspasada de frío, quizás sin haber comido, quizás sin haber cenado...

Oiga ahora como me dí á conocer. Fué toda una aventura. Una mañana, el chico vino á decirme que su hermana le habia preguntado quién era el soldado que le daba el pan y los cuartos. ¡Mire qué casualidad! Habia sido promovido á cabo el día anterior, y me habia puesto los galones aquel mismo día. Por eso me ocurrió decirle:—Dile á tu hermana, que el soldado que te dá el pan, es uno que se ha puesto hoy los galones por primera vez.—Por la tarde, salgo, palpítandome el corazón, la encuentro, me mira, se pone colorada, despues rie y se cubre la cara con el pañuelo. Créalo, señor coronel, no he tenido nunca alegría como aquella. Casi tuve miedo de perder la cabeza.

Aquí César dió un gran suspiro.—Adelante, le dijo el coronel, y continuó así:

—Pero estaban destinadas á durar poco mis alegrías. Una mañana, yendo por la plaza de Armas con mi batallón, veo de lejos, en el fondo de un callejón,

dos personas... dos personas que no hubiera querido ver nunca juntas, aquel señorito y el hermano de Luisa, que estaban en gran conversacion. Milagro fué que no me cayese el fusil de la mano. Ya puede figurarse su merced lo que sospeché, y no me podia engañar, porque la manera como aquel jóven iba detrás de la muchacha, que parecia decir "seguro estoy del triunfo," no se prestaba á equivocacion alguna; y despues, el hermano era un sugeto de pésima calaña, capaz de todas las villanías del mundo. Figúrese, pues, cómo se me pondria el corazón, cuando pocos días más tarde, el chico vino á decirme que la noche anterior su hermano y su hermana se habian peleado, que lo habian mandado fuera de casa para poder disputar á sus anchas, y que desde la escalera habia oido hablar con enojo, y que la hermanita lloraba y respondia:—Jamás, jamás;—y que despues habia habido algunos minutos de silencio, en los que no pudo comprender qué era lo que hacian, y por fin se habia abierto la puerta y habia salido Luisa tan pálida, que parecia una muerta, y con una megilla amoratada. El bribón de su hermano la habia golpeado, y ella no habia gritado porque no lo oyese los vecinos. Oscurecióseme la vista, apoderóse de mí un temblor tan fuerte, que parecia tener calentura, y si hubiera encontrado al hermano, lo estrangulo sin darle tiempo á respirar. Me propuse ir á buscarlo á él y al señorito, y á cualquier otro que interviniese en aquella infame intriga; pero despues me contuve y pensé que

era mejor aguardar un poco.—Vé y dile á tu hermana que tenga ánimo, díjele al muchacho, y que hay alguien que la quiere bien y piensa en ella.—El día siguiente era festivo y teníamos tres horas de asueto más de lo acostumbrado. Salí solo y me puse á pasear por la ciudad. Andaba cerca de una hora, cuando noté que me seguían á lo lejos dos individuos, dos mocitos de la misma estampa que el hermano, dos caras prohibidas: hice como que no los veía. Al poco rato ví que á aquellos dos se habían unido otros tantos y que se me acercaban. Comprendo; dije en mi interior, vienen mandados. Están acechándome, algo pasará. Encontrábame entonces á un extremo de la ciudad. Cambié de dirección, dirigiéndome hácia el centro, y apreté el paso, de modo que me perdieran de vista.

En esto, encontré á dos camaradas, les informé de la ocurrencia, combinamos nuestro plan, y después, cuando comenzaba á oscurecer, me dirigí hácia el hospital. Cuando cruzaba una plazuela muy cerca de allí, ví á mi hombre... aquel caballero, que daba vuelta apresuradamente á una esquina, hácia la parte opuesta. No se apercibió de mí, yo apreté el paso, gané la calle, fuí á colocarme cerca de la casa de Luisa, en un rincón oscuro y estuve observando. Aquel jóven llegó pocos momentos después, y se puso á pasear delante de la puerta, mirando de vez en cuando el reloj, y volviéndose á cada paso, para ver si venía alguien. Noté que se volvía siempre hácia el

mismo lado.—Por allí tienen que venir,—pensé, y por una calleja literal me dirigí corriendo al fondo de la calle, á la parte que miraba el amigo. No tuve que esperar mucho; aparecieron casi en seguida el hermano y la hermana.—Lo había dicho, pensé, va á ocurrir algo; pero, ó dejo aquí la piel, ó no salen con la suya ¡vive Dios!—Hábíame subido toda la sangre á la cabeza, no sabía lo que me hacía, apretaba los dientes y los puños, y me sentía fuerte para cuatro. Andando de puntillas, fuí á ponerme á unos quince pasos detrás de Luisa; no podía ser visto. La calle estaba casi enteramente á oscuras. Hablaban en voz baja entre sí, Luisa lloraba y se detenía de vez en cuando, y el hermano la empujaba hácia adelante, arrastrándola del brazo. Al llegar á cierto punto, clavó ella un pie en tierra, y dijo con resolución:—No, mátame primero.—Entonces el hermano, rechinando los dientes como un perro, le preguntó por tres veces.—¿Vienes?—Y ella por tres veces respondió que nó. A la tercera, aquel infame levantó la mano... ella dió un grito, yo me lancé entre ellos, cogí aquel brazo levantado en alto, y lo bajé con una sacudida muy propia para desencuadernarle el hombro, diciéndole:—¿Qué haces, canalla? No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se me presentaron delante diez personajes en actitud amenazadora. Eran los compinches del hermano; en medio de ellos el caballerito, más allá algún curioso. Luisa se había apoyado á la pared.—¿Qué tienes que ver aquí?—

Me preguntaron todos á la vez, acercándoseme.— ¡Atrás! grité casi fuera de mí, tengo que ver, porque se trata de cometer un atentado infame.— ¡Está lo- col gritaron todos ellos, acercándose más.— ¡Atrás! repetí con voz ahogada, atrás, ó paso al que se acer- quel y tenía la bayoneta en la mano.— ¡Paso, paso! apártese de delante, gritó el caballero, adelantándose para levantar á Luisa que habia caído; yo le dí un bofetón, y todos se me echaron encima.— Un mo- mento, caballeros,—gritó una voz en medio de la calle. Aquellos matachines se volvieron, y vieron á diez cazadores formados en fila, bayoneta en mano. Al punto, de repente echaron á correr, unos por aquí y otros por allá, como perros apaleados; Luisa, más bien llevada en brazos que conducida, entró en su casa; el caballerito, muy airado, se me acercó y me dijo:—¿Cuál es su nombre?—Yo le dije nombre, apellido, compañía, batallón, número de la lista, to- do lo que él quiso. Él lo apuntó todo, y se marchó di- ciéndome: "nos volveremos á ver."—Como quiera, conteste. Dí las gracias después á mis camaradas:— Si tardais un minuto me despachan. Veía ya relucir las navajas.—Entonces se pusieron todos á hacerme mil preguntas, queriendo saber el cómo, el cuando y el por qué, y yo les conté toda la historia, de *pe á pa*. Pero vea, señor coronel, porque hay que ser justos: todos aquellos bribones era el hermano de Luisa quien los habia congregado, y no el otro: el otro no sabía nada; ántes bien, si hubiese previsto qué ralea de

gente debia tomar su defensa, creo yo que no hubiese ido. Pero, despues que se encontró metido en el en- redo, y el despecho y la rabia lo atormentaba, trató de salirse con la suya á toda costa: es natural.

—¿Pero quién era aquel caballerito?—interrumpió el coronel.

—¿Quien lo sabe?... Lo cierto es que, segun me dije- ron despues, era muy poco estimado en la ciudad, y se decia que le gustaba acometer empresas de aquel gé- nero, y que se acompañaba siempre de mala gente... Aquella noche volví al cuartel de tal manera, que no podia tenerme en pié. Por una parte la alegría de ver desbaratada aquella infamia, por otra la emo- ción de haber escapado de un peligro, y quizás tam- bien la ansiedad de lo que pudiera suceder despues, me tenian en tal sobresalto, que si no me vinieron encima unas calenturas, y estuve seis meses en la cama, tengo que agradecerlo á mi buena suerte. Es- taba, sin embargo, más resuelto que nunca á resistir hasta el fin; pero, ¿cómo? preguntábame, discurrien- do conmigo mismo. Porque yo no soy más que un pobre muchacho, un soldado, y no tengo nada, fue- ra de mi corazón y de mi honra. Si llego á apasionar- me por una muchacha pobre, como yo, que me gus- ta y ella me corresponde, todos han de perseguirme y venir contra mí, como si fuese un presidiario ó un bandido, y como si mi cariño deshonrase á una mujer. ¿Quién es el que tiene derecho de despreciar mis afec- os? ¿Qué idea tienen de nosotros los que creen que no

tenemos nada aquí bajo de estas medallas, porque somos soldados? Porque no tenemos la familia con nosotros, porque estamos lejos de casa, porque no trabajamos en un oficio, porque nos dan á comer rancho, y nos pagan con cuatro cuartos al día, ¿no tenemos derecho á ningun consuelo, y debemos vivir como perros y estar muertos para el mundo? ¡Un soldado! dicen, ¡una muchacha que se pierde con un soldado! Un soldado pundonoroso vale por diez de vosotros, borrachines, holgazanes y viciosos. También el soldado tiene un nombre y una familia, y dos brazos para trabajar cuando vuelve á casa, y un corazón honrado para amar y respetar á una mujer. ¿No le parece, señor coronel? Yo no digo que todos los soldados, cuando están en el servicio, hayan de perder la cabeza por una muchacha: ¡frescos estaríamos! ¡El cielo nos guardel si no, adios ejército; pero el que por casualidad se apasiona, debe portarse como hombre y como caballero, y no debe dejarse amedrentar por nadie, ni ceder, aunque tenga que dejar la pelleja en la contienda. ¿Digo bien?

El coronel hizo un signo afirmativo.

—Y poco faltó en verdad para que dejase la piel. A la mañana siguiente supe por el muchacho que Luisa estaba en la cama con un poco de calentura, y que el hermano no habia parecido. Por la noche, cuando volví al cuartel, vinieron á buscarme dos sargentos, uno de mi compañía, que me queria bien, y otro de otra compañía, y me dijeron así:

—Sabemos todo lo que ha sucedido. La misma

persona interesada nos lo ha contado, y nos encargó que hablásemos contigo. Vamos á darte un consejo, no como superiores, sino como amigos, y tú lo seguirás ó no. Le has dado un bofetón en presencia de mucha gente, y un bofetón es una de las ofensas mayores que pueden hacerse á un hombre, por lo cual tiene derecho á exigir una satisfaccion; ¿no te parece?

—Es natural, respondí.—Oye, pues; si tú fueses uno de esos reclutas zopencos que no saben nada, ni comprenden nada, la persona de que hablamos, buscaría otra clase de satisfaccion; pero contigo, que eres un soldado hecho y derecho, un hombre de pró, es otra cosa...—Basta, he comprendido, díjeles. Estoy dispuesto.—Muy bien, ya comprendes que estas son cosas que deben terminar así; y despues, es un honor el que te hace viniendo á buscarte.—Si ellos hicieron bien, no lo sé, pero yo creo que hice lo que no podia ménos de hacer; y por abreviar, el lance tuvo lugar dos días despues, á media legua de distancia de la ciudad, hácia las cinco de la tarde. Habian escogido el sable: ¡figúrese lo que podia hacer yo con el sable, que no lo habia tenido en la mano más que seis ó siete veces! Pero habia yo sido en mi compañía instructor de machete, sabia ponerme en guardia, y tenía el brazo fuerte y las piernas ligeras. Fuimos á un prado: cuando lo ví pensé en Luisa, en el gesto que hizo al ir á levantarla del suelo, en aquella vez que ol reir á mis espaldas, y se me encendió la sangre, y me sentí lleno de coraje. En cuanto á él, estaba un

poco pálido, y parecióme que venía decidido á tirarme de veras.—Venga lo que quiera, dije en mi interior, los dos somos de carne y hueso.—A la señal de los padrinos nos pusimos en guardia. Pronto comprendí que sabia tirar bien. Uno, dos, tres golpes: alto, estoy herido en el brazo; lo preveía, es una cosa insignificante: siga la función. Otros dos golpes, otra vez me toca, el médico examina la herida. Es un ligero rasguño.—Adelante,—dicen los padrinos, y seguimos adelante. Comenzaba á subírseme la sangre á la cabeza. Hubiese preferido recibir una estocada, que me tendiese en tierra; ser rasguñado de aquel modo, como un pollo, era cosa que me humillaba. Comencé á avanzar, rechinando los dientes, como si estuviera rabioso; sentía que mi brazo era de acero. El sable se estremecía en mi mano, como si fuese una vara de sauce. Otros cuatro ó cinco golpes, otro rasguño en el hombre, arrojé un aullido, perdí la razón, oscurecióseme la vista, me lancé adelante desesperado; él, sorprendido, hízose atrás; despues, de repente, dejó caer el sable, llevó las dos manos á la frente, y se le cubrió el rostro de sangre. No recuerdo bien qué hicieron y dijeron entonces los otros; recuerdo solamente que me fajaron el brazo, y algunos minutos despues, nosotros por una parte y los otros por otra, nos marchamos de aquel sitio. Ningun campesino había acudido. Nadie se había enterado del hecho. Pero, ¿cómo ocultar las heridas? pregunté al sargento. Me contestaron que no ha-

bia medio de ocultarlas, y que tenía que ir al hospital.

—Vé á decir que te has puesto enfermo de pronto, me dijeron, entrando en el cuartel. Pensé un instante en ello, y decidí no hacer nada. Quise probar á aguantarme; las heridas eran ligeras, sangre había perdido muy poca; decidí esperar. La noche la pasé bien, esto es, dormí; mas soñé, señor coronel, cosas infernales, cuchilladas, sablazos, muertos, ataúdes, el fin del mundo. Pero, en medio de todas aquellas imágenes espantosas, la veía á ella, á Luisa, con la cabeza inclinada á un lado, y los ojos llenos de lágrimas, y aquella sonrisa tan cariñosa, que me daba gran consuelo.

Aquella mañana teníamos ejercicio en la plaza de armas. ¿Iré? ¿No iré? ¿Diré que estoy enfermo? Hice la locura de ir. Figúrese: camino haciendo, comencé á sentir un escozor terrible en las heridas. Al llegar á la plaza de armas noté que se habían abierto y que salía sangre; me puse más pálido que un cadáver; ¿qué hacer? un esfuerzo más, mientras pueda tenerme en pié. ¡Adelante! tambaleábame como un borracho, sentía que me faltaban las fuerzas, y poco á poco se me extendía un velo oscuro ante los ojos.

De pronto un oficial grita:—¿Qué es eso?—se me acerca, me coje la mano, la mira, estaba toda ensangrentada. Perdí el conocimiento, me llevaron al cuartel, despues al hospital, y me acometió una maldita fiebre, que por poco no me manda al otro mundo. Fuf

visitado por los médicos, por los oficiales de la compañía, por el comandante; me interrogaron, interrogaron á mis amigos, y lo descubrieron todo. Un soldado que se bate con un señor, no es cosa de todos los jueves; la aventura se propagó por la ciudad, y en algunos días no se habló de otra cosa. Todos, hasta mis superiores aplaudían el valor y la fuerza que había demostrado aguantando tantas horas las heridas, todos querían saber quién fuese aquel caballerito, todos tenían curiosidad de conocer á la muchacha. Cuánto sentía que la pobre Luisa andase en lenguas, como suele decirse, por causa mía, no sabré expresarlo; estaba desesperado, habría dado la mitad de mi sangre para evitarlo. Supe despues que aquel jóven tenía una herida grave en la cabeza, dijéronme luego que estaba casi curado y que quería irse de la ciudad. De Luisa no tuve noticias. Temía que estuviese enferma, y que su hermano, á consecuencia de lo ocurrido, la maltratase más que antes, y que aquel galán, apenas curado, la persiguiese de nuevo. Vivía en ansiedad continua, dilatábase mi curacion, y estaba tan débil, que por la noche me enternecía á cada momento, y algunas veces me ponía á llorar. Entre tanto, estaba para concluir el invierno, y comenzaba á hablarse de guerra.

—¡Ojalá hubiera guerra! pensaba yo. Quiz's me curase de esta desgraciada pasión.—Tras la calentura cayéronme encima otros mil males, y pasaba la vida más triste que puede imaginarse. No me de-

jaban ni tan siquiera ver á los amigos, por miedo de que enviase cartas ó recados, y promoviese nuevos disgustos, pues querían darlo todo por concluido. ¡Oh que días tan amargos, señor coronel!.

Pero una tarde, una sola tarde, lo cambió todo. Era al anochecer: yo estaba en la cama más triste que nunca. Vino una monja á darme un refresco.

—¿Os sentís muy malo? me preguntó, viendo que tenía los ojos colorados. ¿Por qué os desanimáis así? ¿qué teneis?

—Ay, hermana, respondí moviendo la cabeza, soy muy desgraciado: eso es lo que tengo.

—Vamos, valor, contestóme, y despues añadió sonriendo: ¿No ois que hay quien canta por alegraros?—Escuché atento, y oí una voz lejana que venía de la calle, de las casas de enfrente; una voz de mujer que cantaba, una voz débil, pero que parecía esforzarse para hacerse oír; toda la sangre se me removi6. El corazón comenzó á latir con violencia. Me acometió una fuerte angustia, me contuve to lo lo que pude; pero, finalmente, púseme á sollozar y á reír como un chiquillo, apoyando la cabeza en el brazo de la hermana, que me miraba sorprendida.—¡Oh, Luisa! tú eres, exclamé, cayendo sobre la almohada: ¡alabado sea Dios!

El coronel respiró, como si también él se sintiera en aquel momento libre de alguna opresión.

Desde aquel día comencé á mejorar. Mis amigos, que querían verme, obtuvieron permiso para llegar

hasta mí, y al cabo de una semana pude levantarme. Mis primeros pasos dirigieronse á la ventana. Era una de las más hermosas mañanas de Abril. Me acerqué á la reja temblando, me agarré primero á los hierros con mis manos flacas y descoloridas, y miré al último piso de la casa fronteriza. Allí estaba: parecía que me esperase. Hallábase apoyada al alfeizar con el rostro vuelto hácia mi ventana; me miró atentamente, parecía que no me reconociese, que estuviera incierta, agitada; se apretaba los dedos, volvía la cabeza á derecha é izquierda, se iba, volvía y no estaba quieta un momento. Yo aproveché un instante que no había nadie alrededor, y acercando la cara á los hierros, dije en voz baja, pero con fuerza:— ¡Luisa!

— ¡Ah! exclamó ella, y permaneció inmóvil como una estatua, mirándome. — ¡Luisa! repetí yo; entonces se sonrió y apoyóse con una mano al alfeizar, como si le faltasen las fuerzas. Yo la llamé una vez más.

— ¡Oh, Dios! gritó ella, y desapareció. La misma mañana, como ya estaba convaleciente, me mudaron de sitio, y adios ventana, pero á los pocos días halléme ya en estado de salir; parecía un loco: ¡salir, volver á verla despues de lo que había ocurrido, despues de haber sufrido tanto! Pero ahora verá su merced como parecía empeñada la suerte en que no viese nunca tranquilo.

La guerra, en el tiempo trascurrido, habíase hecho

casi segura. Muchos cuerpos habían dejado ya sus guarniciones, y precisamente el día que salí del hospital, vino la orden de partir los dos batallones. ¿Qué hacer? ¿no verla más? ¿Marcharme de aquella manera incierto y dudoso, sin estar seguro, por lo ménos de que me correspondía de veras y me aguardaría? Pero, no quedaba tiempo para recibir contestacion, y tenía que contentarme con escribirle yo. Al salir del hospital debía andar en seguida al cuartel y del cuartel en seguida á la estacion del ferro-carril. Pensé que en una parte ú otra encontraría al hermanito. Escribí de prisa en el mismo instante de partir una cartita, que no contenía más que este renglon:—Si vivo volveré; palabra de honor.—En el cuartel no estaba el chico; pero lo ví en la estacion: parecía que me buscase. En aquellos pocos minutos de espera, ántes de subir á los wagones, pude apartarme de las filas, él me vino detrás, y ámbos á dos metimos al mismo tiempo la mano en la faldriquera. Yo le dí la cartita, él sacó con grandes precauciones una cosa envuelta en un pedazo de papel, y me la puso en la mano diciendo:—Es de mi hermana;—y echó á correr. Miré, era una petaca, señor coronel... ya me comprende su merced. Al día siguiente fué cuando escribí por primera vez á casa todo lo que había pasado, manifestando mis intenciones; y despues de aquella carta, fué cuando su merced tuvo la bondad de ocuparse de mí y de ayudarme. Lo que sucedió despues, ya lo sabe.

Hice toda la campaña con mi batallon; en San Mar-

tino (1), como le escribí, dando vueltas por el campo después de la batalla, encontré entre los heridos más graves un cazador, á quien me pareció conocer y que llevé yo mismo á la ambulancia, en donde murió á poco de llegar. Era el hermano de Luisa, que se había alistado voluntario después de comenzar la guerra, y que tenía una bala en el costado. Antes de morir me reconoció, me dió las gracias y me recomendó á su hermana. ¡Pobre muchacho! Concluida la guerra, mi batallón fué á Turin. Allí supe que una señora de Savillano, que la conocía, había protegido á Luisa, y que ésta estaba bien, aunque había sufrido mucho por la muerte de su hermano mayor, y que el pequeño iba á trabajar. Mi clase fué licenciada, y yo marché en seguida á Savillano, donde sabía que por favor de su merced, señor coronel, había llegado ó iba á llegar mi madre. Llegué por la mañana temprano. Era una hermosa mañana, hermosa y fresca como el día que había visto á Luisa por vez primera. Corrí en seguida, vestido de cazador como estaba, á la calle detrás del hospital.

Ella no había querido dejar la casa, aunque la señora que la protegía le había ofrecido la suya.

Subí la escalera á brincos, palpitándome el corazón de manera que parecía que iba á reventar.

Acerqueme de puntillas á la puerta; una mujer que

(1) Véase AMIGIS *Re* os de 1870 y 1871.

estaba en el patio y parecía enterada de todo, hizome seña de que Luisa estaba en casa; la puerta estaba entornada. Acerqué el oído á la cerradura, sentí tararear; era ella. Saqué la petaca y la arrojé dentro del cuarto. Cesó el canto, oí un grito agudo, entré, víla, abrió la boca para arrojar otro grito, no pudo, agitó dos ó tres veces las manos en el aire, como una loca, después vaciló y cayó en mis brazos. Aquella tarde llegó mi madre, al día siguiente partimos para Valdicri, y hétenos aquí hace tres días, aquí con aquella querida y santa... ¡Oh, Dios! ya está ahí.

Luisa había aparecido bajo el emparrado vestida de novia, con un velo blanco á la cabeza y una basquiña negra, que se adaptaba muy bien á su delgado y gallardo talle. Tenía el rostro sonrosado y los ojos húmedos, y en sus ademanes y en su andar una compostura llena de gracia. A un lado de ella venía la madre de César, al otro el hermano, muchachuelo de unos diez años. Detrás un grupo de parientes y amigos, todos callados.

—Señor coronel... murmuró la joven tímidamente, haciendo una reverencia.

Después se volvió hácia su futuro, brilló un relámpago en sus ojos, sonrió y bajó la cabeza.

El coronel, aún conmovido por el relato de César, la miró largamente con una mezcla de curiosidad y de ternura. César se puso á contemplarla con aquella mirada ávida de los enamorados, que gira alre-

dedor de la persona querida, y la abraza y la envuelve, como si quisiera estrecharla en sus espirales y traerla hacia sí. La madre y las otras mujeres mirabanla también con aire de complacencia respetuosa, alargando de vez en cuando la mano para arreglarle un pliegue del velo ó del vestido, y todos estaban callados; y Luisa, confusa de tantas miradas, con los ojos entornados, con la sonrisa en los labios, fingía mirar una punta del velo que entre los dedos arrugaba.

—Conque... comenzó á decir lentamente el coronel para romper aquel silencio, vais en seguida...

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron.

—La iglesia está á pocos pasos de aquí. Ya la habreis visto al venir; Luisa, está allí, en el fondo del valle, apenas pasado el puente. El camino es muy bueno, con mucha sombra...

Todos continuaban callados.

—Y luego, tenemos un día muy hermoso. Hasta el tiempo está de fiesta, como veis... ¿Para qué hora habeis fijado?...

—Para las siete, contestó la madre.

—Entonces, añadió el coronel mirando el reloj, ya es hora.

Los dos jóvenes se estremecieron. Se miraron, y dieron un paso el uno hacia el otro.

—Conque...—dijo la madre con una sonrisa, mirando primero á ella y después á él,—ánimo, de brazo!

César dió el brazo á su novia. Ella se apoyó en él, y ambos acompañaron con la mirada aquel acto, como si hubiesen tenido que hacer una cosa difícil ó extraña. Temblaban.

—Adelante, dijo la madre.

Dieron dos ó tres pasos para seguir. Después advirtieron que habían olvidado saludar al coronel, volvieron la cabeza los dos hacia el mismo lado, y se encontraron sus rostros. Todos sonrieron. Luisa se ruborizó.

—Dios os acompañe, muchachos—dijo el coronel, levantándose y dirigiéndose hacia ellos. Los novios se alejaron, caminando con pasos inciertos y desiguales; detrás los parientes y los amigos. La madre y el coronel cambiaron una sonrisa, como diciendo:—¡Pobres muchachos! no saben lo que les pasa.

—Dios os acompañe, repitió el coronel cuando quedó solo, mirando á la puerta por donde habían salido. La alegre comitiva estaba ya allá abajo, descendiendo por la carretera de la colina.

¡Instantes divinos! No hay felicidad humana que valga tanto como ellos. A la plenitud del júbilo que

invade el alma, parece que nuestra pobre naturaleza, no puede resistir; la misma inteligencia no la comprende bien, la entrevé á relámpagos, y no podría detener en ella por largo rato el pensamiento. Váis adelante con una especie de estupor, como si fuérais soñando, como si atravesárais desconocidos jardines, llenos de plantas quiméricas é iluminados por fantásticos resplandores. Todo parece sueño, la gente que se detiene para veros pasar, el alegre murmullo de los parientes que os acompañan, el lejano campanario de la iglesia que os mira y aguarda, los lugares conocidos y las cosas que parecen animarse para reconoceros y saludaros.—Mira con quien estás—dice el corazón.—¡Ella es mía! Y adelantais con paso trémulo, y mirais aquí y allá con ojos estáticos, ó contemplais con una especie de extraña curiosidad la manecita que se apoya en vuestro brazo, como si la hubiesen puesto allí sin que lo supiérais; y prestais oído al crujido de la falda, como al son de murmullo misterioso, y experimentais profunda dulzura al sentir en el rostro aquel aliento tibio y frecuente, y en el brazo el peso ligero de aquella querida criatura, que de vez en cuando parece que vaya á caer y oprime vuestro costado. Y abrumado por aquella delicia, casi quisiérais apresurar sus instantes, y llegar pronto á la iglesia, pues os parece haber robado al mundo un tesoro demasiado rico, y que aún os lo pueden quitar.

Y vuestros dos rostros, de cuando en cuando,

se vuelven y los ojos se encuentran, y se bajan los párpados, y todo se oscurece en torno, y en aquel rápido encuentro no véis más que aquella pupila húmeda que resplandece, os mira, y se entorna; y se mueven los labios, se habla, ¿de qué? de nada, de todo:—Mira.—Dí.—César.—Oye.—Luisa.—¡Dios! —Palabras que brotan de la íntima y secreta armonía del alma.

Hé ahí la puerta de la iglesia.

—Muchachos, ¿á dónde vais? Grita la madre. Están embobados; ni saben ellos dónde están.

Salen.

Aquí el ánimo se apacigua y la idea de nuestra felicidad, á la cual primero no bastaba la mente, se esparce en mil imágenes risueñas, que se suceden unas á otras, rápidas y distintas, llevando al corazón de delicia en delicia hasta el sentimiento completo y claro de aquella felicidad, por la cual estábais ántes oprimidos y abrumados. Primeramente, el rostro de ella, dormida á vuestro lado, cuando contemplándola en el silencio de la noche, le direis con los ojos mil ternezas, y os parecerá que ella, durmiendo, os entiende y os responde con aquella risa fugitiva que asoma á los labios cerrados; y después, el primer saludo de la mañana, alegre, suave, infantil, mezclado á veces con un súbito retorno á la timidez virginal, no completamente vencida todavía por la costumbre de la vida comun. Y los muchos días en que al volver á casa os parecerá siempre extraño que ella deba estar

allí aguardándoos y temereis casi no encontrarla, y apretareis el paso, y el primer eco de su voz festiva, y el rumor de aquel paso rápido y ligero, que vendrá á vuestro encuentro, penetrarán en las profundidades de vuestra alma, como después de larga ausencia.

Y aquellas frescas y luminosas mañanitas de primavera, en las que con el despertar de la naturaleza se despertará también en vuestras almas el ardiente amor de los primeros días, y un impulso irresistible os arrojará el uno hácia el otro, y al miraros y al sonreiros, volvereis á sentir la inefable dulzura de las primeras miradas y las primeras sonrisas; y aquellas horas tristes, cuando contemplareis desde la ventana la campiña cubierta de nieve, ó la lluvia pausada y monótona, y en aquel silencio y en aquella soledad, se hará más viva y profunda la ternura de vuestros pensamientos melancólicos, y á cada relámpago y á cada trueno os estrechareis en un abrazo más fuerte, y hablareis en voz más baja y más tierna; y las largas veladas del invierno, que pasareis los dos solos, tranquilos, serenos, ora discuriendo sobre vuestros quehaceres domésticos, ora charlando y riendo con ingenuo abandono, ora evocando los dulces recuerdos del tiempo en que no os hablabais todavía:—¿Qué es lo que dijiste en tu interior aquella vez? ¿Qué pensaste de mí aquel día?

Y aquellas noches felices en las que estando solos comprendereis no estar solos ya, y os parecerá que alguien os oye y os mira, y experimentareis hácia vues-

tra compañera un afecto más delicado y solícito, y á ciertos movimientos suyos de sorpresa, á ciertas turbaciones súbitas detendreis la respiración é interrogareis su mirada, y al serenarse su rostro, palpitareis de júbilo y le abrireis los brazos.

Y aquellas noches en que al despertaros sentireis alentar y moverse junto á vuestra cabeza una criaturita inquieta, y su manecita, que busca vuestro rostro, y una vocecita quejumbrosa llamaros padre, y dos tiernos bracitos ceñiros el cuello; y aquellas numerosas veces en que vuestra gratitud hácia aquella dulce compañera que está siempre á vuestro lado, que vive por vosotros, que no tiene otro bien más que á vosotros, que es feliz por vuestras alegrías y tiembla por vuestras penas, y os consuela y os inspira resignación, y os infunde valor, y os hace amar el trabajo, la casa, la paz, la virtud, y sufriendo y llorando cumple con amoroso entusiasmo su santo ministerio de madre, y enseña á vuestros hijos á quereros, y os prepara vejez sosegada y serena, después de haber embellecido vuestra juventud con todo el fuego de su noble alma, vírgen, apasionada y creyente! Aquellas numerosas veces, repito, que vuestra gratitud para con aquella dulce compañera, provocada casualmente por un recuerdo, por una palabra, por un ademán, estallará de improviso en trasporte de indefinible ternura, y la colmareis de caricias, de gracias, de bendiciones, llamándola con los nombres más tiernos y suaves, pidiéndole perdón por todas las

amarguras que habrá sufrido por vuestra culpa, y conmovida como la vereis, y radiante, os parecerá más hermosa que el día que la llevásteis al altar... ¡Riqueza, gloria, poderío, con qué desdeñosa superioridad os mira el Amor!...



El coronel salió al encuentro de los novios hasta la carretera, y los recibió con mucho regocijo, y los acompañó hasta debajo del emparrado. Luisa lloraba. César parecía fuera de sí; y todos los demás de la comparsa, alegres, conmovidos, haciendo un tumulto atronador, giraban sin descanso alrededor de uno y otro, sin ser vistos, oídos, ni comprendidos.

Estuvieron algun tiempo todos juntos bajo el emparrado, aquel tiempo en que, recobrado el ánimo del primer ímpetu de la alegría, meditan los esposos, y la multitud de sus primeras imágenes se vá desvaneciendo poco á poco hasta que no queda más que una sola que, sin fijarse nunca en la mente, gira á su alrededor, asalta, desaparece, vuelve de improviso y promueve en el corazón súbitas palpitaciones y estremecimientos misteriosos. En medio del general regocijo, sólo aquellas dos frentes parecen de vez en

cuando pensativas, y aquellos ojos se buscan y se acechan con una especie de curiosidad infantil, y el uno observa todos los ademanes, todos los movimientos del otro, y las almas se interrogan y se entienden sin hablar, y las palabras tienen para ellos diverso sentido del que es propio, y las sonrisas dicen otra cosa.

Son aquellas horas deliciosas, tantas veces imaginadas, tantas veces soñadas, que nos hacian preguntarnos á nosotros mismos. ¿qué le diré en aquellos momentos? ¿Cómo me mirará? Las horas en que á medida que el tiempo transcurre, sentimos como si nos alejáramos del mundo, y vemos oscurecerse todo lo que nos circunda, y en torno nuestro aparecer una viva claridad; aquellos momentos en los que si alguno de los presentes dice *mañana*, nuestro corazón se estremece, y el alma repite en su interior *mañana*, y parece que todo debe estar mañana cambiado en el mundo, y se levanta más viva en el pensamiento aquella imagen secreta.

Poco ántes de la hora fijada para la reunion de los amigos, el coronel llamó á los nuevos esposos y al hermanito de Luisa, los condujo á un cuarto del piso bajo, y se entretuvo buen rato con ellos, quizás hablandoles de intereses, ó para fijar las nuevas atribuciones de César, cuya situación quería cambiar hacía tiempo.

—Quizás todas estas observaciones—concluyó diciendo,—no había necesidad de hacerlas; ¿no vivreis

junto á mí y bajo mi inspeccion? Basta, pues. Acudid á mí en vuestras necesidades, como lo haríais con un antiguo amigo. Quiero que tengais confianza en mí, porque os estimo y porque la merezco. Comprendedlo: yo no tengo parientes, no tengo ya amigos: estoy aquí separado del mundo; no tengo otros á quienes querer, y viviré por vosotros. ¿Qué otra cosa puedo hacer á esta edad? Pues bien, sepa yo que sois felices, reciba todas las mañanas vuestros buenos días, y al retirarme vuestras buenas noches; vea á César trabajar con ánimo, y á tí, Luisa, hacer tu vida casera tranquila y contenta: ¿qué más puedo desear? Con tal que me dejéis decir cuatro chanzas de vez en cuando...

—Señor, exclamaron á la vez marido y mujer, mirándolo con ternura casi compasiva.

—Digo la verdad; y tú Luisa, estarás contenta, te lo aseguro, porque conozco á César ántes que tú, desde chiquitín, y te verás compensada de todo lo que sufriste, pobre criatura. ¡Oh! Es muy justo. Aquí olvidarás los malos ratos que has pasado; haremos lo posible para hacértelos olvidar. Habías quedado sola en el mundo: pues mira, aquí tienes buena compañía, tienes marido, tienes madre, y... si quieres, hasta tendrás papá. ¿Te contentas?

Luisa quiso hablar, pero no pudo.

—Y también nosotros seremos amigos, ¿no es verdad, caballerito?—Y diciendo esto, tomó de la mano al hermano de Luisa y se lo acercó. ¡Seguro! y ha-

remos juntos nuestras caminatas por el campo, y leeremos y escribiremos, y haremos otras muchas cosas, y viviremos alegres, ya verás, y cuando mis piernas digan que no quieren hacer ya su oficio, pediré ayuda á tu brazo, que lo que es á dar una vueltecita todos los días por estos collados, á eso no renuncio. Y estarás mejor aquí que trabajando en la ciudad, sin familia ni proteccion, te lo prometo. ¡Pobre muchacho! Estabas abandonado, pero hay una Providencia para todos... ¿Qué tienes? ¿Qué quieres decir?... ¡Ah! comprendo: sí, ven aquí, pobre muchacho, abraza á este viejo que vá á sér tu padre. Vamos, basta ya, tranquilízate.

Y el chico sollozaba, que parecía que iba á ahogarse.

—¿Y tú, Luisa, qué tienes? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Señor coronel, contestó Luisa, con la voz temblorosa y haciendo un esfuerzo, ¿qué quiere que yo le diga? No encuentro palabras, no sé... paréceme soñar... paréceme que esto no puede ser verdad... Yo era una pobre muchacha sin padre ni madre, abandonada de todos; trabajaba para vivir y no tenía ni ropa para mudarme. Padeceía frío, y muchas veces hambre... y vivía así sin esperanza, y pasaba tales días y tales noches, que casi me desesperaba... Y despues, todo cambia: lo encuentro á él, á César, que me quiere y me protege; vá á la guerra, sale salvo, se acuerda de mí; vuelve, dice que se quiere casar conmigo, hace

venir á sus parientes, me trae aquí, y todos me obsequian, y encuentro un señor, como usted, que se interesa por mi hermano, y habla de esa manera, y me hace ver un porvenir tan bueno... Y despues, todo lo que veo y todo lo que oigo decir de tres días á esta parte... ¿Qué quiere V. que piense yo? yo no lo sé... Yo no puedo casi creerlo... Es demasiada felicidad toda de una vez... Yo no he hecho nada para merecer todo esto... Yo era una pobre muchacha... ¿Qué quiere... que yo le diga?...

Y echó á llorar.

—Quiero que me digas que eres mi ahijada, y nada más: eso.

—¡Oh! Es demasiado—exclamó Luisa con acento de ternura inexplicable, y se arrojó á besar la mano del coronel.

—Quita, quita: ¿qué haces loquilla? Aparta, mira que viene gente.

Luisa y César se volvieron, y vieron cuatro cazadores que cruzaban el pequeño prado. Eran los primeros invitados.

—Ya están aquí exclamó vivamente el coronel, levantándose para salir á su encuentro. ¡Ah! siento que me quitan veinte años de encima.

Luisa permaneció en el aposento para tranquilizarse un poco, y César salió con el coronel. Los parientes y amigos, que estaban bajo el empujón, corrieron tambien al encuentro de los soldados.

—Bien venidos, camaradas, exclamó César estre-

chando la mano á los cuatro. Aquí está el señor coronel que os ha convidado. Los cazadores lo saludaron militarmente, poniendo el rostro grave y manteniendo la mano á la altura de la frente. Él los miró con atencion, uno tras otro, procurando recordar el gesto autoritario de aquellos tiempos en que quería imponerse á los soldados indisciplinados. Despues sonrió y les tendió las dos manos, diciendo afablemente:—Venid acá, muchachos.—Entonces rieron ellos tambien; le estrecharon la mano y comenzaron á hablarle con tanta franqueza, que parecian íntimos y antiguos amigos. En un momento lo abrumaron á preguntas todos á la vez.

—Señor coronel, no sabemos cómo dar las gracias á su merced.

—Su merced ha sido demasiado bueno con nosotros, señor coronel.

—Perdone, señor coronel, ¿hace mucho tiempo que ha dejado el servicio?

—¡Oh, qué hermosa quinta!

—Mira, aquí hay banderas.

—Y farolillos de color.

—Y guirnaldas.

—Y música.

Habian entrado en el prado siete ú ocho músicos con flautas y violines.

—¿Es esta la quinta? preguntó en aquel momento una voz desde la carretera. En seguida se presentó á la puerta otro grupo de diez ó doce soldados. Toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA DE ZARAGOZA
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
ALFONSO
Ago. 1925 MONTAÑEY, MEXICO

la comitiva salió al encuentro. Había entre ellos cazadores, soldados de línea, uno de caballería, dos artilleros; todas las armas estaban representadas. Unos llevaban képis, otros gorra de cuartel, algunos levita de uniforme, otros capote; aquellos, pantalones de soldado, estos, calzones de labriego; cada cual se había puesto encima lo poco que le quedaba del tiempo del servicio, todo ello ropa vieja, descolorida y rota, que revelaba la campaña del año 1859, á tiro de ballesta. Algunos tenían la medalla de Crimea. Todos eran muchachotes robustos, tostados por el sol, con rostro franco y alegre; detrás venía gran tropel de curiosos, que se detuvieron ante la puerta.

—Adelante, gritaron á una el coronel, César y los campesinos.

Los soldados entraron y fueron recibidos con toda clase de demostraciones festivas, y rodeados por todos con gran bullicio. El coronel se volvía de un lado y otro, alargando la mano á este y aquel; César iba de zeca en meca, llamándole y tirándole de los brazos por todas partes; las campesinas que se contaban en el número de los convidados, giraban en torno, todas ellas reunidas en apretado grupo, mirando á los soldados, riendo, hablándose al oído, haciendo toda clase de amables coqueterías. Y había quien palmoteaba en señal de regocijo, y quien contemplaba maravillado aquel aparato festivo, y quien entre los labriegos reconocía y abrazaba á amigos y allegados, y todos hablaban y reían á la vez, produciendo un alboroto infernal.

En medio de aquella confusion, César desapareció.

Todos los demás continuaron charlando y acercándose á la puerta de la quinta. Aquel viejo, cano y encorvado, en medio de aquel grupo de jóvenes soldados, producía muy buen efecto; parecía el padre de todos, y estaba tan animoso y alegre como el más vivo y más valiente de ellos. Una palabra á uno, una frase á otro, un gesto por aquí, una sonrisa por allá, tenía los á todos encantados, y todos le miraban, le escuchaban y le hablaban desde aquel primer momento con expresion de respeto, de ternura casi filial.

—¡Bravo, muchachos! decía de vez en cuando, mirándolos á todos. Bravo, habeis hecho muy bien en venir; y ellos reían y se miraban como diciendo: —¡Qué buen corazon, qué anciano tan amable!

De pronto callaron todos.

—Aquí están los novios, dijo el coronel. Luisa y César habían aparecido al umbral de la puerta. César llevaba uniforme de cazador, y los galones de cabo.

El grupo de los soldados se dividió en dos alas, los novios pasaron por medio, á un lado y otro se descubrieron las cabezas, y resonó prolongado murmullo.

—¡Linda cara!

—¡Hermosa figura!

—Parece una señora.

—¡Bravo, César!

—Tiene aspecto de buena chica.

—No tiene mal gusto el amigo.

—¡Qué ojos tan hermosos!..

Todas estas frases llegaron al oído de los novios. César se pavoneaba y se volvía para mirar á Luisa en los ojos. Luisa sonreía y se cubría el rostro con el abanico.

Hicieron corro en medio del prado, y de dos en dos, de tres en tres, todos los soldados fueron á hablar con la novia, haciendo gran esfuerzo para suavizar un poco aquellos tremendos vozarrones, acostumbrados á hacer oír el "centinela alerta" á una milla de distancia. Y Luisa acogió á todos con su sonrisa y sus ademanes apacibles; sin soltar nunca el brazo de su marido, y girando la mirada en torno del rostro de los que le hablaban, sin fijarla nunca en los ojos. César estaba observándola mientras recibía los cumplimientos de sus camaradas, con una curiosidad, con un placer, como si la viese entonces por vez primera.

—¡A la mesa, amigos! exclamó el coronel.

Todos se dirigieron hácia el emparrado, hablando confusamente. La mesa estaba dispuesta bajo el emparrado. Componíanla diez ó doce tablas unidas, de modo que formaban una sola, capaz para treinta personas, pues llegaban á este número los comensales, entre paisanos y soldados. Sentáronse los novios uno al lado del otro, el coronel enfrente de ellos, en medio de los dos artilleros. Todos los demás soldados alternaron con los campesinos. Acá y allá, entre los anchos hombros de dos cazadores, aparecía la cabecita de una serrana, toda encogida, contenta en su in-

terior, pero tan turbada en el rostro, que no sabía á dónde mirar ni á qué parte volverse. La conversacion fué desde el principio animadísima, acompañada de rápida faena de manos y dientes, pues todos, excepto dos, tenían un apetito devorador. Cinco ó seis muchachos servían la mesa, y tenían mucho trabajo en hacerse oír de los comensales para que les diesen los platos; tan absortos y acalorados estaban en la conversacion. Los soldados se llamaban y se hablaban de un extremo de la mesa al otro, gesticulando y accionando con los tenedores y cuchillos. El coronel, apostrofaó é interrogado de todas partes, no tenía tiempo de contestar á nadie.

Un soldado, que estaba á su lado, le hablaba con mucha serenidad de ciertos inconvenientes del servicio: otro, desde el extremo opuesto de la mesa, le hacía una larga relacion, de la cual no comprendía una palabra. Tres ó cuatro soldados, cada uno en su sitio, se habían hecho un auditorio especial y contaban los episodios de la guerra á los atónitos labriegos ó promovían de vez en cuando ruidosas carcajadas, con burlescas anécdotas de cuartel. Otros se entretenían recordando entre ellos los días que pasaron juntos en el regimiento, y los camaradas y los oficiales, con aquella benévola indulgencia de juicio propia de semejantes ocasiones, en las que hasta los superiores á quienes odiaban se convierten en bravos jefes, y los compañeros más indiferentes en buenos amigos.

Luisa tenía á su lado un soldado que se esforzaba

en hacerse el galante, y no ocurriéndole otra cosa que decirle, le endilgaba los más extremados elogios de César, su amigo de muchos años:—Un muchacho de oro, un joven como hay pocos, que tiene instrucción, y que si hubiese nacido en otra clase, hubiese llegado á ser algo. Y ella estaba oyéndolo muy atenta, como quien escucha una música deliciosa y suave murmurando de vez en cuando:—sí, es verdad; ¡oh, sí es verdad, lo sé,—y miraba á los comensales y al encontrar la mirada de uno, dejaba ver una ligera sonrisa, y miraba á otro, y preguntaba á su vecino los nombres, y se hacía explicar la diferencia de los uniformes. Y César era el más alegre y más contento de toda la comparsa: llamaba por su nombre á los que estaban lejos, daba palmadas en el hombro á los que estaban cerca, servía vino á un lado y otro, metía la cucharada en las conversaciones de todos, volviéndose á cada momento para decir en voz baja:—Luisa—á lo cual respondía un—César—siempre más pronto y más suave. A cada instante el movimiento de las botellas se iba haciendo más rápido; las muchachas comenzaban á soltar la lengua; todas las voces se confundían, todos los ojos relampagueaban las manos se agitaban en el aire, y el coronel, arrastrado por la general alegría, se excedió hasta abrazar á sus dos vecinos, ahogándolos casi, y exclamando:—¡Ah, bravos muchachos! vosotros me haríais volver al regimiento, tan viejo como soy.

—Este es el rey de los panes, gritó un cazador le-

vantando en alto un pan de munición, que había quedado intacto en la mesa. Todos se volvieron á mirarlo. A quien no le guste el pan de munición, decía un sargento, hacérselo tragar á la fuerza, y decía:

—Yo siempre lo he comido hasta la última migaja, ¿y tú?

—Yo también.

—¿Y tú?

—También yo.

—¿Y tú, César?

—El corazón de Luisa palpitó violentamente. César le cogió la mano que tenía bajo de la mesa, y contestó en seguida:

—También yo.

—Dime, César, preguntaba otro poco después. ¿Dónde te hicieron esa herida de la mano?—Era la herida del desafío. Los ojos de Luisa resplandecieron.

—Ya te lo diré después, respondió César: es una historia muy larga.

De allí á un momento:

—Enseñanos esa petaca, le decía un tercero, cogiéndole la petaca que le asomaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Es muy bonita, ¿quién te la ha dado?

—Una novia mía, contestaba César.

—¡Ah, sí? murmuraba Luisa á su oído, ajustaremos cuentas,—y reía. Era la primera broma de aquel género que gastaba á su marido. Él experimentó una sorpresa y un placer indefinibles.

De repente, un cazador se puso en pié, levantó el vaso, y gritó:

—¡A la salud de los novios!

—¡A la salud de los novios! contestaron todos en coro, y levantándose en pié, comenzaron á chocar los vasos, estirándose cuanto podían sobre la mesa, alargando los brazos en todas direcciones, llamándose, buscándose, con inexplicable bullicio. Entre todas aquellas tostadas y robustas manos de los soldados y campesinos, agitábanse también las manos blancas y pequeñas de Luisa. Decíanle los soldados:—¡Viva la novia!...—y ella contestaba con voz conmovida:—¡Gracias, gracias!

Volviéron á sentarse todos; levantóse el coronel. Un airecillo inquieto esparsa y agitaba sus largos cabellos blancos, y con aquella cabellera, con el leviton que se había puesto, abrochado hasta la barba y largo hasta los piés, parecía una de aquellas severas figuras de santo, que se ven pintadas en la bóveda de las iglesias. Estaba hermoso y venerable; todos guardaron silencio.

—Oid, dijo con afable sonrisa y con voz dulce y lenta; vosotros, soldados, habeis bebido á la salud de los novios; los amigos y los parientes han hecho todos ellos algun regalo al novio ó á la novia; solamente de mí no han recibido nada todavía, y eso no está bien. También quiero hacer mi regalo. Volvéos hacia allá, y extendió la mano hacia los campos; todos se volvieron hacia aquella parte.

—¿Habeis visto aquellas banderas, no es verdad?

—Un largo trayecto de los linderos de la posesion estaba señalado con una fila de banderitas; á la otra parte de aquel lindero comenzaban las tierras del Real Patrimonio.

—No lo habíamos visto aún, contestaron todos.

—Pues bien, todo el terreno, desde aquí hasta aquellas banderas...

Luisa se apoyó en el brazo de César.

—No es ya mio; es de César y de Luisa.

Todos los comensales prurupieron en un grito de entusiasmo. Luisa y César quedaron sin palabra con los ojos llenos de lágrimas, y fijos en el coronel.

—Y ahora, bebamos todos á vuestra salud, mis buenos soldados; os aseguro que en toda mi vida he hecho un brándis tan de corazón como este. Tenía ya necesidad de encontrarme entre vosotros; ¡he estado entre vosotros tanto tiempo!; he pasado así mi juventud, así me he hecho viejo! Las pocas satisfacciones que he tenido en esta vida, las he tenido por vosotros, he visto entrar á tantos de recluta en el regimiento; he visto marchar á tantos, licenciados ya; he tenido tantos amigos, tantos que han hecho la guerra conmigo... me acuerdo de todos, los conocería á todos. No los veré más; pero pensaré siempre en ellos, como en personas de mi casa. Y cuando tenían que dejar el servicio, yo los reunía siempre, como hago ahora con vosotros, y los despedía, y al verlos partir, sentía una tristeza como si partiesen mis hijos. Mis soldados lo

eran todo para mí: compañeros, amigos, familia. ¡Qué días tan felices hemos pasado juntos! ¡qué cam-pamentos tan hermosos! ¡qué vida tan alegre! ¡Oh! Pero ahora que os conozco, ya no os perderé de vista, sabedlo; no, no: de tiempo en tiempo quiero que vengais aquí, todos juntos, en familia, para que habremos un poco, como cuando estábamos en el cuartel, é iré yo también á meterme en vuestras cosas domésticas. Cuando alguno trate de casarse, yo lo querré saber y le explicaré cómo debe dirigir á los hijos, le daré buenos consejos, y le diré: haced que crezcan con noble corazón de soldado, con corazón honrado y valiente, para que, si tienen que ponerse el capote, se lo pongan de buena gana y se honren con él. No es buen hijo quien, en caso necesario, no sabe cumplir su deber de soldado, y quien ha cumplido su deber de soldado, es siempre buen padre de familia. Creedlo, y dejad que alboroten los que no entienden estas cosas. Colgad vuestro capote á la pared, en el comedor de vuestra casa, al lado del retrato del Rey, y dejadlo allí para que vuestros hijos lo vean y lo respeten, y se enorgullescan de tener un padre que lo ha llevado y que ha hecho esa gloriosa guerra que habeis hecho vosotros. Yo apreciaba mucho mi capote de soldado, y lo he conservado con esmero, y lo tengo todavía, y cuando lo miro me palpita el corazón, y me parece que soy aún soldado; porque yo he sido soldado, ¿sabéis? Catorce años lo he sido, y ahora, al encontrarme en medio de vosotros, al hablar

con vosotros, no sé... me siento... quisiera volverme como entonces... vuestro camarada... y... mirad si lo soy en efecto... mirad.

Todos se pusieron en pié, arrojando un grito y extendiendo los brazos.

El coronel, con un rápido movimiento, se había quitado el leviton y había quedado con su viejo capote de soldado, estrecho, raído, de paño gris muy claro, manchado en todas partes por la lluvia y el uso; llevaba al pecho cinco medallas. Aquella acción había sido ejecutada con una viveza tan pronta y espontánea y acompañada con una sonrisa tan ingenua y modesta, que hubiera enternecido hasta aquellos que, no conociendo al buen coronel, hubiesen sospechado que había algo de ostentación y alarde en aquel entusiasmo juvenil.

Si no hubiesen estado á la mesa, los soldados entusiasmados, se le hubieran echado encima.

—¡A la salud de mis buenos soldados!, gritó el coronel levantando la copa.—¡A vuestra salud!, repitieron los campesinos tocando los vasos de los soldados, y los soldados contestaron: ¡á la vuestra!

Un cazador hizo señal de querer hablar. Todos callaron.

—Ahora... dijo con voz insegura, teniendo una mano sobre el pecho, y tomando con la otra la copa, ahora beberemos á la salud del señor coronel, á quien debemos dar gracias por la bondad que ha tenido de convidarnos, y bien se vé que estima á los soldados, y

tanto más, cuanto que nosotros no tenemos siquiera el honor de conocerlo personalmente, y por ello se puede comprender el buen corazón que tiene, como si fuese nuestro padre, y nosotros sus hijos, y por esto bebemos á su salud.

Todos se levantaron.

—Un momento... y decirle que jamás olvidaremos este feliz día, que es una de las mejores satisfacciones que produce el haber servido al rey, y recordaremos los buenos consejos que nos ha dado, que son muy prudentes y oportunos, y todos debemos tenerlos presentes é imitar su ejemplo, que después de tantos años conserva aún el capote de soldado, que es una cosa que le honra á él, y nos enorgullece á nosotros. ¡Bebamos, pues, á su salud y que viva el señor coronel que tan bueno es para los soldados!

—¡Viva! gritaron todos con entusiasmo.

—¡Viva el Rey! es lo que habeis de gritar, exclamó el coronel.

Todos contestaron: ¡Viva el rey!

—Señor coronel, ahí está el rey, gritó una mujer que llegaba corriendo.

Los soldados se levantaron impetuosamente de la mesa, arrojando al suelo sillas y bancos, y se precipitaron hacia la salida. El rey apareció en aquel momento bajo el empuje, á caballo; en traje de caza. Todos quedaron asombrados por un instante, y después, todos juntos, como de concierto, repitieron con gran fervor: ¡Viva el rey!

El rey saludó, y miró alrededor sorprendido.

Todos callaron.

—¿Cómo están aquí todos estos soldados? preguntó sonriendo.

Ninguno se atrevía á hablar. Un soldado se adelantó y dijo con desenvuelta vivacidad:

—Yo diré lo que ha pasado, señor; todos nosotros somos soldados licenciados; este es el señor coronel retirado, que se ha puesto el capote para estar con nosotros; estos son los novios, y ahora se estaba celebrando la comida de boda, y nosotros hemos sido convidados por el señor coronel.

Dicho esto, tendió alrededor una mirada triunfal, como diciendo:—Ved si sé yo de qué manera se habla á los reyes.

El rey sonrió, preguntó al coronel su nombre, miró la quinta, las banderas, los novios, los soldados, y después dijo:

—¡Bravo! me gusta ver á los soldados contentos...

¡Bravo!... ¿habeis hecho todos la guerra?

—Todos, respondieron los soldados á la vez.

—Señor, gritó uno de ellos, descubriéndose un brazo hasta el codo y señalando una cicatriz, esta es de la Cernaya.

—Esta es de Palestro, señor, gritó otro señalando una cicatriz que tenía en la frente.

—Y esta de San Martino, gritó un tercero, mostrando una mano, á la que faltaban dos dedos.

—¡Valientes muchachos! respondió el rey con voz conmovida: la mano, todos.

Los soldados arrojaron un grito de alegría, se agruparon en torno del caballo, y estrecharon uno tras otro la mano del rey; el último fué César.

—¡Gallardo mozo! dijo el rey; todas las campesinas miraron á Luisa. Luisa sonrió y se estremeció.

—¿Y vos, coronel? preguntó el rey después que hubo estrechado la mano á todos los soldados.

El coronel, que había permanecido hasta entonces aparte, inmóvil como una estatua, se adelantó con la boca abierta y los ojos relucientes de lágrimas, y estrechó la mano al rey.

—Mañana vendreis á almorzar conmigo en Valdieri; ¿no es verdad?—El coronel no pudo responder. Hizo señal afirmativa con la cabeza y miró al rey con ojos asombrados.

—Señor, gritó un cazador acercándose, pido una gracia á Vuestra Magestad.

—¿Cuál?

—Esta, contestó el soldado, y le dió una copa de vino.

—El rey bebió.

—¡Viva el rey! gritaron todos, y la gente que se había reunido en el prado y en la carretera, repitió: ¡Viva el rey!

—Señor coronel, dispense... dijo el cazador, cogiendo la copa vacía y guardándola en la faldriquera: todos rieron.

—¿Qué significan aquellas banderas allá abajo? preguntó el rey señalando hácia los linderos de la posesión.

Un soldado se lo explicó.

—¡Adios muchachos! buenas tardes: coronel, hasta mañana.

Dicho esto, volvió el caballo, y partió á galope.

Todos echaron á correr detrás, victoreándole.

Una hora después, era casi de noche. El prado estaba enteramente iluminado con farolillos de papel. Una multitud de campesinos, hombres y mujeres, mezclados con los militares, iban y venían por el prado y la carretera, moviendo festiva algazara. Comenzaban á oírse los acordes de las flautas y violines.

—¿No se comienza el baile? preguntó el coronel á los novios.

César se volvía para responderle, cuando se presentó delante un muchacho, todo asombrado, que quería decirle algo y no podía articular palabra.

—¿Qué pasa? preguntaron Luisa y César casi asustados.

—¿Qué ha ocurrido?

—Habla.

—Es que las banderitas que yo había puesto en los linderos de la posesión, no están ya allí.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿dónde están, pues?

—Se las han llevado media milla más allá, á la otra colina...

—¿Y quien las ha hecho cambiar?

—Adivínadlo.

—¿Quien?

—El Rey.

—Ya estais ricos, dijo una campesina á los novios.

—¡Música!—gritó el coronel con voz temblorosa.

La música comenzó. Todos acudieron á bailar. Luisa y César permanecieron inmóviles.

—¿Y vosotros?—preguntó el coronel, más aturrido que ellos.

Pusiéronse tambien á bailar los novios.

No habían hecho cuatro pasos, cuando César arrojó un grito. La música cesó, y todos se agruparon en torno de él:—¿Qué es? ¿qué ha pasado?

—Se ha desmayado Luisa en mis brazos, contestó César, sosteniéndola para que no cayese en tierra.

El coronel se aproximó á Luisa y la llamó por su nombre.

Luisa abrió los ojos, miró en torno, exhaló un suspiro, y sonrió.

—¡Ah! no es nada, exclamó César tranquilizándose.

—Ha sido el exceso de la alegría, añadió el coronel. ¡Música!

Y se pusieron de nuevo á bailar.

*
* *

Dos horas después el prado estaba desierto y silencioso.—Acá y allá, entre las ramas de los árboles, resplandecía alguna lucecita. Todas las ventanas de la quinta estaban cerradas, excepto una, la del medio, abierta é iluminada. Veíase allí á alguien, que estaba sentado, con los brazos cruzados sobre el alfeizar y la cabeza apoyada en los brazos. Era el coronel.

Soplaba un fresco vienteillo de otoño, que hacía caer las hojas de los castaños. La bandera enarbolada en la ventana, moviéndose de vez en cuando, iba á rozar la cabeza del anciano. El cielo estaba estrellado y límpido. A lo lejos, en el fondo del valle, se oía un canto confuso de muchas voces, que iban apagándose; eran los soldados que volvían á sus casas.

De repente, una de las ventanas del piso bajo se iluminó, y pasaron dos sombras. Después, oscurecióse de nuevo.

—Los pobres muchachos son felices, murmuró el viejo, atendiendo al rumor de sus pasos, y yo he vuelto á ver á mis soldados, á mi rey... moriré tranquilo.

—¡Oh! no, morir no, prorumpió una voz infantil á sus espaldas.

—¡Ah! ¿eres tú, chiquitin? Vén, vén, á los brazos de tu padre; no, morir no, dices bien, viviré para tí.



UN ORDENANZA ORIGINAL



os tipos verdaderamente raros, existen bajo la bóveda celeste, y puedo vanagloriarme de haber conocido varios; el que haya de ponerse al lado de este de que voy á hablar aún está por nacer.

Era sardo, campesino, de veinte años, no sabía leer ni escribir, y pertenecía á la infantería.

La primera vez que en Florencia se me presentó, estando yo en la redacción de un periódico militar, me inspiró simpatía. Por su aspecto y por alguna que otra respuesta pude comprender al vuelo que era un tipo original y muy curioso. Visto de frente, era él; visto de perfil, parecía otro. Pudiera decirse que en el momento que se volvía todos sus contornos se alteraban. De frente tenía una cara como otra cualquiera; pero de perfil, provocaba á risa. La punta de la

barba y la punta de la nariz parecían tocarse, sin conseguirlo, porque se interponían dos inmensos labios siempre abiertos, que dejaban ver dos filas de dientes desordenados como un pelotón de milicianos nacionales.

Los ojos semejaban dos cabezas de alfiler, tan pequeños eran, que desaparecían casi totalmente entre las arrugas, de la cara cuando se reía. Las cejas tenían la forma de dos acentos circunflejos, y la frente por su estrechez apenas bastaba á separar el pelo de las cejas. Decíame un amigo, que era hombre hecho para excitar la risa. Y á pesar de todo, su fisonomía expresaba inteligencia y bondad; pero inteligencia parcial, por decirlo así; y una bondad también *sui generis*. Su voz era áspera y bronca, hablaba un italiano que hubiera podido pretender el privilegio de invención.

—¿Te gusta Florencia?—le pregunté, al día siguiente de haber llegado.

—Así, así, no me disgusta—me dijo.

Para él, que no había visto más que Cagliari y alguna que otra pequeña ciudad del Norte de Italia, no dejó de parecerme respuesta un poco severa.

—¿Qué te gusta más, Florencia ó Bergamo?

—He llegado ayer, y no puedo juzgar todavía.

Cuando se iba, le dije:—Adios—y él me contestó:—Adios.

Al siguiente día entró en casa á prestar servicio.

Al principio, mil veces estuve á punto de perder

la paciencia y de enviarle á su regimiento. Si no hubiera sido más que el no entender una jota de lo que le decía, *transeat*; pero la desgracia era que, un poco por no entender el italiano y otro poco por la novedad que le causaban los encargos que le daba, comprendía á medias y lo hacía todo al revés. Si os dijera que llevó á afilar mis navajas de afeitarse á casa de Lemonnier el librero y á imprimir mis manuscritos á casa del amolador; que en otra ocasión dejó una novela francesa en casa del zapatero y un par de botas en la de una señora, nadie lo creería; porque para creerlo era preciso haber visto hasta qué punto, además de comprender mal, era distraído. De otra suerte, ¿cómo explicarse los *qui pro quo* tan garrafales?... No es posible dejar pasar alguno de ellos entre los verdaderamente maravillosos.

A las once de la mañana le enviaba á comprar jamón para hacer el almuerzo; precisamente á esa hora salía el *Correo italiano*. Un día, sabiendo que el periódico traería una noticia que me urgía saber, le digo:—Véte á escape, jamón y *Correo italiano*.—Era imposible que aferrase de un golpe dos ideas. Bajó y volvió á los pocos minutos con el jamón envuelto en el *Correo italiano*.

Hojéabamos juntos una mañana, un amigo y yo, un hermosísimo atlas militar que la Biblioteca me había prestado, y le decía—Esto es lo malo, para mí; que no me es posible después de ver cada una de las cartas, formar idea del conjunto, porque no las veo

de una vez. Para apreciar bien la batalla en toda su complejidad quisiera verlas todas clavadas en la pared y puestas en fila, de suerte que formasen un solo cuadro.—Por la noche, cuando volví á casa... ¡tiemblo todavía cuando lo pienso!.. todos los mapas del Atlas estaban clavados en la pared; y para mayor suplicio, se me presenta por la mañana temprano con semblante sonriente y humilde como el que viene á buscar una palabra de agradecimiento.

Le mando en otra ocasion comprar un par de huevos para que los cociera en la maquinilla del espíritu de vino. Estando él fuera, vino un amigo á hablarme de un asunto urgente. Veo entrar á aquel desgraciado:—Espera,—le dije. Y se sienta en un rincon, y yo continúo hablando con el amigo. Al cabo de un rato veo que el soldado tan pronto se pone encendido como pálido y verde, parecía que estaba sentado sobre un lecho de espinas, no sabía dónde esconder su cara. Bajo los ojos, y me veo escurriendo por una pata de la silla, unas líneas amarillas, de color de oro, que jamás había visto. Me acerco: si es yema de huevo. El infame se había metido los huevos en el bolsillo de atrás, y se había sentado, sin acordarse de que allí tenía mi almuerzo.

Todo esto son tortas y pan pitado al lado de lo que tuve que sufrir antes de obligarle á que arreglara mi cuarto, no como yo deseaba, sino de modo que, al ménos remotamente, dejara comprender que allí vivía un hombre razonable. Para él el arte de colocar las

cosas en órden, consistía en disponerlas una sobre otra, segun formas arquitectónicas, y su mayor ambicion, fabricar edificios, cuanto más altos mejor. Primeramente, todos mis libros estuvieron formando un semicírculo de torres, que temblaban al más leve soplo; el cubo vuelto al revés, sostenía una atrevida pirámide de platos pequeños y vasitos, sobre los cuales se erguía altanera la brocha de la barba; los sombreros de copa, nuevos y viejos, se elevaban unos sobre otros á manera de columna triunfal, hasta una altura vertiginosa. Así, que en el silencio de la noche, ocurrían frecuentemente ruinas fragorosas é inmensos derrumbamientos, que, á no ser por las paredes de la habitacion, nadie sabe hasta dónde hubieran podido llegar los sombreros.

Para hacerle comprender que el cepillo de los dientes no pertenecía á la familia de los cepillos de cabeza, que el tarro de la pomada era enteramente distinto del frasco del extracto de carne Liebig, y que la mesa de noche no es mueble destinado á guardar las camisas planchadas, se requería la elocuencia de Ciceron y la paciencia de Job.

Si me agradecía la buena manera como le trataba, y si sentía cariño hácia mí, jamás pude sospecharlo. Solo en una ocasion mostró cierta solicitud por mi persona, y por cierto de modo muy extraño. Estando en la cama, enfermo, hacía quince dias, sin adelantar un paso, detuvo una noche en la escalera al médico, que era inmensamente oscuro, y le preguntó con brusquedad:

—Pero, vamos á ver, ¿V. le cura ó no le cura? El médico montó en cólera y le dió un buen jabón.

—¡La cosa es que vá siendo la broma un poco larga!—murmuró por toda respuesta.

Otras veces tenía salidas que, en lugar de reprenderse, como era mi deber, no podía hacer más que reirme. Una mañana, me despertó diciéndome al oído con extraño acento:

—Señor teniente, el que duerme no coje peces.

En otra ocasion entraba en casa, cuando precisamente salía cierto personaje ilustre, y oyó decir á un amigo mio que se quedaba, que tal personaje era *una personalidad muy saliente*. Pasan quince días, y estando hablando con varios amigos, se asoma á la puerta de mi cuarto y me anuncia una visita.

—¿Quién es?—pregunté.

—Es...—respondió (no se acordaba del nombre).

—es... *aquella personalidad muy saliente*.

—Todos soltaron la carcajada, lo oyó el mismo personaje y le expliqué lo ocurrido, y no pudo ménos de reirse tambien á más y mejor con nosotros.

Es difícil dar idea de la lengua que hablaba este curioso sujeto: era mezcla de sardo, lombardo é italiano; todas las frases que usaba estaban hechas á medias, las palabras truncadas y contraídas, soltaba aquí y allá infinitos verbos que dejaban el sentido en el aire, por lo cual su conversacion parecía la de un sonámbulo. Vino un día á buscarme un amigo á la hora de comer, y al entrar, le preguntó:

—¿En qué está de la comida tu amo?

—*Trema* (tiembla)—le respondió el soldado.

El amigo se quedó con la boca abierta.

Aquel *trema* quería decir *termina*.

En cinco ó seis meses, frecuentando las escuelas del regimiento, había aprendido á leer y á escribir trabajosamente: fué una desgracia para mí, porque mientras yo estaba fuera de casa, se ejercitaba en escribir sobre mi mesa, y solía poner cien ó doscientas veces la misma palabra, que era generalmente alguna de las que me había oído pronunciar el día ántes leyendo, y que le había hecho impresion. Una mañana, por ejemplo, le chocó el nombre *Vercingetorige*.

Por la noche, al volver á casa, me encontré *Vercingetorige* en las orillas del periódico, por el revés de los mapas, en las cubiertas de los libros, en los sobres de las cartas; sobre los papeles del cesto, por todas partes donde encontraba espacio para meter las catorce letras predilectas.

Otra vez le hirió el corazón la palabra *ostrogodos*, y al siguiente día toda mi casa estaba invadida de *ostrogodos*.

Un día le sedujo la palabra *rinoceronte* y á la mañana siguiente, mi casa llena de rinocerontes.

Por otra parte, la verdad es que gané algo; porque pude abandonar el uso de las cruces que hacia antes con lápices de distintos colores sobre las cartas que debía llevar á la mano para determinadas personas; de otro modo era imposible: todos los nombres

se le olvidaban; así que, solía decir: esta carta vá á la señora celeste (que era mundana), esta otra al pe-riodista negro (y era rojo), la otra al empleado ama-rillo, cuando aunque el lápiz era amarillo él era verde.

Pero á propósito de escritura, le descubrí una cosa buena, que supera á todas las que llevo citadas.

Se había comprado un cuaderno, en el cual copia-ba de todos los libros que tenía á su alcance, las dedi-catorias de los autores á sus padres, cuidando siempre de sustituir los nombres de éstos por el nombre de su padre, de su madre y de sus hermanos, á los cuales se imaginaba dar de esta suerte espléndido testimo-nio de afecto y de gratitud.

Abrí un día el cuaderno y me encontré entre otras la dedicatoria siguiente:—*Pedro Franci* (era su padre, un campesino), *Nacido en la pobreza, Supo con el estuudio y con la perseveranzia Azquirir un puerto señalado entre los dertos, Socorrer á sus padres y hermanos, Dignamente edu-car á sus igos, á la memoria del óptimos padre dedica Este libro El autor Antonio Franci*, (en lugar de Miguel Lessona).

En otra página:—*A Pedro Franci mi Padre Que anurciendo al Parlamento subal. Pino El desastre de No-bara caia sin sentido en tierra, Muriendo á lo poco dias Consagro este canto, etc., etc.*

Más abajo:—*A Cagliari* (en lugar de Trento), *Sin reprentacion todabia en el Parlamento italiano, etc. An-onio Franci*, en lugar de Juan Prati, etc.

Lo que más maravilla me causaba en él,—que ja-más había visto nada—era la absoluta carencia del sentimiento de sorpresa, por extraordinario que fuese lo que se presentase delante de su vista. Vió, en el tiempo que estuvo en Florencia, las fiestas con mo-tivo del matrimonio del entónces príncipe Humberto; vió una funcion de ópera y bailes en la Pergola (jamás había visto un teatro); vió las fiestas del carnaval y la iluminacion fantástica del Paseo de las Colinas; vió otras cien cosas enteramente nuevas para él, que deber-ian haberle llenado de estupor, divertirle y darle mo-tivo para que charlase grandemente. Nada de eso. Su admiracion nunca fué más allá de la fórmula acos-tumbrada:

—No está mal.—Santa María de las Flores... no está mal; la Torre del Giotto... no está mal; el pala-cio Pitti... no está mal.—Yo creo que si el mismo Dios en persona hubiera bajado á preguntarle qué le parecía la creacion, le hubiera contestado que no es-taba mal.

Desde el primero al último día que estuvo conmigo, tuvo idéntico humor, entre alegre y sério; siempre dó-cil, aturdido; siempre puntual para entender las cosas al revés; siempre sumergido en inmensa apatía, y siempre extravagante de la misma manera. El día que recibió su licencia, estuvo haciendo garabatos en su cuaderno, quién sabe las horas, con la misma tran-quilidad de los otros días. Antes de salir, vino á despedirse. La escena de la separacion fué poco tier-

na. Le pregunté si sentía dejar á Florencia. Me respondió:

—¿Por qué no?

Le dije si volvía á su casa de buena gana.

Me contestó con un gesto que no comprendí.

—Si tuviera necesidad de algo—me dijo ya en los últimos momentos—escribame, que siempre tendré mucho gusto en servirle.

—¡Muchas gracias!—le repliqué.

De esta manera salió de casa, despues de dos años que había estado conmigo, sin dar la más mínima señal de pena ni de alegría.

Yo le miraba mientras bajaba las escaleras.

De repente se volvió.

—Vamos á ver—pensé para mí—al fin su corazón se ha despertado y vuelve á despedirse de otra manera.

—Señor teniente—dijo—la brocha de afeitar la puse en el cajon de la mesa grande.

Y desapareció.



A LOS VEINTE AÑOS



Al que no me vengan á contar de la vida alegre y divertida de los estudiantes y de los artistas; los verdaderos locos de andar, son los oficiales recientemente promovidos al cargo, en los primeros meses que viven con el regimiento. No es posible que un jóven se halle en situacion más favorable para la alegría y el desórden.

El salto desde el colegio á la vida libre, del machete ó bayoneta á la espada y del refectorio al restaurant; los primeros goces del mando, el uniforme nuevo, el asistente, los nuevos amigos, los superiores benévolo... en camino al ménos de experiencia, y aquella idea vaga de morir un día en medio de hermoso campo de trigo, herido en la frente por una bala que ni siquiera nos dé tiempo para gritar... son cosas que mantienen un estado de embriaguez continua, como en enamorados esposos.

na. Le pregunté si sentía dejar á Florencia. Me respondió:

—¿Por qué no?

Le dije si volvía á su casa de buena gana.

Me contestó con un gesto que no comprendí.

—Si tuviera necesidad de algo—me dijo ya en los últimos momentos—escribame, que siempre tendré mucho gusto en servirle.

—¡Muchas gracias!—le repliqué.

De esta manera salió de casa, despues de dos años que había estado conmigo, sin dar la más mínima señal de pena ni de alegría.

Yo le miraba mientras bajaba las escaleras.

De repente se volvió.

—Vamos á ver—pensé para mí—al fin su corazón se ha despertado y vuelve á despedirse de otra manera.

—Señor teniente—dijo—la brocha de afeitar la puse en el cajon de la mesa grande.

Y desapareció.



A LOS VEINTE AÑOS



Al que no me vengan á contar de la vida alegre y divertida de los estudiantes y de los artistas; los verdaderos locos de andar, son los oficiales recientemente promovidos al cargo, en los primeros meses que viven con el regimiento. No es posible que un jóven se halle en situacion más favorable para la alegría y el desórden.

El salto desde el colegio á la vida libre, del machete ó bayoneta á la espada y del refectorio al restaurant; los primeros goces del mando, el uniforme nuevo, el asistente, los nuevos amigos, los superiores benévolo... en camino al ménos de experiencia, y aquella idea vaga de morir un día en medio de hermoso campo de trigo, herido en la frente por una bala que ni siquiera nos dé tiempo para gritar... son cosas que mantienen un estado de embriaguez continua, como en enamorados esposos.

Dura poco esta especie de "luna de miel" del oficial; quizá menos que la otra; pero no es por eso menos deliciosa.—¡Cuántos coroneles cubiertos de cruces y llenos de dinero darian la antigüedad que cabe en una página del escalafón por volver á vivir doce meses, por lo ménos, en aquel bendito carnaval!

¡Oh días bendecidos,
oh, noches consumidas
en risas y algazaras!...

Sanos como manzanas, fuertes como toros, sin juicio como locos, atrevidos como aventureros, siempre arruinados y siempre hambrientos y siempre contentos, al vernos, parecía que todos llegaríamos á ser generales á los treinta años. Aquello era una risa. La más afectuosa sonrisa de capitanes y mayores era como una sonrisa de jente atrabiliaria y enfermiza, como unos de tísico al lado de nuestras explosiones de hilaridad que hacían retemblar toda la casa. Eramos siete, todos juntos en la misma brigada que se hallaba en una de las más hermosas ciudades de Sicilia, y todos recientemente salidos de la gran fábrica militar de Módena (1).

Tres habíamos venido juntos desde Turín en un viaje lleno de peripecias. Baste decir que habiendo salido de casa con el dinero justo, en la seguridad de ir derechos desde Génova á Sicilia, tuvimos que detenernos en Nápoles, porque no salían vapores á causa

(1) La Escuela general militar.

del cólera, con la prevision, por añadidura, de tener que hacer cuarentena en Palermo, así que pasamos diez días interminables en la bella Partenope, viviendo de pu-ros y sim-ples ma-carrones, que íbamos á devorar á una tienda llamada *Villa de Turin*, en lo más profundo de un cuartucho secreto, reservado para los vergonzantes y apercebidos por la policía. Pero en seguida que llegamos á nuestro regimiento, comenzó la vida hermosa. Nos encontramos los siete recién llegados; al segundo día tuvo uno de nosotros luminosísima idea: propuso que viviéramos todos juntos y que se hiciera mesa redonda.

Propuesto y aceptado: todo fué uno, se alquiló una leonera de siete cuartos y una cocina, se dispensó al ordenanza cocinero de la mecánica y ejercicios, se instaló cada uno en su agujero, se fijó un horario en el comedor, y ¡á vivir!

No es posible contar lo que aquella casa ofrecía de extraordinario. Parecía una fonda, un cuartel y un manicomio. Figuraos siete oficiales de veinte años, siete asistentes de veintidos: dos piamonteses, un lombardo, un toscano y tres napolitanos; catorce personas en siete habitaciones como una cáscara de castaña cada una, todos en movimiento desde la mañana hasta la noche, como almas perdidas.

Uno iba á "prestar la guardia" el otro volvía, tres tornaban de los ejercicios, dos salían para el servicio de víveres; uno se estaba roncando hasta las diez de la mañana, otro se levantaba á las tres de la madrugada,

y otro volvía al despuntar el alba después de la ronda. Los ordenanzas venían por la comida para los oficiales ausentes, los zapadores, á llevar la orden del día, los vendedores de verduras ambulantes á ofrecer legumbres á la puerta, los fruteros á echar las naranjas por las ventanas, los guitarristas á cantar bajo la terraza, y así todo lo demás... si se pudiera seguir contando. Por un lado las ventanas apenas estaban á dos metros del suelo; así que cuando había gran prisa, se salía á la calle por la ventana.

La puerta de casa siempre estaba abierta; los perros entraban y se paseaban como dueños del cotarro. No había un minuto de tranquilidad. Los siete soldados se divertían en limpiar á golpes los siete capotes de los oficiales á la vez, y hacían tal ruido, que la gente se agrupaba en la calle, desde donde se oían todos los estruendos de la casa, hasta nuestras conversaciones en voz baja. Uno de los siete tomó un piano de alquiler, y otros dos tenían la manía de tirar á la esgrima con los bastones; la casa era tan excesivamente sonora, que cuando uno se sonaba las narices de noche, todos los cuartos retumbaban, y de cada cama salía una maldición. A pesar de todo esto, y del lastimoso estado de miseria de los muebles y de la tapicería, hecha girones, se pasaba divinamente.

También la mesa iba como Dios quería, á pesar de que á los dos meses llegamos á descubrir que el cocinero era hijo de un tendero. Uno de nosotros había asumido la alta dirección de los gastos y de la co-

cina. ¡Pobre director! El primer día, me acordaré siempre, fué para él día doloroso. Se llamaba Maglietti, era piamontés: guapo muchacho, sóbrio, buen asesor, mejor mayordomo, económico, sin ser avaro. Al asumir la dirección, había echado sus cuentas, diciéndonos:

—Dejadme, estaremos perfectamente y se gastará poco ó nada.—Pero había echado las cuentas regulándose por su *ventrículo*, no por el nuestro. La primera vez que nos sentamos á la mesa, después de una marcha militar, se hizo tal consumo, que se quedó lleno de espanto. Cuando todo parecía concluido, uno de nosotros se levanta, vá á la cocina, recoge las hojas de los rábanos que habían quedado, hizo una ensalada, empezamos á comistragear, hasta dar fin á kilógramo y medio de pan que quedaba. El pobre Maglietti estaba desesperado, le entraban ganas de llorar; se fué á la cocina, cogió un manojo de fideos crudos y nos los arrojó sobre la mesa con desprecio, diciendo:

—¡Tomad, devorad, reventad! Renuncio á la dirección. ¡Creía tratar con oficiales y no con lobos!

No podíamos tenernos de risa, y hubo que bregar para dulcificarle y conseguir que continuara con el cargo.

Pasado este "incidente," todo marchaba á las mil maravillas. Las conversaciones que teníamos en la mesa, eran una diversion aun para los que pasaban por la calle. Con la desenvoltura y potencia vocal propia

de jóvenes de veinte años, se discutían todas las noches mil cuestiones, desde los más intrincados problemas de balística, á la inmortalidad del alma; desde el reglamento de disciplina, hasta la música del porvenir; sentencias contundentes, travesuras de abogados corridos, gritos, cañonazos, golpes de mortero, todo servía y hacía pensar que nos hallábamos en el wagon-proyectil de Julio Verne, cuando Miguel Ardan dejó abierto el depósito del oxígeno. Aquí, en lugar del oxígeno, el que trabajaba era el vino de Sicilia.

De vez en cuando, dos comensales se herían con sequedad y querían batirse,—mañana,—esta noche,—en seguida, allí, en un periquete, en la misma habitación, entre uno y otro plato,—¡vamos!—y se levantaban para cojer las espadas; pero, á fuerza de súplicas, consentían en concluir la cena, por lo menos, y al llegar á los postres, ya se habían reconciliado.

Hubo algun duelo fuera de casa, como para hacer la mano, y acostumbrarse á un pequeño sablazo; pero todo se arreglaba á la hora de comer, en medio de la gritería acostumbrada. Poco á poco, todos fueron teniendo correa para sufrir las bromas con buen humor y no tomarlo en serio, excepto uno, llamado Cerraghi, gordo, lombardo, buena pasta, un poco rabioso; pero, por esto mismo, era muy divertido. Su fuerte era la historia, y principalmente la historia moderna europea; no leía otra cosa, así es que no podía hablar

más que de esto; recordaba los hechos, nombres y fechas maravillosamente, y se enfurecía cuando oía decir un despropósito, aunque todos los días hiciera intención de dejarlo correr sin abrir la boca. Nosotros nos divertíamos en provocarle sin que lo advirtiera.

—¿Has visto—preguntaba uno al otro... (como si dijéramos al *vis á vis*)—has visto en casa de tal litógrafo, un magnífico grabado que representa á Felipe II en la batalla de Pavía?

El pobre Cerraghi daba un empujon á la silla, pero se aguantaba.

—Amigos—continuaba otro—es preciso ir á verlo. Es un trabajo maravilloso. Tiene color local y el carácter de época. Se respira al mirarlo el ambiente del siglo décimo cuarto, como...

—Bravo, bravísimo... interrumpía otro;—¡la batalla de Pavía, en el siglo décimo cuarto! Dá gusto ver cómo has estudiado la historia. Tú la confundes con la batalla de Legnano.

Ya no pudo contenerse el pobre Cerraghi, que tenía las venas del cuello gruesas como si fueran cuerdas, y prorumpió á gritos:

—¡Asnos! ¡asnos! y ¡asnos!

Era de oír entonces la carcajada general que estallaba, hasta el punto de hacer retemblar los cristales de las ventanas.

Otro tipo curioso era Boccetti; guapo chico, elegante, algo vanidoso, pero de hermoso corazón, que se rompía los brazos de tanto estirar la camisa pa-

ra sacar los puños, especialmente estando á la mesa.

Nosotros, por burla, le invitábamos, disputando á ver quién era el que enseñaba más camisa, llegando á veces á suspender la comida para echar todos los brazos por alto, con las mangas recogidas hasta el codo, como campesinos; llegó hasta el extremo de que, para descansar de tanta fatiga, nos quitábamos los puños postizos al sentarnos á la mesa, y los poníamos al lado del plato para que todos pudieran admirarlos con comodidad. Boccetti tenía la manía de pasar por un gran *tenorio*, envolviendo sus conquistas en profundo misterio. Tenía buen gusto; miraba hácia arriba, á los blasones. Hacía un mes que habíamos llegado, y ya eran tres ó cuatro las condesas y otras tres ó cuatro las marquesas, de que no se podía hablar en la comida, sin que lo tomara á falta de delicadeza. Quizá él no las conocía más que de vista. Cada día venía con una nueva.

—¿Has visto ayer tarde en el teatro—preguntaba cualquiera al que tenía á su lado—á la condesa de tal?

—¡Soberbia! Hermosa mujer, con aquella carita sonrosada llena de la gracia de Dios. Daría la mitad de mi sangre por besarle la punta...

—Te suplico—interrumpía Boccetti poniéndose serio—que cambiemos de conversacion.

—Pero ¿tambien pones el veto sobre esta?

—Te lo pido por favor.

—Entonces... está bien, mudemos de conversacion si es tu gusto.

Pero, naturalmente, brotaban las sonrisas mudas que valían cien veces más que las sonoras.

El célebre Boccetti se restregaba la espalda contra la pared á la puerta de casa antes de salir á comer, para hacer creer que se habia manchado de aquel modo por abrazar á una señora de alto bordo cuando subía por las escaleras de su palacio; sentía pasar un carruaje durante la comida, se levantaba y corría á la ventana, en donde no hacía otra cosa (le decíamos nosotros), más que escupir; luego volvía á la mesa con sonrisa altanera, y estirándose los bigotes.

El que se sentaba á su lado tenía otra pasion; la de hacer el gran señor. Había nacido para esto, lo tenía metido en los huesos y en la masa de la sangre. Pobre como las ratas, no pudiendo derrochar grandes sumas, hacía lo que podía; encendía un cigarro con cuatro cerillas, las de á veinte céntimos la caja, gruesas como círios, dejaba arder la vela toda la noche; daba dos reales de propina por un vaso de cerveza, y tiraba dos pesetas por la ventana, con expresion de príncipe aburrido, para hacer callar á un pobre violinista que le atacaba los nervios. ¡Oh, caro Cavagnetti! Lo ménos empleaba la mitad del sueldo en gastos de representación.

Él mismo lo decía con entera ingenuidad.

—¡Qué diablo! es preciso mantener cierto decoro.

Y por mantener este cierto decoro, jugaba como un condenado á las cartas, al billar, al ajedrez, al do-

minó, á las damas, á la lotería, con el que podía y donde quiera que fuese, á todas horas y en todas las ocasiones, hasta que no le quedaba ni la sombra de un céntimo.

Entonces era la ocasión de encender el cigarro con una caja entera de cerillas. Volvía á casa diciéndole con aire de seriedad que quería estrangularse con el cinturón, lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quería decir:

—Prestadme veinte pesetas.

Usaba un estribillo muy gracioso que nos hacía reír en grande; él mismo no sabía como lo había cogido. Estaba casado, por decirlo así, con una palabra que continuamente repetía sin advertirlo, y dándole cada día nuevo significado; era la palabra *cíclope*. Hablando del coronel decía:

—Esta mañana estaba de mal humor el cíclope.

Llamaba al asistente:

—¡Ohé! ¡Cíclope!

Aparecía en la mesa una cuarta botella:

—¡Oh! un cuarto cíclope.

Y siempre lo decía con mucha seriedad.—Le preguntábamos porqué usaba aquella palabra.

—¿Yo qué sé?—respondía—me sale naturalmente. Me gusta, y cada uno tiene sus gustos.

Y continuaba chupando voluptuosamente su cigarro... el cíclope.

Generalmente, después de la comida, tocaba el pianista y nosotros armábamos un poco de baile, imi-

tando cada uno la manera de bailar de nuestra, ¿cómo diré? un francés podría decir *inclination*, (¡es curioso! sería todavía más galante la palabra opuesta). Pero el pianista era un perro de tal índole, que apenas comenzábamos, dejaba de tocar. No es posible que la pasión por la música residiera nunca en un cerebro tan falto de armonía como éste. Oyéndole tocar, parecía como si se pusiera á saltar con armas y bagajes sobre el teclado. A pesar de todo, le daba la manía por componer, se las echaba de docto en el contrapunto, buscaba un libreto, siempre con la idea fija de poner en música el *Orlando furioso*, para lo cual decía que necesitaba trabajar tres años por lo menos.

Un día trajo á casa un maestro para que oyera una mazurka suya y diera su parecer. Por toda respuesta, el maestro pidió con débil voz una copa de coñac, lo cual fué ocasión para bromas tremendas. Sin amilanarse, impertérrito, seguía componiendo y machacándonos la cabeza en los ratos de ocio, cantando sus romanzas con voz de cerrojo enmohecido, que levantaba la piel. Por la noche no se atrevía, porque habiéndole instado un día para que tocara la *Casta diva*, por si regocijaba nuestros sueños, le cayó encima tal granizada de zapatos viejos y de botas en buen uso, que por la mañana parecía que habían alfombrado de cuero la habitación.

El mejor de entre todos, y el de cabeza menos cargada, era uno de la romafia, llamado Mazzoni, jó-

ven de formas gigantescas, que el día que se sentaba á la mesa y decía:—Tengo hambre—con su voz tan profunda, que parecía salir de debajo tierra, el pobre director de la mesa se ponía pálido. Ni el hambre de un murguista después de siete horas de serenata, ni la de un esquimal después de prolongada carcería de focas, ni el furor de un león tres días, en ayunas puede compararse al furor con que dejaba limpia la mesa aquel "maldito sacramento," como dice Nerio Tanfucio. La manera de comer suya no era comer, era *vitualarse*, era una "requisitoria" de un escuadrón de caballería en tiempo de guerra, una devastación, un verdadero saqueo. Ocupado por completo en triturar, hablaba poco, pero fuera de la mesa, divertía á la compañía con todo género de ocurrencias inesperadas, para las cuales tenía una imaginación diabólica. ¿Divertía?... Psché... A veces le echábamos más maldiciones que pelos tenía en la cabeza; al fin todo concluía riéndonos á carcajadas. Era capaz de estar preparando alguna de sus sorpresas siete días seguidos.

Recuerdo que una noche, cerca ya de las doce, durmiendo todos como troncos, empezamos á sentir un frío espantoso, los seis nos encontramos á la vez sin ropa, sin las sábanas, y las colchas y cobertores debajo de la cama; cada uno volvía á arreglar su cama y seguía el sueño; pasaba una hora, vuelta á lo mismo, parecía cosa de brujas. Hasta que, perdida la paciencia, uno encendía una cerilla, otro la vela, saltábamos de la

cama, y todos á una voz prorumpíamos:—¡Es Mazzoni!—Y sin embargo, Mazzoni roncaba, no se había movido. ¿Qué será? A fuerza de dar vueltas por la habitación, se enredó alguno en una cuerda estirada, que iba de parte á parte de la habitación; en cada cuarto había una cuerda, y las seis iban á juntarse en la malvada mano de aquel traidor, que roncaba lindamente. ¡Entonces era ella! todos encima. Pero, sí: ¡meterse con un coloso de aquella especie! Con seis formidables almohadazos nos echaba fuera de su cuarto como á seis avispa, y tenía razón.

En otra ocasión, á un pobre diablo que volvía muerto de cansancio de una penosa marcha, se le despertaba á media noche con una hermosísima rueda de pólvora de varios colores, que le llenaba la habitación de fuego. A lo mejor nos hacía levantar á todos con las sillas pegadas al cuerpo, ó en el momento de desenvainar la espada en la plaza de Armas, nos encontrábamos con que estaba pegada á la vaina con un sutilísimo cordón de seda; en aquel momento habríamos colgado de buena gana á nuestro querido amigo de un farol en la calle más inmediata.

Las bromas más graciosas ocurrían siempre en la mesa, donde cada día se inventaba alguna nueva. Una temporada nos dió por desabrocharnos la levita, para cojer aire siempre que alguno soltaba una bola; era un abrocharse y desabrocharse continuo. Para ciertas bolas de Boccetti nos poníamos de pronto en mangas de camisa los seis á la vez, suspendíamos la co-

mida y los seis nos lanzábamos á abrir de par en par las siete ventanas de la casa. Soltó cierta noche una ran colosal, contando antiguas aventuras suyas con una señorita florentina, la cual de marquesita de veinticinco años con que apareció al principio del cuento, se trasformó al fin en princesa de diez y ocho, que nos echamos todos por las ventanas á la calle, y le obligamos á parlamentar buen rato desde la terraza, ántes de volver á comer.

Otros dias nos poníamos á comer sentados á la oriental, sin hacer platos distintos, hablando turco, esto es, poniendo una *a* en todas las sílabas, —*pananda ana a an todas las sílabas*,—y multando al que se equivocase; multa que en sólo una noche ascendió á trescientas pesetas—(nominales). —Otra noche nos conveníamos seis para no dejar hablar al sétimo, echándonos encima los seis en coro, con apóstrofes y reprobaciones que le dejaban sordo. Nos imponíamos también la obligacion de hablar en verso, cantando como en un melodrama, previa citacion del maestro y del título de la obra. Vino luego la manía del "hurto alimenticio" que fué una verdadera calamidad. Hicimos un pacto que lo regulaba todo y no había más remedio que aguantarse. Uno metía el tenedor, daba un golpe maestro llevándose tras él la comida del amigo; era suya; y el amigo si no quería ayunar, tenía que mandar al asistente á comprar algun embutido. ¡Oh! no había remision. El chasqueado podía reir, ponerse amarillo, verde, negro ó azul

turquí; pero tenía que resignarse á reir con todos. Los hurtos hechos con genio provocaban inmediata venganza, las venganzas traían consigo otras venganzas, y poco á poco lo que empezó siendo juego llegó á ser un arrebató. Era preciso defender la comida como si fuésemos individuos de la raza canina. No había otro modo para poder comer. Las chuletas, las patas de pollo, los huevos, los vasos de vino desaparecian como por encanto. Habian adquirido algunos tal destreza, que espantaba.

Se inventaban instrumentos. El pícaro de Mazzoni dejaba seca una taza de café, metiendo dentro, con la rapidez del rayo, una enorme miga de pan redondeada que hacía el papel de bomba aspirante; y se llevaba de un golpe medio kilo de macarrones mediante un mecanismo infernal, hecho con un mazo de palillos dispuestos en forma de embudo; ó con una barilla de hierro de la cama y un tenedor atado á la punta, atravesaba las tortillas de parte á parte, desde cualquier extremo de la mesa, que era de dos metros y medio de larga. Luego vinieron los robos en cuadrilla, los hurtos con cuerda, con cortafrió, con red, los raptos con sorpresa. Era un desaliento, una desesperacion, una verdadera ruina. Mazzoni decía siempre:

—¡El hurto magistral, el hurto *mónstruo* le teneis que ver todavía!

Todos se echaban á temblar.

Despues de tantos anuncios, cierta noche, mientras

nos disputábamos á golpe de tenedor una patata, Mazzoni puso bandera blanca, diciendo que se le había caído el cuchillo, y se inclinó para recogerlo...

—¡Por cien mil de á caballo!

Aún no habíamos concluido la exclamación, cuando levantando la mesa sobre sus espaldas se la había llevado á otra habitación, aquel ladrón gigantesco, sin que se hubiera caído ni una sola gota de vino.

Llegó su turno á la pasión por las excursiones nocturnas. Salíamos con los trajes viejos de paisano que habíamos traído de casa, teñidos, desteñidos, vueltos á teñir y desfilachados por todas partes, y con sombreros-espuertas, íbamos á cantar coplas *ad hoc*, al pie de las ventanas de los amigos que dormían, ellos solían obsequiarnos con el cubo de agua sucia ó con el cesto de la basura; otras veces nos metíamos en ciertos agujeros misteriosos de los arrabales á beber un ponche entre marineros franceses é ingleses, pasando por obreros ebanistas ó barnizadores, que íbamos á Oriente. Qué panzadas de reír, santo Dios, con el loco de Boccetti, que á las dos de la madrugada, al volver á casa por calles desiertas y oscuras como catacumbas, veía detrás de todas las persianas—solo él,—un resplandor de alguna luz, que quería decir:—¡Boccetti, ha vuelto mi marido; no subas!—ó bien: ¡Mañana á esta hora!—Y qué risa con Cavagnetti que hacía el gran señor aún en las tinieblas, echando puñados de cobre á los perros; y con el pianista que se empeñaba en ir cantando sus inhumanas romanzas

con peligro de que algún vecino le descerrajara un tiro desde una ventana....

Las excursiones nocturnas se hacían generalmente después de las grandes comidas, porque á despecho de los "presupuestos preventivos" de Maglietti, dábamos comidas. Los convidados eran media docena cada vez. No se podía escribir en los billetes de convite como aquel: *Vida de Bohemia: hay cubiertos*; pero nos ingeniábamos lo mismo. Se ponía una verdadera iluminación de cerillas sobre los cajones, dentro de los tarros de flores, y de unos cestos con hojas de lechuga, y armábamos en las paredes trofeos con las escobas y los cepillos. Los últimos que llegaban se acomodaban sobre las camas á la romana, bebíamos el vino en las tazas del café sin asa, y se limpiaban los labios con periódicos. Alguno que otro arreglaba su mesa aparte, sobre una caja militar puesta en pie; otros, sin cumplimientos, se iban derechos á la cocina á raspar las cacerolas. Todos hablábamos á la vez; casi siempre un pelotón de músicos ambulantes se detenía en la calle á amenizar el banquete, cantando al son de la música *mamina, sto passiarello* (madre, soy pajarillo); los soldados andaban á mojicones en la cocina por cuestión de precedencia en la rapia; era una bacanal tan ruidosa que no se hubiera oído un disparo de fusil. El exagerado de Cavagnetti cogía al vuelo los momentos de silencio más profundo para hacer creer á la gente reunida en la calle que celebrábamos una cena á lo Lúculo.—Cuidado ¡eh!—

gritaba con ese Johannisberg, — ó bien: Boccetti ¡cech, Boccetti! ¡Haz pasar aquel faisán con trufas!

Las conversaciones poco á poco se iban trasformando en coros del *Hernani*. De pronto se deshacía la compañía y cada uno se iba á su habitacion á meter un ruido infernal; uno aparecía disfrazado, otro bailando, otro haciendo ejercicios gimnásticos. Los vecinos golpeaban con los bastones, porque parecía que sacudiese toda la casa un terremoto; el polvo y el humo lo ocultaban todo; no se veía gota... ¡entreveíamos por los aires vertiginosamente bailando el vals, Rosalías, Conchas, Juanitas, jóvenes como nosotros, más locas que nosotros, esbeltas y morenas como beduinas... que luego se deshacían como el humo.

Para tener á raya los siete asistentes, teníamos que bregar lo imposible; cuando estábamos fuera las arrebataban gordas y de todos colores. Estos malvados (á quienes cogimos *in fraganti* una vez), se ponían nuestras chaquetas, encendían nuestras pipas, se sentaban á leer á la ventana nuestras novelas y hacían el *agnus dei* con las mismas vecinas, á las cuales poníamos nosotros ojos tiernos de carnero á medio morir. Tomaban ademanes de enamorados á lo Metastasio ¡los desgraciados! Y teníamos que andar listos con el jaleo continuo que en casa había de lavanderas, planchadoras y vendedoras, porque desde los primeros días habíamos oído por las rendijas de las puertas fragmentos de declaraciones de amor, lombardas, piamontesas y napolitanas;—dicho todo con entonación tan

ardiente, que requería la intervencion pronta y vigorosa de los superiores.

Y no era esto lo peor. Una noche, al ir el director de "todas las mesas" á la cocina para esconder una botella de Marsala que habíamos comprado hacía tres días para las grandes ocasiones, se encuentra al cogerla con que su peso había disminuido mucho. También nuestros buenos amigos bebían, ¡pero, cómo! mientras nosotros nos cansábamos de pelear en la mesa, ellos se trataban á lo señor, bebiendo Marsala. El pobre Maglietti perdió los estribos en aquella ocasión: les quería pasar de una estocada á los siete, como si fueran ranas. Era preciso cogerles *in fraganti*, sin embargo.

A la noche siguiente, estando comiendo, llegó un momento que en la cocina reinaba silencio sepulcral, sospechoso; nos levantamos, acercándonos de puntillas hasta poder mirar por la rendija ¡Oh, ah!.. Cuatro de aquellos facinerosos, apoyados sobre la cuba del vino, con cuatro pajas largas metidas en la boca, chupaban; los cuatro con los ojos entornados como cuatro sonámbulos, con la sonrisa, al par que la paja, en los labios, y absortos en su dulce trabajo, tan tranquilos y con expresión tan beatífica, que no se apercibieron de nuestra presencia y siguieron mamá que te mamarás.

¡Ah, perros!—gritó el director de todas las mesas.

Los cuatro dieron un respingo como si fueran cua-

tro resortes de acero y se quedaron sin respiración. Todavía el impertinente del cocinero tuvo valor para escusarse.

—El señor teniente—murmuró,—tiene razon que le sobra... ¡Demasiado buenol.. Pero... en fin... ¡qué es lo que se puede beber con una paja!—Diciendo esto se metió de un salto detrás del armario, para librarse del soberbio pescozon que sabía bien que le venía encima.

Estas pequeñas calamidades domésticas eran, por otra parte, las que daban variedad y sabor á nuestra hermosa vida de familia. Alguna que otra vez reñíamos pero en el fondo nos queríamos de veras.

Siempre salíamos juntos, tanto que en la brigada habian concluido por llamarnos la patrulla de los siete, nuestra calle se conocía con el nombre de calle de los siete—y se solía decir:—Voy á comer con los siete.—He visto á los siete,—ni más ni ménos que como debió decirse una vez en Venecia:—He visto los diez.

Eramos como hermanos. Cuando alguno faltaba á la mesa, faltaba el buen humor; al que estaba de guardia se le mandaban los pedazos escogidos; al que volvía de la guardia se le hacía una "ovación;" cuando uno recibía cincuenta pesetas de su casa, era llevado en tráfumo en una silla; el que necesitaba de otro siempre le hallaba dispuesto: cigarros, relojes, cerillas, golos, dragonas, todo era comun; y hácia fin del mes, cuando el ungüento de la casa de la moneda iba espirando, el que tenía daba al que no tenía, y si

nadie tenía, comíamos todos una ensalada y agua fresca y se fumaban las colillas olvidadas en los cajones, alegres como siempre; al contrario, más alegres que nunca. Y era tanta nuestra alegría, porque teníamos fresco el entusiasmo por la vida militar, porque la música del regimiento conmovía las fibras de nuestro corazon, porque sentíamos amor á los soldados; pero, sobre todo,—y en esto estriba el verdadero, principal y eterno por qué,—porque la juventud hervía en nuestras venas y nos golpeaba en el cerebro, como dijo el venerable Gino, y la vida... (hagamos gracia al lector de la acostumbrada tirada sobre la vida.)

Todo tiene su fin; debía tenerlo tambien la mesa de los siete. El primer percance fué la enfermedad del cocinero, que tuvimos que sustituir por otro.

Tomamos un genovés: testa muy capaz de enderezar sobre nuestras espaldas, llegado el caso, las bayonetas torcidas, sin frente y seguro de sí mismo como si fuera un *baratero*; se vanagloriaba de haber sido cocinero segundo de una fonda de lujo. Cuando le preguntamos qué sabía hacer, respondió modestamente:—*de todo*.—Magnífico,—dijimos todos;—comeremos platos finos.—En seguida le pedimos prueba... Era un infame, un Borgia, un monstruo sin entrañas. Si al ménos hubiera reconocido su ignorancia y hecho una cocina casera! No, quería á toda costa hacer un pastucho de todos los platos aristocráticos que hacian en su fonda *de lujo* de la cual no le queda-

ba sino remota y confusa reminiscencia, sirviéndonos cosas tales, que bien merecía que le hubiéramos fusilado por la espalda.

Fuimos tirando así larga temporada, con santa resignación; pero inútilmente, no podíamos vivir. Un día nos sirvió un informe bódrio condimentado con salsas atroces de su invención. El aspecto prometía mucho, nos sentamos á la mesa haciéndonos la boca agua... ¡Voto á Sanes! No se podía estar en la mesa, el tufo nos tiró de espaldas! Aquel día concluimos de una vez; no podíamos conseguir otro cocinero, porque el coronel dejaba de muy mala gana á los soldados sin ejercicio; era preciso resignarse ó deshacer la mesa; un verdadero dolor para todos...

Afortunadamente, inesperado suceso vino á consolarnos. Aquella misma noche, mientras el bueno de Maglietti, rodeado de todos nosotros, cerraba el registro de la mesa, notificando á cada uno las últimas déudas, con voz melancólica, llegaba el telegrama para que la brigada saliera inmediatamente hacia la Italia septentrional. Era el primer soplo de la brisa mensajera de la guerra. Todos lo oyeron silenciosamente, acogiendo la noticia con gritos de alegría.

Y nosotros—los siete—después de haber corrido juntos como si fuéramos un solo subteniente á la oficina del telégrafo, á pedir siete letras fulminantes á nuestras siete familias, dimos la noche siguiente en nuestra ya famosa madriguera, el último festín sardanapalesco, en el cual se bebió en honor de la hermosa

Sicilia el poco Marsala que había escapado al furor de las siete malditas pajas de nuestros siete borrachos asistentes.

Dos días después, en una hermosa mañana de Abril, se embarcó la brigada en inmenso barco de transporte de la marina de guerra. El embarque de una brigada, es un espectáculo lleno de poesía. Todas las barcazas llenas de soldados y erizadas de bayonetas relucientes, que se agolpan alrededor del negro coloso que arroja humo, hacía pensar en las flotas antiguas que se apostaban alrededor de una fortaleza solitaria, incendiada por los defensores. Cuando todos nos hallamos embarcados, volvimos nuestra vista hacia la hermosa orilla, desde donde millares de patriotas nos saludaban. El soldado piamontés pensaba:—Volveré á ver mis Alpes;—decía el napolitano:—Saludaré al pasar mi Vesubio;—el genovés se alegraba pensando que iríamos á desembarcar á su *Soberbia*, y el lombardo decía allá en su corazón:—Pasaremos por mi pueblo para ir á la guerra.—Solamente los soldados sicilianos, que jamás habían salido de la isla, miraban con aire pensativo sus bellas montañas, que quizá no volverían á ver.

Cierta inquietud se notaba en todos. Ibamos á la guerra, á un misterio. ¿Qué nos tenía preparado el porvenir? ¿La gloria? ¿Una humillación? ¿Un grado? ¿La amputación de un brazo? ¿Una medalla? ¿O alguna que otra bala en la frente, en medio de un hermoso campo de trigo? También en aquel momento

nos encontrábamos juntos los siete, y todos mirábamnos á Sicilia con leve sentimiento de tristeza. Bocchetti se pasaba el pañuelo por los ojos fingiendo que lloraba la ausencia de la condesa número noventa y nueve; el pianista enviaba un adiós al afortunado cielo que había oído durante cinco meses sus divinas armonías; Maglietti saludaba con dolor aquellas murallas, dentro de las cuales había hecho tantos nobles esfuerzos por realizar "serias economías;" y aún el bueno de Mazzoni contemplaba, con cierta dulce melancolía, la ciudad donde tanto había devorado, tanto bebido y hecho alegrar tanto el alma de los amigos.

Solo Cavagnetti, que dos días antes había perdido sesenta y cinco pesetas al juego, estaba aparte, apoyado en la borda, más bien enojado que triste.

—¿Qué tienes, Cavagnetti?—le pregunté acercándome.—¿Piensas con tristeza en tu Sicilia?

—¡¡Qué!!—me respondió, continuando con los ojos fijos en la ciudad:—pienso con tristeza en los sesenta y cinco *ciclopes* que allí he perdido...

Luego volvió en sí, encendió su cigarro con una antorcha de ocho cerillas, tomó su aire acostumbrado de millonario, y se puso á pasear dando zancadas sobre el barco que hendía majestuosamente las olas, cargado de armas y de esperanzas.



UN ENCUENTRO



ARO ***

Voy á explicarte la causa del *singular aspecto* en que me viste días hace, cuando nos encontramos en la estación de A*.

No contaré una aventura, y si lo es, es de diversa especie que las acostumbradas; más bien consiste en un sentimiento que en un hecho.

¿Recuerdas en la *Soirée perdue* de Musset, aquella graciosa figura que vista en el teatro, se pierde luego á la salida? Lo que voy á contarte es algo semejante.

En la mañana de aquel mismo día, saliendo de T***, entré por casualidad en un coche donde no había más que una señora sentada al lado opuesto de la entrada y mirando hácia allá. Al oírme entrar, se volvió, miró y volvió á su primera posición. Era una

nos encontrábamos juntos los siete, y todos mirábamnos á Sicilia con leve sentimiento de tristeza. Bocchetti se pasaba el pañuelo por los ojos fingiendo que lloraba la ausencia de la condesa número noventa y nueve; el pianista enviaba un adiós al afortunado cielo que había oído durante cinco meses sus divinas armonías; Maglietti saludaba con dolor aquellas murallas, dentro de las cuales había hecho tantos nobles esfuerzos por realizar "serias economías;" y aún el bueno de Mazzoni contemplaba, con cierta dulce melancolía, la ciudad donde tanto había devorado, tanto bebido y hecho alegrar tanto el alma de los amigos.

Solo Cavagnetti, que dos días antes había perdido sesenta y cinco pesetas al juego, estaba aparte, apoyado en la borda, más bien enojado que triste.

—¿Qué tienes, Cavagnetti?—le pregunté acercándome.—¿Piensas con tristeza en tu Sicilia?

—¡¡Qué!!—me respondió, continuando con los ojos fijos en la ciudad:—pienso con tristeza en los sesenta y cinco *ciclopes* que allí he perdido...

Luego volvió en sí, encendió su cigarro con una antorcha de ocho cerillas, tomó su aire acostumbrado de millonario, y se puso á pasear dando zancadas sobre el barco que hendía majestuosamente las olas, cargado de armas y de esperanzas.



UN ENCUENTRO



ARO ***

Voy á explicarte la causa del *singular aspecto* en que me viste días hace, cuando nos encontramos en la estación de A*.

No contaré una aventura, y si lo es, es de diversa especie que las acostumbradas; más bien consiste en un sentimiento que en un hecho.

¿Recuerdas en la *Soirée perdue* de Musset, aquella graciosa figura que vista en el teatro, se pierde luego á la salida? Lo que voy á contarte es algo semejante.

En la mañana de aquel mismo día, saliendo de T***, entré por casualidad en un coche donde no había más que una señora sentada al lado opuesto de la entrada y mirando hácia allá. Al oírme entrar, se volvió, miró y volvió á su primera posición. Era una

señora como de cuarenta años, pálida, delgada, de fisonomía un poco trabajada, y vestida con aquel aristocrático descuido que revela la costumbre más que el estudio de la elegancia. Partió el tren sin que nadie más entrase.

Esperaba yo que se volviese para fijarme mejor, hizo un movimiento con la mano para arreglarse el pelo, que en el primer momento me impresionó, y que luego despertó en mí lejana reminiscencia junto con cierto sentimiento de grata sorpresa. Llevaba un baston entre las manos, le dejé caer, y ella se volvió; pude ver su cara, y el corazón me dió un salto.

No me había engañado, era ella. Advirtiéndome que yo la conocía, de cuando en cuando volvía la cabeza y miraba, esperando que yo le dirigiera la palabra; de esta suerte pude verla bien y acabar de reconocerla.

¡Dios del cielo! Jamás hubiera creído que una cara de mujer pudiera en tan breve tiempo cambiar de tal modo. Verdad es que hacía catorce años que no la había visto, y por entonces—me acuerdo bien—tenía veinte años á lo sumo, estaba fresca, rozagante, esplendida; era una de las más hermosas señoras de la pequeña ciudad de G***, donde vivía yo también; ahora, con poco más de treinta años de edad, parecía, no que han pasado catorce, sino otros treinta. Más que por sus lineamentos, costaba trabajo reconocerla por la expresión dulce y triste á la vez de su mirada, que hacía presentir una desgraciada vida, y constituía

juntamente su atractivo más poderoso. Su fisonomía estaba muerta, tenía alguna que otra arruga en la frente, canas en las sienes y las manos descarnadas y de color de cera. ¿Qué había ocurrido en aquella existencia? Yo no lo sabía, y no lo sé todavía sino muy confusamente.

Antes de los diez y ocho años se había quedado viuda, y dos años más tarde volvió á casarse. Precisamente en aquel tiempo, cuando le hacía la corte el que luego fué su segundo marido, entonces fué cuando yo la conocí—nada más que de vista, y de lejos.

Supe después que su segundo marido era hombre desordenado y violento, y que ella llevaba una vida angustiosa, pero sin llegar á pensar que sus dolores pudieran trasfigurar su cara de aquella manera.

Ahora, sobre su fisonomía se leía bien, larga historia de desengaños, de sacrificios y de torturas. Paz, belleza, juventud, todo había desaparecido. Habían sido catorce años de destrucción. Le quedaba solamente lo que no puede perderse, la gracia, y la tranquila y suave dignidad que dá la vida honrada, la resignación y el hábito de nobles sentimientos.

Pasada la primera impresión de sorpresa y de pena, todo debiera haber concluido. Pero no, mediaba una razón que me hacía sentir con más amargura su cambio, y que despertaba en mi alma vivísimo sentimiento de piedad y de generosa solicitud, algo, que no sé cómo llamar; que me impulsaba á cubrir de

besos aquella pobre y descarnada mano. Descaba que un asesino asaltase nuestro coche, y que al defenderla, saliese herido—no en el pecho,—en un brazo ó en una mano, por ejemplo, para poder decir que había vertido mi sangre por ella. Me era imposible separar de ella los ojos. Cuando su mirada se encontraba con la mía tenía que esforzarme para no pronunciar su nombre. No podía con la inquietud, necesitaba hablarle y no me atrevía.

Ella no pudo menos de apercibirse de mi inquietud y se puso sobresaltada. ¿Cómo permanecer en silencio más tiempo? Cuando menos debía justificar mi actitud, tomé ánimos y le pregunté con timidez:

—Perdone... ¿Es Vd. la señora de***? pronunciando el nombre de su segundo marido.

Mi timidez, y el ver que conocía el nombre de su segundo marido, la tranquilizó por completo. Contestó que sí, mirándome con suma curiosidad.

—Se lo he preguntado—añadí,—porque no estaba seguro... Hace catorce años que no tenía la fortuna de verla.

Se puso encendida, pensando seguramente en el cambio que había sufrido, y se quedó mirándome atentamente y tuvo al fin que decirme que no sabía quién era.

—No me extraña que no se acuerde ni aún de haberme visto. Nunca he tenido el honor de hablar con Vd. La conocía de vista, en la ciudad de G... el año de 1860. Yo tenía entonces catorce años, todavía iba

al Instituto. Vd. era viuda. Su casa tenía la puerta á la calle de los Olmos. Vd., sin embargo, entraba por la puercecita de la calle inmediata. Todas las noches iba Vd. al teatro, la platea número nueve de la derecha. Vestía muy á menudo un vestido de seda color de lila. La noche del primer día del año, se le cayó á Vd. un brazalete al patio. Su abanico de Vd. era de marfil y tenía la costumbre de poner la mano derecha fuera del antepecho...

La señora se quedó sorprendida, estuvo pensando un momento y luego exclamó:

—¡Verdad! ¿Pero cómo es posible que se acuerde de todas estas cosas?

—¿Quiére Vd. que se lo diga francamente?

—Sí, dígalo,—respondió mirándome con extrañeza.

—¿Me prometo, ante todo, pensar que cualquiera cosa que yo le diga, corresponde escrupulosamente con el profundo respeto debido á una señora como usted?

Después de un momento de estupor, me contestó titubeando:

—No podré dudarle. ¿Pero de qué se trata?

—Animo, es preciso decirlo. Vd. ha sido la primera mujer á quien he amado en el mundo.—Ya está dicho.

Se puso como la grana, se echó á reír, y después de mirarme con fijeza, replicó:

—No es posible.

—¿No es posible?— ¡Es tan posible! Como que es tan verdad como el sol, querida señora. Tenga la bondad de escucharme. Me acuerdo de todo como si fuera ayer.

La ví á Vd., por primera vez, en el teatro; hice que mi padre me abonara, únicamente para verla, para lo cual me ponía todas las noches en la última silla de la fila frente á su palco. Primero no fué más que simpatía, no lo sé, admiración quizá. Luego, poco á poco fué encendiéndose el corazón y la cabeza... Perdóneme, señora, si me expreso en estos términos; no sabría explicarme de otra manera... En suma, acabé por enamorarme de Vd. perdidamente... Le juro que digo la verdad... Y no es posible que imagine á qué punto llegó. El que me hubiera obligado á faltar una noche al teatro, hubiera causado mi desesperación. Me pasaba media hora mirándola inmóvil, clavado, petrificado, hubieran podido fotografiarme cien veces. Me extraña mucho que jamás se haya usted apercebido, otros muchos lo advirtieron. Pobrecillo de mí, ¡si viera Vd. lo que sufría! Lo tomará Vd. á risa. Cuando entraba Vd. en el palco, el ruido que hacía su vestido me parecía fuese un gran rumor que hiciera volver los ojos á todo el teatro para fijarse en mí y me moría de vergüenza. Ni un movimiento de su cabeza, ni una contracción de su rostro, de sus labios, de la mano que tenía siempre fuera del palco perdía. Cuando volvía Vd. la vista hacía mi fila una oleada de sangre inundaba mi cabeza. Pare-

cen cosas increíbles. Si Vd. supiera las palabras apasionadas que para mis adentros le dirigía, mirándola, cuando tocaba la orquesta! ¡Cuántas veces he deseado que se quemara el teatro para correr á salvarla! Ardía en celos por los oficiales que pasaban bajo su palco y casi con la punta del kepis tocaban su abanico. Hubiera abofeteado á todos los que iban á visitarla. Una noche silbé á un tenor que Vd. había mirado con los gemelos...

La señora sonreía y se interesaba en mi relato.

—En fin, mis noches eran continua sucesión de celos, emociones y saltos del corazón, á que correspondían en el día siguiente otros secretos despropósitos gramaticales en mi lección de latín. ¿Comprende Vd. señora? Y entre tantos admiradores como la rodeaban, ni siquiera pasó por la mente de Vd. que el más ardiente de todos fuese un pobre estudiantillo de instituto que no debía tener la fortuna de dirigirle la palabra sino catorce años después.

La señora que durante mi exposición unas veces se había reído, otras se había puesto roja como la amapola, frunciendo el entrecejo alguna que otra vez, en cuanto terminé, rió con todas sus fuerzas, cubriéndose la cara con el abanico. Finalmente me dijo con viva curiosidad:

—¿Pero es posible, dice usted todo eso con seriedad?

—Sin duda—repliqué.—Aún debo decirle algo más. ¿Me lo consiente?... ¡Qué quíere!.. tengo su-

mo placer en recordar aquel tiempo que fué el más tempestuoso de mi adolescencia.

Mi interlocutora hizo un ademán afirmativo.

—A tal extremo había llegado el asunto, que cuando en mi casa oía pronunciar su nombre, huía á otra habitación encendido como una granada. Estudiábamos juntos mi hermano mayor y yo; de cuando en cuando me decía:—¿Vas á concluir de una vez con los suspiros? pareces un enamorado á lo Metastasio.—Ya no podía estudiar más, estaba distraído. Oí una noche á mi padre hablando de mí con mi madre, que le preguntaba:—¿No has notado, de algún tiempo á esta parte, cambio en sus maneras?—Otro suceso aún más curioso: el profesor de gramática italiana nos encargó una composición de tema libre; yo elegí *el enamorado*; y escribí tal embrollo de conceptos, que hice reír á toda la clase y me cubrí de vergüenza. Figúrese que entre otras frases, recuerdo que había esta: *La cabeza del enamorado es una urna de lágrimas y suspiros*... Llegué hasta ponerme colorado cuando pasaba por delante de su casa de Vd., cuando encontraba á las señoras de quienes solía acompañarse, cuando escuchaba pronunciar alguna palabra que recordase su nombre de usted.

Aquí tomé respiro y proseguí.

—Verla aparecer por el extremo de una calle, y echarse á temblar mis piernas, era todo uno; si podía huir, huía por otra calle, y cuando no, me metía en una tienda; y si ni aun esto podía hacer, me volvía

hacia atrás. Era un verdadero terror. Todas las noches iba á encender más mi pasión en el teatro, y peor que peor. Hasta pasó por mi mente dirigirle una carta, escribirle alguna cosa con carbon en las paredes de la escalera, arrojarle un ramo de flores desde mi tejado, disfrazarme é ir á llevar leña á su casa. Permítame que se lo diga todo. Debe Vd. estarme muy reconocida, porque varias noches, volviendo del teatro conmovido, exaltado, casi fuera de mí y sin saber cómo desfogarme, oré por Vd. con un fervor que... si hubiera puesto nada más que la mitad en prepararme para los exámenes, seguramente no me habrían *suspendido*.

La señora, sonriendo y cubriéndose la cara con el abanico, me dijo:

—¡Y yo sin apercibirme de nada! ¡Es extraño!... ¡Pero es cierto todo?...—y sosteniendo la sonrisa me preguntó con curiosidad quizá más comedida y más seria:—¿Y despues?

—Despues—seguí diciendo...—vino lo peor. A fines de carnaval comenzó á frecuentar su palco el que luego fué su marido. ¿Quiere Vd. creerlo? Aun ahora mismo, despues de tantos años, siento inmensa compasión hacia mí cuando pienso en lo que sufrí aquellos días. La primera vez que oí decir á mi alrededor en el teatro:—¡Eh, parece que se aprieta el nudo! ¡Se dice que es un matrimonio concertado! etc...—créame, á pesar de no ser más que un chiquillo, sentí que se me helaba la

sangre. Cada sonrisa, cada palabra en voz baja que cambiaban Vds. entre sí, era una saeta para mi corazón. ¿Qué se yo? me parecía una traición. A usted todo se lo perdonaba... á él... es preciso que llegue á decir toda la verdad... le odiaba con toda mi alma. Le veía en todas partes. Soñaba con él, era mi fatalidad. Quise desafiarme, le miraba de reojo. Un día en la calle lo advirtió, sin comprender el por qué, naturalmente, y se detuvo á mirarme; yo, bajé la vista y seguí adelante.

La señora tomó otra postura, se acomodó bien en ella, y siguió escuchándome con atención.

—Corrió al fin la voz de que el casamiento estaba próximo. No puede formarse idea de lo que por mí pasó: me hallaba desolado. Pensé ir á una ventana de la calle por donde debían pasar Vds., y dejar caer sobre la cabeza de él una gran piedra. Projecté ir á echarme á sus pies y suplicarla por amor de Dios que no se casase, si no quería verme muerto. Pasó por mi mente hacerme fraile, huir á Suiza, llegar á ser uno de aquellos terribles héroes de novela, de cara marmórea y perpétua sonrisa mefistofélica en los labios. ¡Adios latin! ¡Adios estudios! Todo el día lo pasaba en el pátio de mi casa, martirizando á las lagartijas y á los gusanos; un día me corté en una mano con las tijeras de intento, y... poco faltó para que no me desmayara viendo brotar la sangre.

Mi compañera de viaje sonreía.

Otra noche robé una botella de vino y me emborraché como un mozo de cuerda, y me metí en un cuarto de trastos viejos, allí en la oscuridad... Llegó por fin el día terrible... Por la noche la música de la milicia tocó debajo de las ventanas de la casa de Vd. Se oía desde la mía. Estaba postrado, lleno de angustia y de desesperación. Me ocurrió suicidarme. Bajé al jardín con la cuerda y me acerqué al... árbol... pero me faltó el valor. Me eché á llorar, me tiré en el suelo, y así estuve toda la noche, solo, en la oscuridad, acurrucado á lo perro, con la cuerda entre las manos, pensando en Vd., y llamándola de cuando en cuando por su nombre, hasta que acabaron de tocar; entonces eché á correr hácia la casa para echarme en brazos de mi madre, á la cual confesé todo lo que me pasaba. Mi madre se extrañó mucho, rió, me consoló, me llevó á acostar, me dió las buenas noches sonriéndose, y durante varios días, de cuando en cuando me miraba fijamente, me besaba y se echaba á reír. Al día siguiente se fué Vd. con su marido, y hasta ahora no he vuelto á verla. Hé ahí la historia de mi amor, señora.

Suspiré y proseguí:

—He esperado catorce años para poderse la contar. ¡Creo que no me acusará Vd. de precipitado! Ahora, si Vd. quiere saber por qué se la he contado, no sabría cómo responder. El hecho es, que siempre he tenido inmensos deseos de encontrarla, un día ú otro, para referírsela; y que satisfaciendo este mi deseo,

he experimentado una noble emoción, llena de respeto y de gratitud hacia Vd.

Al llegar á este punto, ella, que cada vez había ido prestando más atención, cubrió su cara, pero sonriente: luego murmuró con la voz algo conmovida y sonriendo ligeramente:

—En verdad que ha dicho cosas muy nobles y no puedo menos de mostrarle mi reconocimiento...

Quiso reír nuevamente, pero haciendo un verdadero esfuerzo, se cubrió otra vez la cara y así estuvo un instante.

Qué es lo que en aquellos momentos pensó, no lo sé.

O mi relato trajo á su memoria tiempos felices, en que esperaba mejor porvenir, y esto exacerbó el sentimiento de sus desengaños; ó pensando en los días en que sabía inspirar sentimientos tan ardientes, sufría la amargura de haber perdido su juventud y su belleza tan pronto; ó la representación de aquel amor juvenil tan franco y tan profundo le hizo sentir más el no haber sido amada por aquel á quien consagró toda su vida. El hecho es que cuando bajó su abanico, con gran sorpresa mia, tenía la cara llena de lágrimas.

—¡Señora!—le dije con emoción, cogiéndole una mano. ¿Qué es lo que veo?... ¡Hé avivado en su pecho algún sentimiento doloroso? Perdóneme... he sido un imprudente... jamás me lo perdonaré... Dispénseme, señora.

Ella hizo indicación de que no, que no tenía culpa ninguna; sonrió se enjugó las lágrimas con una mano, abandonando la otra entre las mias.

En aquel momento llegaba el tren á la estación donde yo debía bajar.

—Señora,—la dije en el acto de poner el pié en el estribo—concédame una gracia... permítame besar aquella mano que siempre dejaba fuera del palco.

Me la alargó, la besé tres veces, y levantando la cabeza ví en su ademán y en sus ojos una expresión de bondad tan hermosa, tan triste, tan resignada, mezclada con tanta dulzura y tanta gracia que me quedé un momento atónito sin poder separar la vista de ella, exclamando con todo mi corazón.

—¡Siempre sois hermosa!

—¡No es verdad!—respondió lánguidamente, sonriendo, y haciendo signos negativos con el abanico.

Yo me alejé, y volví la cabeza, haciendo con ella señal de que sí.

—No,—volvió á decirme con el abanico, y se retiró de la ventanilla.

Partió el tren, y en el mismo instante asomó por la ventanilla su mano, en igual forma, con el abanico colgando, en que solía dejarla apoyada sobre el antepecho de la platea.

¡No ví más su cara!

Seguí con la vista su mano.

Era un adiós—la imagen de su juventud y de mi adolescencia—era un lamento del pasado—era una

expresión de gratitud—era algo de infantil, de piadoso y triste—era como la mano de una muerta, que se hubiera incorporado un momento para saludar por última vez á la vida.—¡Adios! ¡Adios!—dije en el fondo de mi alma cuando desapareció ante mi vista.—Adios, sueño encantador, querida memoria mía! y quedé.

—Quedé como tú me encontraste cuando nos tropezamos en el vestíbulo de la estación.



MODELO DE HABLADOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



ADA vez que lo he oído hablar, me he convencido de que soy un bárbaro y he vuelto á casa humillado.

No sé cómo habla en el Congreso ó en la cátedra; supongo que habla bien; pero no creo que la elocuencia política y la elocuencia didáctica, sean su verdadera elocuencia.

Es menester oírlo en la conversacion.

Aquí es verdaderamente admirable.

Ante todo, es preciso decir, para quien no lo ha visto nunca, que su persona, no solamente no perjudica, sino que, ántes por el contrario, ayuda á su peculiar manera de expresarse.

Se puede hacer el retrato en dos toques: gran cabellera sobre rostro delgado é irregular en el cual brillan dos ojos pequeños, llenos de ingenio; sonrisa

algo burlona; gesto casi curialesco; voz dulce y flexible. Creo superfluo decir que ha nacido en Toscana; pero es necesario añadir que es Senador y que hace algunos años cumplió los cincuenta.

Debe, pues, como dije arriba, oírsele en la conversacion.

Es un poco perezoso, tambien para hablar, y por esto no deja de ser difícil hacerle soltar la lengua, si no está de vena, ó si el asunto de la conversacion no lo atrae, siendo capaz de no abrir la boca en toda una noche. Peor, aún, cuando se apercibe de que se le quiere hacer hablar expresamente para deleite del auditorio. En este caso se muestra tímido y reservado como un niño.

Cierto día, una señora solicitada por curioso amigo, le puso delante un libro de poesías (porque lee admirablemente los versos), y le rogó repetidamente que leyese.

—Pero ¿cómo quiere V. que yo lea—respondió casi despedido—con todo este aparato? ¡Me pondría encarnado como la grana!

Y no hubo medio de que leyera una línea.

Es necesario, que él se interese mucho en una conversacion, casi sin advertirlo, que resbale y caiga en ella sin darse cuenta, que se encuentre ligado de improviso... y entonces... entonces, una vez tomada la palabra, los interlocutores callan poco á poco y se vuelven oyentes. Entonces él no tiene consciencia de que está en el escenario y el público puede estar segu-

ro de que gozará extraordinariamente; sin que salgan fallidas las esperanzas.

Sentado en un ángulo del salon, con los ojos medio cerrados, y la sonrisa en los labios, pasándose de vez en cuando, la mano por el pelo, después por la frente y luego por la barba, dice mil cosas agudas y bellas, con una gracia y una elegancia de forma, de acento, de entonacion imposible de explicar.

Habla despacio, y pesa las palabras, pero sin esfuerzo, diríase que las suelta, que las separa unas de otras, que siente y hace sentir en cada una de ellas nuevo valor, descubierto, ó más bien dado por él, como se dá el busto á las monedas.

Algunas veces, hace esperar la frase, se comprende que la busca y que se le escapa; pero la coje siempre, y constantemente es la propia, la necesaria, la adecuada, aquella que se esperaba. A veces se creería que ha terminado la expresion de sus sentimientos, y no es así; añade aún un adjetivo, un adverbio, un monosílabo, que hace siempre el efecto del último toque del atrevido pintor. Diríase que busca la dificultad por gozar en el placer de vencerla. No gira jamás al rededor de su propio pensamiento. Ahonda dentro de sí, saca todo fuera, lo hace comprender todo; colora, bruñe, orla, pule, se entretiene de mil modos con su lengua; toca con destreza maravillosa asuntos enteramente distintos, se divierte en acariciar ora uno, ora otro, produce mil sorpresas con la frase y con las inflexiones de la voz; y de cual-

quier cosa que charla, sea de filosofía, sea de negocios, sea de literatura, sea de bagatelas, con la misma claridad, con idéntico colorido siempre caliente y brillante de lenguaje, que seduce por igual á hombres, señoras y niños.

—Aquí debían estar—pensaba yo cuando lo oía hablar,—los que dicen que *escribir como se habla es la sabiduría de los ignorantes*. Ellos defenderían acaso que este señor, por lo mismo que habla bien, escribirá mejor sin duda. Mejor, sí, es decir, con más orden, con más sobriedad, con conexión más estrecha entre los pensamientos, entre período y período; mejor, en suma, *pero no de un modo distinto*. O lo que es lo mismo, no emplea al escribir ni una frase ni una palabra que no usaría hablando, y escribe sin embargo con tal elegancia y tal nobleza de estilo y de lenguaje que encanta su dicción.

Puede aprender de memoria lo que escribe y repetirlo en la conversacion, sin que nadie advierta que fué ántes escrito. Leyendo su prosa, parece que se le oye hablar; á él—nótese bien,—á él, oculto detrás de una cortina ó con el anillo mitológico de Gijes en el dedo (1); y no otro personaje que no se sabe quién es, un personaje falso, un tercero ficticio, que se in-

(1) Gijes, pastor de Lidia que habiendo caído en un pozo y encontrado allí un caballo de bronce, lo abrió y halló dentro cierto esqueleto en uno de cuyos dedos vió un anillo del cual se apoderó. Este anillo poseía la virtud de hacer invisible al que lo po-

roduce entre el autor y el lector, un burlesco que se avergonzaría de hablar como escribe, y se avergüenza de escribir como habla; un vanidoso poscrido de sí, un literato hipócrita, un jefe de chusma vocinglera.

Escribir como se habla, quiere decir, escribir como quisiéramos saber hablar; observar al escribir las mismas leyes que nos esforzamos (y no siempre conseguimos, porque nos falta tiempo para reflexionar), en observar hablando; no estampar en el papel ninguna frase, ninguna palabra, ninguna trasposicion, que, empleada hablando en un círculo de personas educadas, cultas y enemigas de toda afectacion y de toda caricatura, hiciera arquear las cejas, ó provocar carcajadas, ó echar sobre el que habla el calificativo de pedante, pretencioso ó tonto.

Con este principio, que era el de Manzoni, si se examinan nueve libros, de diez, italianos, (y yo me cuento entre los autores de los primeros)—me duele tener que decirlo—se encuentra, á cada instante, una frase, una palabra, una elocucion, una inflexion de períodos, una cosa en suma artificial, que carece de razon de ser, que no debía haber sido *escrita* porque no puede *decirse*, que nos haría enrojecer si se nos escapase hablando con una señora, y que constituye una elegancia de cuartel, como diría Man-

seña. Se lo colocó el pastor en su diestra, y sin ser visto penetró en el palacio, asesinó al esposo de la reina, y se apoderó del trono. (N. del T.)

zoni, una arruga del estilo, una afectación de la lengua.

Y con esto se explica cómo á Manzoni no acabó de agradarle ningún prosista italiano. Buscaba su ideal y no lo encontraba. Leía alargando la oreja, y no oía hablar, *oía leer una cosa escrita*. Decía del mismo Nicolini, *que hablaba mejor que escribía*. En sus meditaciones tranquilas y profundas sobre el arte de escribir, no había hallado ninguna razón buena, con la cual se pudiese justificar una diferencia entre el lenguaje hablado y el escrito, *sobre cualquier materia* que se escriba, puesto que en el diálogo sobre el *Fingimiento*, escribe cosas elevadísimas y estupendas de filosofía y de moral, sin apartarse del lenguaje, de la forma, del tono de una conversación familiar. Y si alguna vez, en aquel y en otros escritos, se ha apartado, se ha acordado después y ha cambiado, y si no mudó, conoció que debió hacerlo. Y no es necesario haberlo conocido íntimamente para poder decir que sabía Manzoni perfectamente que no había logrado escribir en todo y por todo como quiso, encarnando mejor y cada vez más sus principios, hasta dar un ejemplo estrictamente conforme con sus teorías.

Así piensa el modelo de *hablador* de quien me ocupo, el cual, si escribiese libros, sería indefectiblemente el más poderoso defensor de la teoría *manzoniana*, como es hablando el más admirable maestro de conversación que he conocido.

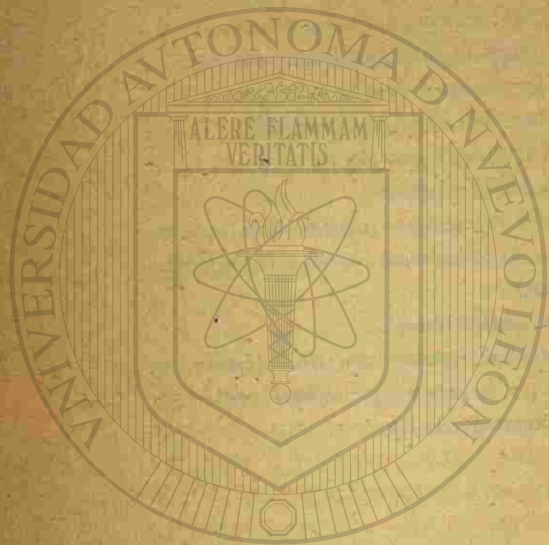
Y lo tengo, en efecto, por tal maestro; y cuando viene á la punta de mi pluma una expresión, ó una palabra ó un giro sospechoso en la cláusula, cierro los ojos, me imagino que él habla, introduzco en su discurso aquella palabra ó aquella expresión, y si no la oigo disonante, la escribo, en la seguridad de que no me equivoco; y si disuena de su estilo y de su gusto, la destierro de mi reino.

Tal vez, si él leyese estas páginas diría ¡que mi reino está poblado de bribones, y me aconsejaría desterrarlos á todos!

Y entonces... ¡adios libros!...

Tenga paciencia, querido maestro; déjeme un poco de tiempo, y le aseguro que se hará justicia, y "la fuerza se someterá á la ley."





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



MI PATRONA



o puedo pensar en Florencia sin acordarme de mi buena patrona de la calle de los***, la cual, en seis meses me enseñó más lengua italiana, de la que en diez años hubieran podido enseñarme todos los profesores de literatura nacidos, como Alfieri decía, *allí, do Italia boreal se hace.*

Era una simpática viejecilla, viuda de un intérprete de fonda, buena como el pan, florentina hasta lo blanco de los ojos, trabajadora, puntual y limpia como holandesa. Vivía de pequeña renta, más de lo poco que ganaba con la casa de pupilos. Leía alguna cosa, jugaba á la lotería, hacía alguna visita y pasaba la noche casi siempre sola, como un hongo, metida en el rincón de su cuarto lleno de muebles viejos, al pie de la ventana, desde donde alcanzaba á

ver por cima de los tejados la cúspide del campanario de Giotto.

No sé lo que es esta bendita lengua toscana. Una pobre mujer, sin cultura, apenas si sabía leer y escribir, hablaba de modo que se quedaba uno con la boca abierta. No era el florentino vulgar, porque jamás oí salir de su boca palabra ó frase que una señora no pudiera repetir en la conversacion.

Sus frases eran todas de inmensa propiedad, y las imágenes, refranes, diminutivos graciosos, coquete-rías y flores salían tan fácilmente, y con tanta profusion en todas ocasiones de su boca, como de la de los novelistas del siglo XIV, sin que perdiera nunca aquella sonrisa ligerísima que revela traidoramente la complacencia íntima del que sabe que habla bien.

A cada paso le oía decir algo nuevo. Si trabajaba para ponerme el paletó, me decía:

—¿Por qué no lo ensancha usted si le está estrecho?

Es decir, que cada frase suya era un verso en decasílabo.

Entraba en su habitacion:

—Cuidado no tropiece, que está oscuro, como boca de lobo; tenga cura...

Venía un amigo á pedirme dinero; ella lo comprendía y me preguntaba:

—Este ha venido á darle algun sablazo,

Decía que su predicador tenía la *palabra fácil y ornada*.

Como notase que me divertía en hacerla hablar,

se callaba de repente, mirándome con aire de desconfianza. Temía que yo quisiera burlarme de ella. Y cuando alguna vez se me escapaba una exclamacion de sorpresa, casi se incomodaba.

—Vamos, despues de todo, señor mio,—me dijo un día—yo hablo como sé. Si digo disparates, usted debe enseñarme á hablar mejor; jamás tuve la pretension de hablar como un poeta.

—No es eso, querida señora,—la dije con la más profunda sinceridad—le juro que admiro de todas veras su manera de hablar, y que quisiera yo hablar como Vd., y escribir como Vd. habla. Pero ¿por qué ha de extrañarse? No sabe que los florentinos son los que mejor hablan el italiano? ¿Nunca lo ha oído decir? Me gusta oírle hablar á Vd. el italiano, como me gustaría oír hablar el francés á un parisiense. Me agrada; porque Vd. habla con naturalidad, porque pronuncia bien, y porque yo aprendo. ¿Quiere usted una prueba? Mire estas cuartillas.

Y le puse delante algunas cuartillas, sobre las cuales había anotado una larga fila de sus modos en el decir.

Miró, se sonrió, luego volvió á sospechar, y me dijo que no podía comprender que encontrase yo algo de *particular* en aquellas palabras.—Cualquier mercachifle—añadió—está sin duda en igual caso de pronunciar las frases como yo.

Sin embargo, poco á poco, llegó al fin á persuadirse de que me divertía de veras oyéndola hablar, porque hablaba bien.

Sin embargo encontraba mil dificultades para entenderme con ella cuando quería saber alguna cosa respecto de la lengua.

—¿Cómo diría Vd.—le preguntaba,—para decir que llueve fuerte?

—Pues... diría que llueve fuerte.

Repetía la pregunta en otra forma.

—¡Ah! ¡ya comprendo!—El que tuviera que explicarlo de otra manera tendría que decir que llueve á cántaros, que se desgajaban las nubes, como si el cielo se hubiese roto; cada uno puede decir como más le guste, *no hay una regla fija*.

Un día le di un libro.

—¿Lo ha escrito Vd.—me preguntó.

—Sí.

—¿Todo de su puño y letra?

—Todo.

Lo tuvo dos ó tres días y vi que lo leía.

Al devolvérmelo, me dijo:

—¡Bravo! me he divertido; bien se ve que es usted un buen hijo. *Y luego, también me ha gustado el estilo.*

Poco á poco fué tomándose cariño, me hablaba, literariamente, del bueno de su marido, de sus amigos, de lo caro que andaban los víveres, de las contribuciones, de la lotería, de sus achaques, de religión, siempre con la misma gracia y dulzura.

Cuando tocaba hablarme de la desgracia inmensa de haber quedado sola en el mundo y me decía que de noche no pudiendo dormir, pensaba y pensaba

con las lágrimas en los ojos; empleaba palabras tan dulces, tan finas, tan poéticas, que me dejaba angustiado el corazón y al mismo tiempo que me embebía en una especie de voluptuosidad artística oyéndola contar.

Hablando ella su hermosa lengua, yo, apoyado en la ventana de la habitación miraba el campanario de Giotto, dorado por los últimos rayos del sol poniente, y sentía inmenso amor hacia Florencia.

Una noche, estando ya acostado, se asoma á mi puerta y dice con voz conmovida:

—¡Ah, hijo mío! es preciso creer que hay un Dios! Esta noche el predicador ha dicho que todos los grandes hombres han creído—Dante, Galileo, Colón—lo menos ha citado cincuenta. Ha zurrado de lo lindo á los que aseguran que el mundo es hijo del acaso! ¡El acaso! ¡Y decir que los que lo afirman son gente que ha estudiado! ¡Yo, que no soy más que una pobre mujer comprendo que no es sino impostura! ¡Si el escudío no diese otros frutos! Pero Vd. aunque estudie, no piensa estas cosas, ¿no es verdad, hijo mío? Dígame; ¿créce Vd. en el acaso!

—No, querida patrona,—le respondí;—yo creo en Dios.

—¡Oh! Vd. no puede imaginarse el consuelo que me dá con esas palabras,—repuso la pobre mujer.

De noche cuando trabajaba siempre á la misma hora oía llamar en la pared y luego su voz soñolienta que decía:

—No trabaje tanto, hijo; cuídese la vista.

Y yo:

—Nada más que otra página.

—Ni una página siquiera. Recuerde el proverbio: Mejor es..... un caballito vivo que un doctor muerto.

Pasaba un cuarto de hora y vuelta á la carga:

—A la cama, á la cama, hijo.

—Patrona, preguntaba yo, —como es aquel proverbio de Berto, que me dijo esta mañana? Lo necesito para escribirlo.

—Berto, —respondía—el que daba á comer los melocotones para vender los huesos. Vaya á la cama.

—Otra cosa. ¡Cómo se llama el baston de Arlequin.

—No me sacará Vd. ni una palabra más, así me haga reina de España.

Y no decía una palabra más, y yo me iba á la cama.

Por la mañana temprano, apenas despertaba, volvía á oír su voz:

—¡Arriba, arriba! Hace un tiempo soberbio. ¡Vaya á dar una vuelta á las Cascine!

Recuerdo que cierta noche volví á casa lleno de tristeza y me eché sobre el sofá sin decir palabra; se vino en seguida á mi lado; me costaba trabajo contener las lágrimas.

—¿Qué tiene? me preguntó.

No le respondí siquiera.

Insistió, y entonces le abrí mi corazón como á un verdadero amigo.

—He tenido un disgusto. He sabido que el otro día, en una casa, han dicho que mis escritos son fastidiosos, y que jamás llegaré á hacer nada bueno. Estoy persuadido de ello, y no tengo ya gana de trabajar; arrojaré al fuego todos mis libros y volveré á ser soldado. Estoy triste, descorazonado y aburrido de la vida. No me importaría morirme.

La pobre mujer se esforzó por echarlo á broma; pero realmente estaba enternecida. Trató de consolarme y de ponerme de buen humor; trajo á colación todas sus metáforas, sus frases y sus proverbios; me aseguró que mis labios estaban llenos de *hermosos conceptos* y que *hubiera querido haberlos podido escribir ella*; me prometió que llegaría á ser renombrado científico á pesar de la gente maligna; me dijo que habría querido encontrarse frente á frente con el que había hablado de mí, para echarle *tal peluca que no supiera dar con el camino para volver á casa*; me hizo beber un poco de vino santo, me llamó niño tonto, y cogiéndome por la barba, añadió:

—¡Arriba esa cabeza!—Al fin me dejó tranquilo, diciéndome que si le armaba otra vez una de aquellas escenas, el pedazo más grande que quedaría de mí sería una oreja, tan cierto como que hay algo de Biancone en la plaza de la Señoría.

Alguna que otra vez, sin embargo, nos incomodábamos, por cosa de nada, claro está; por ejemplo, si

volvía tarde á casa, ella me lo echaba en cara y yo le contestaba de mal talante. Entónces pasábamos lo ménos medio día sin cruzarnos la palabra. Luego por la noche, al pensar que estaba allá metida en un rincón de su cuarto, sola, melancólica, á oscuras, me entraban remordimientos, corría á la puerta y le preguntaba por el agujero de la cerradura:

—Patrona, ¿como era aquel dicho de Cimabue que me contó anteayer?

—Cimabue, el cual conocía las ortigas al tacto—respondía con repentina expresion de alegría.

—¿Me perdona?

—¡Sí, hijo mío!—replicó;—me perdona Vd. á mí que soy una gruñona impertinente? Pero mire; es por su bien, no venga tarde á casa porque... ya sé que no tengo derecho para entrometerme en su conducta... se comprende... pero he notado que todas las noches que viene tarde á casa, y no estudia, por la mañana, tiene mal humor.

—¡Tiene razon, patrona, tiene razon! Abra usted la puerta y hagamos las paces.

Abría la puerta y apenas tenía tiempo de quitarse el pañuelo de los ojos.

Así pasaron seis meses.

Un día, después de una semana entera de preparativos y de dudas, hice un esfuerzo y le dije, mirándola con fijeza en los ojos.

—Patrona, tengo que irme de Florencia.

—¿Dónde vá?

—A mi casa.

—Está bien. Tendré las habitaciones libres para cuando Vd. vuelva. Deje Vd. aquí los libros, los cuadros, los papeles, como si los dejase á su familia. Antes de que vuelva haré que pongan la estufa, compraré otra poltrona y si tengo humor cambiaré la tapicería del gabinete. Pasaremos nuestro invierno juntos: Vd. estudiando y yo ocupada en mis faenas. ¡Ah! ya veo que al ménos en los últimos años de mi vida tendré algun consuelo. ¿Cuándo volverá?

—Querida patrona... no se lo puedo decir.

—¿Qué, quizá no volverá más?—preguntó con la fisonomía alterada.

—¡Quizá no vuelva más!

Estuvo un momento sin despegar los labios, y luego exclamó con voz temblorosa:

—¡Y yo me quedaré sola!...

Y calló de nuevo como para oír el eco de aquella triste palabra.

Luego se cubrió la cara con el delantal y comenzó á llorar.

Entre los dos hicimos los baules; quiso ella poner todos los libros con sus propias manos, y no me dejó un momento hasta la hora de marcharme. La última noche, hácia las once, mientras escribía, llamó á la pared por última vez y me suplicó que me cuidase la vista. Cuando al día siguiente me marchaba, salió hasta el descanso de la escalera, y con su acostumbrada dulzura me dijo.

—Usted, al menos, señor mío, se vuelve con su familia; yo, pobre vieja, me quedo sola. Acuérdesse alguna vez de mí, que le quiero como á un hijo. Tenga juicio: continúe estudiando y estará contento. Cuando viaje por España y Francia, miraré su retrato, leeré sus libros y pediré á Dios por Vd. Cuando muera se acordará de lo que le he querido y llorará, ¿no es verdad? Ahora, váyase, hijo, que es tarde, y ¡Dios le acompañe!

Le di un beso y bajé precipitadamente. La pobre mujer aún me envió un adiós interrumpido por sollozos, luego volvió á su casa, vacía y triste.

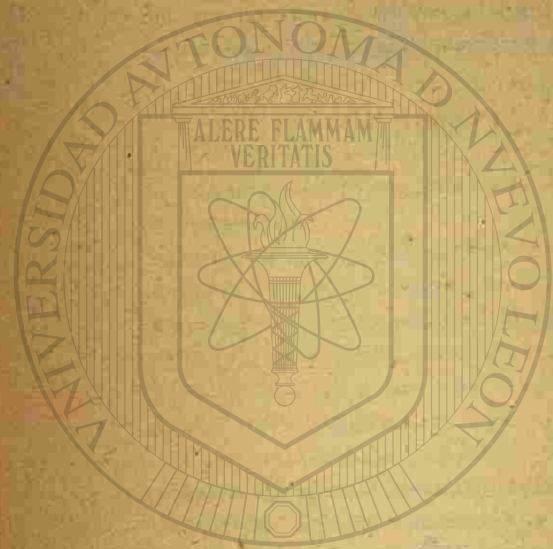
¡Oh, buena y querida patrona! ¡sí, me he acordado de tí! En viaje, siempre que he tenido que pasar la noche escribiendo en algun cuarto de fonda, al caer las once, he dicho para mí con tristeza:—¡Oh, si oyese llamar en la pared, de cuánta mejor gana trabajaría!—Siempre que escribo, y que repasando mi prosa, la encuentro pálida y sin gracia, digo con pesar:

—¡Ah, qué diferencia de este italiano al de mi patrona de Florencia!

—Por la noche, en las largas veladas, cuando mi familia está reunida al rededor del hogar, y todos rien y trabajan, yo pienso con dolor que estará sola en su habitación, quizá pasando frío, y en la oscuridad porque la leña y el aceite han encarecido. Y nunca me represento á mi querida Florencia, sin sentir inmenso goce en el fondo de mi alma, esperando que

quizá vuelva algun día, que iré en busca tuya, que aún te encontraré, y que aún tendré ocasion de aprender la lengua armoniosa y rica con que me regocijabas inspirándome ánimos para seguir trabajando.





DEL ALBUM DE UN PADRE

(A VÍCTOR BERSEZIO)



A criatura esta que ocupa tanta parte de mi existencia y sin la cual me parece que no podría vivir, como si estuviera ligada á mí por invisible arteria, hace tres años no existía ni siquiera en mi mente.

¡Es extraño! Me parece que pensando seriamente en mi pasado, debía encontrarme alguna huella, algun presagio. ¿Qué aparición es esta? ¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Qué ha venido á hacer en el mundo? ¿Cuál es tu razón de ser, extranjero? ¿Qué buscas, desconocido? ¿Por qué á mi llamamiento has respondido tú, con los ojos azules y no otro, con los ojos negros? ¡Responde, personaje misterioso!

La edad más bella de los niños, para quien tiene ojos de artista, además de ojos de padre, es aquella en la cual pasan aún derechos por bajo la mesa y se les puede llevar con una mano sola, pasearlos á caballo sobre el cuello, ocultarlos con un periódico, prenderlos entre dos diccionarios; edad en la que todo su vestuario, desde la gorra hasta los zapatos se coloca cómodamente dentro de un sombrero viejo del padre.

En esa edad, la madre se impacienta al meterle las medias á su niño: pero cuando una vez, de diez, ve empujar al hijo sus piecécitos y meterlos dentro del calcetín, la madre lo abraza por propio esfuerzo, con ímpetu y exclama gritando:

— ¡Eres ya un hombre!

Tienen una carita que parece una manzana con ojos; un cuello delgado que casi se puede ceñir con el

pulgar y el índice; dos manecitas que hay necesidad de mirarlas mucho para persuadirse de que constan ya de sus cinco dedos correspondientes, y un piecécito que verdaderamente no se puede tomar en serio. Su cabecita, en el momento en que se la huele, lanza olor de gorrion, de gato, de conejo, de nido de golondrinas, de ladrillo, de madera, de barniz, de aceite, de pavesas, de todo aquello que hay en casa y á su alcance, y el aliento acusa un ligero olor á leche, mezclado con la fragancia de no sé qué flores: aliento que al aspirarlo parece que debe sentar bien á la sangre como el aire del campo.

¡Sin embargo, hay quien no ama á estas criaturas! Yo veo con el pensamiento un niño sonrosado y sonriente, que desde los brazos de su madre tiende las manos en actitud cariñosa hácia un señor largo, seco y severo, el cual, por detrás de aquella, con movimiento casi de repugnancia, y sonriendo forzosamente le agita al pequeñuelo delante de sus ojos un dedo nudoso, que no quiere ser tocado.

¡Oh! hombre largo, seco y severo, serás sin duda gran ministro, ó literato famoso ó fundador de obras pías, pero... yo te detesto.

Es preciso ver la actitud de los niños en la cuna,
por la mañana, antes de despertar.

¿Quién puede contener los besos y la risa?

Adoptan actitudes de soldados muertos en el campo de batalla, movimientos de dolor desesperado, contorsiones de acróbatas, abandono desvanecedor de lánguidos enamorados.

Ora están todos hecho un ovillo sobre la almohada, ora escondidos debajo, ora revueltos de manera que al buscar la carita encontrais la punta del pié, y queriendo agarrar un pié, le meteis el dedo en la boca. ¡Y entonces es hermoso cojer todo este envoltorio informe, de una vez, como un fardo, niño, sábana, manta, colcha y correr por la casa con la presa caliente entre los brazos!

Quién ve sin reir un niño de tres años, cuando apenas despierto, vestido y puesto en el suelo, per-

manece un momento inmóvil, frotándose los ojos y despues va hácia adelante, á paso lento, medio dormido, de mal humor, lloriqueando, y mirando á la gente de reojo;—ó cuando presa del frio, tiene la naricilla lívida y anda á pasitos de muñeca, haciendo muecas y mil halagos y gracias minúsculas, como para decir:—"Soy pequeño, no soy nada, caliéntame ó desaparezco;"—ó cuando sumerge media cabeza en un tazon de café con leche sosteniéndolo con las dos manecitas y tragando ávidamente, mientras hace la guardia con el rabo del ojo á un bizcocho sobre el cual sospecha teneis alguna intencion hostil;...— ¡quien vé estas cosas sin reir, no tiene un sentimiento cómico delicado!

A esa edad, nada más bello que verlo correr.
La carrera del niño tiene algo parecido á los saltos de la pelota de goma, del bamboleo del borracho y de los movimientos de la hoja arrastrada por el viento. La criaturita se escapa de la sillita, se lanza fuera de la habitacion, tropieza con el gato, derriba una silla, enfila un corredor, y patalea revolviendo todo con las manos, de cuarto en cuarto, seguido de la madre,

hasta el rincón más lejano de la casa, donde se refugia detrás de un saco de viaje, y allí intenta la última resistencia, para arrancar una concesión al enemigo...

¡Ah, todo en vano!

¡Es preciso dejarse lavar la cara!

* *

¿Quién puede decir lo que es la voz de los niños?

Es el gorjeo del ruiseñor, el murmullo de la golondrina, el pío del pollo, el maullido del gato; notas de flauta, susurros y gorgoritos infinitamente suaves, gritos y ruidos que desgarran los oídos, trinos de soprano, estruendo de voces varoniles, desentonos de tenor engolado, falsete de máscaras, *fiorituras* y pasajes extraños; todos los sonidos que salen de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Aproximad el rostro á su boca y hacedle murmurar algunas palabras en vuestra oreja: algunas veces sale de allí un sonido que os turba; creéis haber puesto el oído en el ojo de la cerradura de puerta misteriosa y escuchado una voz sobrehumana.

* *

Se ríe: no lo he visto jamás reír de tan buena fé.

Es una risa inmoderada, desgarradora, desquiciada. Tengo al fin miedo de que le falte la respiración. Se tira á un lado y á otro, echa la cabeza atrás, se le llenan los ojos de lágrimas, se le pone la cara amoratada...

—Ya basta; vamos, te puede hacer daño, deja de reír.

Es una risa inextinguible, una convulsión: risa capaz de romper las entrañas.

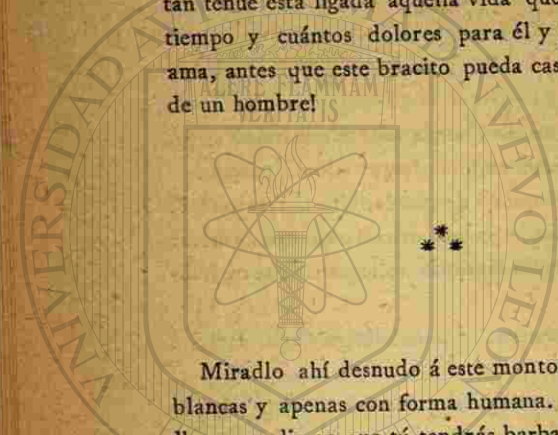
—¿Pero acaba de una vez! ¿Por qué ríes? ¿Qué ha sucedido?...

—¡Ah! ¡no me había acordado que me ha puesto una montera de papel en la cabeza!

* *

Vestidos parecen alguna cosa: desnudos no son nada.

Se toca aquel cuerpecito, se siente aquellos huesos sutiles, que parece que se deben destrozar al ponerles encima la mano, y se tiembla pensando á qué hilo tan ténue está ligada aquella vida querida. ¡Cuánto tiempo y cuántos dolores para él y para el que lo ama, antes que este bracito pueda castigar la ofensa de un hombre!



Miradlo ahí desnudo á este montoncito de carnes blancas y apenas con forma humana. ¡Cómo! ¿Ha de llegar un día en que tú tendrás barba y sombrero de copa y leviton, y comprenderás á Tito Livio, y sabrás resolver una ecuacion de segundo grado y de tres incógnitas?

¡Eh, vamos, fanfarron, eso no puede ser!

Deberé forzosamente curarme de esta debilidad. Estoy sentado en el despacho, escribo, tengo llena la

cabeza de graves pensamientos, la más mínima distraccion me inquieta, me obliga á concluir; y no obstante, es preciso que deje la pluma, que me levante, que atraviese la habitacion, removiendo las sillas, tropezando con los juguetes é incomodando cuatro ó cinco personas, para ir á estrechar entre el índice y el pulgar, por un solo momento, la pantorrilla de aquella pierna que veo desde mi sitio blanquear en un ángulo oscuro, detrás del respaldo de un sillón.

Satisfecho este capricho, vuelvo á la mesa con el corazón tranquilo y el espíritu dispuesto al trabajo.

De otro modo, no habría acertado á concluir la página.

¡Qué gran deleite aquel de matrar á un niño y cubrirlo de vituperios! Eres un muñeco, eres pesado, eres rechoncho, eres feo: comes como un buey y duermes como un topo; eres un ignoranton y un infame que me robas la paz y me haces condenar el alma: el mejor (ó mejor dicho el peor) día te doy una paliza, que... no te quiero, te echo fuera de la casa, tendrás mal fin, eres un presidiario en estado de canuto, malvado, pérfido, eres... ¡mi vida! ¡Te adoro!

También el cariño hacia los niños tiene su furia. Un verdadero padre siente en ocasiones algo de antropófago y querría habitar en casa aislada, para poder saciar su hambre sin que acudieran los vecinos á los gritos de la víctima. ¿No chilles, has entendido?

—Mi deber es amarte y el tuyo dejarte besar en la cabeza,—en los ojos,—en la boca,—en el pecho,—en el cuello,—mientras me quede aliento. ¡Grita, grita! ¿Qué me importa? Con tal que yo me sacie...

—¡Ahl! Si no tuviera miedo de ahogarte! ¡Bah, está escrito: un día ú otro te mato!

Esta mañana paseaba por la habitación con él extendido sobre los brazos, como en una cuna. Tenía los ojos cerrados y dejaba colgar la cabeza y las piernas.

La criada exclamó:—Parece muerto.—Estas palabras me helaron la sangre en las venas. Me puse á pensar qué sería de mí si se muriese. Me volvería loco. Y permanecí largo rato sumido en estos pensamientos.

Tomaría en brazos el niño muerto,—pensaba—saldría de casa, atravesaría la ciudad, saldría al campo, y de prisa, de sendero en sendero, de pueblo en pueblo, de día, de noche, al aire, á la lluvia, mudo, infatigable, estrechando con las manos rígidas aquel cuerpecito frío, hasta llegar en medio de una llanura inmensa y siniestra, donde lanzaría al viento en seguida tal sollozo, que se rompería mi existencia en pedazos, estallando de dolor.

Ha roto un vaso, ha derribado una luz, desgarrado la tapicería, echa abajo el biombo, hace sonar las campanillas, echa al aire los muñecos... cubre las voces de todos...

¡Qué infierno de casa!

¡Qué paz en mi corazón!

Cuando estoy triste, veo en cada uno de sus juegos la imagen de una desgracia que le podrá acaecer, y me pierdo en mil presentimientos dolorosos. Rompe las piernas al muñeco, y yo pienso: ¿se romperá una pierna en una caída? Juega con las cartas: yo me pregunto: ¿llegará á ser un jugador? Cuando toca el tambor me figuro que puede morir en la guerra: cuando derriba un altarito, temo que se vuelva excéptico; cuando lo veo retirado en un ángulo entre dos sillas, me parece que un día ha de ser metido en presidio.

¡Él! ¡Son sueños!

Mientras yo viva no le ocurrirá ninguna desgracia.

Lo seguiré como la sombra al cuerpo. Seré su amigo, su confesor, su centinela...

Pero, ¿y después? ¡Ah! La idea de dejarlo solo en el mundo me espanta, tengo miedo á la muerte, me he vuelto pusilánime y cobarde.

Quisiera vivir un siglo, quedarme decrepito, ciego, paralítico, clavado perpétuamente en una silla, con tal que en el día de duda ó de peligro, pudiese agarrarlo por la mano, tocarle la cabeza, y suplicarle, si no podía ya con la voz, al ménos con el gesto y con las lágrimas, que jamás abandonara la senda del honor.

Hay una cosa que me hace estremecer.

Algunas veces, mirándolo, me figuro, los muchos millares de niños, de su edad, nacidos en el mismo país, y que en este instante son como él inocentes, amorosos y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de su madre, cubiertos de besos y llamados con los mas dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazón de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que ellos serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada de como yo alimento la mía al mirar mi hijo: y pienso, que sin embargo, de toda esta legión de angelitos, saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas, que arrojarán la desesperación y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se me fija en la cabeza tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana, tomé á mi niño sobre las rodillas y le pregunté:

—Niño ¿serás tú un asesino?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

(El no comprende aún el significado de esta palabra).

—Sí,—respondió—pero quiero dulces.

¡Si pudiese adivinar su porvenir como hacen las gitanas, en la palma de la mano!

¿Qué manejará esta manecita?

¿La espada?

¿El puñal?

¿La pluma?

¿El arco del violín?

¿El cuchillo del anatómico?

¡Pobre manita, cuantas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso!

¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello!

¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas te ocurrirá estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío, y si cuando te hiera un gran dolor inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra,

como todas las noches y todas las mañanas, te enseña tu santa madre!

* * *

Miro su manecita, la estrecho toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artífices más poderosos del mundo.

Y de esta idea, paso á mis pensamientos predilectos, de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albérrchigo; á César que tiembla delante de un ratón; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Angel, que mientras su padre le enseña una estatua, está todo dedicado á machacar un hueso con el pié; y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

—¡Qué vergüenza! A tu edad, cuando se tiene una necesidad se dice y no se ensucia de este modo la casa...!

¡Si llegase á ser un gran hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no es imposible.

Enigma, enigma al fin: geroglífico cuyo significado es aún desconocido; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual es posible que haya un puñado de arena ó un monton de perlas. Estoy cerca de los treinta años y mi porvenir que empezaba á limitarse se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud, he encontrado las infinitas esperanzas de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo descienda? ¡Él sube!

¿Y si fuese, por el contrario, de escasa inteligencia y de fibra débil, no sólo para no salir de la os-

curidad, sino para permanecer entre los últimos, en medio de los oscuros?

Cuando me asalta este pensamiento, siento irresistible necesidad de estrecharlo contra el pecho y de cubrirlo de caricias, como para pedirle perdón de la vasta ambición que me lo hace soñar distinto de aquello á que puede ser él predestinado.

Tengo necesidad de asegurarle hasta ahora, que cuanto más pequeño sea el puesto que le está reservado en el mundo, tanto más grande será el que tendrá en mi corazón. Pensando que algún día, tal vez, volviendo de la escuela, me dirá llorando:—Soy el último: siento un estremecimiento de amor por él...

Pero, esto no será, porque le ayudaré en sus estudios, me volveré á dedicar al latín, al griego, á las matemáticas, velaré con él, y volcaré tanto afecto en su corazón que el corazón iluminará la inteligencia.

Cuando aquí debajo hay un tesoro, también aquí encima hay alguna cosa.

Los niños proporcionan grandes consuelos. ¡Quién lo sabe mejor que tú, pobre criada vieja!

Tú eres amada en casa, pero tu cabeza calva, tu

rostro arrugado, toda tu persona, desfigurada por los años, te hacen fastidiosa á los individuos que te son más queridos, y constituyen la causa de que ellos no te prodiguen las caricias que tú les prodigabas á ellos cuando eran niños.

Alberto, jovencito, se retira bruscamente hacia atrás cuando tú acercas el rostro al suyo para mirar las estampas del libro que hojea.

Enrique, desde hace mucho tiempo, no quiere que tú le hagas el lazo de la corbata, por no sentir tu aliento y el contacto de tus manos.

Cuando quieres besar á Adelaida, la muchacha que has llevado en brazos durante tantos años y divertido con tantas historias en las largas noches del invierno, estás reducida, porque no te rechaza, á besarla furtivamente cuando duerme.

Hay una sola criatura en el mundo que no rehúsa tus caricias, que ama tu cabeza calva y tu rostro arrugado, que te recompensa de todas las ingratitudes y de todas las amarguras, y es este niño de tres años.

—¡Ernesta—te dice besándote en la boca—qué hermosa eres!

*
* *

Y siempre recaigo en el pensamiento de la belleza.

No creo que el padre, fuera del afecto que todos comprenden, debiese alimentar por su hijo un sentimiento tan igual al del escultor por su estatua.

Yo, no obstante, observo con temblor el rostro de quien lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como el artista poco seguro de su obra. Toda su belleza me parece un mérito de mis manos, todas sus imperfecciones el efecto de un error mío. Cada día se me presenta con nuevo aspecto.

Lo miro y lo vuelvo á mirar de frente, de perfil, por delante, por detrás, por encima, por debajo; corrijo con los ojos alguno de sus rasgos; permanezco perplejo; reflexiono; pero concluyo siempre frotándome las manos y diciendo que es un hermoso trabajo.

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué grandes niveladores del corazón humano son los niños!

Hay una pobre mujer con un niño en brazos sentada en el escalón de una puerta, que vé pasar una señora en coche con otro niño sobre las rodillas. El niño de la señora está vestido de terciopelo, el suyo cubierto de andrajos: aquél lleva un bulto de juguetes, el suyo no ha visto jamás ninguno; aquél come confites, el suyo roe un pedazo de pan negro. Sin embargo, de las miradas que las dos mujeres cambiaron sobre sus propios hijos, las que expresaban un sentimiento de envidia, eran las de la señora. La pobre mujer lo advirtió, y exclamó con estremecimiento de orgullo:

—¡El mío es más hermoso!

Yo no sé si todos los padres, verán en sus hijos lo que yo veo en el mío: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la infancia, que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan.

Tiene movimientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coqueterías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

—¡No me provoques!—le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y de actitudes, una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada momento.

Me parece que encerrado con él en castillo solitario, sin libros, sin trabajo, sin otro cuidado que el de custodiarlo, no tendría ni una hora de fastidio.



Empieza á hablar, juntando dos proposiciones.

Es gran placer para mí, seguir atentamente la exteriorización laboriosa de su pensamiento, ver con qué dificultosos artificios expresa la idea más sencilla, con qué cómicas contracciones del rostro pronuncia cada palabra nueva, cómo saca, desfigura y exprime su pequeño caudal de veinticinco palabras; cuántas regularizaciones monstruosas de las irregularidades gramaticales, qué despropósitos enormes é increíbles echa fuera con la más ingénua seguridad, y á veces, ¡pobre del que se le ría en la cara!... Y es de notar, cómo en este su lenguaje descompuesto y desproporcionado, un día endereza una palabra, otro día combina una concordancia, y poco á poco el vocablo se pone en orden, y las consonantes difíciles salen claras y sonoras, hasta que el instrumento, completo y afinado, puede tomar parte en el concierto de la conversación doméstica, no produciendo más que algunos desentonos, en todo caso.



Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocecita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!

Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño sonrosado. Dentro de algunos años, tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará de otra manera, y de la criatura de hoy no me quedará sino algún retrato, y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí, y que debe desvanecerse.

Será irracional: ¡pero es un pensamiento que me entristece!



No comprendo, ahora, como he podido vivir tanto tiempo, y ser casi feliz, en una casa tranquila—don-

de no había jamás una silla fuera de su sitio;—donde no se rompía nunca una botella;—donde no se tropezaba con un juguete;—donde no se hicieron en la vida pajaritas de papel;—donde no se veía á ninguno bajo una mesa;—donde no había sino camas enormes;—donde no se oían nunca más que pasos lentos y graves;—donde no se escuchaban otra cosa que voces tranquilas, diciendo siempre cosas razonables sin faltas gramaticales...

Con frecuencia, al verlo tan bien vestido y alimentado, con un monton de bagatelas delante, digo para mí:

—¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de este modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta. ¡Ah, no será jamás, niño mío! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar cada vestidito nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada día de felicidad con un mechon de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!...

¡Qué me importaría que la gente riese de mi cara descarnada y de mi vestido usado? Yo te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me pondría á ver la puesta del sol, oprimiendo tu cabeza sobre mi corazon.

¡Ah, no temas! Entre tí y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada del cariño que me devora.

*
* *

Hoy le he hecho tomar un baño en una palangana rota, y al verlo desnudo y bello, goteando agua y riendo, pensaba:

Sin embargo, si á esta pobre criaturita la consume la fiebre, la viruela lo pica, la tos convulsiva lo ahoga, el crup lo destroza... ¿será preciso verlo quedarse negro, agitarse, volver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro moviendo las manecitas y permanecer rígido; será preciso verlo encerrar en pequeño ataúd, llevarlo deprisa, envuelto en un paño negro, descender á la fosa y cubrirlo de tierra y de piedras: y despues volver á casa pensando que él está allí, bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos;... y al tornar á casa, ver sus juguetes, sus

vestidos, su cuna vacía, su sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío; y oír resonar en aquel horrible silencio las risas de los niños de los vecinos!...

¡Ah! cuando sucede esto, me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra la pared, ó caer de rodillas y permanecer perpétuamente con la frente clavada en la cuna.

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, el pensamiento de la muerte no me aterra ó no me entristece ya, sino en cuanto se refiere á su porvenir.

Pero si por su vida debiese sacrificar la mía, si debiese, con la seguridad de salvarlo, hacer escudo con mi cuerpo y defenderlo sin defenderme, inmóvil, con él en los brazos y diez asesinos por la espalda, ¡oh! me estremezco con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia en este pensamiento; creo, siento, juro que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar—¡Piedad!—y sin derramar una lágrima por mi suerte.



Esta mañana, entre otras cosas raras de las suyas, he descubierto, que él cree que los hombres están hechos de madera; y á pesar de cuanto le había dicho.....

(Interrumpido por la caída de una pelota de goma que ha derribado el tintero).





DESALIENTO



As nueve de la noche serían. Teresa bordaba sentada al lado del fuego, cuando se oyó llamar suavemente; corrió á la puerta y más por hábito que por desconfianza preguntó quién fuese.

—¡Yo!—respondió una voz áspera.

Abrió, entró un joven envuelto en su capa; se besan, y la muchacha le dice:

—¿Qué pasa, Mario?

—¿Por qué me lo preguntas?—replica este.

—Porque no has dicho *yo* como otros días.

Mario se quedó mirándola sin responder, puso sobre una silla la capa y el sombrero y se acercó á la estufa. La muchacha, volviendo á ocupar su sitio, aproxima un banquillo, en el cual se sentó él con el codo puesto sobre las rodillas y la cabeza sobre la mano. ®

Así pasaron algunos momentos sin cruzarse una palabra; luego Teresa le preguntó con timidez.

—¿Has escrito?

—No,—respondió el joven con aire pensativo.

—Has hecho mal.

—Peor hubiera hecho si hubiera escrito, porque también hoy tengo la cabeza hueca como una bomba de jabón.

—Hace un mes que dices lo mismo.

—Pues hace quizá más de un mes que lo siento. Y siento que he perdido todo el jugo. Dijo cierta vez un crítico una verdad muy sencilla, pero profunda: —Para escribir es preciso tener algo que decir á sus conciudadanos.—Yo no tengo nada que decirles y no escribo. Escribir tan solo para que el público vea que se saben poner juntos verbos y sustantivos y emplear uno tras otro epítetos, no me parece digno de un hombre.

—Mario,—respondió la muchacha poniéndole una mano sobre la cabeza y sonriendo:—¿dices esto seriamente ó sólo por hacerme rabiar?

—¿Por hacerte rabiar? Lo digo con la sinceridad de una dolorosa certeza. Hace más de un mes que es para mí la mesa de escribir verdadera rueda de tormento, y me paso el tiempo mordiéndome los dedos sin poder hacer nada de provecho. Poco importa que me excite mucho al principio, ó que me ponga á leer versos en alta voz como aconseja Buffon, ó que *piense sobre ello* como dice Manzoni, ó que tenga metidos los pies en agua fría como hacía Schiller; escudriñar dentro de mí, avivar todos los sentimientos que en otra ocasión me inspiraron: todo es inútil. Sentado

á la mesa, parece que cerebro y corazón se me arrugan como vejigas que hubieran estallado, y no me es posible aferrar una idea que merezca el honor de una gota de tinta. Te juro que digo la verdad.

—No jures... otras veces me has asegurado lo mismo y al cabo de algunos días lo has contradicho.

—Querida mía, aún las enfermedades desesperadas tienen sus altos y bajos, y no hay moribundo que no tenga relámpagos de esperanza. También yo he tenido mis relámpagos.

—¿Pero, á qué vienen esas melancolías, Mario?

—No son melancolías, son desengaños. Quieres que te diga una cosa, que jamás he dicho á nadie y que casi nunca me he atrevido á decírmela á mí mismo pero cada vez creo más firmemente verdadera, tanto, que casi siento desprecio hacia todos los que por largo tiempo se empeñan en hacerme creer lo contrario. En cuatro palabras está dicha:—Hé equivocado el camino.

—Quita allá—dijo con viveza la muchacha—ahora verás tú. Conozco el secreto de todas estas melancolías. Tienes una arruga aquí, entre ceja y ceja que cuando estás sereno casi no se nota, y que cuando la serenidad te falta se hace profunda como si fuese honda herida. De un mes á esta parte la veo casi todos los días. Hé aquí por qué no puedes trabajar. Desengaños, haber perdido el jugo, todo ello son fantasías: el mal está en esto. Todo lo que hay que hacer es procurar que esa arruga se estire;—y añadió apuntando con su índice al entrecejo:—yo te pondré

el dedo encima hasta que desaparezca, y ya verás como vuelve entonces la inspiración y la confianza en tí mismo.

Mario acarició la barba de la joven entre sus dedos, y abandonando su mano, dijo:

—¡Ah, Teresa mía! sobre la arruga verdadera no puedes tu poner el dedo, porque está dentro del cerebro.

—Entonces—dijo la muchacha con la benévola ironía que se usa con los niños, fingiendo dar importancia á una tontería,—entonces no hay remedio; ya comprendo que has errado el camino. No hablemos más de ello.

—Y sin embargo—repuso el joven sin mirarla,—aun cuando esta certeza se haya apoderado de mí poco á poco, evitándome de este modo la pena de uno de aquellos desengaños que destrozan, antes de que se haya pensado en resistirlos, creo que la hubiera podido soportar con ánimo más firme.

Teresa sonrió.

—Verdad es que cuando muchos años se ha ido alimentando la esperanza de llegar á ser algo en el mundo, y se ha visto gozar á la familia y á los amigos con esta misma esperanza, y se han obtenido mil demostraciones de simpatía y de respeto de las gentes, no tanto por lo que uno era sino más bien por lo que prometía llegar á ser, el darnos cuenta de que nos hemos engañado y que hemos engañado á los demás; prever que llegará día en que el público nos haga devol-

ver con el desprecio las alabanzas que le hemos usurpado; el sentirnos atraídos, envueltos y arrebatados por la multitud, de entre la cual se había conseguido levantar cabeza; persuadirse al fin de que se ha malgastado la juventud, el ingenio, los esfuerzos, y tenerse que preparar á sufrir desencantos y vergüenzas, que recorriendo un camino más modesto se hubieran evitado, obteniendo honrado nombre y vida tranquila... Es este un cambio, Teresa, que se asemeja al de un hombre que de rico y poderoso se encuentra reducido á la miseria.

Teresa le miró con atención y luego, sospechando si por ventura no hablaba seriamente, tomó un libro, lo abrió, puso un dedo sobre el nombre del autor, y preguntó con infantil ingenuidad, bajando la voz:

—¿Es este señor el que habla?

—Él es, él—respondió Mario rechazando el libro.

—Ah, querida amiga, cuanto te engañas si crees que la vista de todos aquellos papelotes impresos vá á despertar en mí el más mínimo sentimiento de altanería. Sí, ciertamente, cuando estoy en medio del público, aparento que valgo alguna cosa, y pongo mi amor propio á la defensiva. Al ver la presunción de tantos que valen aún menos que yo, y ante el temor de procurar á los demás, mostrando hácia mí mismo poca estima, el pretexto de que me tengan en menos, me sostienen un poco; y así, el que me hiere por el lado del amor propio, siente la resistencia del orgullo. ¡Pero á solas conmigo mismo, ya es otra cosa! ¡Si te

dijera que se pasan los meses sin que lea una página de mis escritos, aun cuando casualmente se ofrezcan á mi vista, por temor de recibir una impresion desagradable? Si supieras que repasando mis trabajos, hasta los mejores, he dado en sospechar que el comun acuerdo de los amigos, la benevolencia de los conocidos y la indulgencia solicitada de otros muchos, han sido causa del pequeño éxito alcanzado?... ¿Y si te dijera, además, que cuando corrijo las pruebas de imprenta, siento alguna vez repleta de sangre mi cabeza, echándome á pensar instintivamente la manera de deshacer la obligacion contraida con el editor, y que comprendiendo la imposibilidad de llevarlo á cabo, busco algun recurso á lo ménos para que mis escritos no se difundan y no lleguen á manos de tal ó cual persona de estimacion?...

—¡Pero, por Dios, estas son exajeraciones y nada más! Porque, cualquiera que sea la opinion que tengas formada de tí, no puedes poner en duda un hecho que debería bastar para darte ánimos: el favor del público.

—Aquí te quería yo. ¡El favor del público! ¿Qué es? ¿Qué prueba el favor del público? ¿Quién no alcanza algo de este favor, escribiendo, si tiene un poco de corazon y no ofende alguna clase de la sociedad y sigue las corrientes de la época, de modo que la generalidad sienta y piense lo que lee ó no tenga interés en negarlo? Mira, entra en un café de cualquiera de nuestras grandes ciudades, y milagro será si no

tropiezas en algun rincón, un pobre hombre en quien nadie se fija y cuyo nombre nadie conoce, y del cual, hace veinte ó treinta años, alguien no haya dicho y publicado que era una esperanza de la literatura patria y que llegaría á ser una gloria nacional. A los veinte años todos tenemos en la cabeza cosas hermosas y corazon muy generoso, y todos sentimos la necesidad de publicarlo. Pues bien; á mí me ha pasado esto, he publicado mi desahogo juvenil y no hay más que decir. Basta: ahora debería dejar la pluma á un lado y abrazar una profesion, porque una cosa es haber nacido para pasar por el estadio de escritor, y otra afirmarse en él; una cosa es tener ingenio para escribir y otra tener tanto ingenio, que legítimamente no pueda uno hacer otra cosa más que escribir.

—Yo no sé contestar á todas estas cosas—dijo Teresa conmovida;—pero me parece que no son ciertas. ¿Qué resulta de todo ello? ¿Que no debes escribir más? ¿Vas á decirme que no eres capaz de hacer nada? ¿Quieres probarme que eres un estúpido?

—No, porque no lo soy; si lo fuera, ni me hubiera desengañado yo mismo, ni tendría contigo esta conversacion; seguiría creyéndome un animal raro, como hacen muchos, á despecho del mundo entero. El desengaño que he sufrido, prueba que algo hay en esta cabeza. Este *algo* no basta, sin embargo. A veces abrazo con el pensamiento grande espacio alrededor de mí; son visiones instantáneas, como en noche tem-

pestuosa la luz de un relámpago. Aferro con la mente el extremo de una cadena de ideas; doy un tirón, y no me queda en la mano más que el primer anillo. ¡Distan mucho, querida mía, estos golpes de ingenio del ingenio verdadero! de aquel ingenio audaz é imperioso que alguna vez se afirma con soberbias palabras, que arroja rayos de luz y pedazos de oro macizo, que atrae así y hace enmudecer á otros ingenios menores, que sigue su camino despertando y dominando al mismo tiempo iras y envidias mortales, que supera los obstáculos y los derrumba, que vuela en la region donde los otros apenas llegan con la mirada, que arrastra, enamora y espanta! Estos son los hombres de génio, válvulas abiertas en la naturaleza humana, por las cuales vé confusamente la multitud algo del otro mundo, arrancándole un grito de maravilla. Estos tienen derecho á consagrar toda su vida al arte; estos son los grandes árboles de la humana vegetacion; los demás son plantas parásitas, y yo soy una hoja de estas plantas.

—¡Grandes árboles!—murmuró Teresa tímidamente.—Aparte de los cuatro ó cinco que todos conocen, por ahora al ménos, yo no veo que aparezcan en el horizonte esos grandes árboles.—Pronunció de prisa una larga série de nombres y preguntó:—¿Son estos quizá los respiraderos esos abiertos en la humanidad?

—No—respondió Mario;—pero aun así, yo no debo compararme con ellos para tener una idea justa

de lo que soy. Debo reunir todos estos en un mazo, incluso yo, y compararles con los poquísimos que se hallan en la cúspide. Es preciso salir del propio país para ver lo que parecen ciertas aureolas de casa ¡vistas de lejos! Cuando se observa que los verdaderos nombres grandes nuestros y aun de nuestros tiempos suenan á orillas del Támesis como á orillas del Tíber, en las del Tajo como en las del Rhin, en las del Sena como en las del Adigio, ¿qué caso quieres tú que se haga de aquellos que caen como globos rotos en las fronteras de su propio país? ¿Qué somos en comparación de aquellas águilas que dan la vuelta al mundo, nosotros, mosquitos, que vivimos en un soplo de aire y hacemos un zumbido tan leve que apenas se siente de una á otra hoja de la flor? Nosotros, que mostramos ostentosamente todo nuestro saber en una cualidad que para los demás no es sino una de las mil facetas de la perla de su génio? ¡Ah, cómo se penetra uno de todo esto viajando! Cuando un extranjero me preguntaba:—¿Vd. escribe?

—Yo, respondía de prisa, avergonzado, como si rechazara una sospecha injuriosa:—¡No! ¡No! ¡No escribo!

Teresa moviendo la cabeza sonreía:

—¡Siempre eres el mismo!

Mario, despues de una breve reflexion, replicó:

—¡Vivir para escribir! ¡Bella presuncion! ¡Tener en la cabeza tantas cosas dignas de ser dichas al mundo, que absorben toda la vida! ¿Con qué derecho puede

uno emplear toda su vida en esto? Escribir, en materia de arte, no debería hacerse más que para satisfacer una necesidad del alma, y satisfacer una necesidad no puede valer lo mismo que pagar una deuda. Por consiguiente quien no hace más que escribir, no paga su deuda á la sociedad; y si así parece á los demás, á él no debe parecerle. Responder á uno que me pregunte cuál es mi profesion:—Escribo.—me parece lo mismo que si preguntándome:—¿Qué haces ahí?—le respondiera:—Respiro.—¿Y quién es este poltron que miéntras tanta gente mejor que él suda sangre para ganarse la vida, pasa el día sentado en su silla predicando la virtud y excitando á que los demás hagan? Que trabaje él tambien durante el día y escriba de noche el tiempo que le quede libre. ¡Metedlo en una oficina!

—¡Ah, lo que es eso no!—dijo Teresa entre despechada y conmovida.—No todos pueden trabajar con los brazos!

—¡Pero yo sí puedo! ¿Y qué crees tú? ¿Que no me avergüenzo alguna vez de ser robusto? Cuando veo amontonados sobre mi mesa los cinco ó seis libros que he escrito, de los cuales dentro de algunos años ni siquiera se encontrará el título en los catálogos de los libreros, y pienso que he perdido para hacerlos los años más vigorosos de la juventud, y que quizá perderé de idéntica manera, y sin mayor fruto, los que me quedan; y mirándome al espejo, me veo con un par de espaldas atléticas, ¿qué se yo? siento que

hay una desproporcion tan grande con el trabajo realizado y un desacuerdo, que no me agrada y que me hace perder la tranquilidad de la conciencia; como si para hacer un bastoncillo se hiciera astillas una viga. Deseo encorvar mis espaldas bajo el peso de la carga, y que mis manos se encallicen manejando las herramientas.

Teresa le cogió ambas manos.

—Cuántos hombres se han perdido—continuó Mario—por este maldito afán de escribir! Hombres de corazon nobilísimo, dotados de cierto poder para transmitir á los demás su propio espíritu, provistos de un vivo sentimiento de la belleza; oradores fáciles que habrian, en otro campo, adquirido y ejercitado un poder beneficioso sobre los demás... ¡todo perdido! Yo, por ejemplo, me sentía nacido para maestro de escuela, hasta el punto, que cuando veo en una habitacion cuatro bancos y una mesa, se remueve todo mi ser, y aún más que maestro de escuela, el mayor gusto de mi vida hubiera sido tratar con pobres gentes, con trabajadores; si hubiera llegado á ser juez en un pueblecillo me hubiera hecho digno de una estatua.

Teresa lo miraba con fijeza.

—Cuando leo los escritos de mis amigos novelistas, poetas, críticos, veo casi siempre entre renglones sus hermosas facultades mal empleadas, y pienso con dolor que el uno hubiera sido excelente médico, el otro inimitable director de colegio, el de más allá

un honrado y sobresaliente abogado. Y les digo como me digo á mí mismo:—¡Vamos fuera de camino todos, por haber tomado como facultad principal una secundaria, que solamente debiera servir de ayuda, de ornamento á las demás; por haber creído que lo que solo debía ocuparnos una hora al día bastase para llenar toda nuestra vida; por haber considerado como verdadera vocacion lo que era pura tendencia y no más!

—¿Y cuando ves á estos amigos—preguntó Teresa sonriendo—les dices que habrían hecho mejor en ser médicos, maestros de escuela, etc.?

—Sí, se lo digo. Porque de todo ello resulta que teniendo la ambicion sin contar con la potencia para despertar la admiracion del país, hacemos como los mendigos, que se contentan con lo que les dan; inspirar *simpatía, estimacion*, gozar la *consideracion* de las gentes, adquirir *notoriedad*, no llegan á más nuestros esfuerzos: á cada paso tendrás ocasion de leer el simpático, el estimable y estimado, el conocido, el distinguido escritor y otros insípidos y vacíos calificativos, que en medio de nuestra nulidad nos complacen, pero que exprimiendo su jugo no significan más que el mediano, el insignificante, el impotente y el nulo; porque el que haya dedicado la vida al arte y no llegue más que á hacerse simpático, estimado, apreciable, ha perdido tiempo y trabajo. En nuestro interior lo sentimos así nosotros mismos.

—Pero...

—Por esto en lugar de trabajar tranquilamente y con nobleza, nos afanamos, hacemos todo género de esfuerzos desesperados por salir fuera del círculo de la medianía que nos ahoga, y lanzamos un libro tras de otro con furia, ávidos, impacientes, esperando siempre que el último que tenemos entre manos sea el que sirva para nuestra gloria futura, suplicando á los transeuntes que se detengan, gritando al país: vuelve la cabeza, mírame, te aseguro que tengo génio; dame tiempo para hacer alguna otra cosa, no pronuncies todavía el juicio último, espera y verás.—Entretanto el viento se lleva libritos y librotos, se envejece en el olvido y en la desesperacion, hasta que un día se estira la pata, y diez periódicos salen diciendo que hemos dejado *inmensa herencia de afectos*, y... al día siguiente ya no hay quien pronuncie nuestro nombre. Hé aquí la carrera de los escritores simpáticos, estimados, conocidos y distinguidos; mi carrera es como la de otros cien campeones de la *jóven literatura*.

—¡Pero quién no ha tenido—dijo Teresa—aun los más grandes, ratos de desanimacion!

—Está segura de que eran otros decaimientos—respondió.—Sentian que su obra era en mucho inferior á su ingenio, y por eso se desanimaban. Toda la luz que brillaba en su mente le han reflejado sobre el mundo; ¿pero quién puede imaginar todo el esplendor que veían con los ojos de su génio? ¿Quién sabe el portentoso *Cinco de Mayo* que vislumbró Alejandro Man-

zoni antes de que se pusiera á escribir el que conocemos? Todos los grandes, es cierto, cayeron alguna vez; pero á los pocos pasos de la cima, habian subido ya á una altura tremenda. Y no caian por flaqueza sino arrebatados por el vértigo. En estas batallas, unas veces salian vencedores y otras vencidos. En mí no hay esa lucha: solo siento la quietud de la muerte. Para los grandes que llaman al templo del arte, alguna vez, se oye desde dentro una voz consoladora:—Todavía no.—A mí sólo me dice:—¡Fuera!—A aquellos les suplica que esperen, y á mí se me arroja como á un bribon.

Teresa abrió el libro que poco antes había cogido y fingió que leía sin hacer caso de las palabras de Mario.

—Sí, lee, lee,—continuó Mario sonriendo—el que se contenta goza pronto. Yo por mi parte haré un poquito de crítica á tu autor. Sus personajes son muñecos que recitan todos el mismo papel, y se presentan en escena dejando ver por debajo la mano del titiritero. Tres ideas vestidas de mil colores; y nada más que tres ideas. Un *manzonismo* deslabazado, sin decididas afirmaciones, oscilando continuamente entre el creo y el no creo, y queriendo hacer sentir las cosas sin comprometerse con las palabras. Un temor doble de hacer reír á los descreídos y de descontentar á la gente piadosa, atrayendo siempre traidoramente al corazón, cuando debiera atraerse á la cabeza; y por fin la persuasión profunda de que se de-

be dar un puntapié á lo convencional, á los escrupulos gramaticales, á las nobles palabras, á todas las formas de la lengua insípida, pedantesca, bastarda, que se habla fuera de Toscana; y la bellaquería de no hacerlo por miedo á los que combaten la proposición de Manzoni, porque no quieren comenzar á estudiar de nuevo.

—Yo no entiendo una palabra de cuestiones de lenguaje,—dijo Tesesa—así que no sé contestar. En lo que se refiere á los muñecos, sin embargo, la verdad es que si dicen cosas buenas, ¿qué importa que se vea la mano que los pone en movimiento?—Decía esto sonriéndose y cogiendo una mano á Mario.

—¡Decir cosas buenas!—exclamó éste.—Quisiera que me indicases qué derecho tengo yo para decir cosas buenas, que no hago, y para poner debajo mi firma como si las hiciera. Recuerdo, hace pocos días, cuando te dije que cumplía veintisiete años, que exclamaste:—¡Veintisiete años! ¡Ya has hecho mucho! ¡Mucho! Todavía, ni he salvado la vida á nadie, ni he pasado treinta noches seguidas al lado de un enfermo, ni jamás he corrido el peligro de que me diesen una cuchillada por arrancar á una mujer de manos de un hombre brutal que la abofetea en medio de la calle; nunca he hecho diez millas á pié por llevar una buena noticia á alguna pobre familia, ni nunca me he privado un mes seguido del cigarro, del teatro ó de beber un vaso de cerveza para poder hacer un regalo á cualquier antiguo maestro de escuela

que lo fué mio y que se halla en estrechura. Pues bien: conozco gente jóven que ha hecho y hace esto, que se avergonzaría de escribirlo, y que cuando lo leen escrito por mí, me dicen:—¡Bravo! Vd. hace cosas muy buenas! Feliz Vd."

—Verdad, ¿y qué quiere decir esto?

—Quiere decir, que al oír estas palabras, me pongo encendido de vergüenza, porque soy yo el que debiera decírselas á ellos, y ellos decirme á mí que soy un impostor.

—Entonces,—repuso Teresa con ironía, que no advirtió Mario—si escribiendo cosas morales te parece que eres un impostor, escríbelas inmorales y vivirás en paz con tu conciencia.

—¡No!—respondió Mario—jamás. Aunque quisiera, no podría. Sobre este punto aún no conoces mis ideas, y voy á decírtelas. De un hombre de genio, lo acepto todo; que crea, que no crea, que sea optimista ó lo vea todo negro, que no me enseñe más que lo hermoso ó que me muestre las fealdades de los demás ó las suyas propias; disiento de él, lo deploro, pero acepto, ó á lo ménos me doy cuenta de cómo puede parecerle lícito escribir lo que piensa y lo que hace. Es un hombre de génio, pues prefiero que sea como es á no tenerle; aún ofendiéndome y desgarrándome el corazón, me hace ver muchas cosas bajo nuevo aspecto; me obliga á pensar, y me lleva, cuando ménos, á admirar en él un hombre de nuevo cuño, y una gradación más en la variedad infinita de la na-

turalidad. Está bien. Pero que un hombre de ingenio de segunda categoría, de los que es dudoso si hicieron bien ó no eligiendo el camino de las letras, y que deberían, puesto que el mundo podría muy bien pasarse sin ellos, buscar por todos los medios manera de que se les perdone la ambición que les devora; que uno de estos, digo, tenga la desfachatez de gritar al mundo entero:—Mira—para hacernos saber que no cree en nada, que le devora la bflis, que desprecia á sus semejantes, que vive entre podredumbre y se emborracha: á éste, por Dios, no sólo no le admito, sino que no lo comprendo, de igual modo que tampoco comprendo cómo el público no se estomaga de estas ridiculeces de los disolutos geniales, y no los aparta de su lado con la escoba.

—¿De modo que escribes moral?—replicó Teresa.

—¡Ya no sé qué decírtel! ¡Aseguras que eres un impostor! Yo creo que basta ser honrado para poder escribir cosas santas, sin fingimiento. ¿Cómo podrías escribir, si antes de sentarte á la mesa tuvieras que hacer diez millas á pié para llevar una buena noticia á una familia pobre?

Mario sonrió, encogiéndose de hombros; después de algunos minutos de silencio, añadió:

—Recuerdo muy bien en Florencia, paseándome por fuera de la Puerta Romana, al anocheecer, haber visto de repente gran luz que salía detrás de un grupo de casas, y gente que corría. Corrí yo también hasta llegar delante de cierta vivienda que ardía, y en me-

dio de la multitud de curiosos que promovía grande estrépito. Hacía poco que estallara el incendio, y ya las llamas salían del tejado y por varias ventanas, oyéndose dentro espantoso ruido de vigas y techumbres que caían, viniendo á mezclarse con los gritos de las mujeres y de los niños. Era un espectáculo desgarrador. Llegaban en aquel momento las bombas y los guardias comenzaron el consabido trabajo de echar atrás á la gente con la gritería y el desorden acostumbrados. De repente se oye un grito aterrador; arremolínase mucha gente en determinado sitio. La desgracia de siempre: ¡una pobre mujer que había encerrado á su hijo en la casa para poder salir y que volvía demasiado tarde ya! En un abrir y cerrar de ojos se esparció la voz. Por fortuna, la ventana del cuarto daba á la calle; trajeron una escala y apoyándola en el antepecho, subió un guardia; no había llegado arriba, cuando densa nube de humo negro y lenguas de fuego salieron por lo alto de la ventana; al pobre hombre le faltó el valor. La multitud gritó:—¡Abajo, abajo!—El guardia bajó precipitadamente. Subió otro y cayó en tierra amedrentado como el primero; cinco ó seis hombres se agitaban al pié de la escala y ninguno subía. Entre tanto la pobre madre lanzaba gritos horribles, se ponía de rodillas, se mesaba los cabellos y hacía cosas que destrozan el corazón. No sé lo que entonces pasó por mí; se me nubló la vista, mil pensamientos cruzaron en el momento por mi imaginación; aquel niño, mi ma-

dre, un gozo inmenso; oí como una vez sobrehumana gritarme al oído:—¡Vé!—y en el mismo instante irresistible impulso me puso de un salto al pié de la escala; una vez allí... parecía que me sujetaban con garras de hierro y permanecí clavado, inmóvil traspuesto como el que se halla al borde del precipicio. Mientras miro á mi alrededor y vuelvo en mí, veo que un hombre se lanza de entre la multitud como saeta, echa por tierra á un guardia, sube á lo más alto de la escala, se mete por la ventana que parecía boca de horno; profundo silencio reina por todas partes.—Aparece el hombre,—la multitud lanza un grito—se sube sobre el antepecho, dá la vuelta, pone el pié sobre la escala, desciende y cae á tierra exánime... ¡Había traído consigo al niño sano y salvo!... Está bien; es una cosa que ocurre muchas veces. ¡Ah, Teresa! pero aquella vez estaba yo allí, lo he visto todo;—he visto cuando la madre se lanzó al cuello de aquel hombre;—la he mirado en los ojos;—he contado los besos furiosos que le estampó en la frente y en el pecho;—he sentido sus gritos;—los siento todavía;—no creía que un semblante pudiese trasfigurarse de aquella manera y que tales voces y tales sollozos de alegría brotasen de un pecho de barro humano sin hacerle pedazos! ¡No creía que se pudiera ser hermoso, feliz, glorioso, como lo era aquel hombre cuando se pasó la mano por el pelo chamuscado y que al retirarla llena de mechones que se caían, fuera posible reír!

Teresa estaba conmovida.

—Yo volví á casa — continuó Mario, — triste y lleno de desprecio hácia mí mismo como si hubiera cometido una acción vergonzosa. Pensaba en aquel hombre y me parecía ser ménos que un gusano á su lado. Pensaba en mis estudios, en las pequeñas satisfacciones del amor propio, todo me parecía frío y mezquino, en comparacion del goce infinito que había dejado escapar. Cuando entré en casa encendí la luz y me dejé caer sobre una poltrona, diciéndome á mí mismo: — ¡Bravo: ahí tienes tu pedestal! — Oía voces en la calle que me parecían el eco de los gritos de la madre y de la multitud, por todas partes veía aquella ventana vomitando fuego, la escala, el valiente que subía. De pronto se fijan mis ojos en la mesa, donde había papeles esparcidos, no me acordaba lo que eran: miro... eran páginas de un escrito en el cual decía cosas muy hermosas respecto del amor materno, de la virtud del sacrificio, de la generosidad, del valor. ¿Qué quieres que te diga? Aquellas palabras me hicieron en aquel momento el efecto de una in-noble superchería, de una hipócrita é insensata ostentacion; sentía repleta de sangre mi cabeza, y eché por tierra aquel monton de papeles...

Teresa le puso una mano en la boca.

— ¡Y escupí sobre ellos tres veces seguidas! — añadió Mario rechazando la mano.

— ¡No, Mario! — exclamó Teresa — ¡no digas eso!

— Sí, déjame que lo diga — respondió Mario con

sonrisa afable y melancólica; — este es uno de los pocos rasgos hermosos de mi vida. ¿Quieres saber ahora por qué me parece una impostura el escribir lo que no hago?

— Y sin embargo — díjole Teresa mirándole atentamente, después de un momento de silencio. — Y sin embargo, mañana tornarás á escribir.

Mario se encogió de hombros.

— Sí, escribirás — replicó Teresa, — porque yo soy mujer capaz de hallar en mi pequeña cabeza razones suficientes que oponer á todo lo que llevas dicho hasta aquí para probarme que no debes escribir más.

— Oigámoslas.

— No me atrevo á decírtelas, porque... no sé explicarme; soy una tontuela... no entiendo palabra de literatura.

— ¿Crees en los ángeles?

— Yo sí.

— ¿Y crees que los ángeles entienden de literatura?

Teresa se sonrió continuando:

— Pues bien, dices que sólo los grandes deberían escribir y no me parece justo. Hay en este mundo tantas almas que se asemejan, que viven de idéntico modo, que ven las cosas bajo el mismo punto de vista que aun tienen las mismas debilidades... Estas almas se buscan, y al encontrarse, aun cuando sea en las páginas de un libro, gozan y se unen á quien las ha escrito, como si fuera amigo íntimo. Los grandes es-

critores abarcan gran número de estas almas, porque abrazan la naturaleza bajo muchísimos aspectos. Los escritores que vienen detrás, abrazan ya ménos, pocas, pero bastan estos pocos aspectos para que también ellos tengan su razón de ser. Los grandes escritores provocan la admiración, el entusiasmo; los otros solamente la simpatía y el afecto. Pues aunque no sea más que engendrar simpatía, me parece obra digna que justifica un libro, porque la simpatía es siempre noble disposición del ánimo, y una disposición benévola será siempre la meta de toda buena acción. ¿Y, qué razón hay además para que el grande excluya al pequeño y para que lo hermosísimo excluya á lo gracioso? Según esto, no deberían existir las margaritillas ni las violetas, porque hay girasoles y rosas. ¿Quizá el poema de Dante vá á impedirme llorar, y sentir llena mi alma de emoción, leyendo las novelas de Thour? Cuando se está seguro de que quinientas personas leerán lo que uno escribe, siempre que se tenga un buen sentimiento, por más que fuese á propósito de dos mosquitos que pasan, se debe escribir; y si se emplea toda la vida en escribir cosas que transmiten buenos sentimientos á quinientas personas, la vida me parecerá muy bien empleada... Y en cuanto á escribir lo que uno no hace, tampoco creo que tienes razón; las buenas acciones no sólo se hacen con el valor y con el sacrificio; despertar afectos nobles, consolar, enternecer, serenar por un momento el ánimo agitado de alguien, son buenas acciones, no mé-

nos meritorias que el estarse un mes sin fumar por hacer un regalo al maestro. ¿Qué importa que un libro que ha producido estos efectos, despues de cierto tiempo caiga en el olvido? ¡Cuántas buenas acciones no se olvidan todos los días! ¿Quizá no deben cumplirse buenas acciones más que para la posteridad?

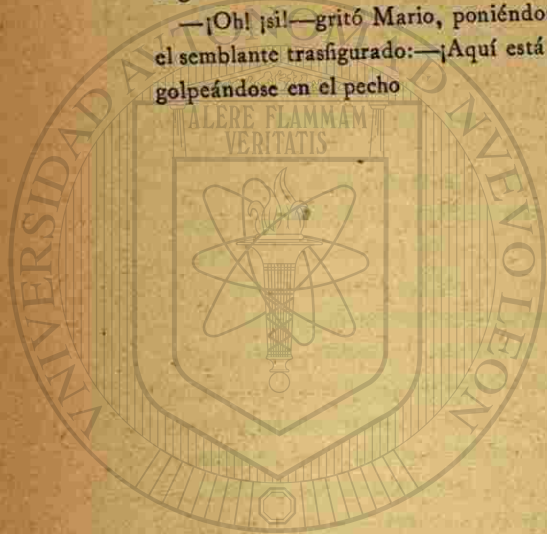
Mario callaba, con la cabeza baja.

—Basta, no quiero perderme en mil razonamientos; ¡Quién mejor que tú sintió estas verdades cuando escribías tus primeras cosas! Y siempre que terminabas una, te presentabas aquí con los brazos abiertos y la cara radiante, diciéndome:—Teresa, ¡cuanto sentiría morirme!—Teresa, no me digas que soy soberbio: te aseguro que hoy sentía dentro de mí un ángel y que él era el que me dictaba; si no he escrito mejor, es porque no he oído bien lo que me decía, por la furia con que me hablaba.—Mira, aún ahora mismo brillan tus ojos al recordarte aquellos días.—Dame la mano, Mario, recobra ánimos y confianza, búscala aquí, la inspiración, en el corazón, veras como te responde, tu fuerza está aquí; prométeme que seguirás escribiendo, que te pondrás otra vez contento y alegre para que te dé un beso en la frente, dime que sientes el ángel en tu interior. ¡Mario!

Mario, conmovido, inclinó su cabeza sobre el pecho de Teresa, y permaneció largo tiempo inmóvil y pensativo.

—Finalmente... murmuró Teresa á su oído:—¿Y el angel?

—¡Oh! ¡sí!—gritó Mario, poniéndose de pié, con el semblante trasfigurado:—¡Aquí está todavía!—dijo golpeándose en el pecho



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE CODOS SOBRE LA MESA



Un amigo mío díjome cierto día:—Tú no estudias bastante, leer no es estudiar; leer es un placer y estudiar es un trabajo, todos leen y pocos estudian.

¿Qué horas dedicas tú á estudios profundos? ¿Cuándo procuras fijar las cosas leídas, cuándo las piensas y meditas, trayéndolas una y otra vez á exámen para exprimirles el jugo? ¿Dónde está el tiempo que tú ocupas en recoger ideas precisas, en formar juicios propios, en combatir racionalmente á los que disienten de tí?

Tú no trabajas con la inteligencia, pierdes el tiempo.



Quando no se tienen más que veinte años, ¡cuántas zonas se hallan que oponer á estos consejos! ¡Los libros! ¡los libros! ¿Se vive sólo para los libros? Yo tengo sangre en las venas, siento necesidad de aire y de luz y quiero leer el gran libro de la vida humana. Antes que estudiar es preciso vivir. ¿Por qué he de ligarme á la mesa, que es el instrumento de tortura? La vida es movimiento; el que se mueve está sano, el que está sano está alegre, y el que está alegre es bueno, y el que es bueno es más querido de Dios y más útil á los hombres que esos cremitas de la sociedad, que se han estropeado manejando los libros, llenándose de orgullo y de vanidad y perdiendo el calor para todo.

Las primeras luchas son muy duras. No basta la resolución de estudiar; dad un adios á los amigos; cor-

red á casa y abrid un libro; pronto se siente un no sé qué por dentro que oprime y se retuerce escondido. Acercad la silla, recojeos sobre el libro, y se siente uno rechazado nuevamente. Alguien hay dentro de nosotros, un enemigo sordo, mudo, agazapado, que se obstina en no querer oír razones, poltron que seldefiende como si le arrastrasen al suplicio. La lucha dura mucho tiempo y llega á ser encarnizada; llega uno á morderse los dedos de coraje y á golpear la pared con el puño, sin sentir dolor, como si las ofensas fuesen dirigidas á otro. Por fin triunfa el convencimiento de que somos *dos*: el uno, capitán animoso, y el otro, soldado bellaco.

Luego vienen los primeros goces de la victoria. Llega siempre el momento en que, el *yo* que quiere, sacando de la ira la fuerza que no había conseguido de la voluntad, lanza un *quiero* tan impetuoso, que el otro no se atreve á rebelarse más.

Este se agazapa, se anula. Nuestro corazón se llena de altanería, saboreando la voluptuosidad del mando; se experimenta un sentimiento de respeto hacia nosotros mismos, como si dentro de nosotros existiera otro ser más fuerte y más valeroso.

Trás de las primeras luchas y de los primeros placeres, vienen los primeros decaimientos. Como en la mente del sabio una noción llama á otra y á poco que medite vienen encima una multitud que él hace desfilar con la misma complacencia que el general pasa revista á su ejército, ó con la que el avaro siente al contar sus riquezas; de igual suerte, en la inteligencia del que comienza á estudiar, una laguna llama otra, y cansada la conciencia de proveerse en el vacío, la soledad que sentimos mata todo el valor y todas las fuerzas. De una duda respecto de la lengua, pasamos á otra de historia, y de una de historia á otra de geometría, ó de geografía y de física, y con ser todas cosas tan elementales, esenciales y necesarias, parece tan degradante el no saberlas, que, si bien la mayoría las ignora, es preciso convenir entre todos que realmente se saben. En medio de la multitud de sobresaltos y de vergüenzas en que vive nuestro espíritu, nos asalta la manía de cegar aquellas lagunas, y no nos damos paz, abriendo libros, revisando diccionarios, plegando páginas y sacando notas. Mientras se coje una idea se marcha la otra, y mientras pensamos en afirmar la posesion de esta última se confunden otras dos, hasta que se apodera de nuestra mente una oscuridad profunda y dejamos caer los brazos, sintiendo languidecer nuestro espíritu.

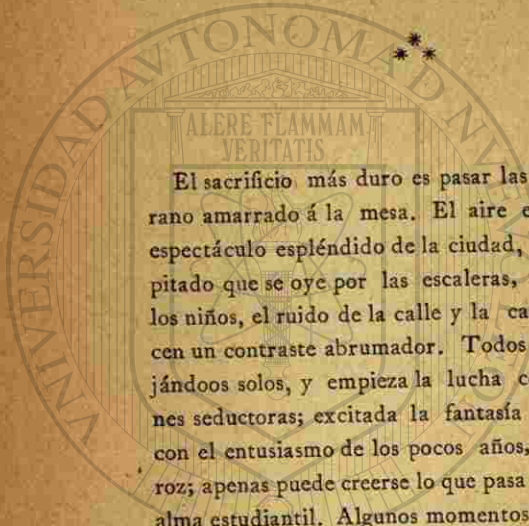
¡Es inútil, es tarde: volvamos á la vida de antes!

*
* *

Viene un nuevo día, y con la cabeza fresca se reaniman nuestras esperanzas y crece el vigor. Pasamos todo el día estudiando, hasta que llega la noche y recojemos el fruto. En el breve descanso que sigue á la comida, las cosas aprendidas, como si se hubieran dado cita, saltan todas juntas desde lo más recóndito de la mente, y se aparecen sin ser llamadas, se presentan todas juntas, disputándose el primer lugar y haciendo en la cabeza un tumulto que no es posible explicar.

Sentencias de filósofos y reglas de gramática, versos y fechas, imágenes y pensamientos lucidísimos; á lo lejos, resplandores de nuevos pensamientos y de otras imágenes, tan densos y tan rápidos, que no dejan ver las lagunas que poco antes nos llenaban de postracion y desaliento.

Son los momentos de placer más vivo.



El sacrificio más duro es pasar las noches del verano amarrado á la mesa. El aire embalsamado, el espectáculo espléndido de la ciudad, el bajar precipitado que se oye por las escaleras, las risotadas de los niños, el ruido de la calle y la casa solitaria, hacen un contraste abrumador. Todos han salido dejándose solos, y empieza la lucha contra las imágenes seductoras; excitada la fantasía por la lectura y con el entusiasmo de los pocos años, la lucha es feroz; apenas puede creerse lo que pasa entonces por el alma estudiantil. Algunos momentos nos parece sentir en la cara el aliento de una mujer que conmueve todas nuestras fibras y vé cruzar á través de las páginas una trenza de hermosos cabellos. Se pone uno á escuchar pasos ligeros, la respiración agitada, algo que se mueve en el aire. ¡Qué tentación tan tremenda! Dar un puntapié á la mesa y echarlo todo á robar: hé aquí nuestra feliz ocupación, gritando con aire de triunfo y de desprecio:

—¡Al cesto de la basura, papeluchos: quiero vivir!



Son hermosas y fecundas las luchas verificadas en el silencio de una habitación, entre la aridez insaciable de saber y el fuego prepotente de la juventud; romper el yugo que nosotros mismos nos hemos impuesto, arrebatá nuestro espíritu. El sudor que traspira nuestra frente en esta fatiga, es sudor saludable y el cansancio consiguiente engendra nuevas fuerzas, comprendiendo entonces que son muy sabios ciertos consejos que nos parecían dignos de risa.

La necesidad de combatir acerbamente el cuerpo rebelde que quiere imponernos una cobarde indisciplina, de influirle sufrimientos que lleguen á postrarle hasta el punto por lo ménos, en que deje de ser dueño para ser esclavo, se siente siempre. Esta es ocasión propicia para habituarse á los almuerzos de Franklin: pan, fruta y agua; y de rigor en rigor se llega á no apoyarse en el respaldo de la silla. Concesión esta peligrosa, porque abre la puerta á larga serie de otras del mismo género que insensiblemente conducen á empezar de nuevo la batalla.

El arte de mandar en nosotros mismos consiste en gran parte en encontrar argumentos y palabras eficaces que muevan nuestro amor propio. Se necesita imaginación y elocuencia.

Recuerdo una mañana que, malditas las ganas que tenía de estudiar, logré tenerlas con sólo este razonamiento:

Suponte que las paredes, los techos y las escaleras de la casa fuesen transparentes; mira hacia arriba, hacia abajo y alrededor, y verás por todas partes manejar escobas, sacudir ropas y limpiar muebles: toda la casa está en movimiento, de faena. Pues bien, júrame que si todas aquellas mujeres con las mangas recogidas y la cara llena de sudor, volvieran todas á la vez la vista hacia tí y te vieran arrellanado en la poltrona y con los brazos cruzados, júrame, te digo, que no te avergonzarías, y te faltaría tiempo para coger un libro y fingir por lo ménos que estabas estudiando, diciendo como los niños cogidos *in fraganti*:

—¡Si estoy estudiando!

Mesita, te adoro. Tú eres, entre todos los muebles de la casa, el único que representas la amistad inquebrantable. La puerta, que en los días más hermosos de nuestra vida, deja oír el choque de un dedito, y cuyo sonido nos hace saltar en pié con el corazón emocionado, concluye por no abrirse más que para el viejo amigo que viene á contarnos sus desgracias. El espejo que nos dice cosas tan deliciosas mientras brillan nuestros ojos y tiñe nuestras mejillas la sangre juvenil, acaba por sernos odioso como el importuno que á cada paso recuerda una desventura que quisiéramos olvidar. El lecho sobre el cual, cuando jóvenes dormimos sueños tranquilos, acaba por ser lecho de espinas que nos brinda inútilmente el reposo.

Tú, mesita, eres el único asilo en el cual, quebrantados por los desengaños, reparamos nuestro ánimo; asilo amado, no solo cuando encendidos por la inspiración y presintiendo la satisfacción de la victoria sufres nuestros vigorosos golpes, sino también cuando contristados por pérdida esperanza, volvemos hacia tí la vista como único refugio. Jóvenes,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO DE VEGA"
Año. 1925. MONTERREY, N.M.

te amamos por la gloria; viejos, por la paz, reedificando sobre tí el edificio caído de la juventud.

Para el que estudia, aun siendo joven, hay momentos durante el día en los cuales, sin saber por qué extraña confusión de ideas, la vida, se presenta al pensamiento bajo aspectos tristes, los peligros, las desilusiones, las luchas inútiles, la vanidad de las cosas; todas las representaciones semejan á otras tantas figuras humanas que, señalando con el dedo, dicen:

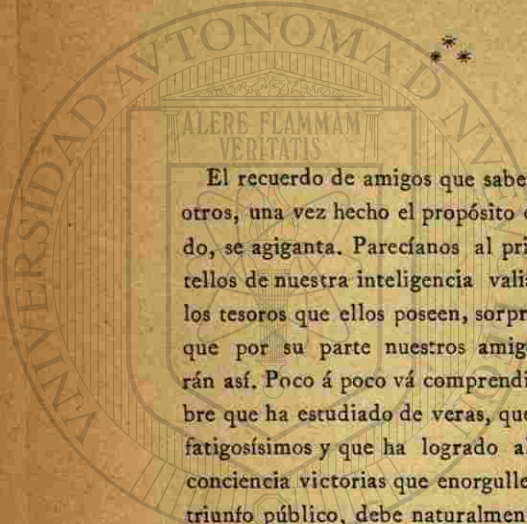
—¡Hé ahí un hombre afortunado!—Domina á nuestro espíritu impresion semejante á la que se siente cuando desde una habitación confortable y abrigada vemos caer suavemente la nieve en la calle.

Metido cada cual en su agujero, contento con la manera de vivir que ha elegido, se siente necesidad de recogerse hasta el punto de que quisiera uno vivir dentro de una cáscara de nuez para taparse mejor y estar más seguro.

La habitación llena de libros, nos parece inexpugnable fortaleza, con provisiones inagotables, colocada en medio de extensa llanura, que ejércitos furiosos atravesarán en todas direcciones esparciendo por sus ámbitos terror y sangre.

*
*
*

Hay otros momentos, por el contrario, en que parece que falta todo el calor para la vida íntima del pensamiento. Todo se hiela á nuestro lado; como si nuestro trabajo tuviera un objetivo pueril, se apodera de nosotros inextinguible fastidio; nuestra vista no ve más que cuadros de desolación y creemos que todos los libros oprimen con su peso nuestro pecho; la ventana se convierte en el tragaluz de oscura cárcel; el techo, como si descendiera poco á poco, aplasta nuestra cabeza. Falta la respiración, el cabello enmarañado, la barba larga, los ojos enrojecidos, todo nuestro ser parece que ha caído perdiendo su nobleza, como si hubiéramos despertado en estrecha cueva; sentimos horror por la soledad que nos rodea, pensamos en los amigos, en el campo, en la música, en las señoras elegantes, y reconocemos nuestra insensatez y nuestro infortunio.



El recuerdo de amigos que saben tanto como nosotros, una vez hecho el propósito de seguir estudiando, se agiganta. Parecíanos al principio que los destellos de nuestra inteligencia valían mucho más que los tesoros que ellos poseen, sorprendiéndonos al ver que por su parte nuestros amigos no lo reconocerán así. Poco á poco vá comprendiéndose que el hombre que ha estudiado de veras, que ha hecho esfuerzos fatigosísimos y que ha logrado alcanzar allá en su conciencia victorias que enorgullecen aun más que el triunfo público, debe naturalmente hacer poco caso del ingenio que se eleva solo por la fuerza de sus propias alas; que se atreve á mucho, porque todo lo ignora; que no siente su vaciedad, porque no habiéndose jamás propuesto rellenarla, nunca ha tenido ocasión de medirla. Se comprende que para un hombre de este temple, la obra de tal ingenio sea frágil edificio.

Aun uno mismo, estando á igual altura, admira más la elevada cúspide de una pirámide que el movimiento de un cometa. El que estudia, conquista; el ingenio inculto más bien parece que roba. Mu-

chos que os parecían envidiosos porque no os aplaudían, comprendéis ahora que no sentían hacia vosotros no más que fría indiferencia. Ellos son como bolas de cristal, vosotros como bombas de jabon llenas de aire.

"Estudia; pero no te humilles," escribía Giusti á su hermano.

¡Ay del jóven que por estudiar se entierra! Le durará más ó ménos tiempo, y al fin se apoderarán de él terribles melancolías. Por no haber creído á quien me daba este consejo, desperté muchas veces con tan profunda repugnancia por el estudio y por la casa, que corrí frenético al campo, caminé todo el día, yendo á dormir á un pueblo, al día siguiente volví á la ciudad como vuelve un forzado á la galera. Es preciso no empaparse tan por completo en los estudios perdiendo la capacidad para la vida social. El que viva demasiado sólo, sin costumbre de tolerar los defectos de sus semejantes, ni de sacrificar su amor propio, ni de sufrir roces desagradables, cuando vuelve en medio de la sociedad, se siente atormentado y molestado de mil maneras, llegando á veces esta penosa sen-

siilidad á no soportar la contradiccion más ligera. En el estudio solitario el amor propio se agiganta, el yo llega á ser formidable. Nuestras fatigas excesivas parece que nos dan derecho, cualquiera que sea el fruto que alcancemos, para tenernos en más que los otros. Acostumbrados en nuestro mundo pequeño á reinar como príncipes absolutos, llevamos aun fuera de él las aficiones y las arrogancias imperiales.

Preciso es andar siempre entre la gente, para bajar el orgullo.

En una ocasion, estuve tres meses seguidos encerrado en casa, de la mañana á la noche, sin salir más que un rato despues de comer para respirar una bocanada de aire. Hacía el almuerzo á lo Franklin, apenas bebía un vaso de vino al día, no fumaba, me levantaba al amanecer. Quise experimentar hasta qué punto de elasticidad y de fuerza se podían hacer llegar las facultades mentales y qué mejoramiento se operase en las morales privando al cuerpo de todo lo que enflaquece las unas y corrompe las otras.

Los frutos del primer mes y medio fueron admirables. Sentía la verdad de aquella sentencia de Rousseau:—Un jóven que viviese de esta manera hasta los veinticinco años, fácilmente arrollaría despues á todos.—La memoria había adquirido más facilidad y más tenacidad: cogía al vuelo cosas que antes me hacían pensar una hora; ideas que antes se desenvolvían en mi inteligencia trabajosamente brotaban todas al menor esfuerzo y semejaban una nube de puntos luminosos; la razon iba poco á poco profundizando las cuestiones, teniendo que hacer un esfuerzo para contener la plenitud de palabras que querían salir. Por lo que se refiere al sentimiento valía sin duda el doble; la lectura de cosas poéticas me causaba una emocion más rápida y más duradera. Leyendo en voz alta algunos versos, se me escapaban algunos gritos. Me daba cuenta de ciertas exaltaciones, que hasta entonces me habían parecido inexplicables, de artistas, ó de hombres que nacieron para serlo que, leyendo algunos libros fueron arrebatados por la fiebre, dando voces y gesticulando como locos. De todos los efectos de aquella clase vida, el que más im-

presion me hacía era este: que mi pensamiento tendía siempre á elevarse, perdiéndose fuera de este mundo.

Horas y más horas me pasaba fantaseando tocante á los astros, á la inmortalidad del alma y del infinito.

Me había cerrado la puerta de la casa y tenía que salir por el techo; pero en conjunto el mejoramiento era grande.

El tercer mes fué un mes de lucha, que acabó con una derrota, como si la inteligencia se enervase por completo y la memoria fuese perdiéndose poco á poco. Me quedaba la sensibilidad, pero á tal punto había llegado, que más bien pudiera llamarse irritabilidad morbosa, que sano vigor del sentimiento. Estaba hecho un extravagante. A veces dejaba de leer y me ponía á hacer ejercicios gimnásticos en la silla, hasta que caía rendido de cansancio. Frecuentemente me colocaba delante del espejo y hablaba conmigo mismo, gesticulando y riendo. Llegué á tener miedo de que perdiera el juicio. Me decía mi patrona muy á menudo:

—¡Pero qué vida hace usted!

La semana última casi no estudié una palabra, y

sin embargo, no quería cambiar de vida; era un pique de amor propio; había dicho á mis amigos que no me verían más por la calle; no lo habían creído y quería salirme con la mía. Una noche se presentaron en casa algunos amigos de los buenos tiempos, me cerraron los libros, me pusieron el sombrero y me lanzaron fuera á empujones, y todo se acabó. Desde entonces pasé casi dos meses en el ócio; consecuencia sabida despues de estas locuras solitarias. El primer día lo pagué caro. Al despertarme no me acordé de la escapada que había hecho la noche anterior, y mi pensamiento me arrastró hácia la vida de ántes; en el primer momento se levanta luego el recuerdo de la noche, y al ver todos los sueños deshechos, la série de mis sacrificios rota, y derrumbado todo el edificio levantado en la soledad, sentí la opresion angustiosa y triste de la doncella á quien arrancan traidoramente el derecho de llevar este nombre.

La mejora que en mí se había operado durante el primer mes de vida austera, me persuadió de esta verdad, que sería preciso gravar bien en la cabeza á todos los jóvenes; á saber: que nosotros no adverti-

mos todo el daño que hacen á la inteligencia y al corazón los desórdenes juveniles, aun los que parecen por su naturaleza y medida, más perdonables; pero los cuales trabajan y trabajan siempre la vida. Un joven de vivísimo ingenio y de vida desordenada, con el cual estuve un día charlando del asunto, me decia:—Sí, se tendrá menos fibra para el trabajo y en lugar de escribir diez horas no se escribirán cinco; pero el ingenio no padece, y el que lo tiene con él se queda siempre; el trabajo de la creación artística no puede turbarse por esto.—¿Y tú qué sabes? le pregunté. ¿Quién puede advertirte de todas las pequeñísimas alteraciones que se producen en la máquina del pensamiento? ¿Me puedes decir, si cuándo se despierta en tu inteligencia aquel tumulto de ideas que precede á la inspiración, quizá no se despertaría una más, si el día antes hubieras hecho una vida normal?—Se citan, es verdad, grandes escritores que han llevado una vida desordenada. ¿Pero quién se atrevería á decir que los malos versos ó las páginas vacías que han salido de su pluma, no correspondan precisamente á los días en que no vivieron como era debido? ¿Sabemos nosotros si viviendo de otra manera, no hubieran algunos llevado á cabo obras de las que no nos han quedado más que fragmentos?



Un joven que viva solo, si estudia y está mucho en su casa, concluye por amarla y por respetarla también, y muchas pequeñas faltas que antes no le parecían nada, llegará á considerarlas como profanación.

Entre aquellas cuatro paredes donde tantas nobles emociones hemos sentido leyendo, escribiendo y fantaseando criaturas excelsas y grandes amores, se nos resiste dejar entrar á nadie que piense que nuestros estudios, nuestro ingenio, la parte más elevada de nosotros, sea motivo de risa ó cosa misteriosa.



El gozo que trae siempre consigo el trabajo es grande, y grande también el que proporciona el talento; aún es mayor, sin embargo, el que sigue á la fatiga de la inteligencia. Trabajaba yo hacia casi un

año sobre cierto asunto; nunca había hecho solo trabajo tan largo, y por eso, sin duda, entonces me pareció más largo que ahora. Contando con fácil pluma y muchas cosas hermosas que contar (y si no hermosas, agradables por lo ménos), parece que el escribir debiera ser un goce, debería pasar de prisa el día, que la furia del trabajo robase el tiempo, esperando la hora de comenzar de nuevo con verdadera ansiedad. Sin embargo, de quince días, solo dos ó tres me sentaba á la mesa de buena gana y escribía con vena; los restantes cogía la pluma con los mismos ánimos con que el esclavo coje el instrumento del trabajo que le agobia. Día hubo en que hubiera preferido cavar, partir leña ó llevar sacos á cuestras, á escribir. Una tras otras iban pasando las horas sin hallar ocasión de empezar, buscando mil pretextos como para engañarme á mí mismo; y alguna que otra vez, para salvar el remordimiento del ocio, me imponía fatigas que realmente eran más graves que la de escribir; hacer, por ejemplo, una carta geográfica, estudiar largos trozos de memoria ó aprender una fila interminable de palabras extranjeras. Apenas llevaba escritas cincuenta páginas de mi libro, me parecía que una vez llegado á la mitad, daría gran respiro y acabaría casi sin esfuerzo. Aquella bendita mitad era mi pesadilla, como para el que viaja por entre dificultades el término de su camino. Llegado á la mitad se desvanecían las esperanzas, y ponía la meta más lejos, en los dos tercios. ¡Cuántas veces,

teniendo más de mediado el trabajo, tuve impulsos de renunciar á concluirlo! ¡Cuántas veces mi madre, viéndome metido en un rincón de mi cuarto con los brazos cruzados y los ojos fijos en un punto, me preguntó:

—Vamos á ver, ¿á qué altura te encuentras?

—¡Vamos hacia atrás, querida, hacia atrás, y con miedo de no poder seguir adelante!

Envidiaba á mi hermano, porque era empleado y no tenía más que ir á la oficina; á muchos de mis amigos, que no hacían sino escribir articlejos de periódico, y en general envidiaba á todos los que no tenían la imposición de estarse tantos meses sobre la mesa exprimiendo el jugo siempre á la misma cosa y sin sufrir aquella prision de la imaginación, aquella esclavitud del pensamiento, ni aquel suplicio de todos los días y de todos los instantes.

Finalmente, llegué á las últimas páginas.

Aún tuve un postrer desaliento, ¡Parece imposible, cuando sólo me faltaban 40 cuartillas para concluir! pero fué breve. Luego se apoderó de mí una actividad impetuosa, alegre, febril, que me duró hasta que puse la última palabra. Recuerdo como si fuera ayer la hora en que concluí, el tiempo que hacía y la luz que inundaba mi habitación y el perfume de la primavera que traía el viento á bocanadas de cuando en cuando... ¡hasta la disposición que tenían las cuartillas sobre mi mesa cuando puse con mano agitada la palabra fin, tengo presente!—¡Santo Dios, que trabajo

tan pobre al lado de las fatigas que á los veinte años sufrió (todavía me rio de la comparacion) Gibbon, y del cual había leído hacía pocos días el bellissimo prefacio de su *Historia de la decadencia del imperio romano*.

Como él sentí en aquel momento el placer de la libertad reconquistada, y creía comenzar nueva vida.

Mi madre no supo nada; le había dicho el día anterior, que aún me quedaba una semana de trabajo, y que apenas pusiera la última palabra, empezaría á ordenar mis libros que hacía meses se hallaban en el desórden más completo, y daría un limpión á mi mesa que era informe monton de papeles y pruebas de imprenta, intolerable. Cuando el órden entrase en mi cuarto, sería la señal de haber terminado el trabajo. Me puse con toda prisa y entusiasmo, sin hacer ruido, para no provocar las sospechas de mi madre, y contentiendo la respiracion por si oía acercarse á alguien.

Tuve que hacer esfuerzos para sofocar la risa; al fin coloqué todos los libros en su lugar, todos los papeles inútiles al cesto, y no dejé sobre la mesa más que el tintero, la pluma y las últimas hojas del manuscrito. Llegó el momento del descanso, me senté y estuve esperando; mi corazón latía con violencia, tenía encendida la cara y bañada en sudor mi frente. Pasaron algunos minutos, no venía nadie; comencé á toser y me puse á tararear. En seguida sentí en la habitación inmediata el paso de mi madre; me levanté corriendo á encontrarla.

Me miró, preguntándome llena de sorpresa:

—¿Qué ocurre?

Y contesté señalando la mesa:

—Mira.

Miró, al pronto no comprendió, estuvo pensativa un momento y luego con un arrebató de gozo gritó:

—Pero qué, ¡has acabado!—La abracé, y ella dejó escapar con voz conmovida estas palabras:—¡Pobre hijo mío!

Pronto se cambió el vivísimo placer que sentía en sentimiento de tristeza. Apercibióse de ello perfectamente mi madre, preguntándome:

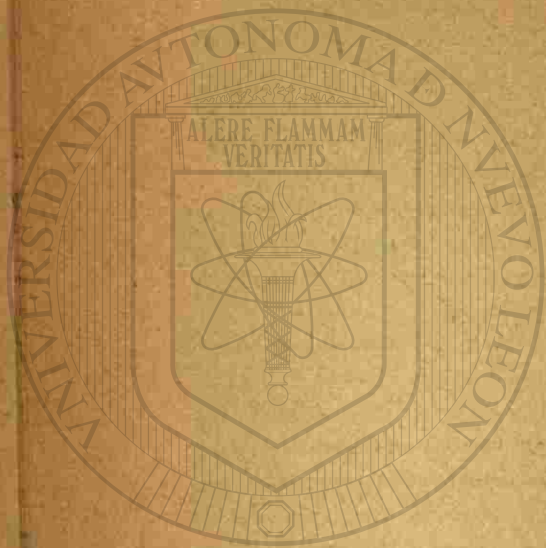
—¿En qué piensas?

—Madre mía, pienso en que para merecer esta satisfaccion debía haber hecho otro género de trabajo; á pesar de todo, estoy contento (añadiendo aquí una frase que digo siempre á mi madre cuando estoy contento, y que siempre la hace reír) y te agradezco que me hayas hecho venir al mundo.

Dicho esto, le ofrecí el brazo, salimos de mi gabinete, é hicimos nuestra entrada triunfal en el comedor, donde estaban los demás de la familia.

Quisiera que la mujer á quien adoro me hubiera visto en aquel momento, porque estaba verdaderamente radiante *de hermosura*: lo digo con franqueza.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



CONSEJOS

(RESPUESTA A UN JOVENCILLO)



Le diré lo que, según mi experiencia, considero más útil, sin que llegue á pensar nunca que tengo la pretension de enseñar. No dudo que tendrá Vd. su juicio formado; así que no hago sino exponer el mío. Si llegamos á estar de acuerdo, tanto mejor; y si le parece que me he equivocado, se encoje de hombros, y no hay por qué incomodarse.

Mi primer consejo sería que hiciese el baul y tomase el tren para Florencia. Si lo puede hacer, nada más me ocurre decir por ahora; le escribiré de nuevo á Florencia. Pero si, como es más probable, no puede hacerlo, hé aquí lo que yo haría si estuviera en su pellejo. Ante todo me grabaría bien en

la cabeza que el estudio de la lengua es un estudio que requiere mucho tiempo, mucha paciencia y mucha regularidad: más vale media hora todos los días, que dos días enteros todas las semanas. Me propondría y trataría de sostener á todo trance las siguientes proposiciones:—Hablar lo ménos posible mi dialecto.—Hablando italiano, pondría sumo cuidado y vigilaría mucho hasta conseguir purgar mi lenguaje de los errores gordos de gramática y de propiedad apenas advertidos en la mayor parte de Italia por casi todas las personas cultas.—Tercero, trataría de corregir y perfeccionar la pronunciación; lo cual puede hacer todo italiano de cualquier provincia, sin caer en afectación y sin parecer ridículo, con tal que lo haga poco á poco y sin que aparezca el esfuerzo.

Para llegar á escribir bien, no hay mejor medio que empezar á *hablar bien*; porque si es cierto que *escribir* es un *hablar pensado*, el que hable bien no tendrá que hacer otra cosa para llegar á escribir, que perfeccionar su expresión; mientras que el que habla mal, tendrá que hacer doble trabajo, evitando los despropósitos que habitualmente salen de su boca haciendo un segundo esfuerzo de inteligencia, para corregir lo que el otro hace en un principio. Ahora: ¿cómo es posible llegar a hablar bien, sin pronunciar bien? La más hermosa expresión italiana perdería su eficacia pronunciada con el acento y los sonidos de dialecto, no sólo para el que escucha, sino también para el que habla.

Después de esto me tomaría, de una vez para siempre, el trabajo de leer y anotar todo el vocabulario, dejando que los torpes rieran de semejante pedantería. Lo ha hecho Manzoni, lo ha hecho Grossi, Teófilo Gautier, el más colorista y rico de los escritores franceses, y no eran pedantes. Yo haría el trabajo de la manera siguiente: agruparía todos los vocablos y modismos notados en el Diccionario, referentes á determinado número de asuntos; por ejemplo: guerra, arte, industria, moral, arquitectura, indumentaria, movimiento, negocios, sentimientos, etc., y al rededor de cada uno de estos asuntos recogería poco á poco lo que fuere encontrándome en los libros. Por consiguiente: un cuaderno de estudiante y manos á la obra. Ya comprendo yo que á muchos les hará reír este procedimiento, diciendo que es preciso estudiar de una manera más *amplia*; pero al fin y al cabo hay que consolarse con que de esta *estrecha* manera estudiaron la lengua Monti, Foscolo, Leopardi, Gius-ti, Guerrazzi y los pobrecillos creían en el valor de estos cuadernos.

¿Qué norma se debe seguir para anotar y elegir? No sé decirlo. En ciertas materias no se pueden dar consejos. Yo elegiría lo que más necesito y me agrada. Hay palabras y modismos *antipáticos* á uno y *simpáticos* á otro, y el que los encuentra antipáticos jamás los usa, aun cuando los encuentre usados por los demás. Es inútil, por consiguiente, que los anote y los retenga en su memoria. Por ejemplo: hay escritores que ni por

cien pesetas escribirían un *ad ogni piè sospinto* (á cada paso). ¡Pero si es italiano! direis. Lo sé; pero lo deseto. Ante todo debe reinar el gusto. Por consiguiente, en este trabajo de elegir vocablos y modismos, cada cual debe hacer lo que mejor le parezca. Si hace mal, ó sea contra el gusto de la generalidad, peor para él, y no hay más que decir.

Después del estudio del vocabulario, vienen los libros. Yo leería, casi exclusivamente, libros toscanos, áun aquellos que no tienen valor por su fondo, atendido á que en los libros escritos por los toscanos hay siempre algo que aprender, alguna cosa *especial* respecto de la lengua, ó como Grossi decía, algo *vivo* que no se encuentra en los escritos más pulidos de los demás italianos.

Entre los libros toscanos, elegiría varios ó uno tan solo para leer en alta voz ó quizá para que otro me lo leyera durante media hora todos los días. Conozco quien eligió el Epistolario de Giusti. Hay en él muchas afectaciones, muchos *melindres*; parece en cierto modo la caricatura de la naturaleza; algunas veces lleva hasta la exageración lo que él llamaba *lenguaje casero*, usado por las criadas de servicio y contrario al que calificaba de—lenguaje estirado *como si le hubieran barnizado con clara de huevo á fuerza de gramática y diccionario*.—Pero aparte de esto es tan rico, tan libre, dominando la lengua con tal aire de señorío, que el que lo estudie con discernimiento, puede aprender mucho más que en cien otros libros irreprochables.

Es preciso, sin embargo, estar encima mucho tiempo, años y años enteros, todos los días un poco;—es forzoso digerirlo y volverlo á digerir, llenarse la cabeza y los oídos, para que en todas ocasiones vengan á nuestra memoria y á nuestros labios los modos, sonidos y períodos que hemos oído ó leído. Esto mismo debe decirse de todos los demás libros. ¡Leer pocos! pero con perseverancia infatigable, hasta que lleguen á fastidiar, y que, poniendo la vista sobre sus páginas, recorra la memoria más rápidamente que la vista sus renglones. Debe estudiarse de memoria y decir en alta voz las cosas aprendidas, *mientras que es uno joven*, como dijo Santiago Zanella, porque este trabajo puede, cuando se tienen muchos años, continuarse, si se hizo en un principio. El que á los veinticinco años no posea una buena cantidad de lengua, es caso raro que luego la adquiera.

Difícil es retener y llegar á apropiarse tan íntimamente los vocablos y modismos que se van notando poco á poco, que se tengan prontos y salgan espontáneamente cuando se habla ó escribe. Se necesita también un poco de maña para lograrlo. Conoció uno, que á más de anotar palabras y giros en su cuaderno, formando columnas, los escribía según le iban ocurriendo en las márgenes de los libros, en los sobres de las cartas, sobre las puertas, paredes y periódicos; en cualquier punto de su cuarto de estudio en que se fijase la vista, topaba con una nota, que venía á refrescar la memoria. Cualquiera palabra ó modismo

que notase, lo refería inmediatamente con el pensamiento á alguna persona ó cosa que se presentase ó que tuviera que ver habitualmente durante el día. Cada palabra iba ligada á una imágen, cada frase á un hecho, y cuanto antes, aprovechaba la ocasion para servirse de ella en una carta ó en una conversacion, poniéndola ya en circulacion con el propio cuño.

Todos los dias se pasaba media hora mezclando, combinando y aun creo tambien que estropeando sus notas. Creaba allá en su imaginacion un personaje cualquiera, y ensartaba á propósito de él una jerigonza como esta:—Me parecía un hombre honrado; *hice fundamento sobre él*, y no creía *confiarme al viento*; parecióme además que era un hombre *con trastienda*, aun cuando sabía bien que le gustaban *sus comoñidades y placeres*. Pero me engañé, y en la primera ocasion *escurrió el bulto*. Descubrí en él mil defectos; primero, era un avaro, su bolsa padece, *tiene mal de gota en las manos*;—*paga con los codos... tambien es ambicioso...*

Con todos estos modismos, sacados de su cuaderno, hacía otro día otra combinacion á propósito de un nuevo asunto, estudiando luego mucho todo lo que hacía. Yo lo comprendo, es un trabajo fastidiosísimo, no se toca el fruto sino despues de mucho tiempo, y á veces humilla y hace perder los ánimos. Pero no hay más remedio que perseverar, no perder un momento, *querer* con firmeza y cueste lo que cueste; despues vendrá el día en que uno se alegre de no haber cedido. Si no costase largas y penosas fatigas

aprender á escribir bien, los libros que pudieran leerse serian más numerosos de lo que son.

Una vez puesto á escribir, por mi parte olvidaría todas las notas y todos los ejercicios. Con la pluma en la mano, no rebusaría más en mi memoria; lo que salga debe salir por sí. Todo lo que es muy *buscado* es casi siempre *rebuscado*, y es inútil tratar de engañar al lector, porque tiene éste, aun el menos perspicaz, un olfato tan fino, que advierte la más mínima afectacion, y distingue perfectamente las palabras y giros espontáneos de aquellos otros que solo á fuerza de tenaza salen de los depósitos de la memoria. Lo que no fluye naturalmente cuando se habla, es difícil que luego venga á punto cuando se escribe, por lo cual no me cansaré de repetir que el medio mejor para aprender á *usar* la lengua, es *hablar*. Hablando, se cuenta siempre con un juez, cuya fisonomía acusa involuntariamente con movimientos apenas perceptibles, pero de no dudosa significacion, todas las afectaciones, digresiones y oscuridades del lenguaje. Un *oyente* es el mejor maestro de sencillez, rápido y eficaz.

Nos queda solo la cuestion de las palabras nuevas; creo que no merece la pena, y hace bien en ocuparse de ellas el que no tiene nada en qué pensar. Lo que importa es que la frase, el movimiento y giro del período sea italiano, que el engarce sea propiamente nacional. La cuestion de las palabras dudosas, admitidas por Fulano ó por Zutano, es un pasatiempo; y

en estas cosas le aconsejaría más bien que evitase discusiones, que no conducen á nada y sólo sirven para requeimar la sangre. En esta materia, por extraño que parezca, la gente más modesta tiene un amor propio susceptible, obstinado é intratable. Es imposible, creo yo, encontrar un italiano por falto que esté de estudios lingüísticos, el cuál, en una cuestión de palabras se deje persuadir por quien sabe más que él. No hay ugier piamontés que no se crea con derecho á enseñar un poco de *verdadero* italiano á un académico de la lengua, y no hay maestrillo de lugar que no se atreva á dar lecciones á Manzoni. ¿Qué utilidad trajo, por ejemplo, la discusión promovida por el *pobre viejo*, como le decían sus adversarios, sobre la unificación de la lengua?

De todas partes salieron furiosos lingüistas que repitieron por centésima vez sus viejas razones, se oyeron muchas impertinencias, nos hundimos hasta los ojos en las vergonzosas pequeñeces y rivalidades de tiempos ya pasados; quedándose al fin y á la postre cada uno con su opinión.

La cuestión de la lengua es preciso resolverla con la *práctica*. Un libro hermoso, escrito según las teorías de Manzoni, vale mucho más que todas la discusiones. Escriba cada uno como crea que se debe escribir, sin querer dar leyes á los demás; el público verá por sí mismo donde está la mayor claridad, la mayor gracia y la mayor riqueza. La mejor teoría triunfará poco á poco, tácitamente, sin necesidad de

andar á la greña. Lo que sobre todo importa, es seguir estudiando siempre, teniendo presente esta sacrosanta verdad: que sin mucho trabajo y mucha paciencia no se consigue nada: que aún estudiando mucho para la lengua, como para lo demás, hay que estudiar toda la vida; y que el que desprecia este estudio como una *pedantería*, es un flojo que jamás se ha puesto á ello, ó un necio que nunca lo ha comprendido.

.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



UNA VISITA

Á ALEJANDRO MANZONI



ABLAR de sí mismo es malo, pero aún es peor escribir. Más cuando el *yo*, lejos de ser el objetivo de lo que se vá á decir, no es sino puro medio para exponer con facilidad y desenvoltura también, cosas que se refieren á otros y pueden ser agradables á muchos, creo que es lícito servirse del *yo*: mucho más cuando del *otro* de que se trata es un Alejandro Manzoni, y el *yo* tan pequeño, que no cabe sospechar de su veracidad. ®

Comencemos por el pequeño.

Aun estaba yo en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos.

El profesor de literatura italiana cuando le presen-

taba una poesía que, á su juicio, merecía ser leída en clase, me lo permitía. Mis compañeros solían imprimirla por su cuenta, lo cual aún es un remordimiento para mi conciencia. Una de las primeras que se imprimieron fué un canto á Polonia que precisamente aquel año se había insurreccionado; la ira más profunda de mi alma la derramaba contra el Czar y el Papa, haciendo una descripción fantástica de la isla de Caprera, y afirmando que el sol hacía vibrar sobre aquella isla sus rayos más espléndidos y que los ángeles la miraban desde lo alto con viva simpatía.

Este canto, concebido en cierto día que el director me había puesto á pan y agua, y compuesto casi por completo en las tinieblas del dormitorio, me pareció entonces gran cosa, y tanto como á mí al compañero que siempre se sentaba á mi lado; se lo dí á leer y me contestó con gravedad:—¡Este canto vivirá!—y yo, apretándole la mano, le respondí con no ménos gravedad: —Así lo espero.—En fin, á tal punto llegó mi presunción, que al otro día puse una faja al opúsculo, escribí una carta de presentación, y luego en el sobre y en la faja:—al Sr. D. Alejandro Manzoni.

Un momento sostuve en el aire la mano antes de decidirme á echar carta y paquete por el buzón.

Pasa una semana, pasan quince días, un mes; nada. No me sorprendió; sabía que Manzoni escribía muy poco; me habían dicho que todos los días recibía un

monton de cartas y de libros; por lo tanto, era más que natural que hubiera tirado en un rincón mis versos, sin volver á pensar más en ellos.

Otro día, estando en el recreo haciendo ejercicios en las paralelas, me llama el Director; corro hacia él y me entrega una carta, cuya letra me era completamente desconocida. Miro el sello:—Milan.—¿Quién podrá ser? La abro; leo el encabezamiento:

"Carísimo jovenzuelo..." vuelvo, toda la carilla estaba escrita; vuelvo, toda la carilla escrita también, vuelvo para ver la última, y toda llena hasta lo último, donde se leía: *Alejandro Manzoni.*

No sé expresar la impresión que sentí. Se nubló mi vista y me temblaron las piernas; quedé inmóvil un momento con la mirada fija en la firma; tan pronto me parecía que se agrandaba como que se empequeñecía, como si tuviera delante una lente que se acercara y se alejase. Me decidí, al fin, á leerla y corrí al más apartado rincón del patio y allí la leí.

¡Ay Dios mío! no puedo recordar aquella carta sin sentir inmenso pesar. Respecto á los consejos que había tenido el atrevimiento de pedirle, decía:—*También yo en mi primera juventud formé de los escritos de los demás un juicio que con el andar de los años he tenido que rectificar. Y, sin embargo, jamás he sufrido dolor alguno al verme obligado á desechár un error que me había dado ocasión para querer bien á hombres á quienes no conocía. Lo mismo espero que ocurrirá á Vd. respecto de mí y de mi memoria.*

Tocante á la poesía: *Si le dijera que sus versos no tienen defectos, sería un adulator; también iría contra mi íntima convicción si no dijese que veo en ellos anuncios de verdadero poeta. Entre los defectos que se pierden con el tiempo, percibo (no dé á mis palabras otro valor que el de la más estricta sinceridad) también las virtudes que con el tiempo se perfeccionan en unos, sin lograr alcanzarlas otros.*

De los versos que en la poesía se refieren al Papa, decía:—.....*Religion y patria son dos grandes verdades; más bien, en distinto grado, son dos santas verdades; y toda verdad puede mostrar amplia fuerza y poner por obra sus medios de defensa sin insultar á las demás. Cierto que las personas son cosa distinta de las instituciones, pero existen instituciones en donde los ultrajes (fijese que hablo de ultrajes, no de argumentos, que por otro lado tampoco pueden ser asunto de poesía) dirigidos á las personas, vienen á redundar también en contra del respeto y dignidad de la institución misma...*

Se leía además en la carta: *Aquí, en mi jardincillo, tengo un granado joven que ha echado en esta primavera muchas flores, mas se han caído; otras se sostienen: la lozanía de todas y el sano vigor de algunas anuncian á la vez que este arbolillo está destinado á dar frutos copiosos y excelentes.*

La carta, en este momento en que escribo, está puesta en un cuadrito, y el que debía ser granado cargado de fruto, la mira con mezcla de ternura y dolor, pensando en sus hermosas esperanzas de los

diez y seis años como en fantásticos sueños de tiempos remotos.

Para el colegio fué gran acontecimiento recibir esta carta; el profesor de literatura la leyó en la clase; todos los amigos querían leerla; yo no cabía en mí de alegría; cien veces al día la leía y releía, la recitaba de memoria; muchas noches soñaba que me la habían robado y yendo por la calle veía que todos los que á mi lado pasaban volvían la cabeza para decirse:—aquél es.—Me habia trastornado hasta el punto de que en la mesa no me permitía comer á grandes bocados y en la clase no sabía estar sino en posturas inspiradas; reía con cierta afectada complacencia cuando volvía á mi casa, como para dar á entender que al fin y al cabo era su pariente.

¡Lo que son las previsiones! Desde aquel año no he vuelto á escribir un verso, como no sea en días de algun santo de familia, ni siquiera la tentación de escribirlos he sentido, llegando á pensar que no he nacido para hacerlos.

¡Quién me lo hubiera dicho entonces, cuando un prosista apenas me parecía digno de ser hombre, y decía para mí, leyendo *Los novios*, qué lástima que no esté escrito en octavas reales!

*
*
*

Pasados cuatro años yo era ya subteniente, de guarnición en Pavía. Nunca había visto Milan, un día me entran ganas de hacer una escapada; pero ¡y el permiso! ¡Hermosa idea! hago que me manden de casa la carta del *Granado*, se la enseño al teniente coronel, diciéndole: Quisiera ir á Milan á ver á Manzoni.—Así lo hice: vino la carta, se la entregué á mi capitán para que pidiera el permiso, y cuando el teniente coronel oyó, antes de leer la carta, el objeto de mi excursión, exclamó:—¡Oh! ¡Nada menos!—como si digéramos:—se necesita atrevimiento;—pero luego que vió la carta, me concedió el permiso diciendo:—Sí, esto ya es otra cosa, que vaya y que nos traiga noticias.

Salí al día siguiente para Milan, muy temprano; hacía un tiempo delicioso. Llegué, fuí á parar á una fonda inmediata á la catedral y pregunto al camarero donde vivía Manzoni.—¿El comerciante de muebles? replicó.—¿Qué diablos de comerciante de muebles,—respondí—el conde, el senador Alejandro Manzoni.—¡Ahl Perdón Vd.; yo creía... el senador Alejandro Manzoni vive en la plaza de Belgioioso; y

me hizo una descripción de la casa. Aún era temprano, así que hice una escapada á ver la catedral y luego derecho á la plaza Belgioioso. ¡Cómo palpitó mi corazón cuando me encontré delante de aquella casa! ¡Con qué veneración me alcé el kópis al entrar en el cuartito del portero! Pero Alejandro Manzoni no estaba allí, había ido á Brusuglio. Sin perder un minuto tomé un carruaje que me llevara á Brusuglio. Iba pensando por el camino en cómo debía empezar, cómo besarle la mano antes de darle tiempo para que la retirase, según me habían dicho que hacía siempre; la manera de tener la espada cuando estuviera en su presencia. Me quedé pensando que quizá el presentarme ante Manzoni con la espada, no sentaba bien; de buena gana la hubiese dejado en el coche. Por uno y otro lado del camino pasaban campesinos y campesinas, me parecían todas personas sagradas; en cada viejecilla creía ver á Inés, los jóvenes me recordaban á Lorenzo, y los niños á Menico. Me quedaba extasiado contemplando aquel cielo de Lombardía *tan hermoso cuando es hermoso*, y la campiña verde y tranquila. Mis sentimientos y mis pensamientos, cuanto más me acercaba, ibanse elevando poco á poco. Experimentaba la misma sensación que cuando se sube á una montaña, que parece respirarse aire cada vez más puro: de análoga manera parecíame que se separaba mi mente de la tierra.

Al fin se detuvo el coche delante de la quinta, baje, entré en el jardín, un criado vino en seguida

á mi encuentro preguntándome lo que deseaba. Se lo dije; me miró de piés á cabeza, contestándome un *pero*, que quería decir:—Dudo que le reciba á Vd.—Eché mano á mi carta, cogiéndola é indicándome que le siguiese se dirigió hácia la puerta de una habitación baja, donde entró, despues de suplicarme que tuviera la bondad de esperar un momento. Apoyado contra la tapia escuché un instante, oyendo pronunciar lentamente y con voz trémula estas palabras:

"Carísimo jovenzuelo: Las molestias habituales me han impedido dar á Vd. las gracias con urgencia, como vivamente deseaba, por los versos que ha tenido la bondad de remitirme."

En este punto se apagó la voz é inmediatamente salió el criacido que me hizo volver por el jardín para entrar en un saloncito donde me dejó sólo, diciéndome:

—Ahora viene.

Me quedé inmóvil mirando fijamente la puerta con la respiración casi totalmente contenida, como si me hallase delante de una máquina fotográfica.

Se abrió la puerta.

¡Cuántas veces, amigos y enemigos, me habeis dicho que mi corazón es una esponja y mis ojos dos fuente-cillas, mis soldados mujerzuelas, y que las líneas de mis páginas son como arroyos que corren al gran mar del llanto, en el que un día ú otro moriré anegado!.. ¡Sed justos! Reconoced, por lo ménos, que por esta vez tenía derecho á enternecerme, y confesad que

nadie hubiera dejado de sentirse conmovido. Esto me dará ánimos para deciros, que á pesar de mi presencia de granadero, de mi espada y de mis ostentosas charreteras, al aparecer Manzoni, corrí á su encuentro, le cogí la mano y me entró un llanto tan violento y ruidoso, que á mi lado hubiera parecido un niño, cualquiera de *mis* soldados.

Puso su mano sobre la mía el buen viejo, diciéndome con voz cariñosa:

—Vea Vd... lo que es tener un carácter tan... bueno... ingénuo, se sufre mucho. Vamos, cobre ánimos, serénese.

Contar por su orden toda la conversacion que siguió á esta escena, si se puede llamar conversacion á un diálogo en que uno de los interlocutores apenas dice más que las palabras indispensables para que el otro siga, sería imposible. Recuerdo que me preguntó sonriéndose:—¿Y la poesía?—Contestándole que la había echado á un lado, me dijo:—Volverán, vaya si volverán los buenos tiempos para la poesía.—Recuerdo bien que habló de la batalla de Custoza, y dijo:—*¡Fracta virtus!* que recitó dos estrofas de una cancion de Brofferio, intitulada: *El baron de Onea*, deteniéndose en el *a santa, a pista, a braia*, por no decir la palabra licenciada que hay en el verso siguiente. Que habló, despues de muchas preguntas, del *Cinco de Mayo*, diciendo que su madre le había sugerido la idea de escribir aquella Oda, mientras él al recibir la noticia de la muerte de Napoleon, se había puesto á decla-

mar versos de Monti. Mi oda, añadio, está llena de latinismos y galicismos, y bien lejos estaba yo, al componerla, de pensar que alcanzaría *quel po' di fortuna* (¡pequeño éxito!) que ha alcanzado. Si no me equivoco, me indicó en seguida la mesita sobre la cual la había escrito, y sobre la cual ví *Fior di memoria*, de Cantú, que le dió ocasión para hablarme de un nietecillo suyo, que á poco se presentó en la habitación. Detrás del nieto vino su hijo primogénito.

—Diga, no le parece que este hijo es una terrible fé de bautismo, y que no puedo echármelas de mozo?

Llegada su hora me dejó solo y se fué á comer; estuve mirando y remirando los cuadros, muebles y libros hasta dejarlos perfectamente grabados en la cabeza; aun los estoy viendo, y sería capaz de hacer el inventario detallado de aquel salon, como he hecho mil veces un boceto á la pluma en la habitación del oficial de guardia ó en el cuartito del furriel. Volvió pronto, y nos fuimos á dar una vuelta por el jardín. Me costaba trabajo pasear á su lado, me enredaba en el sable, mi conversacion no tenía gracia, hacía preguntas tontas; y estando tan cerca de él que casi le tocaba con el codo, sentía vergüenza de ser más alto, lo menos la cabeza, y procuraba aparecer pequeño; sufría mucho con el contraste que hacía mi traje brillante cubierto de plata, con el suyo modestísimo: ¡debí dejarme puesto el capote! Viéndole caminar con lentitud é inclinado hácia adelante, me decía á mí mismo:

—¡Ah! pobre viejo, si pudiera darte mi salud y mi fuerza, con cuánto amor te las daría, aunque tuviese que pedir el *reemplazo por enfermedad ajena al servicio*.

* * *

Llegó por fin la hora de irme; quise besarle la mano, él me alargó sus brazos, sintiendo quizás las lágrimas que corrían por mis mejillas. —¡Juan, el coche! —dijo á su cochero cuando yo salía; le dí las gracias indicándole que me esperaba el que yo había traído al salir, vi sus dos hermosas nietecillas, que quizá habían sentido el ruido; atravesé el jardín haciendo un estrépito con la maldita espada que me iba dando golpes en las piernas, y cuando subí al carruaje, volviendo la cabeza, ví que aún me saludaba con el pañuelo desde la puerta.

—Adios, le contesté desde lo más profundo de mi corazon; adios, padre, maestro y amigo: adios santo consolador de mi vida. ¡Oh, si estuviera aquí mi regimiento y le pudiese hacer presentar las armas!

Le saludé militarmente en toda regla, como hubiera saludado á un general.

Cuando llegué á Milan de vuelta, en la fonda, es-

cribí á mi casa una carta de ocho páginas, en las cuales decía que Milan me había parecido la ciudad más hermosa del mundo, que Manzoni era un ángel, y que yo era feliz.

Por la noche, ya tarde, llegué á Pavía, y al entrar en casa me encontré con varios amigos que se echaron todos encima con la misma pregunta:

—¿Le has visto al fin? ¿Le has hablado?

—Le he visto, le he hablado y aún más le he abrazado también, contesté.

—Vamos á ver, cuenta,—dijeron todos á una voz.

—Os lo diré todo,—respondí,—pero dejadme hacer un ligero prefacio. Esta mal hablar uno de sí mismo; "pero cuando el yo, en lugar de ser el objetivo de lo que se dice, no es más que un medio para contar con mayor facilidad cosas que se refieren á otros y que pueden parecer agradables á muchos..."

—Vamos, hombre, basta,—exclamaron todos— ¡qué pesadez! Dí lo que te pasó, y cómo te arreglaste para que te recibiera.

—Os lo diré,—comencé,—pero es preciso tomarlo de más atrás. "Estando en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos. Mi profesor de literatura..."

¡Diablo! Sin advertirlo empezaba á escribir nuevamente el artículo. Bien se ve que al cabo de ocho años que hace de la visita, cuando pienso en ella, aún se perturba mi cabeza.



UN PEDANTE SIMPATICO



Los pedantes á medias, esto es, los que pedantean por hacerse temer, sin haber conseguido hacerse admirar; los pedantes malignos que se enfurecen contra las palabras porque detestan á las personas; los pedantes frios que desprecian con la sonrisa en los labios, todos son gente vulgar y fastidiosa.

Es preciso haber nacido con instinto pedante para desvelarse, por ejemplo, por haber oído un galicismo, para reñir con un amigo que puso en lugar de *bijú*, *bijo* solamente; y para que se sienta sincera compasión hacia quien dejó escapar *toeletta* (atavío) en lugar de *teletta* (telilla), arremetiendo airado contra todos los que no saben emplear los monosílabos. Este es el que se roe y se consume como verdadero víctima, haciendo el pedante con el celo y valor de un misionero de

cribí á mi casa una carta de ocho páginas, en las cuales decía que Milan me había parecido la ciudad más hermosa del mundo, que Manzoni era un ángel, y que yo era feliz.

Por la noche, ya tarde, llegué á Pavía, y al entrar en casa me encontré con varios amigos que se echaron todos encima con la misma pregunta:

—¿Le has visto al fin? ¿Le has hablado?

—Le he visto, le he hablado y aún más le he abrazado también, contesté.

—Vamos á ver, cuenta,—dijeron todos á una voz.

—Os lo diré todo,—respondí,—pero dejadme hacer un ligero prefacio. Esta mal hablar uno de sí mismo; "pero cuando el yo, en lugar de ser el objetivo de lo que se dice, no es más que un medio para contar con mayor facilidad cosas que se refieren á otros y que pueden parecer agradables á muchos..."

—Vamos, hombre, basta,—exclamaron todos— ¡qué pesadez! Dí lo que te pasó, y cómo te arreglaste para que te recibiera.

—Os lo diré,—comencé,—pero es preciso tomarlo de más atrás. "Estando en el colegio, tenía diez y seis años y escribía versos. Mi profesor de literatura..."

¡Diablo! Sin advertirlo empezaba á escribir nuevamente el artículo. Bien se ve que al cabo de ocho años que hace de la visita, cuando pienso en ella, aún se perturba mi cabeza.



UN PEDANTE SIMPATICO



Los pedantes á medias, esto es, los que pedantean por hacerse temer, sin haber conseguido hacerse admirar; los pedantes malignos que se enfurecen contra las palabras porque detestan á las personas; los pedantes frios que desprecian con la sonrisa en los labios, todos son gente vulgar y fastidiosa.

Es preciso haber nacido con instinto pedante para desvelarse, por ejemplo, por haber oído un galicismo, para reñir con un amigo que puso en lugar de *bijú*, *bijo* solamente; y para que se sienta sincera compasión hacia quien dejó escapar *toeletta* (atavío) en lugar de *teletta* (telilla), arremetiendo airado contra todos los que no saben emplear los monosílabos. Este es el que se roe y se consume como verdadero víctima, haciendo el pedante con el celo y valor de un misionero de

Nuestra Santa Lengua Inmaculada: pero ese me agrada, y es el único que me inspira respeto; sería un mal si se perdiera la semilla.

A esta especie pertenecía uno que tuve ocasion de conocer en Florencia y cuyo recuerdo agradable va siempre unido á un sentimiento de sincera admiracion. Le ví por primera vez siendo jovencillo y cuando acababa de entrar poco menos que á empujones en la república literaria. Me produjo viva impresion. Lo ví de noche metido en el fondo de una librería, leyendo con afán: sus largas y descarnadas manos, apoyadas en el libro parecían dos enormes arañas que estuviesen en acecho para cazar *galicismos*; su nariz ganchuda, tocando casi en el libro, semejaba el pico de un pájaro que urgaba buscando los gusanos *impropiedad*; su cuerpo flaco y elevado, encorvado sobre la mesa, era como instrumento de tortura aplicado para dislacerar al escritor á quien leía.

Hablando con el librero que era piamontés, como yo, dejé escapar algun provincialismo, é instantáneamente ví aparecer y desaparecer de su cara dos grandes manchas blancas.... el blanco de sus ojos. Tan pronto se mordía el labio inferior como se echaba á reir con violencia. De repente cierra el libro, y levantándose, dice en alta voz:—¡Ah, qué gente! ¡Ah, qué lástima de galera!—Sin más cogió el sombrero y se largó. Todo el mundo se echó á reir y yo tambien. Lleno de curiosidad me acerqué á la mesa para dar una ojeada al libro.... ¡¡Era mio!!

Pasado algun tiempo pedí informes á cierto amigo suyo que le conocía íntimamente.

—Es una hermosura ese hombre,—me dijo;—sólo se le conoce alguna extravagancia. Ten presente que cuenta con dos vidas; una real, la que vivimos todos enmedio de nuestros semejantes, y otra, puramente imaginaria, en el pequeño mundo que él se ha creado con la lengua. En este pequeño mundo, en el cual los hombres son palabras y los hechos frases, experimenta las mismas pasiones que en el mundo real. Así tiene palabras que ama como si fueran hijas suyas; otras que odia y desprecia, como á su mayor enemigo; palabras que persigue á muerte, frases que turban su sueño y su digestion, y otras que le consuelan, animándole para soportar los males de esta vida. Algunos vocablos le ofenden como si fueran injuriosos, otros le afligen al igual de una desgracia de familia, y los hay en la lengua, que llenan su espíritu de dudas amargas haciéndole vivir en continua inquietud. Que su hijo llegue á ser una mala persona ó que la palabra *cómpito* (tarea) cambie poco á poco de significado, son dos calamidades próximamente de igual valor para él. Que llegue Italia á mejorar su hacienda y que el verbo *Tal* llegue á equivaler al verbo *Cual*, son dos fortunas que él desee con igual ardor.

Yo sonrei y mi amigo prosiguió:

—La única aspiracion grande que siente es que en su país se escriba bien; el dolor más profundo, que no se sepa escribir. Sus afectos, sus pensamientos, su

vida toda gira sobre este quicio: la pureza de la lengua.

Llegué á saber cosas de él que me parecieron increíbles, por más que me las asegurasen con insistencia. Contaban que un día había tenido el siguiente diálogo con un criado suyo:

—¡Tono, el café!

—Se lo traigo.

—¿Qué has dicho?

—Que si se lo traigo.

—Tienes ocho días para buscar otro amo, ¡torpel! Y lo despidió.

Se refería, que habiéndose encontrado con un amigo suyo que le dijo:—He leído con mucho *interés* su artículo.—Me importa un higo,—le respondió, volviéndole la espalda...

También corría como verídico, que otra noche, conversando, había demostrado con un largo razonamiento y con la mayor seguridad, que el hombre que fuese capaz de escribir—*al lado allá de los montes*—en lugar de—*del lado allá de los montes*—sería muy capaz de asesinar á sangre fría á su padre.

Fuesen ó no ciertas todas estas versiones, al cabo de oír tantas, me entraron ganas de conocerlo; antes, sin embargo, quise enterarme de lo que pensaba de mis escritos, aun cuando la escena ocurrida en casa del librero no diese lugar á duda alguna consoladora. Un amigo de ambos le interpelló, obteniendo sobre el particular la siguiente respuesta:

—Decidle que, en lo que toca al sentimiento, no está mal, pero por lo que respecta á la lengua, escríbe como un sarraceno.

¡Menos mal!—pensé—ahora á lo menos ya sé á qué país pertenezco, y cuál es la nacionalidad de que debo despojarme. Le fui presentado, me acogió cortesmente, recayendo la conversacion inmediatamente sobre la lengua. Pedile consejos, y suspirando me dijo que corrían tiempos desgraciados, que no había amor patrio y que los bribones tenían la sartén por el mango; en todo esto se refería á la lengua, no á la política. Le pregunté qué escritores contemporáneos de los más ilustres, toscanos, se entiende, podrían servirme en la lengua para no salir del buen camino; le fui nombrando uno á uno.

—¿Y Fulano?

—¡Por amor de Dios!—respondió.

—¿Y tal otro?

—¡Oh, dioses, no nos faltaba más que esta calamidad!

—Entonces, Perengano.

—¡Oh, pobre joven, qué cosas le pasan á Vd. por la cabeza!

Tras de lo cual empezó á citarme larga fila de galicismos, de idiotismos, de neologismos, de errores de todas clases que se les habían escapado, usando con tal motivo y con la mayor seriedad, todas las expresiones que suelen aplicarse en semejantes casos á los malhechores y desalmados, como por ejemplo:

—¿Le parece á Vd. que esto es proceder de gente honrada? No sé Fulano de Tal qué fin tendrá. Se necesita haber perdido el pudor, etc., etc.

—Sabiendo que yo mismo era culpable en gran parte de los errores que echaba en cara á los demás, temí por un momento que me echase mano y me llevara á la prevencion.

—¿Entonces quién es el que sabe escribir italiano? —le pregunté.

—¡Nadie!—gritó levantando el baston.—Habría alguien que escriba con palabras italianas, y cuyas frases tomadas una á una lo serán tambien; pero el conjunto del escrito, la urdimbre, el proceso del pensamiento, ¡por Dios, siempre es francés, francés, y francés! La piel es nacional, y la sangre que por debajo circula bárbara! Todos son bárbaros, italianos renegados, escritores sin conciencia y sin corazón! Persuádase Vd. de ello; á pesar de que sea una verdad vergonzosa, es la verdad pura y neta!

Llegamos en este momento á la puerta de su casa.

—Pero, añadió con timidez: Alejandro Manzoni...

—¡Virgen María!—exclamó tapándose los oídos con las manos y echando á correr á su casa.

Asistí otro día á una riña curiosa entre él y el más grande de los dos fundadores de la prosa burguesa, de que habla Carducci en su poesía *Italia en el Capitoleo*.

Estábamos varios en la redaccion de una Revista mensual con Mamiani, Berti y otros bárbaros. Nues-

tro personaje acometió rudamente contra la "maldita gracia" de usar los nombres propios sin artículo.

—Os aseguro—decía,—que cuando leo *la casa de Manzoni* ó *la estatua de Dupré*, en vez de la casa del Manzoni ó la estatua del Dupré, no entiendo.

—¡Qué tiene que ver!—respondió el prosista burgués;—eso es una exageracion.

—Os aseguro que no lo entiendo.

—Pues afirmo que lo entendeis perfectamente.

—¡Repito que no!—gritó el purista con la cara encendida.

—¡Juradlo!

—¡Lo juro, por Dios!—y poniéndose en pie dió un gran puñetazo en la mesa.

—¡Habeis jurado en falso!—replicó el primero con su estentórea voz, enmedio de la risa y de la gritería general,—y si llegais á desafiarme, os mato sin piedad, porque estoy seguro que ireis derechito al infierno!

El pobre purista cayó desalentado en su silla exclamando con voz flaca y los ojos vueltos hácia el cielo:

—¡La casa de Manzoni!... ¡Oh, qué gente! ¡Qué país!

Otra noche se presenta con aire grave en la sala diciendo con tono triste y compungido, dirigiéndose á todos:

—Sería preciso advertir á Bonghi...

Todos pensaron á una, á Bonghi le ha ocurrido alguna desgracia.

—Sería preciso—continuó diciendo con igual gravedad—que algun amigo íntimo suyo se encargase de ello; porque pasa todos los límites de... ¡Este hombre pierde la cabeza!

—¿Pero qué ha pasado?—preguntaron todos con ansiedad.

Lo que pasaba es que en una de sus reseñas políticas había escrito *la fila de la oposición*, en lugar de *las filas*. Todos respiraron.

Pasan de cincuenta las anécdotas como estas que podrían citarse.

Conmigo, si bien me tenía por un pobre diablo, jamás pudo estar en paz. Reconocía mis esfuerzos, y también que había hecho algun progreso del Africa á Italia; pero en sustancia, para él, era siempre un sarraceno. Así se lo decía á mis amigos, honrándome con frases como esta:—¡Qué lastima!—¡Quién sabe, quizá con el tiempo!—que derramaban un poco de consuelo sobre mi espíritu. Teniendo corazon como lo tenía, á pesar de su pedantismo, á veces se quedaba mirándome con benévola expresion de piedad; pensaba sin duda, con pena, que siendo yo tan jóven y estando ya fuera de camino, me esperaban muchos dolores; tendría que arrastrar una vida azarosa, educaría mal á mis hijos, concluiría mis días malamente. Bastaba, sin embargo, que le preguntase de repente: ¿cosa piensa? para que viera reaparecer sobre mi frente la señal indeleble del sarraceno, y me mirase como alma perdida.

Ya no queda semilla de esta clase de pedantes. Todos tienen la manga ancha respecto de la lengua, y los puristas más austeros, transigen; los mismos académicos de la Crusca, y los mejores de entre ellos, dejan escapar palabras y modismos nuevos y siguen arrastrados por la corriente.

Los pedantes se van quedando atrás empujados por la necesidad y la crítica. La antigua legion se ha reducido á un peloton, y la marca sube hasta ahogarlá casi.

Sería doloroso el que desaparecieran todos por completo.

En la literatura la variedad es riqueza, y está bien que vivan á la vez los temerarios demagogos y los rabiosos reaccionarios.

Estos Quijotes del diccionario que arremeten lanza en ristre contra las palabras, tienen su parte hermosa y no son inútiles carceleros de la lengua. La crítica microscópica realiza su fin útil.

¡Oh, buen pedante! no te incomodes contra mí si caen bajo tu vista estas páginas; te juro sobre el Corán que no tuve intencion alguna de ofenderte. Temo tu crítica, pero te amo, porque en tu mundo de palabras eres verdadero artista que ama, sufre y combate. Pido y pediré al cielo que vivas todavía largo tiempo en este valle de lágrimas y de galicismos, y que el sacerdote que te asista en los últimos momentos, hable correctamente la palabra divina. Deseo asimismo que cuando ya no existas, recuerden

todos tu nombre con cariño, nadie con *interés*; que el amigo que escriba tu necrología, no turbe el reposo de tus huesos diciendo de tí que has hecho en este mundo tu *cómpito*, antes bien proclame que has ejercitado (no, ejercido) honrosamente tu vocacion. Y pido á Dios, como una gracia, que si el alma de Petruccelli della Gattina está destinada á salvarse, la coloque en otro círculo de la gloria, distinto del tuyo para que no se turbe la felicidad de tu alma, despertándose las iras y dolores terrenales.

Así sea.



JUAN RUFFINI



CIERTO día, estando en París, recibí una carta con la siguiente posdata:

—"Por si no lo sabe, le anuncio que Ruffini, el autor del *Doctor Antonio* y de *Lorenzo Benoni*, vive en la calle de Boulogne, núm. 36."

Muchos, deseando conocer personalmente á un hombre ilustre á quien aman y admiran, por nada del mundo irían á llamar á su puerta sin que les acompañara un amigo de ambos, ó sin llevar carta de recomendacion en el bolsillo ó bien sin asegurarse de mil maneras de que no hay temor en presentarse sin pasar plaza de impertinente.

Yo, cuando tengo deseos de esta índole, encuentro que la manera más natural y más digna á la vez de satisfacerlo, es ir por la vía recta á casa del personaje, y decir á la criada que viene á abrir la puerta:

—Tenga la bondad de anunciar á su amo que Fulano de Tal tiene vivos deseos de verlo.—¿No me conoce? ¿qué importa? Pues qué, ¿voy yo allí para que me admire ó para admirarle? Pero, podrían suponer que el motivo de haber ido á su casa era la vulgar curiosidad ó solamente la ambicion de decir luego que le había conocido? No; porque si es un hombre de ingenio, tendrá el ojo avezado á conocer á los hombres: bastará que se fije en mi cara y me oiga dos palabras para comprender que siento viva emocion ó que habiéndome hecho algun bien, siento gratitud hácia él y que por encima de todo hay más respeto y amor en mi resolucion de presentarme por mí mismo, que en todas las vacilaciones y escrúpulos de los admiradores timoratos...

Yendo por la calle Clichy hácia la de Boulogne, pensaba en el *Doctor Antonio* que había leído hacía cinco años en primavera, convaliente todavía de una grave enfermedad. Los libros que leemos por primera vez en la convalecencia, cuando parece que hemos renacido á nueva vida y guardamos cama, más por prudencia que por necesidad, nos hacen mirar el pedazo de cielo azul que se descubre por la ventana y las ramas verdes que asoman en la terraza de enfrente con la misma ansiedad que un prisionero. Sentimos por estos libros, cualesquiera que ellos sean, profundísima gratitud, si además son adecuados para despertar suavemente el amor por la vida que hemos temido perder y hacer desear con ardor el trabajo, y

admirar con entusiasmo la vária y hermosa naturaleza que las cuatro paredes de nuestra habitacion han ocultado por tanto tiempo; si son libros, en una palabra, que añaden dulcísima nota al himno de gratitud que se levanta del fondo de nuestro corazon hácia todo lo existente, Dios y el mundo, como si la naturaleza entera se regocijase con nuestra salvacion, animándonos á seguir con energía nuestro camino; entonces aquellos libros son amigos nuestros de toda la vida, y el nombre de quien los escribió queda en nuestra alma como el de un bienhechor.

Al entrar en la calle de Boulogne, recordé las afectuosas palabras con que un amigo mío me contó la impresion que había recibido de las novelas de *Ruffini*. Es de aquellos escritores á quienes despues de leer la última página de un libro suyo pediría uno consejo para casarse, ó á quien se confiaría su propia hermana en un viaje, poniendo en sus manos dinero, memorias secretas, cartas íntimas, todo.

Tiré de la campanilla y me abrió una criada anciana.—¿Está?—Sí; sí está.—Tenga la bondad de decirle que Fulano de Tal tiene vivísimos deseos de verlo.—Desapareció, volviendo al cabo de un minuto para decirme que entrase. Entré en una modesta habitacion,—le ví—había comprendido—vino á mi encuentro sonriendo—balbuceé alguna palabra—y nos sentamos.

Los primeros momentos en que se encuentran frente á frente un hombre ilustre y un desconocido im-

pulsado por el sentimiento de admiración y de afecto hacia él, pasan casi siempre en silencio porque el visitante se preocupa, aunque no quiera, en hacer la comparación de la persona que tiene delante con la que se había figurado; y el hombre ilustre, por su parte, adivinando de lo que se trata, por más que sea superior á todo género de vanidad, permanece suspenso en actitud de escudriñar en su admirador, la impresión que produce su persona.

En los momentos de inspiración, la cara de un escritor ó de un artista refleja con más limpidez que nunca la belleza de su ingenio y de su corazón. Se echa de ver, sí, una serena alegría unida á ligera turbación de pudor que hace parecer hermosa la cara más fea, despertando vivas simpatías en el alma que no haya perdido la frescura del corazón.

Ruffini tiene el aspecto de un buen padre de familia. Su semblante abierto y suave, como dicen los que sostienen que *el mundo empeora*, no se encuentra ya en nuestros tiempos. Su fisonomía recuerda los enormes retratos que adornan los salones de las casas patricias; á primera vista diríase que tiene unos sesenta años, y gozo pudiendo añadir que parece destinado á despachar otros sesenta. A pesar de su aire pacato, bien se adivina por los movimientos de su semblante y el tono profundo de su voz que ha llevado una vida agitada por vigorosas pasiones y que ha sufrido grandes dolores. Como en las páginas del *Doctor Antonio*, así en su semblante, en su acento y en

su conversacion hay algo de melancólico. Melancolía templada por tanta benignidad y dulzura, que jamás se descubre lo amargo. Sus maneras y lenguaje son de una sencillez infantil, parece que siempre hemos vivido juntos, y sus miradas y preguntas hacen creer que más bien es él el que ha venido movido por los mismos sentimientos vuestros, á conoceros.

Sus primeras palabras me sorprendieron; después de tantos años aun no había perdido el acento genovés. Nació en Taggia, cerca de San Remo, sobre aquella bendita playa de la Liguria, que con maravillosa frescura supo pintar en su segunda novela. En 1848, sus conciudadanos le enviaron al Parlamento piamontés, y no hace mucho fué reelegido, á pesar de haber declarado que no podría aceptar el mandato, como así fué, *por no desollar su mano en los bierros de la tienda ajena*.

Actualmente (1873) vive una temporada en Londres, otra en Suiza, y otra en París; más tiempo en París donde cuenta con muchos amigos y recuerdos. Hace un año estuvo gravemente enfermo en este punto y aún no se había restablecido completamente; pero su convalecencia es de tal índole que muchos hombres de su edad quisieran cambiarla por su estado normal de salud.

Le hice la acostumbrada pregunta que para hombres de su temple debe parecer importuna como una mosca, por la frecuencia con que la oyen á todo el

mundo, pero que despues de todo es tan natural, que antes de pensarla sale de nuestros labios:

—¿Qué hace Vd. ahora?

—No hago nada—respondió,—porque no tengo nada que decir.

Respuesta sencilla que encierra una profunda sentencia:—Escribir cuando se siente necesidad de escribir,—ó como decía Manzoni—esperar que la musa nos venga á buscar, y no azararse corriendo detrás de ella. Añadiendo luego como para esclarecer mejor su pensamiento:

—Cada cual tiene en el saco una cierta cantidad de cosas, y cuando se vacía, si se empeña en continuar dando, no salen más que palabras.

Preguntándole si en el asunto de sus novelas había algun hecho verdadero, me respondió lo que yo esperaba:

—Conocí á casi todos los personajes, he contado sus hechos, y me he servido de sus propias palabras.

Por esto resplandece en sus narraciones un color de verdad tan vivo, que los diálogos más bien parecen oírse que leerse; confundiéndose los personajes en la memoria del lector, con la gente verdadera que conoció en otros tiempos, hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo de atencion, si hemos de separar los personajes reales de los creados por la fantasía del novelista. Sabe Dios cuantas cosas le hubiera preguntado respecto de sus libros, de sus estudios y de su vida, sino me cortara los vuelos el temor de que como fino-

observador, descubriera en mis ojos la intencion secreta de publicar todo cuanto salía de su boca. Así que me ví obligado á dejar que la conversacion se perdiera, recayendo sobre la interpelacion contra el decreto del prefecto de Lyon y sobre la discusion respecto á la Orden de la Legion de Honor. Ruffini conoce Francia, *intus et in cute*. Despliega hablando de política su talento penetrante y el sentido recto con que suele juzgar hombres y cosas en sus novelas. A pesar de todo no pude contenerme sin interrumpir su conversacion para traerlo á que me hablase de su persona, y cogiendo al vuelo todos los pretextos que involuntariamente daba á mis indiscretas preguntas, llegué á recojer alguna cosa.

Cómo empezó su carrera literaria lo saben casi todos, segun creo.

Emigró siendo muy jóven, fué á Lóndres, y careciendo de dinero, hubo de pensar en ganarse la vida con su propio trabajo. Antes de esto no había escrito más que artículos para periódicos, y aun cuando sintiera en su interior aquella *manía inexplicable* que agitaba el alma de Giusti antes de revelarse á sí mismo, nunca había soñado en ir subiendo por la escala del arte hasta la altura que llegó. Se le ocurrió escribir un libro, que se llamó despues *Lorenzo Benoni*, para dar á conocer en Inglaterra aquel período importantísimo de la vida italiana, despertando así un sentimiento de simpatía hácia su país, "que entonces tenía necesidad de todos." Algunos amigos aproharon su intento ajus-

tando la publicacion con el editor de periódicos que le exhortó á que hiciera los primeros capítulos, éstos serían dados á luz en seguida para tantear la opinion pública, y dejarlo, ó seguir adelante, segun se viera.

Escribió Ruffini las primeras cien cuartillas y se las llevó; el editor no quedó satisfecho, y mudando de parecer, quiso ver todo el trabajo concluido antes de empezar la publicacion. Ruffini perdió entonces los ánimos, echó á un rincon su manuscrito y se dedicó á otras cosas. Pasado algun tiempo, estando en Paris, habiendo dado á leer lo poco que había hecho á una culta y aguda señora, hizo tales alabanzas de sus primeras páginas, y le aguijoneó de tal suerte para que siguiera adelante, que recobrados los ánimos, siguió trabajando hasta concluirlo, enviando su novela, con carta de recomendacion de su hermano, á un editor de Edimburgo, el cual aprobó, imprimió y recompensó al autor con cien libras esterlinas.

¡Fortuna inesperada! que fué, como todos saben, el primer anillo de una cadena de oro. *Lorenzo* alcanzó un éxito espléndido; la prensa inglesa tributó al autor inmensas alabanzas, y el mismo Mazzini, aun cuando en aquel libro hubiera alguna nota mal sonante para oídos republicanos, le expresó su admiracion en una carta.

La fama de Ruffini quedó asegurada.

Luego vino el *Doctor Antonio*, y trás de éste todas las joyas de su pluma.

¿Cómo pudo Ruffini llegar á escribir en inglés con pureza y fácil elegancia, segun dicen, y en tan breve plazo, siendo así, que cuando llegó á Inglaterra conocía poquísimos la lengua? Quiero suponer que un ingenio poderoso adivine, en gran parte, el lenguaje de que necesita para revelarse, pero ¡cuánto no debe haber trabajado en aquellas primeras luchas entre el pensamiento y la palabra, tan largas y difíciles aun para el que escribe en la lengua de su infancia; él, que debía escribir en una lengua extranjera tan diversa de la suya! ¡Yo creo que cuando vá á Londres, jamás se olvida de visitar aquel cuartito en que veló las primeras noches, con la mente turbada por pensamientos é imágenes que no hallaban salida y el corazon lleno de sentimientos que prorumpian en lágrimas antes que en palabras! ¡Quién hubiese podido en aquella ocasion decir en su oido con la voz sobrehumana que anunciaba el porvenir á los héroes de la leyenda:

—Tú serás rico, célebre y amado en este país, en el tuyo, en todos, en vida y aun despues de muerto!

Fácilmente se concibe, por palabras sueltas recogidas aquí y allá, que Ruffini se preocupase del reproche que muchos pudieran hacerle, que alguno le echó en cara ya, por haber escrito en inglés y no en italiano.

No creo, en mi sentir, que haya necesidad de disculparle; porque para hacerle este cargo, sería preciso culparle tambien de haber emigrado á Londres,

de haberse hallado en estrechez y de haber tenido necesidad de que le comprendiera el público que debía leerle. Sus libros, aun cuando escritos en inglés, son tan italianos por su asunto, sentimientos y aspiraciones, que puede afirmarse pertenecen á la literatura italiana más que á la literatura inglesa.

Escritos en italianos, ni se hubieran difundido tanto, ni hubieran logrado en igual medida el fin que su autor se propusiera:—dar á conocer á Italia y hacerla amar en el extranjero.

Ruffini hizo una obra buena en inglés; y una buena obra, lo es siempre, cualquiera que sea la forma en que se haga.

Nuestro amor propio tampoco resultaba satisfecho oyendo decir á los ingleses:—algunas de nuestras novelas más hermosas son de un italiano,—que pudiendo decir por nuestra parte:—hay un italiano que escribió algunas novelas dignas de ser colocadas al lado de las más hermosas novelas inglesas.

Estas novelas de Ruffini fueron traducidas á varias lenguas. Él mismo me habló de una traducción alemana que hacía pocos meses se había publicado, y á lo que pude entender, estas traducciones le valen algo,—exceptuadas las traducciones italianas—que no le dejan ningún beneficio. Creo poderlo afirmar así, si bien él no me lo dijo. Los libros de Ruffini fueron y son muy leídos en Italia, de lo cual puede muy bien deducirse una consecuencia no muy honrosa para el comercio literario italiano.

Me pidió informes sobre las condiciones de nuestra prensa literaria y sobre la vida que puede llevar entre nosotros un escritor á quien no le falte el favor del público.

Dícele que en Italia, un escritor muy favorecido de la opinion, puede de hoy más considerarse seguro y no morir de hambre, con tal de que trabaje el doble de lo debido si se tiene en cuenta la salud del cuerpo y del espíritu, y contando que sus libros lleguen á difundirse mucho. Y ya que él mismo me nombró un escritor joven, autor de algunas novelas que llevan ya varias ediciones agotadas, hubiera querido decirle que precisamente ese escritor, uno de los más afortunados, puede escribir todas las noches alguna página de novela, porque durante el día escribe muchos pliegos y solo Dios sabe cuánto le valen, sobre el curso forzoso del papel-moneda, sobre los arbitrios municipales sobre proyectos de ferro-carril.

Hubiérale podido nombrar otro, muerto joven, lleno de ingenio y sentimiento, laboriosísimo, cuyos libros se leían con avidez y que, sin embargo, poco tiempo antes de su muerte, veíase reducido á comer castañas pilongas. Hubiera querido hablarle de un hombre ilustre, vivo, autor de algunas obras conocidas fuera de Italia, que para poderse sostener escribe todos los días una carta política á un periódico de provincias, que envía cien pesetas mensuales á un amigo suyo, el cual pasa por corresponsal, salvando de este modo el pudor de la pobreza.

Ruffini, que se ha creado una pequeña fortuna con cuatro novelas, hubiérase sonreído.

Verdad es que se puede objetar:—Pues escribid novelas como las suyas.—Pero entre hacer una fortuna y poder vivir, hay más distancia que entre las novelas de Ruffini y los escritos de los autores indicados, con ser esta grandísima.

Y no digo esto por zaherir á Italia, sino por decir las cosas como son.

No tengo idea del tiempo que me detuve con aquel hombre,—médico de almas y creador de gente honrada,—mirándole fijamente, y con la atención absorbida para acoger cualquiera manifestación de su pensamiento, apoderándome de todas sus palabras. Creía ver á su lado, como el cortejo de todas las nobles creaciones que figuran en sus novelas, y allá en el fondo del cuadro que trazaba mi fantasía, la bella marina de la Liguria, su hermoso cielo, sus costas verdes y tranquilas que tanto nos hizo amar con sus descripciones. Oyéndole hablar italiano con lentitud y ciertos giros extranjeros, pensando luego en los años dilatados que vivió fuera de su patria, y sobre todo en Francia, en los viajes que hizo por Suiza é Inglaterra, que le alejaban de nosotros, sentía profunda melancolía y hubiera querido decirle:—Volved entre nosotros, querido amigo, si no hemos podido ayudarle en los primeros pasos de la noble carrera literaria ni recoger los primeros las flores que en ella sbais esparciendo, desde lejos os hemos acompa-

ñado con orgullo mezclado de sentimiento y ansiedad.

—Volved entre nosotros: necesitamos una persona querida y venerable, sobre la cual verter una parte del cariño que teníamos acumulado sobre la cabeza del viejo ilustre, cuya alma hermosa posees tú, y si no gloria en igual grado, la misma gloria: la de haber hecho el bien.

Al salir de su casa advertí por vez primera, al cabo de dos meses que llevaba en París, que mi cabeza se había despejado de un cierto aturdimiento, de un torbellino de deseos que se agitaban en tumulto en mi corazón, sin poder pensar y trabajar, como si acabase de llegar en aquel día; estado de postración que algunas veces llegaba al último extremo.

Parecía que me había vuelto pobre, estúpido y nulo de repente y que los demás al encontrarme me miraban con compasión.

Ruffini me curó de esta enfermedad. Desde entonces no he vuelto á verle. Si llegan á sus manos estas páginas, piense que los médicos deben tolerar las pequeñas indicaciones de los enfermos—acepte la pública profesión de gratitud que hago, sonría y perdóneme.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL AMOR A LOS LIBROS



ACE tiempo, alguien escribió contra la pésima costumbre de muchos italianos, que á pesar de su afición á la lectura y de sus medios, jamás compran un libro.

Las causas de esta costumbre, ó mejor de esta falta de costumbre de comprar, son muchas y muy complejas.

Las principales me parecen las siguientes: no se considera todavía *la librería* como un *mueble* necesario al decoro de la casa; ni el libro pasa como objeto de ornato; se ama la lectura, pero no se ama el libro.

En efecto, de todos los muebles, los que ménos se venden en Italia, son los estantes.

Muchos no comprenden por qué deben guardarse los libros una vez leídos. Así que frecuentando las li-

brerías se oye á cada paso decir:—De buena gana leería este libro.—¿Por qué no lo compra Vd?—¿Que por qué no lo compro? ¿Y qué voy yo hacer con él despues que lo haya leído?

No siendo para estos el libro más que verdadero estorbo una vez leído, tienen razon al no querer gastar y embarazar la casa con papel emborronado.

En la mayor parte de las casas se ven colecciones de conchas, de huevos, de pedruscos, de sellos extranjeros y hasta de cajas de cerillas; pero es difícil encontrar colecciones de libros.

En ninguna, falta alguna cosa que haga recordar que se come, se juega, se duerme, y se toca; pero no hay nada que recuerde que tambien se lee. Y es mucho, si llegan á verse esparcidos por aquí y por allá, sobre las mesas, una veintena de libros, cuya tercera parte corresponden al niño que vá á la escuela, y los otros cuatro ó cinco á algun gabinete de lectura. Los poquísimos que quedan, única propiedad literaria de la casa, están sucios, descosidos y con las primeras páginas llenas de cifras y monigotes. Se sirven de ellos para apagar la luz, arrancan sus hojas para encender la lumbre y tambien para proveer de papel, departamentos de la casa que deben siempre estar provistos de este artículo.

—¿Por qué destrozáis ese libro?

—¡Esta buenol ¡Pues por qué nol os responderán, ¡Si todos le hemos leído y releído mil veces!

Una casa sin librería es una casa sin dignidad—se

parece en cierto modo á una fonda,—es como una ciudad sin libreros, ó un pueblo sin escuelas, ó una carta sin ortografía.

¡Qué hermosa es una biblioteca! ¡Cuántas cosas puede ver y cuánto gusto puede sacar, aun el que lee solo por puro pasatiempo, si tiene un poco de sentimiento y de imaginación!

Los frutos más admirables del ingenio humano están aquí recogidos en pequenísimó espacio y al alcance de la mano. Frutos de inspiraciones divinas, de meditaciones y de estudios que señalaron con precoces arrugas las frentes más nobles de la humanidad; frutos de las más espléndidas imaginaciones se hallan reducidos á la forma de pequeños paralelepípedos, aprisionados entre ocho aristas, diferentes por la época, países, lengua, materia y dignidad, numerados y puestos en fila como un ejército. Un compartimento me ofrece los siglos pasados, otro me trasporta á países lejanos, éste me toca al corazón, el de más allá excita la risa, me hace soñar un tercero, un cuarto me hace pensar y un quinto saltárseme las lágrimas sin querer. Puedo elegir segun el humor; es una farmacia moral, y hay medicamentos para los días ásperos y duros y para los días serenos, otros para los de flojera moral y á su lado para los días en que domina la fúria del trabajo.

A la variedad de las materias, corresponde la variedad de los puntos de vista.

De un lado los colores,—diccionarios y grandes

obras ilustradas, que forman la osamenta de este pequeño mundo. Hay filas compactas de volúmenes membrudos de color oscuro, viejas ediciones económicas de obras clásicas, modestas en su aspecto, pero llenas de *vital alimento*, como en el mundo real los hombres de verdadero mérito. Debajo de éstos, la aristocracia de las encuadernaciones, la clase privilegiada de la biblioteca, revestida de pieles relucientes y con arabescos de oro. Luego la juventud elegante y alegre; el tomo sonrosado de Lemonier, el turquí de Barberá, el rojo anaranjado de Hachette, el amarillo claro de Levy, cien colores de cien ediciones coquetas que tiran á seducir la vista. Largas filas de pequeños volúmenes uniformes y pobres vienen luego, formando la plebe menuda de la biblioteca, mirada con indiferencia y tratada con escasos respetos. Más abajo las ediciones diamantes, gentezuela inquieta que vá y viene de la ciudad al campo, en ferro-carril y en coche, del bolsillo á la maleta y de ésta á la mesa de noche, contentándose con ocupar algun retazo del día.

En toda esta multitud tenemos nuestras simpatías, viejos amigos, los amigos de ayer, los maestros, los bienhechores, los malos consejeros, las cabezas perdidas, los rigoristas, los fastidiosos, los bufones, los parásitos, los predicadores, los cizañeros y los consoladores, y por último, en el fondo, apenas elevados cuatro dedos sobre el pavimento, el cementerio donde yacen en confuso monton, desencuadernados y cu-

biertos de polvo libritos y opúsculos de todas formas y colores, que vivieron un día ó una hora tan sólo en nuestra mente, esclavitudes del espíritu, como dice Guerrazzi, aburrimiento del ingenio humano; poesías con motivo de casamientos, primeros ensayos de poetas fallidos, novelas raquíticas, almanaques, libelos, imitaciones, plagios, caprichos, bromas, restos de literatura destinados al mostrador del estancero ó á la cesta de la basura.

Creciendo poco á poco la pasión por los libros, llega á ser un sentimiento enteramente distinto del amor á la lectura, y sólo él por sí, fuente de vivísimos placeres para la vista, el tacto y aun el olfato.

Ciertos libros, goza uno con tocarlos, con pasarles cariñosamente la mano hojeándoles, y aún con olfatearlos.

El olor de las impresiones frescas se goza con voluptuosidad, con los ojos cerrados; tan sólo olfateando un libro se conoce si es antiguo ó solamente viejo, reciente ó recientísimo.

Los colores que ostentan ciertas ediciones, enamoran, y nuestro gusto se encariña por ciertos lomos y ciertas portadas, lo mismo que por determinadas cubiertas, como por caras bonitas.

Por los libros menudos y coquetones se experimenta un sentimiento de solicitud más generoso que por los libros grandes; y cuando necesitamos mucho esfuerzo para levantar determinados librotos, sonríe uno con una complacencia que no sabríamos definir, pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1913
1925 MONTREY, MEXICO

que difiere en un todo del que se siente al levantar otros pesos.

El que ama los libros, goza muy á menudo, cambiando su colocacion y combinándolos por colores: es un trabajo de mosaico que interesa; cada dia se inventa un cambio.

En la biblioteca de trabajo, por pequeña que ella sea, siempre ocurren lagunas que llenar; ediciones que malbaratar, nuevos libros que añadir, despedir á los que deben irse, cuidar de aquellos que sufren, restaurar á los que envejecen y hacer la corte á los que sobresalen.

Hay en suma dentro de los armarios un pequeño estado que gobernar, con todos los placeres, desalientos, envidias y glorificaciones que sentiría el pequeño monarca que, no pudiendo ensanchar sus confines de su estado cuanto quisiera, se consuela y divierte, recorriendo continuamente lo poco que posee.

Es un grande error creer que se aprende lo mismo en libros que son nuestros que en los que tomamos á préstamo. Un libro no dá todo el provecho que debe dar, si no es *nuestro*. Es preciso poderle rozar, subrayar, poner exclamaciones, plegar sus páginas y hacer señales al márgen. El que no hace más que pasar por nuestra casa, no deja rastro profundo. ¡Qué diferencia! Teniéndole en casa, se lee y relee cien veces, precisamente cuando puede causarnos impresion más viva y más útil, porque lo que nos hacía desear aquella lectura preferentemente á otra; es una particular

disposicion de nuestro ánimo, que pasa pronto, quizá antes de que el libro llegara á nuestras manos. ¡Qué inmensa es la influencia educativa que una biblioteca tiene en los niños! El destino de nuestros hombres ha dependido de que hubiera ó no una biblioteca en su casa.

Porque ésta supone que hemos tenido á la mano, y á todas horas, manera de satisfacer las primeras curiosidades infantiles y de engañar el aburrimiento de los dias lluviosos leyendo libros, que muchas veces arrojaron en el cerebro los primeros gérmenes de amor al estudio, que luego se trasformó en ardiente pasion por la ciencia, fecundando precozmente ciertas facultades del ingenio que el trabajo obligado y restrictivo de la escuela hubieran dejado inertes.

Aun prescindiendo de estos grandes efectos, bueno es inspirar á la infancia el culto de los libros, antes de que tengan amor á la lectura, viendo continuamente un ángulo de la casa erigido en altar del estudio y del saber, y presenciando los delicados cuidados y respetos que sus padres les tributan, por más que el niño no alcance la razon de esto. Una habitacion silenciosa, donde de vez en cuando vea alguna persona inmóvil y seria, lugar consagrado al pensamiento, como existen otros consagrados á la mesa, al trabajo y al reposo, deja en su imaginacion huellas que trascenderán á su vida ulterior. Siendo jovenzuelo, buscará con más gozo los libros que desde niño está viendo en la biblioteca y cuya ordenacion y limpieza

ha presenciado mil veces en medio de las muestras de cariño que sus padres les dedicaban: libros que aun para él tenían ya cierta fantástica significación antes de conocer el alfabeto. Es cierto que debe existir una diferencia entre el jovencuelo que ha visto siempre conservar y respetar religiosamente los libros, y el que no ha presenciado más que persecuciones y malos tratamientos, y que, una vez leído el libro, iba destinado donde van las botas viejas y las ropas inservibles.

¿Dónde hay nada que avive más íntimamente y con más dulzura en el corazón de un hijo, los sentimientos de familia recordando á los padres muertos, nuestra infancia y el cariño y los cuidados con que rodearon nuestra existencia? Sus libros que llevan el nombre del padre, que él mismo puso en nuestras manos, y sobre el cual hicimos conversacion, recuerdan sus lecturas predilectas, sus juicios, sus opiniones, mil matices delicados de su carácter. Parece que sobre determinados tomos, estamos aún viendo inclinarse aquellos anteojos relucientes, y la venerable barba blanca.

Otros volúmenes recuerdan la familia sentada en círculo y atenta á la lectura en comun, con las actitudes de las personas queridas, las exclamaciones, las alegres risotadas, los sollozos mal sofocados de los hermanos pequeños, todo lo cual, á no ser por los libros hubiera huido hacía largo tiempo de la memoria. El hijo del que tuvo amor á los libros, los amará tam-

bien, y seguramente que no será nunca un alma vulgar si mantiene este culto.

Tratemos pues de formar á nuestro lado este círculo de amigos mudos y fieles; fabriquemos esta pequeña fortaleza para podernos recoger en su interior los días que nos asalten los dolores mundanos. Han de venir sin remision, y con ellos la necesidad del aislamiento y del silencio. ¡Será triste entonces no tener un rincón de casa donde poder refugiarse, olvidándose de los vivos y confortándose con los muertos!





EN SUEÑOS



o sé yo si los demás podrán procurarse una determinada especie de sueños á su gusto; yo tengo la de viajes, y me basta para viajar en sueños toda la noche, fijar mi pensamiento antes de dormirme en algun apartado lugar que me haya dejado muy viva impresion: poco á poco van pasando ante mi imaginacion cien otros lugares, ciudades, campiñas y gentes, trasformándose rápidamente, sin que jamás venga á entrometerse en el sueño vision alguna de otra naturaleza.

Lo extraño es que, si no los sucesos, al ménos los lugares y los personajes que sueño son siempre lugares y personajes que he visto; lo cual no me sucede cuando al dormirme no pongo la imaginacion en el camino de las reminiscencias; puesto que si cierro los ojos.

pensando en Sydney ó en Batavia, los sueños me trasportan por toda la tierra y es muy fácil que me halle discurriendo sobre política á la una de la noche con algun emperador chino.

¿Cuál es la razon de esto?

¿Cómo la mente, errante por entre las más extrañas fantasías en el campo de los sucesos, se mantiene al mismo tiempo ligada á la realidad geográfica de mis viajes? ¿En qué consiste que tocante á lugares y personas no hago en sueños más que recordar, y no desvarío sino en los sucesos y conversaciones? ¿A qué se deberá esta constante distincion? Quizá es la centésima vez que me dirijo la misma pregunta y por centésima vez no encuentro otra respuesta sino volver la cabeza de derecha á izquierda sobre la almohada, recogiendo todos mis pensamientos en el jardin del duque de Montpensier, que á lo que parece debe ser esta noche el punto de partida de larga peregrinacion, porque aparece y reaparece en mi mente con obstinacion invencible, y es seguro, que al ménos por hoy, me dormiré á la sombra de los naranjos ducales.

Dios quiera que tenga un viaje tranquilo y alegre, que no me ocurra como otras veces, tener que despertar á mi madre con gritos de espanto ó suspiros de dolor.

*
*
*

¿Cómo había entrado en el jardin del duque de Montpensier, del *Rey Naranjero*, como le llaman en España?

Sin duda mi amigo Gonzalo Segovia, ardiente borbónico, me había procurado el permiso; no recuerdo bien como fué. El más vivo, ó más bien el único recuerdo vivo del lugar, es la fuente que yo llamé de los *Cinco Sentidos*. ¡Ahl En verdad, puedo muy bien decir que allí pasé la hora más deliciosamente sensual de mi estancia en Sevilla. Sería próximamente entre doce y una, la esplendidez del sol deslumbraba, sentíase una ligerísima brisa. Sentado sobre la yerba y á la sombra de un grupo de laureles inmediatos al depósito de una fuente, bajo las ramas encorvadas de un rosal; con una mano metía en la boca los cascotes de una naranja que destilaba gruesas gotas de jugo; con la otra acariciaba la pierna de un niño de finísimo mármol que por la boca me lanzaba agua helada tocándome casi los cabellos; las hojas de las rosas, sacudidas por el aire, me caían sobre el pecho; el agua límpida del estanque reflejaba como fiel espejo mi cara no turbada ni por la sombra de un pensamiento; por

cima del verde oscuro de los árboles, veíase la terraza blanca y llena de arabescos de una casita estilo morisco; más á lo lejos, la enorme estatua dorada de la Fé, giraba centelleando en lo alto de la Giralda sobre el purísimo azul del cielo andaluz:—¡Algo más para el oído!—Exclamé con estremecimiento de placer. Un momento después oíase detrás de los laureles, primero, el ligero rumor de un rastrillo, después, la voz fresca y sonora de una muchacha con acento sevillano lleno de dulzura:—¡Yo soy bella y tu tienes veinte años!—Tuve un momento de embriaguez; aspiré una gran bocanada de aire; metí la cara en el agua, mordí el naranjo y las rosas á la vez, y dejé escapar sonora carcajada revolcándome por la yerba como un niño. Luego, poco ó poco, dominado por dulcísima languidez... cerré los ojos... y me quedé dormido...

*
*
*

¡Tú me has despertado, querido y cruel Parodit!
¿Y por qué? Las maravillas del Restaurant Blont,
¿valen quizá tanto como los jardines de los Montpensier?
Es preciso ser justos y reconocer que el señor
Blont nos dá el caldo más sustancioso y la carne me-

jor sazónada de todo París, y que debe mirarse como una bendición de Dios el tener por dos pesetas esta comidilla y este espectáculo! Veinte mesas de hambrientos; una multitud en perpétuo movimiento, que habla en cien lenguas distintas de mil cosas absurdas ó sublimes; aventureros de todas partes del mundo, jovencillos con las primeras esperanzas, viejos con las últimas; inventores de *sistemas* y de *reformas universales*, llenos de utopías y de deudas; grandes hombres sin sentido comun; quizá algun verdadero grande hombre; algun dramaturgo oscuro, cuya primera comedia será recitada dentro de tres meses diez veces en el *Théâtre français*, y su nombre cruzará la Europa entera; Celestinas que bailan en Mabilly ó en Valentino por un tanto cada noche; saltimbanquis de teatro, que tragan la espada hasta la empuñadura; periodistas que te plantan una puñalada que penetre hasta los riñones; un bávaro que hace diez años viene meditando una renovación social, fundada sobre la alianza del Papa y la Democracia; un brasileño que ha inventado novelas armoniosas y perfumadas, y de cuya cubierta, llegada la lectura á cierto punto, con una ligera presión del dedo, se puede hacer salir un perfume y una canción á propósito; un polaco, que ha llegado á crear cierta especie de comedia, que no exige palco escénico para representarse, sino que se hace en la vida real, ó más bien, un nuevo género de vida, que se vive en forma de comedia; un inglés, que desea obtener del Gobierno la

creacion en las Universidades de Francia de un curso de lecciones permanente sobre el *Arte de gobernar las mujeres*; el inevitable inventor de la lengua universal; el no ménos inevitable regulador de la locomocion aérea; revolucionarios locamente audaces de todas las ciencias y de todas las artes; todas las deformidades intelectuales que corresponden á las deformidades físicas; inteligencias torcidas, ingenios jorobados y contrahechos, genios hidrópicos, fantasías afectadas de elefantiasis; jugadores, enamorados, bebedores de ajeno; ateos, fanáticos, cínicos; gente que se mata á estudiar y gente que se consume en la corrupcion; hombres que duermen sobre los tejados y jóvenes que duermen bajo los árboles de los Campos Elíseos; unos locos de alegría, otros que quizá la semana próxima se levanten la tapa de los sesos; todos van buscando á alguien, unos al editor, quién al Mecenas, otros al empresario ó en busca de escolares, de afiliados, de víctimas y aun de cómplices; una confusion cosmopolita que trabaja, ayuna, delira, lucha sobre la inmensa superficie de París para dejar un nombre en la posteridad, ó la ambicion en la cárcel, ó el ingenio en el manicomio, ó el cadáver en el hospital.

Sí, querido Parodi, este espectáculo es raro, pero este aire me sofoca; mañana comeremos en el *Passage des Princes*; tambien yo tengo mis caprichos de pobre diablo, tengo necesidad de cuando en cuando

de extender mi vanidad en una sala dorada y hundir mi miseria en una copa de Champagne...

*
*
*

...¿Champagne? *Kellner*, trae champagne á este señor.—*Siebeschämen mich mit Ibrer Hoflichkeit*, rubio capitán Schopper. Vuestro barco es un palacio espléndido y vos sois el rey del Danubio.

¡Qué hermosa noche! Por las ventanas abiertas veo, más allá de las aguas sonrosadas del río, huir la orilla cubierta de bosques del Banato de Temesvar y entre ventana y ventana los grandes espejos con marco de oro reflejan la melancólica campiña de la Esclavonia.

La fortuna ha puesto entre mis ojos la carita más hermosa y el cuerpo húngaro más esbelto que nunca haya pasado por el puente nuevo de Pest. Señor Castelulú, recitadme los versos dedicados á la estatua de Michailú Vitézlú, adoro la lengua rumena, y Vd. capitán Schopper, soplad sobre mi cara una nubecilla de humo de vuestro perfumado cigarro de la Habana.

¡A tu salud, buen Mahmud Dejézaerli, gloria predestinada de la pintura italiana; buenos estu-

dios en Viena y que dentro de diez años te vuelva á ver instalado en un hotelito de la orilla del Bósforo, al lado de la más blanca mezquita de Bujukderé! Paréceme que allá abajo alguien está cantando las alabanzas del Rhin. Capitan Schopper, mandad á ese insolente á balancearse sobre su riachuelo en una barquilla de papel y enseñadle á respetar nuestro inmenso Danubio. ¡Qué! ¡Os dá risa capitan! ¡Reis del efecto que me produce vuestro Champagne, no es así? Pues bien...

....Pues bien, ¿qué es esto? ¿Qué es lo que aquí pasa? Desapareció la ribera de la Esclavonia, el cielo se ha sumergido, las aguas se agitan, muge el viento y la espléndida sala se ha trasformado en un tugurio iluminado por un candil, el elegante capitan Schopper en viejo harapiento, la hermosa señora húngara en pobre campesina con dos niños en los brazos, y el barco rueda, cabecea y estalla espantosamente destruyéndolo todo. —No, no, señor capitan por amor de Dios; tenga piedad de mis pobres criaturas, no nos movamos de aquí, el mar está muy malo, nos va á ocurrir una desgracia; esperemos que venga el día,

no pasemos el cabo de Trafalgar, os lo suplico por mis pobres criaturas!

—No puedo, buena mujer: *el capitan tiene sus obligaciones*; hay cinco pasajeros que van á Africa; mañana al alba debo desembarcar en Algeciras; no puedo pasar la noche en Trafalgar; es preciso intentar pasar adelante; ocurrirá lo que Dios quiera!

—¡No, no, señor capitan! ¡Moriremos todos! ¡Mis niños! ¡Ave Maria purísima, se ha ido! ¡Vd., señor italiano, por caridad, vaya á suplicarle al capitan que no se mueva de aquí y que no nos lleve á la muerte!

—Aquietáos, buena muger; allá voy, ¡Capitan! D ónde está el capitan? No hay manera de encontrar á este capitan?—¡Está en la proa!—¡Está en la popa!—¡Venga aquí y baje allá!...

*
*
*

¡Hacia aquí, hacia allá! ¡Que el diablo os lleve! Llevo tres horas andando y aun no me he dado cuenta. Ya es mucho más de media noche. ¡Ah!

¡Si me hubiera quedado en la pequeña fonda de Leicester-Square, en lugar de venir á meterme en este laberinto fétido y oscuro! Despues de una calle, otra, detrás de una esquina, otra, encrucijada tras encruci-

jada, una fila de casas continua y jamás una puerta abierta, ni una luz en las ventanas y ni un *policeman*, ni rastro de voz humana, ni el ruido de una pisada; ningún indicio de vida; nada más que muros interminables y negros que se pierden entre la niebla, y silencio sepulcral. Ando, me echo á correr, quiero devorar el camino, y siempre me parece que estoy en el mismo sitio. Quién sabe, quizá no haga otra cosa que ir y volver por las mismas calles. Esta sospecha me desalienta y comienzan á faltarme fuerzas. Y luego... de qué serviría que tratase de ocultar á mí mismo, si realmente tengo miedo de ser asesinado, de caer en una cloaca, de tropezar con un cadáver ó de meterme en un charco de sangre. ¿Cómo he venido aquí? ¿dónde estoy? ¿Si á lo menos supiera esto! ¿Estoy en White Chapel? ¿en San Gilles? ¿en Wapping?

¿Si tuviera seguridad de estar en Bethnal Green, por ejemplo, trataría de buscar á Mile end Road, y desde allí sabría ir á la torre de Londres; ó si de estar, estuviera en Seven Dials, podría ir á parar á Regen Street y enfilar con Piccadilly. Pero desde aquí, no sé ni hacía qué parte volverme, camino á la ventura, como si fuera un loco. ¿Si fuese á parar entre una manada de ladrones! ¿lo preferiría, con tal de encontrar á alguien! Este silencio me hiela la sangre. ¡Santo Dios! ¡No pido más que el rumor de un paso ó el ladrido de un perro! ¡Y ya estoy en otra de estas calles interminables y lúgubres! ¡Ya no doy un paso

más! tienen estas calles algo de horrendo; viven aquí los muertos, mis piernas tiemblan, se me hiela el corazón, pierdo el sentido y siento necesidad de gritar, yo...

¡Qué! ¿eres tú! ¡Tú, mi amiga! ¡Tú, mi amor! ¡Tú, aquí, en Londres! ¡Conmigo! ¿Esto es un sueño? ¡Habla! ¡No! huyamos antes, dame la mano, ánimos, sígueme volando... ¡Oh, qué placer tan inmenso! el viento nos lleva, se ilumina el cielo, golpea nuestras frentes el sol. ¡Desapareció Londres, estamos en plena mar, nos hemos salvado!

...¿Dónde estamos? ¡Y me lo preguntas tú, chiquilla clásica, rodeada de griegos y romanos, tú que te pones encendida si te nombran á Píndaro, que lloras cuando me atrevo á decirte que un día haremos juntos un viaje á la Troade, tú que me has puesto celoso contra Anibal y hecho meter en el bolsillo á Catón, cabezita rellena de grandes nombres y de grandes versos! Pues bien; por esta vez al menos vas á estar contenta; pero es preciso que adivines donde estamos. Mira ese espléndido cielo, este mar azul, estas colinas cenicien-

tas, las rocas desnudas, las piedras esparcidas, y adivina.

—¿Qué es eso? ¿Te pones pálida?—Pues bien; no, no es la Troade.—No, tampoco son las ruinas de Cartago.—¿Nicea? Mucho menos señorita. Busca, no desmayes, escudriña en tus recuerdos históricos, pregunta á todas tus aspiraciones clásicas. Eso, eso es, amiga mía. ¡Atenas! ¡Atenas! ¡Atenas! ¡Estamos sobre la Acrópolis! ¡Pierdo la razón de ver tu gozo tan inmenso! Ven aquí entre mis brazos y admira; aquella es la costa oriental del Peloponeso, más acá la isla de Salamina, allí el Pireo, del otro lado el Falereo, á la derecha sobre aquella colina desnuda el templo de Teseo, sobre esta roca en dirección á mi mano las ruinas del Areópago; aquí por bajo el Teatro de Baco, donde Esquilo y Sófocles hacían representar sus tragedias; en el fondo de aquella garganta el Templo de las Euménides; ¿es.ás temblando, pobrecilla, oyendo pronunciar estos nombres? y ahora vuélvete y mira las cuarenta y seis columnas del Partenon, y ahora levántate y haz alguna locura, porque las piedras sobre las cuales has estado sentada hasta ahora, sostienen la enorme Minerva Promacos de Fidias, la cual mostraba al cielo la punta de su lanza dorada, primera imagen de la patria que volvía á ver el navegante ateniense, viniendo por el cabo Sunium.

¡Ah, mi querida chiquilla clásica llora!

¿Dónde está nuestro niño? Aquí estaba hace un momento. ¡Silencio! No te inquietes que no puede

estar lejos; tú, busca por aquí, yo, por allí; se había escondido en el Erecteo. Chico, ¿dónde estás?

*
* *

....Oye buen hombre: he recorrido el mundo y he conocido muchos bufones; pero, francamente, no he tropezado con uno de tu estampa. Animo, adelante; segun dice el proverbio, el buen juego dura poco, lo cual quiere decir, que un juego estúpido debe concluir apenas comenzado. Poned en tierra el niño que teneis en la mano derecha que es mio, el que llevais á la espalda, el que teneis cogido bajo el brazo y los tres que van metidos en la cesta. ¿Eh, lo oís? Ponedlos en tierra ó trepo por vuestra columna y os derribo como un saco de trapos. ¿Os parecen bromas estas? ¿De dónde habeis salido, cara patibularia? ¿Quién sois? ¿Cómo os atreveis? ¡Ah! El horrible monstruo se mete en la boca la cabeza de mi niño. ¡Socorro! ¡Aquí, aquí, atenienses. El cielo sea alabado, viene gente. Esto está bueno; ¿por qué rien todos? ¡Atenienses, ¿qué tiene esto de risa? Es una vergüenza que en una ciudad culta y noble como la vuestra se permita á un tunante como este torturar á los niños en medio de la plaza pública.

Responded, ciudadano; esplicadme vos estas infamias ¡Oigamos!

—Eh, monsieur; vous êtes fou, vous n'êtes pas à Athènes, vous êtes dans la ville de Berne, devant la statue de mangeur d'enfants, devant la Kindlifresser-Brunnen, que tout le monde connaît; regardez donc dans votre guide Bedeker, farçeur...

¡Eh, caballero, está Vd. loco! no se halla Vd. en Atenas, sino en la ciudad de Berna ante la estatua del comedor de niños, ante la Kindlifresser-Brunnen que todo el mundo conoce; mire Vd. en su *Guía Bedeker*, farsante!

*
*
*

...¡Estatua! ¡Bernal!

En Berna no hay ni esta campiña solitaria, ni este cielo de zafiro, ni esta inmensa paz que me penetra hasta lo más profundo del alma ¡Oh! ¡Mi bella Bulgaria! Hermosas rocas coronadas por castillos cubiertos de musgo y teñidas de rosa y violeta por los primeros rayos del sol; bellas colinas vestidas de manchas inextricables que el otoño desgajara con sus mil colores pomposos y tristes, pueblos negruzcos medio sepultados en la tierra como para sustraerse á la vista

del minarete odioso que se alza sobre su cabeza; vastos ganados errantes, inmensos rebaños, gallardos pastores envueltos en gran sayo y con gorra de pelo, encorvados sobre las huellas de los caballos de los *lilas*, acaban de pasar arrastrando las fortalezas del Danubio vuestros hermanos encadenados; bello pais, salvaje y melancólico, hermoso pueblo austero, silencioso y dulce, te respeto y te amo!

Maldito sea el camino de hierro que ha roto el hilo de la fantasía.

Ahora es preciso bajar y echarse al colete una galería de milla y media de larga: cosas que no ocurren más que en Turquía.

Entremos, pues. Agarrémonos bien, señores, y mucho cuidado para no perderse; está oscuro como boca de lobo. Quisiera saber cómo puede pasar el tren por este cilindro apenas dos codos de ancho. Explíqueme Vd. este milagro, señ.... ¡No hay nadie! Peor para ellos. Yo, enciendo mi cigarro y sigo adelante tranquilamente... ¡Oh! ¿qué quiere decir esto? Si aquí no hay vías; esto no es una estación de ferro-carril, esto es un corredor; los muros están señalados con cruces é inscripciones..... españolas. ¡Qué horrible cosa!

¡Los subterráneos del Escorial!...

...Ha sido un momento de debilidad; la oración ha reanimado mi espíritu; adelante encontraré una salida; Dios me asistirá; todo está en poder llegar á un patio. Tiembla mi corazón, sin embargo. Me espanta este corredor sin límites; no recuerdo haberle visto la primera vez que estuve en el convento. Y este ruido.... no le producen mis pasos! ¡Ah! Se me eriza el cabello. No, un momento, un poco de reflexión; este ruido lo hacen mis pasos; si, me detengo...

¡Santo Dios! ¡Se oye todavía! ¡Me vuelvo loco! ¡Pero dónde se oye? Delante de mí no, no es, porque echo á correr y siempre lo oigo á la misma distancia; detrás tampoco, porque si me detengo no me alcanza nunca. ¿Será en la bóveda? No es posible, porque no podría oírse tan claro; debajo no puede ser. ¿Dónde será? ¿Estoy soñando? Pero no, lo siento, lo siento cerca de mí, monótono, obstinado, siniestro. Esto no es un espectro, es un fraile, un cura, un guardián que quiere hacerme encanecer de terror. ¡Oh! la rabia que me devora es aún más fuerte que el temor. Este desconocido astuto me es aún más odioso que te-

mible. ¡Oh, tú, que caminas delante, ó detrás, ó al lado, ó arriba, ó abajo; quien quiera que seas, eres un miserable á quien desprecio y escarnezcó; te reto á que te presentes! Si no comparéces, te digo que eres un bellaco y te escupo á la cara; aunque fueras el mismo Felipe II en carne y hueso con corona y espada, te juro que no me amedrentas y te mando que me hagas frente para que pueda plantarte en el corazón un palmo de mi puñal marroquí enviándote á que te pudras con estúpida prosapia bajo el altar mayor de San Lorenzo!—Nadie responde y el paso sigue oyéndose cercano á mí, lento, cadencioso, implacable.

Me vuelvo loco. ¡Adelante, acércate, dime hacia qué parte estás; ponte al alcance de mi mano para que yo pueda librarme de esta tortura! ¿Estás metido dentro del muro? Pues bien, mira, le golpeo con los puños, con los pies, lo hiero con el puñal, lo arañó con mis uñas, lo rayo con mi sangre. ¡Fuera! ¡fuera! ¡fuera!—Nadie responde y siempre á la misma distancia aquel paso mesurado, sonoro, lúgubre como el golpear de un martillo sobre el ataúd! ¡Esto es demasiado, no puedo más, tengo miedo, es un sueño que me mata, despertadme, despertadme!...

*
* *

...Debe haber sido el barquero quien me ha despertado dándome en el costado un puntapié. ¿Dónde vamos? La campiña está llana y velada por la lluvia como si hubiera una niebla cerrada, algún molino de viento se echa de ver confusamente, y alguna que otra torre; el canal es amplio y está lleno; pienso que debemos caminar entre Leuwarden y Dokkum. No se estaría mal, metido en este *trekschuit* pequeño y abrigado, con un libro en la mano y la pipa en los labios; pero sería preciso echar á un lado estos diez y siete niños mofletudos que me aprietan por todos lados, y estas mujeronas, estas caras de luna llena, esta hermana carnal de la *Veneranda* que me entenece hablando tan quedito. Preciso es tener presente que de estos diez y siete mamotretos, el primero le ha gustado, puesto que van ya dadas á luz diez y seis ediciones segundas sin corregir una letra, y todos llevan el sello claro de la beatífica necedad de la madre.

¡Oh! ¡Esta es Holanda en verdad! ¿Quién será aquella loca que ha lanzado sobre los países Bajos esta avalancha de niños? ¡Cómo es posible que esta madre de un pueblo, tenga caprichos en la cabeza! Y se ponga á

tocarme los piés. ¿Toca? Pisa, ¡por Júpiter! "Teneis una manera algo... demasiado vigorosa de manifestar vuestras simpatías, señora mia... quisiera decirle..." ¿Qué decís? ¿Eh? ¿Yo? ¡Pero estais loca! ¿Yo vuestro marido? ¡Os he tomado por esposa delante del burgo-maestre de Dokkum? ¿Estos diez y siete niños son... nuestros? ¿Teneis el contrato de matrimonio? ¡Ah! ya se aclara mi memoria... ¡Por consiguiente es verdad! ¡No he hecho más que soñar hasta ahora por consiguiente! No os inquieteis, mujer mia; abro la ventana, y saco fuera la cabeza para tomar una bocanada de aire; os amo más que á mi vida; saco fuera aún parte de mi cuerpo;—os adoro;—me empino ahora un poco más; dejadme apoyar el pié en la silla;—así amor mio;—y ahora tú, Dios piadoso, acoge en tu seno mi espíritu; y vosotras aguas de Holanda mi cuerpo!...

¡Condenacion eterna! ¿Quién me detiene?

*
* *

...*Caballero*, Vd. perdonará si hemos tirado tan fuerte; somos guardias civiles, y tenemos que obedecer las órdenes; está prohibido que los viajeros saquen la cabeza fuera de la ventanilla; podría ocurrirle una desgracia; andan los carlistas por todas partes; ayer

estaban en Calatayud, anteayer merodeaban en los alrededores de Sigüenza; para algo se nos hace venir aquí, cinco guardias en cada wagon, armados hasta lo dientess; no se eche sobre los fusiles, que están cargados.

—¡Está bien! ¡Hé aquí una deliciosa manera de viajar! Dos fusiles cargados, por delante, otros dos, por detrás, una pistola, tocándome las rodillas, el mango de una bayoneta, pegándome en un lado y seis correas de las mochilas, que vienen á darme en las espaldas; y si me asomo á la ventanilla, una bala cilíndrico-cónica en el cráneo; y todas estas dulzuras por ir á Marruecos, ¡Pobre España! ¡Qué cambiada te encuentro! Los campos desiertos, los pueblos llenos de barricadas, las casas quemadas, las estaciones del ferrocarril medio destruidas y rodeadas de parapetos y de fosos; vagando por todas partes grupos de campesinos ociosos y de cansados soldados; tiendas, centinelas, caballos extenuados, huellas de campamentos, casas ennegrecidas, miseria. No parece, sin embargo, que mis compañeros de viaje se preocupen gran cosa de lo que pasa allá; veo dos esposos que palomean; aquí un operario alegre, que hace proposiciones de matrimonio á una vieja campesina aragonesa; más allá, cinco descamisados juegan á las cartas; un oficial de cazadores canta, un carretero (postillon castellano) que trinca y un viejo párroco rural que sorbe tabaco voluptuosamente, entre la lectura de un párrafo y otro de *La España Católica*. Alegráos,

hijos, y que Dios os conserve. Ahora, ya canta el carretero, el operario le hace el eco; los cinco descamisados entran en el coro; ¿cómo es esto, qué pasa, también Vds., señores guardias? ¿Pero, y la consigna? ¿Y la disciplina? ¿Y los carlistas? ¡Oh, qué hermoso país de locos! El carnaval en medio de la guerra civil.

¡Bravo! Viva la... de buena gana daría un capiro-tazo á las narices de aquellos dos esposos que se miran con los ojos en blanco. ¡Por vida de Carlos VI! ¡No hay suplicio peor para un pobre viajero, que tener que asistir á estas niñerías! ¡Vamos á ver si se concluye, que el wagon no es una alcoba, qué diablo!

*
*
*

...Otra pareja,—otra,—y otra. Héme aquí en plena Arcadia. Tengo que soportar este fastidioso espectáculo hasta Colonia. Así como así no debí haber venido. Me lo habian advertido que éstos malditos vapores del Rhin, en otoño, son un nido flotante de todos los amores nupciales de Bélgica, Holanda y Suiza alemana y de los países de ambas orillas. Hé aquí todas estas cabezas rubias, dulzonas, gresnudas, que levantan sus ojos al cielo y dejan caer la frente.

Aquí están las miradas veladas, los apretones de manos furtivos, los besos enviados con el abanico, los toquecitos con los piés, los secretitos, languideces y tonterías infinitas que cincuenta malditos notarios tabacosos han legitimado para mi desdicha. Aquella belga sietemesina emperregilada, aquella maguntina petulante, esta luxenburghuesa hipócrita, que esconde con el *Allgemeine Zeitung* el brazo de su marido... Las... desvergonzadas.

Los oficiales alemanes saludan el vapor desde las terrazas de los pueblecitos, las iglesias góticas reflejan sus agujas cinceladas en las aguas y los viejos castillos dibujan sus formas negras y gigantescas sobre el cielo; pasa la roca de Coblenza, desaparecen las ruinas de Hammerstein, se esconde detrás de los montes el espléndido castillo de Rheineck, se deshacen como siete nubes enormes las Siete Montañas, ¡y ellos no ven nada! Y continúan dale que dale con la punta de los dedos y con la punta de los piés, estultamente seguros de que no son vistos, como si todos estuviésemos dormidos, ciegos ó estúpidos... ¡Y sin embargo, si no hubiera todas estas tonterías, no habría encontrado por las noches en los días de fiesta, en los jardines de Amberes ó en las calles de Basilea, una multitud de angelitos con el pelo de oro, que me ahuyentaron de la cabeza las ideas negras y me llenaron el corazón de dulzura! ¡Ah! ¡soy un ingrato! ¡Sí, sonreid, miráos, amáos, habláos al oído, jugad con la punta de los piés, gozad, embriagáos, olvidáos

de nosotros, y del Rhin, y del universo entero! con tal de que tengamos los angelitos con los cabellos de oro...

*
*
*

...¡Aquí están! Una multitud de niños y niñas que invaden el *Prater* de Viena, extendiéndose por entre los árboles sin hojas, y por los caminos cubiertos de hojas amarillas. El otoño se ha cambiado de repente en primavera; el aire gris se ha cargado de fragancia y resuena con mil voces armoniosas, respirando todo frescura y alegría. Formando grupos, filas, círculos ó bandadas, van y vienen como nube de pájaros y de mariposas, y hacen el efecto de un inmenso jardín de rosas y de lirios vivientes, que por sí mismos se tejen y destejen, formando rápidamente mazos, coronas y guirnaldas palpitantes y sonoras. Bandas escocesas y pieles rusas, chupas húngaras y birretes polacos, plumas de color de púrpura, rizos rubios y lazos azules ondulan y se confunden por entre los círculos, cochecitos, caballitos, cometas, globos de color de rosa. Todo sonríe, brilla, resplandece y hace gozar: un divino sentido de juventud y de esperanza invade mi espíritu.

¡Benditas seáis bellas flores apenas abiertas de la raza humana! ¡Benditos sean vuestros rostros sonrosados y vuestros cabellos de seda; benditas vuestras piernecitas desnudas, vuestros juegos, vuestro gozo, vuestra inocencia, vuestras familias y vuestra vida! ¡Yo os adoro, criaturitas! Venid, acudid á mi alrededor, obligadme á hacer alguna cosa, que os sirva de algo, imponedme vuestros caprichos, divertíos conmigo. ¿Queréis pegarme? ¿Queréis darme una grita? ¿Queréis que me ponga para que salteis por encima? ¿Queréis que os lleve sobre las espaldas? ¿Queréis que trepe por un árbol para haceros reír? Y... si me rompo la cabeza, direis vosotros. ¡Qué me importa si es por daros gusto! Animo, arriba, al árbol. Ya estoy muy alto, ¿no es verdad? Pero aún he de subir más. ¿Así?—*Noch!*—¿Así?—*Immer-noch!*—Pero qué, ¿queréis que suba hasta...

*
* *

...¡Qué panorama tan encantador! ¡Un golfo cubierto de naves, dos mares que se juntan, tres ciudades que se abrazan, Europa y Asia que se miran, mil minaretes y mil cúpulas, en medio de millares de kioscos, de bazares, de baños, de terrazas, de acue-

ductos, dentro de inmensa corona de jardines y de bosques; y por todas partes una multitud abigarrada é innumerable que sube y baja por veinte colinas y veinte puertos en medio de cipreses, fuentes y tumbas; y sobre todo esto, el cielo de Oriente! ¡Oh que hermoso es, espléndido y soberbio! No creía yo que una belleza tan maravillosa pudiese verse sobre la tierra sino en sueños. Ahora comprendo al musulman moribundo cuando dice:—*llévame á la ventana.*—Os comprendo poetas que habeis roto la pluma, pintores que habeis desgarrado la tela, científicos que habeis perdido la flema, comerciantes que habeis balbuceado versos, niñas que habeis lanzado un grito abrazandoos á vuestra madre, gentes de todos países y temperamentos que habeis sentido removerse vuestra sangre y asomar las lágrimas á los ojos ante esta vision del Paraisol

Oh, ¡qué felicidad, si yo pudiera tener á mi lado todo lo que amo, y vivir aquí, á esta sublime altura, en esta terraza aérea, saludada por el primero y último rayo de sol! Guardian, no me fastidiéis. Hago lo que debo *captan*. Todo Constantinopla sabe que nuestro señor y amo Abdul-Aziz, que Alá proteja y conserve, no quiere que ninguna frente humana se levante por cima del último parapeto de la torre del Serasquier.—Hazme, pues, el favor de bajar la cabeza. Déjame en paz y te doy cinco francos.—¡Baja la cabeza *captan!*—Te doy dos escudos franceses.—¡Baja la cabeza *captan!*—Te doy un Napoleon de

oro... ¡que tu mujer llegue á ser estéril, y los pájaros del cielo ensucien tu barba! ¿Se ha visto nunca un turco tan malo como este? ¿Estamos conformes?

...D'accord, monsieur, d'accord. Donnez moi le napoleon et voici la chaise...

—¡Ya! ¿con que estamos conformes y que te dé el Napoleon de oro, ó lo que es lo mismo, cualquier cosa, 20 pesetas, por ejemplo, y me darás una silla?

—Está bien; pero ayudadme á subir porque no se ve gota y sostenedme por detrás, por que la multitud ondula como si fuese un mar.—¿Y dónde es donde debo mirar?—Mas allá del Sena, caballero.—¡Ah! un haz de rayos blancos ha iluminado por un momento un mar de cabezas en el Campo de Marte.

Ahora en la opuesta orilla frente por frente se levanta y se ensancha un nimbo de fuego que cae á trozos, á brochazos, como si fuera menuda lluvia argentífera ya en forma de espléndidas cascadas de flores, de pajas, estrellas, copos y anillos y produce en las aguas un reflejo tembloroso, un turbión de chispas y un relampagueo de colores que parece que el Sena revuelve perlas, cristales y collares de oro. Entretanto

desde el puente, desde las casas y desde la orilla derecha se extienden torrentes de luz que tienen unas veces de verde esmeralda, otras de amarillo sulfúreo ó de rojo sanguíneo las orillas, la multitud, las alturas el Trocadero y el pabellon del Shá; retumban cien cañones, se oyen músicas y el inmenso vocerío de las gentes llena los espacios como el bramido del Océano. De repente todo se apaga, enmudece todo, y la multitud, sumergida otra vez en las tinieblas, vuelve sus trescientas mil cabezas de repente sobre el Sena.

Comienza el incendio de París.

Resplandores de luces de Bengala y haces de luz eléctrica que vibran á la vez saliendo de mil focos, iluminan las alturas de los edificios más elevados. Los tejados de las Tullerías deslumbran como pirámides de reluciente oro, la cúpula del Panteon parece un áscua, el Palacio de la Industria como si fuera espejo de plata, el palacio de los Inválidos semeja ondulante inmensa llama verde, la torre de Santiago, la columna Grenelle, la escuela militar, San Sulpicio, Nuestra Señora de París, muestran sus grandiosos contornos de fuego, sus cimas coronadas de aureolas veladas por el humo luminoso y el cielo encendido en varios puntos por especie de auroras boreales y fantásticas puestas de sol. Finalmente, un millon de cohetes estalla de un extremo á otro de París con formidable fragor, revolviéndose en inmensa lluvia silenciosa de fuego, acompañadas de un grito universal de infantil alegría.

*
*
*

... ¡Verdadera alegría infantil! ¡Dejad estar estas niflerías y pensad en la muerte!— ¡Ah! ¿sois vos, señor Danmann?— Sí, yo soy; el viejo y fastidioso filósofo dinamarqués que os sermonea aquí, metidos en un carruaje entre Turnu-Severin y Palanka, una hora antes de salir el sol, distinguiendo (porque lo percibo), tanto buscar con los ojos entre cabañas y setos y á través de la densa niebla, las inciertas blancas formas de las campesinas valacas. Dejadme acabar mi conversacion.

He de repetiros mi consejo para tranquilidad de vuestra vida. Pensad todos los días y por largo rato en la muerte; profundizad en este pensamiento sirviéndoos de la imaginacion hasta encerraros en él como si fuese una tumba. Representaos á vos mismo dominado por una mortal enfermedad,—moribundo,—ya muerto: grabáos bien en la mente el aspecto de vuestro cadáver; observad todos los movimientos de la gente que os coloca en la caja, que clava la tapa y que os lleva al cementerio; mirad por los agujeros la atareada y alegre ciudad; sentid el frío de la fosa; oíd el ruido que hace la tierra al caer sobre

la caja: imaginaos allí solo, inmóvil, convertido en una momia horrible y medidad, sin separar un punto los ojos de aquel cuadro. Pues bien, creedme; el que no lo ha experimentado, no puede concebir el grande y saludable cambio que produce esta meditacion fúnebre de todos los días en nuestra manera de ver y de sentir el mundo y la vida. Nuestra desventura es el vago sentimiento de inmortalidad terrena que nos hace ver las cosas que nos circundan más grandes y de mayor importancia de lo que son; de aquí que los dolores y aún los placeres son más grandes, porque no guardan la debida proporcion con las causas, origen de tristezas. Pero el hábito de pensar en la muerte, reavivando á cada paso el sentimiento de lo precario de la existencia, nos ofrece todo reducido á sus proporciones reales, restituyendo así el equilibrio entre nosotros y la verdad, y con el equilibrio la paz y con la paz un mesurado y más seguro goce de la vida.

Probad y quedareis sorprendido, amigo mío, al ver de qué modo huyen de vuestro corazon todos los innobles sentimientos, los pequeños dolores que no reconocen justa causa, y la turba inmundada de pasiones y envidias, ambiciones, despechos, que sordamente roen el alma humana haciéndola más infeliz que las grandes desventuras. Probad, verted todo este pensamiento sobre las plagas morales que sintáis, como si fuese bálsamo en una llaga de vuestro cuerpo. Siempre que sintáis renacer el orgullo, ob-

servad las venas de las manos, tocad vuestras costillas, detened por un momento la respiracion, y sintiendo improvisadamente de este modo la debilidad de vuestra vida, os volvereis humilde. Si alguno os ofende, representaos en la mente su esqueleto, las más pequeñas partes de su frágil organismo, un vaso sanguíneo de su cabeza, que rompiéndose, puede en un minuto convertirlo en un cadáver ó en un loco: seguramente le perdonareis. Acostumbraos á ver siempre en un hombre, un moribundo; en el espectáculo de la naturaleza una fantasmagoría que brilla un y instante desaparece; los bienes de la tierra que no duran más que un instante, un simple constipado puede robároslos; habituáos á sentir os morir y que el pensamiento de la muerte sea un sosten de vuestra vida; un refugio que no temais llegue á cansaros y enfríe vuestro corazon para el cariño y para el trabajo, al contrario, vuestro cariño tomará un tinte de divina melancolía siendo á la par más profundo.

¡Ah! Con qué delirante amor besareis á vuestra amada, pensando que con un abrazo podríais lanzar su alma á la eternidad y su cuerpo en la tumba. Vuestro trabajo será más fecundo, porque teniendo la mente puesta fuera de esta vida, contemplareis hombres y cosas desde lo alto con alma más quieta y ojo más sereno. Ya estamos en Palanka. Tenemos que separarnos; acordaos de los consejos del viejo Danmann y adios.—Permitidme que os abrace, se-

ñor.—Hijo mío.—...¡Gran Dios! ¡Ni sois Danmann, ni estais vivo! ¡Vuestro cuerpo es de bronce!...

*
*
*

—Una estatua. ¡Ah! reconozco tus rasgos característicos, potente y querido agitador de mi juventud. Así te veía aparecer como fantasma luminoso en el umbral de mi habitacion cuando á hora avanzada de la noche levantaba la vista de tus libros con el semblante trasfigurado. No de otra suerte veía esa frente que lleva huellas de las batallas ardientes y perpétuas de tu pensamiento; así, toda tu noble figura, tal como ahora apareces sobre el pedestal, naturalmente dispuesta, *"arrogante y grandioso excepto los ojos, llenos de dulzura."* Te reconozco; tú eres "el que avanzaba como gran conquistador en el eterno dominio de la verdad, del bien y de lo bello, dejando detrás de tí la vulgaridad que á todos nos encadena;" tú eres el profundo y sutil inquisidor del humano corazon, el incansable descifrador de problemas, poeta de la libertad y del honor, escultor de tiranos y de héroes, pintor de vírgenes y de bandidos, glorificador de esclavos y de mártires; tú, *"el verdadero hombre;"* tú, el "jóven eterno," tú, que cada ocho dias eres "un nue-

vo sér más cercano á la perfeccion;" ingenio tremendo y noble, alma excelsa y serena, hombre grande para la patria, grande en el seno de la familia, grande en la lucha contra tí mismo y contra la muerte! ¿Eres tú? ¡Oh! permite al último de tus devotos que hubiera atravesado la Europa para ir, si vivieras, á gritar al pié de las ventanas de tu casa que eres grande, que te ama, permite que ponga un instante bajo tu mano de bronce su frente abrasada, como implorando la bendicion divina.

...¿Quién profana el nombre de Dios? No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta. Ascarí, cargad de cadenas á este miserable que se postra ante un ídolo de bronce.—¡Tú deliras, Kaid! Esta es la estatua de Federico Schiller y estoy en la ciudad de Maguncia.—¡Mientes, Nazareno! Este es el simulacro de un falso Dios; y estás en el palacio de Fez.—[Un momento, en nombre de Dios!—¡Bajad las espadas; quisiera hablar al Sultan!—Pues atrás y á tierra vuestra frente; el Sultan se adelanta...— ¡Ah! Muley-el Hassen, los ministros, la córtel ¡El cielo sea alabado, soy salvo! ¡Muley! ¡Magestad! Soy acusado de ido-

latría, soy inocente, yo no reconozco ni adoro más que al verdadero Dios, Señor de los mundos, infinitamente misericordioso y justo. No hareis que muera. Por fuerza teneis que reconocerme. Vine aquí con una embajada. Vos montábais un caballo ataviado de verde; llevábais capa blanca y la capucha sobre el turbante; teníais un aspecto hermoso y noble, Muley, y vuestros ojos revelaban mucha dulzura. ¡Atrás con vuestras espadas, soldados! mi vida está en manos de vuestro Señor.

Muley, sois justo y bueno; estoy lejos de mi patria, solo y sin defensa; soy jóven y amado, tengo necesidad de vivir; pronunciad una palabra tan solo, haced un signo, sonreíd, miradme. ¡Oh, ya veo que vuestro corazon se apiada, Muley; vuestra frente se serena, vuestros labios se entreabren; una palabra no más! Haced que estas espadas que perturban mis ojos con sus centelleos se alejen. Ni la más ligera con mocion se nota en vuestro ser, príncipe sin corazon! ¿No veis que estoy ya manchado de sangre?...

*
* *

....Es mi sangre señor teniente; he sido yo quien le ha manchado; Vd. no está herido, la bala ha dado

contra mí... en un lado; no se marche señor teniente, quédese á mi lado, siento que perderé la vida muy pronto; ayúdeme Vd. á morir.—¡Qué morir hijo mío! ¡Quién habla de morir! Tu herida no es grave, ánimo; apóyate aquí contra la orilla del foso; mete la cabeza bajo mi brazo; así; voy á desbrocharte el capote; el médico vendrá en seguida, no pierdas los ánimos, adelante; verás que lo que es por esta vez no hay miedo.—¡Ah, no, señor teniente! Esta vez se concluyó todo... siento venir la muerte... Se velan mis ojos... ¡Adios! ¡adios mi buen oficial, adios mi buena madre! ¡Adios todos!—¡Muerto!... Quizá su corazón latía aún. ¡Ah! ya no late más. ¡Pobre muchacho!—No tenía más de veintidos años.—Aquí tiene una cartera, una carta dirigida á su padre: *Al Sr. Pedro Caretti, labrador. ¡Labrador! Fiesole, cerca de Florencia.* Una moneda de dos pesetas: la paga de sus últimos cinco días. El retrato de una anciana: su madre. Una sortigilla de cabellos negros: su novia. Aquí está todo el pasado y todo su porvenir, sumergidos en un pozo de sangre; todo su pequeño mundo destrozado por un pedazo de plomo: ¡afectos, promesas, intentos, aspiraciones todo concluyó! ¿Y por quién? Quizá aquel otro muchacho que está allá encima de aquellos campos, tras aquellas nubes de humo y que quizá también él lleve sobre su corazón un retrato y una carta... pero aquella carta está escrita en alemán! ¡Hé ahí por qué á uno de los dos le ha tocado un balazo... adelante! y ¡siempre adelante!—Pero có-

mo, dónde vamos á adelantar señor comandante? ¿Tenemos que trepar por este muro? ¡Es imposible!—Adelante de todos modos. Agarraos á la yerba y á la yedra; destrozaos cara y manos, pero hay que subir. ¡Arriba pues! ¡Pero si es imposible! La yedra cede y se rompe.—Pero cómo se ha de romper si es mármol!...

*
*
*

...¿Mármol?... en efecto, mis manos aprietan dos columnillas; mi pié derecho se apoyaba sobre la cabeza de un santo, el izquierdo sobre los lomos de un león y sobre mi cabeza se levanta una ventana ogival; trepo por delicadísimo monumento de arquitectura gótica, cubierto de relieves y calados, lleno de aire y de luz; más abajo de mí hay otras columnillas, otros santos, otros bordados de mármol, y aún más abajo... ¡Dios eterno! Estoy á una altura prodigiosa, sobre la aguja más alta del campanario de la catedral de Strasburgo! Alcanzo á ver Wissemburgo, la montaña del Guisberg, el Rhin, la Selva negra, Eichelberg, el valle del Murg! ¡Parece como si me hallase suspendido entre cielo y tierra! ¡Ah! ¡Con tal de que llegue á meter la cabeza en la ventana! ¡Valor!—Arriba,

despacio, de estatua en estatua, de relieve en relieve... ¡Maldito viento que me mete los pelos en los ojos! ¡Qué vacío tan inmenso me circunda! ¡Estas columnitas tan sutiles como varas de sauce! ¡Estas cabezas de santos, gordas como nueces! ¡Ah! ¡Me falta valor! ¡Mis manos tiemblan, resbalan mis piés, muévense las columnas, vacilan los santos, los relieves se desprenden, me domina el terror, atráeme el abismo y el vértigo me ciega! ¡Ah, qué horrible muerte! ¡Madre mía! ¡Socorro!...

—¿Qué ha pasado? ¿Me ha despertado un grito?
¿Quién me llama?

¡Ah! Oigo la voz de mi madre en la habitación inmediata.

—¿Qué dices?

—Te digo, lo que ya te he dicho cien veces, hijo mío: que jamás duermas sobre el lado izquierdo.



EMILIO CASTELAR

5 de Diciembre de 1873



ARO***...

Es muy natural tu deseo de saber algunas particularidades acerca de Emilio Castelar, y justísimo el reproche que me diriges por no haber hablado de él, sino vagamente, en mi libro.

Solía acompañarlo desde su casa á las Córtes, y lo conocí en aquellas breves conversaciones mucho mejor que en sus libros. No te maravile el que con tanta familiaridad alternase conmigo, extranjero y desconocido, porque, á más de ser afectuoso con todos, es tan entusiasta por el arte italiano, que aprovecha con placer todas las ocasiones de hablar ó de oír hablar de él, aunque sea con ignorantes.

despacio, de estatua en estatua, de relieve en relieve... ¡Maldito viento que me mete los pelos en los ojos! ¡Qué vacío tan inmenso me circunda! ¡Estas columnitas tan sutiles como varas de sauce! ¡Estas cabezas de santos, gordas como nueces! ¡Ah! ¡Me falta valor! ¡Mis manos tiemblan, resbalan mis piés, muévense las columnas, vacilan los santos, los relieves se desprenden, me domina el terror, atráeme el abismo y el vértigo me ciega! ¡Ah, qué horrible muerte! ¡Madre mía! ¡Socorro!...

—¿Qué ha pasado? ¿Me ha despertado un grito?
¿Quién me llama?

¡Ah! Oigo la voz de mi madre en la habitación inmediata.

—¿Qué dices?

—Te digo, lo que ya te he dicho cien veces, hijo mío: que jamás duermas sobre el lado izquierdo.



EMILIO CASTELAR

5 de Diciembre de 1873



ARO***...

Es muy natural tu deseo de saber algunas particularidades acerca de Emilio Castelar, y justísimo el reproche que me diriges por no haber hablado de él, sino vagamente, en mi libro.

Solía acompañarlo desde su casa á las Córtes, y lo conocí en aquellas breves conversaciones mucho mejor que en sus libros. No te maravile el que con tanta familiaridad alternase conmigo, extranjero y desconocido, porque, á más de ser afectuoso con todos, es tan entusiasta por el arte italiano, que aprovecha con placer todas las ocasiones de hablar ó de oír hablar de él, aunque sea con ignorantes.

Castelar tiene de curioso el que al verle, ó al estar en su compañía, nadie dirá que es un gran orador. Su aspecto nada tiene de notable. Es bajito, regordete, calvo; y tiene unos ojos muy grandes, cuya expresion es la de un corazón satisfecho. Si despues se le escucha, es cuando ménos parece ser el hombre mismo que en las Córtes arranca frenéticos aplausos. Habla á pausas, destila la palabra, como haciendo tiempo para examinar la frase, no cae jamás en la declamación, no deja escapar vocablo que no convenga al lenguaje familiar. Además, mientras habla en las Córtes, trata todos los asuntos con una especie de dignidad trágica; en la conversacion familiar discurre en tono ligero y festivo aún en las cosas más graves. Si alguna vez deja el del donaire, incide en el de la indiferencia, jamás en el serio. Nunca he visto en su rostro, ni notado en su voz la más ligera expresion de desden. Y á él en efecto, como orador le falta en absoluto aquel *efecto terrible* que describe Victor Hugo hablando de Mirabeau, y aquella, si se la puede llamar así, fuerza de la iracundia, por lo cual Gambetta se engrandece alguna vez. Agrada, seduce y á menudo conmueve; pero no causa terror. No puede decirse que posee los *rayos de la elocuencia*; pero sí el relámpago, los fulgores, ¿qué sé yo? el iris, puesto que sus discursos brillan más por gentilísimos colores que por luz fecunda.

Un día para el cual estaba anunciado un discurso de Castelar, decía exactamente un ministro á su cole-

ga:—Hoy el pavo-real Castelar hace la rueda.—Pero tambien tenía razon cierto sabio carlista, el cual, vituperado por un amigo suyo, porque le agradaban algunas *pompas de jabon* de Castelar, se disculpó diciendole que "eran las más hermosas que se hacían en España".

El primer juicio que formé de Castelar fué que no había nada de hiel en su alma. Mirándole á los ojos cuando habla, sin el encono de la gente que le detesta y le difama, nunca le ví *aquellos fruncimientos de cejas y aquellas palpitaciones y colores del orbe*, como dice muy bien el reverendo padre Bresciani, que revelan los sentimientos ocultos de la palabra. Sin embargo, me parece que no es insensible al aguijon de los celos en la oratoria, porque un día en el Congreso, en el momento en que se levantaba Cristino Martos, *orador de pelo en pecho* (1) como se dice en español para indicar un hombre de ánimo esforzado; y que todo el salon quedó de improviso en profundísimo silencio; ví á Castelar palidecer é intentar uno como á manera de bostezo que no llegó á terminar.

Un sentimiento que prueba la nobleza de su alma y que no creí encontrar en él, tan genuinamente español, es profundísima aversion á las corridas de toros.

—[No me hable Vd. de ellos!—me dijo un día haciendo un movimiento de disgusto:—es una estúpida

(1) Esta frase está en español en el texto italiano.

barbarie que querría ver desterrada para honor de mi patria.

Al principio no acerté á comprender cómo pensaba en punto á religion. Espiritualista, en seguida había entendido que lo era; pero no adivinaba si era cristiano, si creía en la divinidad de Jesucristo.

Su obra *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo* (cuatro volúmenes que podrían reducirse á uno, atendiendo á la sustancia, y que se querrian convertir en ciento fijándose en la forma) no me dejaba duda de que era ardiente católico y en cuanto á sus discursos políticos tambien me aseguraban que era libre pensador. Un día le pedí *ex abrupto* una explicacion, y me pareció que la pregunta no la estimó agradable, como sucede con todas aquellas que obligan á afirmar cualquier cosa de que no se está seguro.

—Antes, me respondió, era católico, ahora..... soy racionalista.

Y cambió de conversacion.

En suma; él es tambien de los muchísimos que se agitan entre la *fé* y una seria é intranquila duda, como escribía Manzoni á Giusti; y si hubiera de decir en términos precisos lo que piensa y cree, veríase muy embarazado.

Cierto es que la *fé* en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma es el sentimiento que le ha inspirado las palabra más elocuentes de sus libros y discursos.

Como todos los artistas es algo vano y ávido del elogio; pero su vanidad es tan ingénua, que no solo no fastidia, sino que agrada. Cualquiera alabanza que se le dirige, la escucha, queda imperturbable y deja que se siga adelante cual si se hablara de otro. Alguna que otra vez mueve la cabeza como diciendo:

—Es cierto, tiene Vd. razon, yo tambien soy de ese parecer.

Un día me dijo amigablemente:

—Si quiere Vd. tener una idea del género de mi elocuencia, vaya Vd. á escuchar el discurso que pronunciaré en la próxima semana contra la política exterior del Gobierno.

Pero desde la tribuna de periodistas no podrá Vd. verme bien y perderá el gesto de mi rostro. Yo le daré un billete para una de las tribunas de enfrente; así no perderá nada.

—Mi mérito principal—me dijo en otra ocasion,—es haber sabido decir en castellano puro y en elevado estilo muchas cosas nuevas que parecian imposibles de decir sin menoscabo de la dignidad del estilo y la correccion del idioma.

En cierto modo se ahorra el interlocutor la molestia de dar su propio parecer.

Un día le leí un trozo de un discurso suyo que yo había traducido al italiano, y me dijo cándidamente:

—Es hermoso tambien en italiano.

Como todos los hombres de imaginacion viva y

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON
"ALFONSO CASTELAR"
1825 MONTREY, MEXICO

corazon ardiente, es propenso á la admiracion y no guarda al expresar este sentimiento medida alguna. Sus amigos ya no le creen cuando alaba á alguno ó alguna cosa.

Cierta vez en las Córtes, un diputado preguntó á otro compañero que conoció á Gambetta en París, si le habia parecido, en verdad, tan grande-hombre como muchos decían.

—Pregúntalo á Castelar—respondió—él le conoce mejor que yo.

—¡Qué!—dijo el primero.—En estas cosas Castelar es una criatura.

Y en efecto: la biografía de Gambetta escrita por Castelar, más que el retrato de un historiador fiel, es el panegírico de un partidario enloquecido.

Otra vez un diputado, delante de mí, le preguntó qué impresion le habia hecho Garibaldi la primera vez que le habló. Castelar extendió el brazo y alzó los ojos al cielo exclamando con énfasis:

—*Amigo, la de un hombre extraordinario.* (1)

—Me lo imaginaba,—respondió el diputado,—pero ya sé que de todo lo que tú dices hay que rebajar la tara.—Y como prueba de ello, recuerdo que mientras Castelar me ensalzaba hasta el cielo á un tal Santa María, de Sevilla, que canta con muchísima gracia canciones andaluzas afirmando que Tamberlick, Mario, Stagno, comparados con él no valen un

(1) Frase tambien en español en el original italiano.

comino, amigos como el anterior prorumpieron en una ruidosa carcajada y uno de ellos añadió:

—¿Cuándo olvidará Vd. semejantes exajeraciones Don Emilio?

Solfa interrogarle sobre el trabajo con que prepara sus discursos, acerca de aquellos secretos de artista y aquellos misterios para decirlo como Juan Bautista Giorgini, *que el alma consigo misma celebra*. El me explicó de qué manera acertó á hablar y á escribir tan fácil y correctamente, y sus palabras me parecieron la revelacion de una nueva teoría del escribir, en la cual he pensado continuamente desde entonces hasta ahora.

—Con cualquiera que hable—me dijo—y de cualquier cosa que hable, lo mismo que si trato de dar un orden á mis criados, no traspaso nunca la expresion, procuro siempre decir la cosa como la diría si mis palabras debieran quedar escritas ó impresas en el acto. Y todas las veces que brilla en mi mente un pensamiento, me lo expreso en seguida á mí mismo como si debiera decírselo á otro; jamás dejo nada en mi cerebro en estado de embrion; pienso continuamente hablando conmigo mismo en períodos perfectos.

Es verdad, corrige poquísimo lo que escribe. Pero aunque prepare con anticipacion sus trabajos, lo cierto es que para escribir, necesita estar deprimida. Y añadía que no puede hacer nada, si no tiene en la puerta al impresor.

Con él hablaba en español, [y para ello se necesita

valor) pero á menudo me rogaba que le hablase en italiano.

—Comprendo el italiano—decía—pero no le hablo, porque no quiero profanarlo. Por Italia siempre andaba suplicando á la gente que me hablase en italiano y no en francés. ¡Bellísima, admirable lengua! Pero, permitidme que lo diga: si para la poesía es mejor la italiana, en la oratoria prefiero la española.

Sobre este punto no quería escuchar razones. Alguna vez que otra sorprendíale en dudas también sobre la poesía, y recitaba aquellos famosos versos de Espronceda, en los cuales imita un jinete el sonido de la desenfrenada carrera de su caballo:

Mis ojos fuego, en su inquietud lanzando

Campo adelante devorando van (1).

y como los decía con aquella voz sonora y aquel vigoroso gesto, hacíalos parecer más bellos y poderosos de lo que realmente son; pero es superfluo el decir que no lograba persuadirme.

Todos saben cuánto ama el arte italiano; pero solamente algunos que le conocen, pueden apreciar cuánto y cómo lo ha estudiado. No hay estatua, cuadro ó bajo relieve de Florencia, Roma ó Venecia que no tenga grabado en la memoria y que no pueda describir minuciosamente como si lo hubiese visto el día anterior. Habla de nuestras ciudades, nombrando

(1) Estos dos endecasílabos de Espronceda, también se hallan en español en el texto italiano.

calles, palacios y puertas, como habla de Toledo ó de Sevilla.

Florencia, *la ciudad*, como él la llama, *de la inteligencia*, es su ciudad predilecta.—*Allí*, me dijo un día, *el último limpia-botas tiene más sello académico que nuestros individuos de número* (2). Otra vez, en ocasión en que algunos amigos suyos hablaban de política, interrumpió bruscamente la conversacion, á la cual no atendía, y deteniéndose en medio de la calle con los brazos cruzados, exclamó con acento de estupor profundo:

—*¡Y decir que las puertas de Ghiberti son del siglo quince!*

Cuando se discurre sobre el arte italiano, se exalta poco á poco. Le he visto cambiar de color y temblar recordando un cuadro de Tintoretto:

—*Mas si os digo*—gritaba golpeándose la frente con la mano—*que se siente crujir la seda.*

Mucho necesitaría escribir si quisiese contar todos los dichos agudos que le oí y las amenas anécdotas que me refirió, á las cuales es aficionadísimo.

Decía de Zorrilla: es un hombre que tiene todos los defectos de un temperamento artístico, sin ninguno de sus buenas cualidades.

A un amigo materialista, que le había enviado un

(2) Las palabras y frases con letra bastardilla, están en español en el original.

libro en el cual trataba del influjo de la alimentación sobre el pensamiento, le decía:

—Está bien, pero ahora debes escribir otro libro, para demostrar cuáles son los pasajes del *Quijote* que Cervantes escribió cuando comía pan de maíz.

Contaba que un día, habiendo sido convidado á almorzar por cierta familia; á los postres, el ama de la casa, le había dicho avergonzándose un poco:—Sr. Castelar, ahora, y mientras tomamos café, debería usted hacernos el inmenso favor de pronunciar un hermoso discurso.—Aquí Castelar se callaba, haciendo lo posible por imitar fielmente la cara que había puesto en aquel momento, y te aseguro que era cosa de reventar de risa.

Otro día, paseando por el Prado, Castelar, un amigo suyo, monárquico, y un tercero, importuno, que era yo, vimos venir hacia nosotros á un hombre con la fisonomía descompuesta, que hablaba solo y gesticulaba extraordinariamente. Castelar me tocó con el codo y me dijo en voz baja:—Este es uno que aspiraba á la corona de España. Antes que fuese elegido el duque de Aosta, él mismo andaba distribuyendo entre los diputados tarjetas con su nombre para el día de la votación. No hay más que verle, está loco.

El loco oyó esta palabra y se detuvo; los que pasaban se detuvieron también: se formó un grupo. Cuando estuvimos á dos pasos de él, tomó una actitud dramática, y volviéndose hacia Castelar, le dijo en alta voz:

—¡Es verdad, sí, quiero ser rey; pero nunca he sido un impostor como Vd!—Dicho esto, se alejó murmurando; la gente reía; Castelar hizo un esfuerzo para reírse también, pero se había puesto colorado como una amapola.—¡Bravo!—le dijo el amigo, dándole palmaditas en la espalda y aludiendo á aquel rubor súbito,—cuánto me complace ver que aun no se ha perdido el pudor.—¡Pues qué!—respondió de pronto Castelar:—¿Creía Vd. que me había hecho monárquico?

Su cuarto de estudio, es la imagen de su cabeza; ó por mejor decir, era la imagen, porque no sé si el Presidente de la República vive aun como vivía el modesto diputado. Estatuillas, vasos con flores, jaulas de pájaros, obras de filosofía, libros de versos, medallas antiguas, catálogos de museos, documentos oficiales, cartas de electores, estampas, retratos, periódicos, opúsculos; se veía un poco de cada cosa esparcido sobre veladores, por las sillas, en el suelo, en pintoresco desorden, que hacía reír y excitaba la fantasía. Agradaba más verle allí, entre sus amigos y sus libros, que no en el Congreso.

Un amigo suyo andaba cierto día por el cuarto de aquí para allá con su bastoncillo en la mano, tocando uno á uno con él los casilleros de pequeños escritorios, diciendo con tono de *Cicerone*:—Señores, aquí están los manuscritos para los periódicos del Perú, aquí para los de Méjico, estos para los de Cuba, aquellos para los del Brasil, estotros para los

de los Estados-Unidos, y esotros para los del viejo continente.

Cuando un editor se presenta, Castelar abre un cajoncillo, mete la mano en él á ojos cerrados, y saca lo primero que encuentra.—Me dijo una vez que la correspondencia de los periódicos de América le daba de seis á siete mil duros al año. ¡Y pensar que pocos años antes para ganar unos cuantos reales, escribía sermones para los curas de aldea!

Él mismo me refirió, á retazos, las primeras vicisitudes de su vida, diciéndome de vez en cuando que si quería podía tomar apuntes. Nació en Cádiz en el año 1832. Su padre, hombre estudioso, aunque agente de cambio, y dueño de rica biblioteca, murió joven aún, dejando á su esposa y á su hijo Emilio, que aún no tenía siete años, en gran estrechez. Una tía de Alicante los llamó á su casa á los dos y la señora de Castelar se consagró del todo á la educación de su hijo, haciendo por él, entre otros sacrificios, el de conservar y enriquecer la biblioteca paterna, á fin de que con el tiempo tomase amor á los libros. Castelar, en efecto, contrajo desde muchacho, más que amor, manía por la lectura, y la conserva aún, puesto que lee continuamente, por las calles, en el Congreso, en la mesa, en la cama, en el baño, en donde quiera que pueda colocar bajo sus ojos un libro ó un periódico.—Con esta gran necesidad de leer nació en él casi á un tiempo una gran necesidad de hablar, y todavía niño, dió pruebas ya de extraor-

dia facundia.—Haciendo altaritos—me decía,—los muchachos compañeros míos y yo, solíamos pronunciar cada uno nuestra oración sagrada encaramados en una silla revestida con una colcha.—*Yo era el espanto de todos!*—A los doce años fué enviado á Elda, donde estudió la lengua latina, y comenzó á escribir con gran ardor novelas, discursos históricos, disertaciones religiosas, poesías, comedias, poemas: pruebas de audacia más que de ingenio, como él dice, y las cuales todas acabaron en el fuego. La primera y verdadera prueba de ingenio y elocuencia la dió en Alicante, á donde se trasladó en 1845 para seguir los estudios de *segunda enseñanza*. Allí se dedicó con entusiasmo á la filosofía, á la historia y á la literatura, y en estos estudios adelantó en mucho á todos sus compañeros, algunos de los cuales, que hoy se sientan en las Cortes, y profesan principios políticos en un todo contrarios á los suyos, como Navarro y Rodrigo, Gallostra y otros atestiguan que ya entonces era opinión de todos que llegaría á ser gran orador y gran escritor. De Alicante pasó á Madrid en 1848, donde por oposición conquistó una plaza gratuita de alumno de la *Escuela Nacional de Filosofía*, y desde entonces, no sólo proveyó á su sustento, sino que escribiendo en los ratos que sus estudios le dejaban, ganó lo suficiente para mantener á su madre. Por aquel tiempo publicó entre otras cosas un periódico literario, en el cual los hombres de letras admiraron por la primera vez su estilo centelleante y limpidísimo. Don Antonio Apa-

risi, primo suyo, el renombrado orador católico, le yendo un día uno de aquellos artículos, le dijo á la señora de Castelar:—Tía, es preciso tener gran cuidado con este muchacho, porque si continúa como ha comenzado, hará mucho ruido en el mundo.—Hasta aquí, sin embargo, la gloria de Castelar no había sido más que gloria escolástica. Se reveló por primera vez á España en el año 1854 á la edad de veinte y dos años.

Un amigo le encontró un día en la calle, le dijo que había gran reunión política en el Teatro Real, y le preguntó por qué no iba. Castelar contestó solamente—Voy—y corrió al Teatro. Cuando llegó, muchos oradores habían hablado ya, el público se hallaba cansado, la reunión estaba para disolverse. Esto no obstante, Castelar, resuelto á hablar, subió al escenario y comenzó:

—¡Señores! Yo vengo aquí á defender las ideas democráticas....

Un creciente murmullo de desaprobación le interrumpe. Su pequeña figura, su voz, atiplada siempre al comenzar, su actitud infantil, no inspiraban confianza alguna: le creyeron un estudiancillo; le gritaron:—¡Basta, basta! ¡Otro día, otro día!—Castelar, ofendido, se obstina y siguió adelante. Poco á poco quedó la sala en silencio; después oyese alguna que otra voz de aprobación; y al poco rato resonó una tempestad de aplausos; en fin, cada período fué aplaudido con frenesí, el orador fué llevado á la calle casi en triunfo;

su nombre corrió de boca en boca, los periódicos de Madrid lo elevaron hasta el cielo. Toda España, á los pocos días, sanciona el éxito. Castelar fué célebre desde aquella tarde. *La España*, autorizado periódico literario, decía, al publicar su discurso:—*Está destinado á reemplazar á todos nuestros grandes oradores y á reemplazarlos con ventaja.*

Y el pronóstico se ha cumplido.

Ahora tiene en su mano la suerte de España, si puede ser, sin embargo, que la suerte de un país tan destrozado esté en la mano de un hombre solo. ¿Qué hará? Pero yo puedo decirte que cuando le veía, en medio de sus amigos prorumpir en carcajadas propias de muchacho de quince años; ó revolver en su mente algún hermoso y poético período que engastar en un discurso, mientras un colega le hablaba de votaciones y leyes; ó poner gesto de mal humor porque el día en que iba á hablar no había señoras en las tribunas; y en todas las conversaciones saltar siempre de la política al arte, del razonamiento al sentimiento, de la tierra á las nubes; si cualquiera me hubiese dicho entonces:—Éste dentro de un año gobernará España en estas y en estas condiciones,—con toda la admiración que por él tengo, me hubiese encogido de hombros y á lo más hubiera dicho:—¡Quién sabe! ¡Los caminos de la Providencia son infinitos!..

Y ahora lee este trozo de un discurso pronunciado por él en el Congreso, hace dos años.

—¿Cómo? ¿No es individualista el ministro de la

Gobernación? Y si tal es, ¿cómo no comprende el gran poema de la libertad de comercio? La tierra tiene aptitudes diversas; los climas dan diversos productos; pero gracias al gran Hércules moderno, gracias al comercio, con sus naves que así parecen grandes pájaros marinos, como dejan la blanca estela en el agua, y en el aire una nube densísima de humo, se reúnen todos los productos: la piel que el Ruso arranca á los animales perdidos en sus desiertos de hielo y la hoja de tabaco que crece bajo el sol ardiente del trópico; el hierro encontrado en la Siberia y el aurífero polvo que el negro de Africa recoge en la arena de sus rios; la tela tejida en Inglaterra y los productos arrancados del seno de la India, y los tintes, de los colores del iris, de aquella sociedad, primer testimonio de la Historia; el dátil con el cual se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmeras del Asia antigua, y las perlas preciosas que produce el seno virgen de la joven América; el grato jugo de las viñas que embellecen las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez que lleva disuelto en sus átomos los rayos del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte...."

Creo que este período basta para juzgar á Castelar como hombre político, como bastan ciertas sonrisas para revelar el alma de un hombre. Paréceme que un orador que ante el Parlamento pronuncia un período de esta naturaleza, no puede ser capaz de conducir á buen puerto la nave del Estado.

Pero cuando este hombre mismo, alzándose audazmente, no con propósito retórico, sino por irresistible impulso del corazón, fuera de los confines de la elocuencia política, exclama con voz que sale de lo profundo del alma:

"¡Adoro esta tierra regada con las lágrimas que hice verter á mi madre!"...

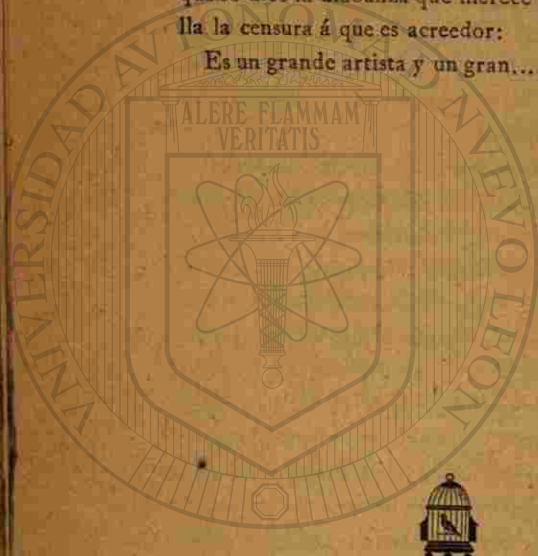
...Cuando, refiriéndose á los suicidios de los esclavos de Cuba, pronuncia con acento que hiela la sangre:

"Señores Diputados ¡qué horror!"...

...Cuando la furia de una inspiración que casi supera á sus fuerzas, vuelca en el Parlamento atónito aquellos sus períodos colosales llenos de imágenes y de grandes sentencias que pasan rozando y fulgurantes como legion de ginetes de la Edad Media; cuando hablando de religión derrama pensamientos afectuosos y melancólicos con voz dulce y conmovida, y con el lenguaje solemne del sacerdote; cuando cuenta un acto de heroísmo, cuando recuerda una desventura, cuando invoca un recuerdo querido, cuando aconseja, compadece, suplica; cuando, por último, se olvida del Parlamento y no ve, como él mismo dice, sino pueblos y tierras lejanas y toda su alma está en el corazón y todo su corazón en sus palabras, ¡ah! entonces, cuán grande y cuán admirable es! ¡Cómo se le perdonan todas sus puerilidades y todas sus utopías! ¡Con cuánta alegría nos arrojaríamos á su cuello diciéndole: ¡ah Emilio, Emilio, si nunca te hubieras mezclado en política!...

En resumen: creo que la mejor definición que se puede dar de él es la siguiente, la cual contiene en lo que se dice la alabanza que merece y en lo que se llama la censura á que es acreedor:

Es un grande artista y un gran.... buen chico.



ÍNDICE

	Páginas.
Heroísmo.....	1
El día más feliz de la vida.....	33
Un ordenanza original.....	93
A los veinte años.....	103
Un encuentro.....	127
Modelo de hablador.....	141
Mi patrona.....	149
Del álbum de un padre.....	161
Desaliento.....	189
De codos sobre la mesa.....	213
Consejos.....	237
Una visita á Alejandro Manzoni.....	247
Un pedante simpático.....	259
Juan Ruffini.....	266
El amor á los libros.....	283
En sueños.....	293
Emilio Castelar.....	329

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



